DAVID YAGÜE

LA ÚLTIMA REINA GODA

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Para Javi, mi pequeño curioso,
que ya puedes leer esta dedicatoria
y pronto lo que viene a continuación.

3

Corduba, anno Domini 691

La noche extiende su acogedor manto a los secretos familiares. La niña ha danzado y girado durante gran parte de la fiesta, reído y jugado. A sus nueve años, sus mofletes resplandecen rojizos de alegría. Para ella, no hay nada como que su familia se reúna, haya música y baile y la dejen quedarse levantada tras anochecer. Su madre la llama y, ella piensa, con fastidio, que la lleva al lecho. Pero se equivoca. Egilo es conducida a una oscuridad de secretos. Su madre, Teodora, le pone una capa sobre los hombros y suben a un pequeño carromato de dos ruedas tirado por un caballo. Salen de la casa, en plena noche, escoltadas por tres hombres encapuchados.

Egilo no protesta. Su madre no encaja bien que su hija muestre un comportamiento díscolo con ella y, conocedora de su gran temperamento, la niña no osa desafiarla. Pero está enfadada, ¿por qué la ha sacado de la fiesta de compromiso de su querido hermano de modo furtivo? Ella habría preferido seguir bailando y riendo con sus primas. Escuchar las risotadas de su padre, cada vez más bebido, con sus compañeros. No estar en un incómodo carro traqueteando por las calles de la ciudad en plena noche y… ¿camino a dónde?

—¿Dónde…?

Su madre, nunca demasiado cariñosa, nunca demasiado explícita salvo para reprender, se lleva el dedo a los labios.

—Ya lo verás —corta, tajante, la pregunta—. Y de lo que va a pasar esta noche, ni una palabra a padre, ¿entendido?

La niña asiente sin mucha convicción. Madre e hija saben que la pequeña tiene más confianza con su progenitor.

—No te lo tomes a chanza, Egilo. Nos va la vida en ello.

Y sin comprender, solo por las palabras y el tono de su madre, un escalofrío recorre su espalda de abajo arriba. ¿O quizá es que hace más frío esa noche de lo que parece?

Tardan un tiempo. Las calles cada vez están más enfangadas y son más difíciles de transitar. Los tres hombres que las llevan rezongan y juran cada vez más para dirigir el vehículo. Egilo se ha asomado por la rejilla y ha creído ver que están en los arrabales de la ciudad. Tampoco lo puede asegurar con la oscuridad que reina, pero seguro que no están en las zonas que ella conoce bien.

Al rato, el carro se detiene y uno de los escoltas descorre la cortina trasera.

—Hemos llegado, señora.

Teodora asiente y las dos descienden del vehículo. Frente a ellas

hay una casucha de aspecto destartalado y de la que provienen una mezcolanza de olores fuertes que conforman una pestilencia que a Egilo le revuelve el estómago. Las sombras bailan desde las puertas al son de una lumbre en su interior.

—Mi señora.

En el umbral aparece un extraño hombrecillo vestido con harapos de piel. Su olor es extremadamente penetrante, desagradable. Está desigualmente calvo y algo desdentado. A Egilo su nariz le recuerda a la de un borracho. Que no es que ella conozca muchos, pero concuerda con lo que dice su tía de ellos.

—Páncrates, aquí estamos.

El hombre las invita a pasar haciendo un gesto con su brazo peludo y muy moreno. Egilo no puede evitar fijarse en esas manos sucias llenas de restos de quién sabe qué. El hogar del tal Páncrates por dentro no invita a más tranquilidad que su aspecto exterior: frascos, animales muertos, cientos de abalorios extraños y algunos ciertamente repugnantes.

—Sentaos —balbucea mientras acerca dos sucias banquetas a una aún más roñosa mesa.

Páncrates no pierde de vista a Egilo, y eso la pone aún más nerviosa. Frunce el ceño. Entrecierra un ojo, los dos. Gira a su alrededor. Ella mira a su madre y esta se encoge de hombros como diciéndole, no te preocupes y déjale hacer.

—¿Puedo? —pregunta Páncrates con sus manos ya cerca de ella. Egilo pega un respingo y mira asustada a su madre que, con un suspiro, siente que debe una explicación a su hija.

—Hija, pierde cuidado, Páncrates es un augur bien conocido en la ciudad, además de un *salisator* muy querido por el pueblo. Sus artes, aunque prohibidas por el obispo y las autoridades, no causan mal, sino bien. Hoy le he pedido que mire tu porvenir, ahora que comenzaremos a plantearnos tu futuro matrimonio.

Páncrates hace una mueca de disconformidad cuando Teodora asegura eso de que «no causan mal, sino bien», como poniéndolo en cuestión, que aterra a Egilo, pero sabe que no tiene más opción que, con asco y pavor, obedecer a su madre.

El adivino comienza a mirar el nacimiento de su pelo, su cuello y sus manos. Después, aparentemente satisfecho, pregunta:

—¿Habéis traído lo que pedí?

La madre asiente y llama a uno de sus hombres, que entra en la casa con un gallo enjaulado. Vivo y nervioso. Egilo se sorprende de no haberse percatado hasta ahora de que lo llevaban en el trayecto. El animal parece tan aterrado como ella.

Páncrates no dice nada, abre la jaula, coge al animal del pescuezo y se lo lleva a la mesa. Saca un cuchillo, musita unas palabras que Egilo no entiende y comienza a masacrar al gallo. Lo mata, lo abre en canal y hurga en sus entrañas.

—¿Qué ves? —pregunta impaciente Teodora cuando después de un largo rato el adivino no dice nada.

—Es confuso. —La expresión de Páncrates no revela nada más que lo que transmiten sus palabras.

—¿Cómo? Páncrates, no me falles, por favor. Odiaría tener que dar la razón a quien dice que eres un charlatán y un embaucador. Nunca lo he creído de ti. Pero si lo empiezo a pensar…

—Señora —por primera vez para Egilo, la voz de Páncrates no transmite timidez, frialdad o falta de inteligencia, sino conocimiento y una siniestra confianza—, no oses amenazarme con las denuncias. Sabes de sobra que tienes más que perder tú y tu familia, si se sabe que estás aquí, que yo. ¿Yo? Pierdo la vida. ¡Quia! —y hace un gesto atroz con el cuchillo en su cuello—, pero ¿tu familia? Ay, ya sabéis que ni los obispos, ni el *dux*, ni el rey se toman a bien que los nobles acudáis a nosotros. Y eso sin pensar en qué dirá el bravo y devoto Wamba cuando se entere de las prácticas de su esposa.

Teodora se levanta enfurecida, pero se sabe derrotada.

—Nos vamos, entonces.

—No —sisea Páncrates, y pone la mano exigiendo un pago.

—¿Quieres que pague por nada?

—Los designios de los antiguos dioses son así. Yo he cumplido mi parte.

Egilo se ha levantado, pero no comprende nada.

Teodora resopla y descuelga una bolsilla evidentemente cargada de monedas.

—Entonces, dime lo que has visto y déjame decidir a mí si es confuso o no.

Páncrates suspira.

—No es lo habitual y no es bueno que alguien sin preparación se atreva a interpretar estas cosas, señora. Pero si es lo que quieres, puedo tener esa cortesía con una buena clienta. —Y sonríe amenazadoramente con su boca desdentada—. En el futuro de esta niña he visto la gloria más alta y la humillación más baja. Pero no he sabido discernir si ambas son opciones, o si las dos pasarán y, de ser así, qué vendrá antes. Es difícil de saber, pero hay sombra y resplandor sin igual en torno a ella. Lo siento, niña. —Y parece sincero cuando mira con sus ojos pequeños y negros a Egilo.

—La gloria más alta —rumia Teodora. Y seguidamente suelta el

dinero, coge la mano de su hija y se marchan a la carrera sin despedirse del adivino.

Cuando el traqueteo del carro se aleja calle abajo, Páncrates escupe en el suelo y comienza a recoger las banquetas.

—Hay gente que solo escucha lo que quiere oír… —rezonga para sí.

2

Corduba, anno Domini 696

—¡Qué ángel es este! —Wamba, su padre, irrumpe en su cuarto y pide a las criadas que la están acicalando que se marchen. El recio guerrero, barbudo y pelirrojo, mira a su ángel rubio de catorce años con embeleso. La adora y no tiene ningún problema en proclamarlo a los cuatro vientos.

—Gracias, padre. —Su presencia la reconforta. No está siendo una tarde fácil para Egilo. Hoy va a conocer a su futuro esposo y los nervios la carcomen por dentro. A veces siente un hormigueo en el estómago, otras, un retorcimiento doloroso. Solo su padre logra calmar esas sensaciones.

—¿Nerviosa?

Ella asiente. Él se sienta a su lado en el lecho y le acaricia el brillante cabello.

—No lo estés. Está todo solucionado. El tal Roderico es un buen partido y ya está todo hablado. Tú disfruta y embelesa a ese pardillo. —Y lanza una sonora carcajada.

—Padre, os oí a madre y a ti discutir hace unas noches. Ese hombre viene de una familia enemiga…

—¡En esta casa no se puede discutir en privado! —ríe Wamba.

Pero Egilo hoy no está para chanzas.

—No gritéis como locos, entonces. Os escuché yo y media ciudad.

Wamba suspira.

—Mira, hija, Roderico tiene sangre de reyes. Y sí, su familia ha estado enfrentada con la del rey actual con el que estamos emparentados. Pero esta unión ha sido bendecida por todos, es algo así como un pacto de paz. ¿No te parece hermoso? No solo mezclarás dos familias reales, sino que garantizarás la paz en el reino.

Egilo baja la mirada. Es inteligente y perspicaz para su edad y lo sabe, aunque cuando quiere expresar sus pensamientos sobre temas que, en teoría, se salen de su ámbito, su madre le suele reñir. Pero está con su padre…

—Pero esos pactos, esas alianzas se rompen… y entonces…

Wamba suspira.

—Y entonces, tendrás que estar con tu marido, claro está. Y, si te digo la verdad, seguramente yo esté contigo también. —La abraza con fuerza—. Mira, hija, tu madre lleva repitiendo años, desde que casamos a tu hermano, que ibas a alcanzar la gloria más brillante. Con este matrimonio serás, casi con toda seguridad, la esposa del próximo *dux* de la Bética. Y si el pacto que dices se rompiera, sería porque tu

marido querrá ser rey. Entonces, si es bueno para ti, ¿dónde crees que estaré yo? —Se pone la mano en la boca y susurra—: Eso sí, no te garantizo que tu hermano y tu madre hagan lo mismo. —Y las carcajadas vuelven a surgir como una avalancha de su bocaza. Egilo sonríe más tranquila—. Además, nuestros vínculos de sangre con la actual familia real son algo distantes y siempre nos han tratado con bastante desdén. Incluso ahora lo siguen haciendo… Entre tú y yo, son unos cretinos. —Egilo aprieta la mano de su padre—. Estate tranquila, mi ángel. Vive tu vida y preocúpate de las cosas cuando lleguen. Yo sé que tú eres la más inteligente de mi casa y que sabrás qué hacer en cada momento.

1

Toletum, finales de mayo, anno Domini 711

Egilo comienza a vestirse ante los ojos de su marido, que bebe desnudo sobre el lecho. No es el mismo hombre al que ha visto desfilar, recubierto de sus mejores joyas y armas, por las calles de la capital regia en el desfile de la victoria. Mañana, al alba, cabalgará al sur a combatir una nueva amenaza para el reino. No ha hecho otra cosa más que combatir desde que es rey. Al norte, al sur. Contra nobles levantiscos, contra salvajes montañeses, contra extranjeros.

Es un hombre grande y fuerte, cosido a cicatrices, sudoroso y relajado que contempla a su esposa mientras apura un buen trago de vino. Roderico es buen rey, valeroso y justo, pero también inclemente. Es buen guerrero, de los mejores, o eso dicen todos. Y es buen marido, o, al menos, según le cotillean sus doncellas, no peor que la mayoría.

No le ha pegado en demasía, le deja cierta libertad y siempre que pasa por la capital se encama con ella, aunque de momento no ha logrado darle descendencia. Sabe que eso lastra su relación, el ánimo de los dos, pero él podría haberla repudiado y no lo ha hecho. Y eso también lo agradece; no se lo ha echado en cara ni en público ni en privado. Aún, claro. También es verdad no se le escapa que su esposo vive una vida llena de correrías, aventuras y encuentros con un sinfín de mujeres. Desde mujerzuelas en campamentos a damas y doncellas allá donde va e incluso en el Aula Regia. Trata de no hacer caso a todas las habladurías que le llegan —porque, del mismo modo, cree que Roderico no ha podido tener vida suficiente para cabalgar tantas mujeres—, pero tantos rumores, tantas bromas susurradas en esquinas que ella capta, tantas miradas apenadas y comprensivas se le clavan como agujas en la piel. Duelen, se emponzoñan. Sus amigas dicen que todos son así, pero ella sabe que no todos son reyes. Cada día está más convencida de que su incapacidad para procrear tiene más que ver con las prácticas de su esposo que con ella. Se lo ha sugerido a él con muchísima sutileza provocando su ira, a sus confesores y compañeros, para que lo hablen con él, pero nada ha surtido efecto.

Roderico tiene muchas virtudes, pero su ira y su orgullo hacen que nadie sea capaz de lanzarle una reprimenda, una crítica, aunque sea velada.

Ahora, después de yacer, mientras la observa pensativo con esos ojos entre pardos y verdes, normalmente festivos y vivaces, que a veces tanto le recuerdan a su padre, lo percibe preocupado. Y eso le hace pensar a ella también. Está relajado tras el encame, pero también está meditando algo. Roderico es hombre de acción y no es muy dado

a ello, y cuando hace el esfuerzo, se le nota.

—Egilo, antes de marchar te quería dar gracias por tu lealtad. Sin ti y tu familia, lo que ha pasado no habría sido posible. O al menos, no así…

Piensa Egilo que Roderico tiene miedo de caer en batalla, pero no por el hecho de morir, que eso él no lo teme porque todos dicen que es un combatiente intrépido y que en combate es corajudo y se lanza el primero a la lucha, sino por el hecho de dejar algo sin decir. Que para eso es rey y debe tener siempre la última palabra. El mal que ha de combatir en el sur es algo extraño, no son los habituales vascones a los que acaba de diezmar, ni nobles levantiscos… No, son un pueblo de paganos que han saltado desde Ifriquiya. Dicen que han conquistado un gran territorio en pocos años y que son invencibles. Que ni el imperio de los romanos los ha podido frenar. Ya habían atacado alguna vez las costas sureñas. Campañas de rapiña, sin más. Llegar, asaltar, saquear y huir antes de que llegara un ejército bien pertrechado. Pero esta vez parece que no es así. Se han quedado. Se han adentrado en el territorio, han derrotado al ejército del *dux* de la Bética y parecen esperar al del rey. Muchos dicen que se marcharán, pero siguen plantando cara en el sur.

Lealtad. Esa palabra le produce una reacción a Egilo. Lealtad. Y como es mujer inteligente y sabe lo que se espera de ella, no dice nada mientras termina de abrocharse la capa para irse a sus aposentos. Pero no puede evitar fruncir el labio con una mueca de evidente desagrado. Es superior a ella. Sabe que no debe, que no es prudente, pero hay una fuerza subiéndole por la garganta que no puede evitar. Que no quiere evitar que salga. Que él es orgulloso, pero ella también. En público jamás se atrevería. En la privacidad de la alcoba…

Y él lo percibe. Es apenas un gesto. Una sonrisa sarcástica que se le dibuja en los labios. Una mirada acusadora.

La copa se estrella en el muro tras ella. Sabe que, si hubiera querido descalabrarla, lo habría hecho, pero aun así Egilo siente miedo.

—Maldita sea, ni cuando te halago pareces contenta.

—No soy yo, mi señor. Es vuestra conciencia.

Egilo se gira y va hacia la puerta, consciente de que ha provocado más de lo que conviene. Espera llegar a la puerta y salir antes de que llegue él. Pero Roderico es un león. Desnudo se interpone entre la puerta y ella, con el rostro desencajado por la furia.

Tiene el puño contenido. Cerrado. La piel blanca donde hace fuerza, roja el resto.

—Da gracias, Egilo, de que hoy solo quiera recordar tu apoyo y el

de tu familia, cuando no teníais por qué hacerlo, en los momentos difíciles. Cuando rompisteis los lazos de sangre con los vuestros y me apoyasteis. Pero palabras como las tuyas, a veces me hacen advertir que quien traiciona una vez…

Egilo pone una mano en su pecho.

—Sabes que eso no será así, mi rey. Discúlpame si te he alterado, no era mi deseo. No te preocupes por tu esposa, que sabes que estará siempre a tu lado. Ahora preocúpate de la guerra que viene y de volver junto a mí.

Su respiración se calma, se aparta de la puerta y la deja salir.

—Ya hablaremos a mi vuelta.

Ya caminando hacia su estancia, Egilo comienza a respirar fatigosamente, terriblemente asustada, sintiendo que en la alcoba de su marido ha corrido el riesgo de ser golpeada, humillada y asesinada a la vez.

Cuando oye la voz de Roderico aullando, llamando a sus consejeros y criados, sabe, con pesadumbre, que esa noche su marido yacerá con una o con varias más para borrar el recuerdo de su piel. Y no puede evitar apiadarse de ellas, aunque las odie.

0

Laguna de la Janda, julio, anno Domini 711

Cae a plomo sobre el suelo lanzado por su montura. El golpe es brutal y el peso de su armadura no lo suaviza, sino que lo agrava. Siente dolor en cada rincón de su cuerpo. Pero no pierde el tiempo y, apoyándose en su espada, se reincorpora del fango de la orilla de la laguna.

A su alrededor, los sonidos de la batalla lo inundan todo. No, no los de la batalla. Son los sonidos de la escabechina tras ella. La carnicería. La contienda ya está perdida para él y los suyos. Ahora, el ejército rival los está persiguiendo y exterminando. Es la hora de la matanza.

No encuentra su caballo ni ve a nadie conocido cerca. Sí muchos cadáveres de uno y otro bando a su alrededor. El polvo, el barro y la sangre lo cubren todo. Sabe que no es lo más inteligente, pero se desanuda el yelmo y lo lanza al suelo.

Un mauro —uno de los guerreros del norte de Ifriquiya que componen el grueso de las fuerzas de primera línea del ejército enemigo— lo ataca con una lanza, pero desvía la punta con la espada y en el movimiento de vuelta le abre la cabeza bajo el gorro de cuero que lleva y cae muerto.

—Puto cabrero de mierda —eso, seguramente, es lo que más le enfurece. Que ha sido derrotado por un ejército inferior en todos los sentidos, en lo cualitativo y lo cuantitativo. Un atajo de paganos que parecen pastores sin preparación y sin caballería que se precie de tal nombre. Luchan con brío y determinación, eso lo concede, pero no es suficiente. Solo la traición de parte de su ejército ha provocado semejante humillación.

—¡Señor! —Un jinete lo reconoce y se lanza a por él. Él levanta la mano llamándolo. Por fin, piensa Roderico, salgo de este infierno. Cree reconocer, por su figura, cubierta de hierro, a su buen Ataúlfo, pero no está seguro.

Una saeta derriba al jinete y encabrita al caballo.

La montura llega a él enloquecida, sus relinchos se elevan sobre el griterío y levanta sus cuartos delanteros. Lo patea sin piedad. Cae de cara al fango. Ahí, tumbado, es pisoteado. Su rostro se adentra en la tierra fangosa de la orilla de la laguna. El lodo se mete por su boca, su garganta y su nariz.

Con el paso de las horas, la muerte disfrutará de un amplio festín en aquel páramo. Su cuerpo mancillado será pisoteado por hombres y bestias. Alguien, nunca se sabrá si de los propios o del enemigo, le

robará parte de sus pertenencias. Un enemigo desconfiado lo apuntillará de una lanzada en la nuca que seguramente era innecesaria, pues llevaba horas con el rostro sumergido en el fango. Pateado, asfixiado, atravesado.

Y así, cubierto de lodo y sangre, es como muere un rey.

PRIMERA PARTE

LA CAUTIVA

«Con el fuego deja asoladas hermosas ciudades, reduciéndolas a cenizas; manda crucificar a los señores y nobles y descuartiza a puñaladas a los jóvenes y lactantes.
De esta forma, sembrando en todos el pánico, las pocas ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz».

CRÓNICA MOZÁRABE, 754

El último día

Algo olía a muerto, a podrido, en la ciudad con las primeras luces del día. Olisqueó el aire y cuando no supo descifrar qué era, lo achacó a la podredumbre y a la humedad que emanaba del gigantesco río que corría junto a la urbe. Él no estaba acostumbrado a esa tierra, a esos aromas, a estas plantas y, sobre todo, a tales cantidades de agua. Él era solo un muchacho de montaña y roca que no hacía demasiado había salido de su hogar para luchar, conseguir botín y, por qué no, ver mundo. Aunque, de momento, el mundo le había sorprendido, pero no le había deslumbrado en absoluto. Cuando lograra la suficiente riqueza volvería a su aldea convertido en un señor, buscaría una buena mujer y no volvería a salir de allí. ¿Qué se le había perdido a él en estas tierras?

Guardó la mala sensación de ese olor en algún lugar recóndito de su interior, pero no logró quitarse de encima una cierta inquietud, una malsana impresión. Sentía que aquel día no iba a ser bueno. Él no era demasiado sensible a estas cosas, pero su abuela sí. Ay, madre, si la abuela se levantaba sonriente, el día prometía; si gruñía y gritaba, el averno caería sobre ellos en algún momento de la jornada.

Ni todos aquellos oscuros augurios, ni cuánto echaba de menos su aldea y a su familia, evitaban que el joven dejara de afilar el filo de su espada. En eso seguía los rectos consejos de su padre, otro gran guerrero del clan. «Las herramientas de trabajo, siempre perfectas y listas», decía, y él siempre cumplía.

Y eso que sus armas, su espada, su lanza, llevaban tiempo con poca tarea. No era él uno de esos alocados sedientos de sangre que había en el ejército de los muslimes, pero sí que le gustaba la acción. Además, qué demonios, se le daba bien. Por eso le habían reclutado para la guardia del valí. Que era un honor y todo aquello, pero era ciertamente más aburrido. Tremendamente aburrido. Más soldada, también, pero, de momento, escasas opciones de rascar algo de botín.

Suspiró. Al menos, en los últimos días, estaban más alerta, y el valí no salía sin veinte hombres armados como mínimo. Él no entendía un carajo de todo aquello y el credo y la política de los muslimes le sonaban extraños, pero se decía que entre los árabes había disputa y algunos clanes querían matar al valí.

—Pues ya son ganas —rezongó en alto, pensando en que el valí era hombre discreto, algo callado, pero no parecía mala gente. Era verdad que no era festivo ni divertido y siempre tenía aspecto preocupado, pero no parecía que lo estuviera haciendo mal. Y, además, a los suyos, a las gentes de las tribus de Ifriquiya, los trataba

con respeto y confianza. Más que su padre que, como casi todos los árabes, los despreciaba e insultaba a la menor ocasión.

—¿Qué? —preguntó su compañero.

—Nada, nada…

—Qué raro eres, zagal.

Ahí quedó todo. Porque llegó el capitán y los aligeró a gritos. Los habían despertado hacía unas horas para que estuvieran prestos para este momento.

—Rápido, tenemos que escoltar al valí a la oración de la mañana. Al que no esté ya preparado, le arranco la piel del culo a varazos.

Él había pasado las últimas horas con una de las criadas hispanas de la casa con la que se amancebaba en ocasiones. Era bella y cariñosa, y él no pedía mucho más. Se acercó rápidamente a ella, le comentó adónde iban y le dedicó una última caricia y un último beso antes de marchar.

1

A unas leguas al norte de Toletum, junio, anno Domini 712

Parecía la talla de una virgen. Esculpida en la dura piedra o labrada en la firme madera, hierática, mirando a la inmensidad. No quería moverse un ápice, no quería centrar la mirada en nada cercano. Había vomitado, sin casi separar los labios, unas oraciones urgentes. E intentaba evadir su mente del ahora. Había recordado otro momento, ella también de pie y quieta. Sus primas bailando y riendo a su alrededor, un juego infantil de épocas pasadas.

Pero no podía. Notaba la orina escaparse y resbalar por su pierna. Se había fijado en un detalle, nimio, ante el horror que la rodeaba, pero que rompía cualquier técnica evasiva. Era un pie de mujer desnudo e inmóvil que sobresalía de la puerta de una choza cercana. No sabía de cuál de las damas de su séquito era, pero creía estar segura de que era de su querida Goswinta. La había visto desaparecer dentro arrastrada por unos hombres rudos y fieros. Ella chillaba y lloraba presa del pánico. No tenía demasiadas dudas sobre que aquel pálido pie, inerte, era suyo.

Y, de nuevo, cobraba consciencia de lo que estaba sucediendo.

Habían abandonado la *urbs regia* hacía día y medio ante los rumores de la llegada de aquel ejército invasor del que tanto habían oído, que tanto habían temido y que nunca habían visto. Aquel que en el sur había masacrado a su marido, según decían, porque corrían varias versiones, y hundido el reino.

Evacuaron a la reina y a sus damas, pero una partida de fieros mauros, así los llamaban, no tardó en alcanzarlos. Los valientes espatarios que la protegían emprendieron la huida al galope. ¡Corajudos guerreros! Solo un joven imberbe, estúpido a todas luces, se quedó con el carro y las aterradas mujeres. Desenvainó la espada. Todo un héroe. Con poco futuro, en cualquier caso.

Los mauros llegaron. Aullando, vestidos con pieles y cueros. Llenos de polvo y con lanzas y pocos lujos salvo algún yelmo godo, expoliado sin duda a algún cadáver de algún campo de batalla reciente.

El joven espatario no fue rival. Las lanzas se hundieron en su piel y un tosco cuchillo le abrió el cuello. Se derrumbó ante Egilo, cubierto de sangre y con los ojos perdidos en la eternidad. Ahí comenzó el saqueo, los mauros cogían a las muchachas y las abofeteaban y forzaban sin piedad, sin orden ni concierto. Las más bellas, sus amigas, fueron las primeras. Abrían arcones y robaban todo lo que podían. Las vidas de los siervos que conducían el carro y los animales

fueron segadas sin compasión.

Egilo se fijó en aquellos salvajes asaltantes. Sus barbas, sus cabellos, sus miradas ávidas de botín y sangre. Le sorprendió ver una cruz colgando del cuello de uno. Había oído que aquel ejército invasor estaba formado por paganos y herejes, miembros de una nueva religión.

Un lloriqueo la hizo descubrir a Baddo, otra de sus damas. Arrodillada a poca distancia de ella, gimoteaba mirándola. A pesar de tener nombre de gran reina, Baddo era una de sus damas menos queridas. Regordeta, más joven, chismosa y sin nada de realengo ni formación. Apenas una rústica cuyo padre había medrado a base de espada. Ni ella ni sus amigas la habían aceptado ni le habían hecho, en realidad, demasiado caso. Estaba en su séquito porque su padre, un espatario viudo de los predilectos de su marido, le había insistido al rey que la incluyera, y Roderico había aceptado sin dudar. Su marido no entendía nada de mujeres, salvo de encamarlas.

Pero allí estaba Baddo, a punto de morir junto a ella.

La técnica de estar parada sin hacer, sin mirar, sin decir, para que nadie reparara en ella no podía funcionar eternamente. Dos mauros se fijaron en ella y se acercaron sonrientes. Habían dejado las lanzas en algún lugar y solo portaban sus grandes cuchillos. Murmuraban algo. El acento, la forma de decir eran diferentes, pero en el fondo, creía Egilo, era una lengua similar a la suya.

Egilo no había roto a llorar, pero había llegado el momento. ¿Para qué mantener más el tipo?

—*¡Regina!*

El grito, el aullido más bien, sorprendió a la reina y a los mauros. Baddo, en la misma posición, aullaba aquella palabra una y otra vez. Los mauros se miraron el uno al otro sin comprender. Pero apareció un hombre grande, uno de los que llevaba yelmo godo —abollado eso sí— y los apartó a empellones.

El del casco se puso delante de Baddo y señaló a Egilo. La joven dejó de gritar y asintió con la cabeza.

Y entonces aquel conquistador miró a Egilo. Fue la primera vez que vio en la mirada de esos hombres comprensión e inteligencia. No sería la única. Egilo no supo en aquel momento, ni en el futuro, si eso iba a ser bueno o malo.

2

Había abandonado Toletum solo tres días antes, pero en cuanto apareció en el horizonte se dio cuenta de que no era la misma urbe que había dejado. La capital, la *urbs regia*. Una ciudad inmensa, asentada en un severo roquedal abrazado por el gran río. Hacía tres días era una comunidad aterrada, en estado de pánico. En aquel momento era pasto del latrocinio y el horror.

Las columnas de humo se elevaban hacia el cielo desde lo alto y también de los monasterios y villas dispuestas por la vega. Mientras se acercaban, pudo observar a partidas de saqueadores empujar carros y carretillas cargadas de botín y de recuas de prisioneros y esclavos.

Como ella, pensó Egilo.

Desde que Baddo la descubriera como reina. Los mauros las habían tratado a las dos con cierta distinción. No suponía ningún lujo, pero al menos las habían montado en un caballo, no las habían golpeado ni forzado y las habían alimentado. Más que a sus damas. De siete, una había muerto en el asalto y otras dos aquella misma noche. A las que habían sobrevivido a aquel infierno de violaciones en grupo y palizas, las habían arrastrado, envueltas en un mutismo atroz roto solo por algún esporádico llanto, los pies y las manos atadas a una soga, de vuelta a un hogar que solo les podía ofrecer un negro porvenir.

Marcharon hacia el antiguo circo romano de la ciudad, situado a los pies del conjunto urbano. Egilo no sabía qué iba a ser de ella. ¿Sería una cautiva de realengo? ¿Pedirían un rescate? Pero ¿a quién? ¿Quién iba a pagar nada por ella? ¿Quedaba alguien vivo de los suyos? Su marido se había evaporado tras la gran derrota del sur. Corduba había sido tomada a sangre y fuego y nada sabía de sus padres y hermanos… ¿Quién quedaba para ella?

Cuando se acercaban a la imponente ruina romana, Egilo palideció. Aquellos salvajes habían colgado de cruces a varios godos visiblemente torturados. Cortes, quemaduras, golpes, mutilaciones innombrables. No quiso fijarse en los rostros ensangrentados, no sabía si soportaría reconocer a alguno. Su pavor se empezaba a mezclar con un odio visceral a sus nuevos enemigos. Los cadáveres se amontonaban aquí y allá. Mutilados, desnudos muchos de ellos, solo protegidos de la intemperie por la sangre y la mugre resecas. Salvajes, asesinos.

Ella había conocido el antiguo circo convertido en mercado, con los puestos alojados en sus arcadas, o como recorrido para procesiones religiosas, pero esa jornada, aquel imponente edificio, recordatorio de

los viejos tiempos imperiales, era un centro de muerte y terror.

Decenas de hombres y mujeres atados esperaban su destino sentados en una explanada. A todos se les veía golpeados y heridos de una manera u otra. Sus miradas eran de un terror resignado, esperaban y deseaban un final rápido tras haber sentido el horror infinito. Sus ojos pedían a gritos que terminara todo aquello inmediatamente, de la forma que fuera; su mayor temor en aquel instante era que volviera a empezar de nuevo el tormento. En otro sector, un grupo de soldados ejecutaban a buen ritmo a un gran número de hombres y mujeres. Las cabezas de los decapitados formaban ya un montículo a la vista de las próximas víctimas que lloraban, rezaban o gritaban, daba igual. Se percató de un detalle perturbador: los industriosos matarifes eran mauros, pero quienes supervisaban y señalan a las próximas víctimas eran godos. Compatriotas suyos.

Egilo sentía que el estómago se le revolvía, quería vomitar todas aquellas sensaciones, todas esas imágenes grabadas a fuego, pero no podía. Gritó cuando vio que a sus damas las llevaban hacia la zona de prisioneros, pero el mauro del yelmo la agarró con fuerza y la obligó a seguirle.

—¡Deteneos! —Una voz que enseguida reconoció como de uno de los suyos llamó a los mauros. Se frenaron. Ante ellos había un grupo de godos, con la panoplia de guerra completa.

Egilo ya sabía que muchos compatriotas se habían unido a los invasores, de hecho, muchos rumores apuntaban a que una facción del ejército del reino, conducida por familiares suyos, había traicionado a Roderico y favorecido la derrota. Había quien, incluso, aseguraba que los invasores habían llegado llamados por nobles godos.

El líder del grupo se quitó el yelmo y confirmó las sospechas de Egilo. Era su primo Oppas, obispo de la ciudad de Híspalis, que en todos los rumores aparecía como instigador de la traición, como perro laborioso de los invasores. Era un hombre algo mayor que ella, de pelo rubicundo y cara redonda. Resultaba anodino, poco atractivo, salvo por unos pequeños ojos afilados y claros que parecían clavarse como flechas donde miraba. A ella, influida por su padre, que lo despreciaba, y su marido, que lo odiaba, nunca le había caído bien, pero tampoco lo había visto demasiado hasta ahora. Decían que era un hombre inteligente y ambicioso. Y eso solía traer problemas cuando uno es hijo de un antiguo rey y hermano de otro, como era el caso. Oppas era el hermano menor del antecesor de Roderico, Witiza. Su esposo, no pocas veces, se había referido a él como «un apestoso y doloroso grano en el culo».

—Esa mujer pasa a ser mi prisionera —aseguró sin dejar más opción.

El mauro del yelmo negó con la cabeza.

Los godos de Oppas desenvainaron sus espadas. Sus captores agarraron lanzas y cuchillos. Aquellos hombres eran aliados, pero a todas luces no estaban demasiado bien avenidos.

—Deteneos.

Una voz bramó en latín. Dos hombres irrumpieron entre ambos grupos. Eran hombres extraños, de rasgos claramente orientales y piel aceitunada. El que hablaba era un hombre pequeño y calvo, que tenía un acento extraño, pero que dominaba la lengua en la que se expresaba. A quien acompañaba, y al que parecía que hacía de traductor, era un hombre grande, de buenas ropas de guerra, de melena oscura como la noche salpicada por canas, con un ojo tapado por un parche de cuero. El otro desprendía fuego.

—Dile al Tuerto que esta mujer es de mi familia y que, por tanto, asumo su custodia.

El hombre pequeño habló a su amo en una extrañísima lengua.

—Es la reina, señor —dijo el mauro del yelmo.

El traductor explicó a su señor, aquel al que llamaban el Tuerto, las sencillas palabras del mauro.

Frunció los labios y habló. Poco.

—Nuestro señor dice que esta mujer pasa a estar bajo su directa custodia.

Y dio la espalda a todos y comenzó a alejarse. A Oppas se le vio visiblemente contrariado. Egilo se sintió ligeramente aliviada de no haber acabado con él, aunque temerosa de lo que le esperaba con el Tuerto. «No hay opción buena para mí», se lamentó. Pero ella era Egilo, era una reina, y el orgullo que había mantenido dormido durante sus primeras horas de cautiverio, reapareció.

—Mi señor —gritó dirigiéndose al Tuerto—. Soy una reina y, como vuestra rehén, exijo tener los derechos que por mi rango necesito. Mis damas han sido apresadas y las requiero.

El lengua departió con el Tuerto, que ni siquiera se volvió. Intercambiaron unas frases y el Tuerto continuó su camino. El intérprete se volvió hacia ella.

—¿Esa es una de tus damas? —señaló a Baddo y ella asintió—. Pues ella se queda contigo. Una dama es suficiente para una reina sin reino. Esa es la decisión del Tuerto.

No era lo que esperaba Egilo. Solo pensar en quedarse tanto tiempo con una estúpida como Baddo la asqueaba. Pero sabía que no podía tentar más a la suerte. Más después de aquella frase que la

acaba de sentenciar. Una reina sin reino.

Después el traductor, sin mirar a Oppas, se dirigió al mauro del yelmo.

—Capitán, seréis recompensado. Llevad a la reina a las dependencias de nuestro señor.

Oppas miró al Tuerto, al intérprete y a Egilo, y masculló su humillación y su ira.

3

El mundo siempre aprendía a lamerse las heridas rápido. Y a levantarse; era, simplemente, ley de vida. Toletum tardó unos días en, poco a poco, recuperar una cierta normalidad. Más allá de las purgas, los asesinatos y saqueos —los de los invasores y los de los colaboracionistas— y las recuas de esclavos que se amontonaban en cercados y establos a la espera de partir hacia el sur, la gente comprendió que la vida iba a ser parecida a la de antes solo que con otros amos. Otros amos y otra guerra y calamidad encima que superar. E intentaron, aterrados, preocupados y con la incertidumbre sobre sus almas, volver a sus trabajos y a sus fatigas diarias. A preocuparse de lo verdaderamente importante para la mayoría: tener algo en la escudilla para comer y para alimentar a los suyos.

Era lo que pasaba con las guerras. Al final, a la gente llana le da un poco igual ser dominada por unos o por otros, más allá de los habituales excesos de pillaje, muerte, latrocinio y violación cometidos en el fragor del asalto. Después, las ejecuciones, las purgas, las torturas se habían centrado en los guerreros y los nobles. Además, y eso había corrido como el agua desde el antiguo circo hasta los arrabales, el río y la parte alta de la ciudad, quienes habían dirigido esa campaña de muerte habían sido los partidarios del antiguo rey Witiza. Ellos señalaban, y aquellos paganos llegados del infierno no tenían ninguna clemencia: ejecutaban y torturaban sin piedad y con crueldad extrema.

Era cierto que la cosa no iba a resultar fácil. Pero ¿cuándo lo había sido? Las últimas décadas no, desde luego, y menos en aquella tierra: guerras civiles, sucesiones tormentosas, pestes, hambrunas… El reino de los godos era un reino rico y poderoso, algunos decían que comparable al imperio de Oriente, pero para las gentes de a pie poco importaba eso. La comida escaseaba y la parte de la población que había sido diezmada no compensaba el mantener al nutrido ejército de miles de hombres en la ciudad. Los mercados volvían a moverse, pero los alimentos llegaban con cuentagotas, cuando no eran requisados o saqueados por los nuevos señores.

Egilo y Baddo vivían en la antigua sede episcopal del obispo metropolitano, que huyó cobardemente, dicen que a Roma, al poco de comenzar la guerra, y que el Tuerto había requisado para su plana mayor formada por aquellos guerreros, la élite de aquel ejército, de origen árabe. Hombres extraños que hablaban aquella incomprensible lengua, musical y a veces suave al oído, que a Egilo le parecía, en ocasiones, un idioma celestial y otras una letanía nacida de los

infiernos. Ellas disfrutaban de buenas estancias, comían y hasta les permitían dar breves paseos siempre escoltadas.

Egilo apenas intentaba hacer nada más. La reconcomía pensar en el futuro, pero también en su familia y conocidos. ¿Qué habría pasado con ellos en la toma de Corduba? ¿Habrían muerto todos? La reina dormía mal; aquellas noches en que lograba conciliar el sueño, las pesadillas agitaban su cuerpo y su respiración. Estaba inapetente y, cuando comía con verdaderas ganas, los alimentos le revolvían el estómago. Se sentía sola en un torbellino.

Tenía demasiado tiempo y eso siempre conduce hacia la melancolía, hacia el recuerdo obsesivo y recurrente. Ora despierta, ora dormida, volvía una y otra vez al salvaje asalto sufrido cuando huía de la ciudad. ¿Cómo olvidarlo? ¿Dónde estarían sus amigas y doncellas, las que sobrevivieron? Pero también su mente viajaba incansable a su vida familiar, de niña y de chica, en Corduba. Y también a sus años de casada con Roderico. Con añoranza, con deseo. Tanto que, no pocas veces, se preguntaba, ¿de verdad fueron todos esos tiempos tan dichosos? Ella sabía que no, pero en aquella hora de oscuridad, en comparación, toda memoria rezumaba felicidad.

Ella, que siempre había presumido de estar y ser impecable, se dejaba llevar. Se notaba con los ojos hinchados. No cuidaba ni mimaba su aspecto como debería, a pesar de que la ágil Baddo había recuperado parte de su vestuario. ¿Para quién debía estar impoluta? En realidad, ella sabía que en esos momentos de dificultad era cuando más debía brillar, cuando más debía realzar y mantener su estado, como le había enseñado y repetido su madre, pero se sentía incapaz de hacerlo.

El pasado dolía. El presente agobiaba. El futuro aterraba.

¿Alguien más se sentía así? Alguien más que siguiera con vida, claro. A veces, se sentía tentada de preguntar a Baddo si dormía bien, si la preocupación la destrozaba por dentro como a ella. Pero se contenía. No quería mostrar a aquella mujer más confianza de la que tenía. Preguntarle cómo se encontraba le parecía poco adecuado, falso e innecesario. Ni Baddo era como ella, ni su sufrimiento podría ofrecer consuelo alguno. Si acaso, un ligero placer malsano.

Baddo, a decir verdad, parecía feliz y adaptada a la nueva situación. Nunca se había fijado lo suficiente en ella para saber si era su estado habitual o no. Hacía uso de su libertad y salía y entraba del palacio a placer. Egilo seguía sin conectar con ella, le parecía vulgar y desagradable, pero se sentía mal pensando así de la mujer que, estaba segura, había salvado su vida, aunque comenzaba a ver la utilidad de tenerla a su lado. Aquella jovencita hablaba con todos y de todo,

volvía siempre con información, con chismes, con noticias. Resultaba difícil saber qué era verdad y qué no de lo que aquellas dos orejillas captaban, pero era útil y, cuando no, entretenido.

Un día se decidió a preguntarle por su padre, de quien ella sabía que era devota.

—¿Acaso no te preocupa dónde pueda estar tu padre, Baddo?

Ella bajó la mirada y un destello de una pena profunda cambió su pizpireta expresión habitual. «Así que tú también sientes», juzgó con excesiva crueldad antes de escuchar su respuesta.

—Mi padre está muerto, mi señora —respondió Baddo, tranquila, y eso fue algo que irritó a Egilo—. Era fiel como un perro de caza a vuestro esposo. Si él cayó muerto en la batalla, mi padre no estaría muy lejos de él. No tengo duda.

—¿Y no tienes más familia?

Negó con la cabeza.

—Nadie que desee buscarme o que yo desee buscar en un momento así, por lo que entiendo que lo sincero sería decir, a pesar de los lazos de sangre, que no.

No volvieron a ver durante aquellos días al Tuerto, que paraba poco por el palacio, pero sí a su lengua, Alí. Venía a verlas para preocuparse por si estaban bien atendidas y para trasladarle a la reina preguntas y curiosidades que su comandante tenía sobre el reino y la capital. Egilo pensaba con detenimiento las respuestas: aquel hombre era el enemigo y no quería ayudarlo en su abominable tarea de muerte y conquista, no quería convertirse en un traidor como Oppas y los suyos, pero tampoco quería desagraviarle porque todo indicaba que su futuro dependía de él.

Con todo, cogió cierta confianza con Alí. Era un hombre de un lugar de allende los mares llamado Siria, del que Egilo había oído hablar. Su familia se dedicaba a comerciar con los árabes desde hacía generaciones, así que cuando se alzaron en armas para conquistar el mundo en el nombre de su profeta Muhammad, no dudaron en convertirse y unirse a ellos. Alí dominaba el griego, el latín y el árabe, por lo que siempre había resultado útil a sus señores.

Con él, Egilo empezó a descubrir cosas de aquel nuevo mundo que había aplastado al suyo: aquel profeta nacido en las lejanas arenas de Arabia, el califa que los gobernaba, sus gigantescas conquistas, su casi segura victoria contra el imperio de los romanos… También supo que el Tuerto era un hombre originario de las tierras de Mesopotamia, como su señor, un hombre llamado Muza por el que Alí mostraba tanto temor como admiración, y que también estaba en el reino, sitiando la ciudad de Emérita Augusta. Los árabes eran los

comandantes y las tropas de élite de aquella imparable armada que se había nutrido de pueblos conquistados como los mauros, del norte de Ifriquiya, pero también tropas de ciudades y puertos por todo el mar.

Aquel hombre calvo, de ojos oscuros, maneras suaves que sabía endurecer su voz cuando interpretaba las palabras de su señor, le supuso una puerta a un mundo que la aterrorizaba, pero que, en cierto sentido, también la fascinaba. Aunque sabía asimismo que, como ella misma hacía, Alí elegía con prudencia los temas y las palabras que dirigía a aquella mujer que, en teoría, seguía siendo la reina de los godos.

Egilo pensaba en ello constantemente. ¿Reina de qué? La capital asaltada y tomada, la gran ciudad de Emérita Augusta sitiada y, por lo que se decía, pronto conquistada… ¿Qué reino quedaba? ¿Cuál era su futuro sin marido, familia o reino? El Tuerto parecía tener razón cuando la llamó reina sin reino. Intentaba alejar de su cabeza aquellos pensamientos, pero, cuando lo hacía, acababa volviendo a su cabeza aquella última imagen de sus damas, sus amigas, atadas, violadas y ultrajadas camino a un corral de esclavos con un destino incierto, pero sin duda tenebroso.

Aquella imagen, de una manera irracional, hacía que la antipatía contra Baddo bullera.

—¡Mi señora!

Se sobresaltó al descubrir a la moza a su lado. No la había oído entrar en la estancia.

Se tranquilizó.

—¿Qué ocurre, Baddo?

—Traigo noticias frescas. —Y sin esperar a que le diera permiso para hablar, continuó—: Me he encontrado con el capitán de los mauros que nos capturó, ¿recordáis aquel del yelmo godo? Pues ese que, por cierto, es cristiano o al menos algo parecido, es un hombre bastante agradable, salvo por su tendencia a gritar demasiado. No sé si de tanto chillar órdenes a su tropa o porque en alguna batalla le han debido dar en las orejas y por eso lleva el casco… —Egilo gruñó para que retomara la narración—. Sí, sí, bueno pues me ha dicho que han llegado mensajeros a la ciudad esta mañana: ¡Emérita Augusta ha caído! El señor del Tuerto ya marcha hacia aquí. Así que las cosas van a cambiar… He preguntado y me han dicho que parece que en la Tarraconense un noble godo se ha proclamado rey y pretende resistir a estas gentes. ¡Pobre! Le deseo la victoria, Dios lo quiera, ¡pero ya puede tener un buen ejército!

Egilo no supo si era estupidez, imprudencia o mala idea. ¡Cómo deseaba aquella cretina la victoria de ese usurpador, fuera quien

fuera! Refrenó su enfado y dejó de escuchar la chachara de su dama. Trató de asimilar la información. No tenía claro si le preocupaba más la caída de la ciudad lusitana o lo del nuevo rey. Todo parecía jugar en su contra. A riesgo de ser un pensamiento blasfemo, comprendió a Jesús en el monte Calvario: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Estaba a punto de romper a llorar.

Alí entró en la cámara. Cortó la conversación de Baddo y dio a Egilo la oportunidad de recomponerse.

—Mi señora, dos señores quieren visitaros. El Tuerto ha dado su consentimiento, pero yo estaré presente, si no os incomoda. ¿Les hago pasar?

Le sorprendía aquella cadena de visitas, pero ¿acaso tenía algo mejor que hacer? Asintió, sin poder evitar una sonrisa ante aquel «si no os incomoda». «Tener un espía en la conversación, ¡no, por favor! ¡cómo me iba a incomodar!», pensó sarcástica. Recordó que su Roderico la habría abofeteado por aquella sonrisita irónica. Tan bien se conocían los dos. ¿Echaba de menos aquello o realmente disfrutaba de aquella mínima libertad?

Entró primero Oppas, vestido con capa y ostentando una gran cruz de plata al pecho.

—Mi señora —inclinó la cabeza.

—Mi señor, obispo de Híspalis —saludó ella mientras él se sentaba enfrente y Alí se acomodaba en una esquina de la estancia.

—¿Cómo os encontráis, prima? ¿Os tratan como corresponde a vuestra categoría?

Quiso reír, pero se mantuvo firme. En eso, nadie le podía ganar, la habían enseñado desde niña a saber estar, a ser una reina.

—No tengo queja, gracias por vuestra preocupación, primo. —Aunque ese «primo» denotaba muchas más cosas que el «prima» dicho por él.

—Debéis saber que Emérita Augusta ha caído y con ella los restos del ejército de vuestro esposo. No queda nadie que resista al invasor, más que un *dux* llamado Aquila que se ha proclamado rey en la Tarraconense. Y al que no auguro mucho éxito, os lo aseguro. —Hizo una pausa y sus rasgados ojos esmeralda se fijaron en los suyos—. Egilo, tenemos que prepararnos para el futuro que viene y que, Dios así lo ha querido, tendrá que ser bajo el manto del califa y sus seguidores.

—¿Tenemos? Oppas, soy cautiva del Tuerto. Mi destino dependerá de él.

—Lo sé, soy consciente —y miró de reojo a Alí que escuchaba impasible—, pero quería sugeriros algo. Mi hermano mayor Sisebuto

está viudo, ¿por qué no le proponemos que os caséis con él?

—¿Cómo? ¿No somos acaso primos? ¿Y no dice la ley del reino, que una reina viuda debe abrazar el monacato con alegría? Me turba que sea un obispo quien me pida desafiar las leyes de la Iglesia y del reino a la vez.

Oppas meneó su regordeta mano inflada de anillos de oro.

—No primos hermanos, somos primos lejanos nada más. Una vez comprometidos, propondría al Tuerto que os corone reyes de Spania bajo el mandato del califa y sus hombres. Unificaríamos de nuevo el reino bajo la sangre de los dos últimos reyes, Witiza y Roderico… Estas gentes son poderosas, pero inconsistentes. No pueden mantener un reino y no va en su naturaleza, además. Atacar, saquear y quizá poner un rey amigo que pague tributos. Eso creo que es lo que va a pasar y para lo que deberíamos prepararnos, señora.

A Egilo le sorprendía que dijera aquello tan tranquilo y en presencia de Alí.

—Habláis de Roderico rey, al que vosotros traicionasteis y condenasteis, Oppas. —Egilo disfrutó cortando las ensoñaciones del obispo—. Todo el mundo sabe y nadie olvidará que vosotros vendisteis el reino a sus nuevos señores.

Oppas se levantó enervado.

—¡No os atreváis a hablar de lo que desconocéis, mujer! Vuestro esposo era un pecador y un mal rey que estaba llevando a esta tierra a la catástrofe. Mi familia y yo solo hicimos lo que teníamos que hacer para salvar este reino. Estábamos en guerra con él, pero nos unimos a él para combatir al extranjero, aunque cuando vimos que no había opción, elegimos el bien del reino. Para salvarlo.

—¿Salvar? —Egilo mantuvo una voz calmada, disfrutaba sacando de sus casillas a aquel hombre al que despreciaba, pero, en realidad, aquella gentuza vendida a aquellos paganos infames despertaba una caldera en su interior—. Mi señor, obispo de Híspalis, en esta ciudad se ha llamado de todo al metropolitano porque, en cuanto llegaron las noticias de la derrota del ejército del reino, huyó de su sede abandonando a su grey, marchó a Roma dejándonos sin guía ante los lobos. Pero él es un santo varón, tenedlo claro, si lo comparamos con otros señores de la Iglesia que han entregado el reino a un ejército de paganos que extienden su demoniaca nueva creencia. Y eso, sin dar crédito al rumor, que dice que fue vuestra familia quien llamó a este ejército del infierno. —Oppas bufó y se volvió a sentar. Ella prosiguió —: Además, ¿acaso habéis compartido vuestro extraño plan con el Tuerto?

—Sí.

—¿Y os ha dado su bendición?

—No ha dicho que no.

Egilo rio.

—Nada hará hasta que no se vea con su señor, por lo que me han dicho.

Oppas decidió no seguir soportando tanta humillación y se levantó.

—Pensad lo que os he planteado, Egilo, pronto tendréis que elegir cuál será vuestro futuro. Que tengáis buen día, prima.

—Tened por seguro que yo no tendré que decidir nada, primo, soy una cautiva. Que tengáis vos también un buen día y que Dios os guarde. —Y la intención de estas últimas palabras, lanzadas como un venablo letal, acompañaron al obispo en su salida de la alcoba.

En la puerta, ya esperaba su segunda visita. No lo conocía. Era un hombre mayor, de barba salpicada de canas y armadura brillante, que parecía inequívocamente del reino.

—Pasad y presentaos, mi señor, no os conozco.

El hombre inclinó la cabeza y, sin sentarse, respondió:

—Me llamo Urbano, soy el gobernador de la ciudad de Septem, mi señora. Pronto regresaré a mi tierra y quería presentaros mis respetos, pues conocí a vuestro esposo. Como dama cristiana, he sentido la obligación de preocuparme por vuestro estado.

El nombre de Urbano y de la ciudad de Septem resonaron en la cabeza de Egilo. Todo el mundo conocía cuál era la historia que los relacionaba con su marido y no era, en absoluto, de su agrado. «Ni muerto el rey, ni invadido el reino, los rumores sobre las damitas de Roderico me abandonan», pensó con un fastidio que se podía masticar. No dejaba que su inquietud se dejara ver y rearmó su dignidad y su hostilidad.

—Ah, otro de los traidores a nuestro reino. El hombre que facilitó la llegada de nuestros invasores por mar, por lo que he oído.

El hombre se sentó y sonrió. No parecía que esperara otro recibimiento.

—Mi papel ha sido pequeño, mi señora. Tened por seguro que sin mi ayuda los muslimes habrían llegado aquí inevitablemente. También recordad que fui leal tanto a Witiza como a vuestro esposo, sin ser vasallo, solo aliado, y que a los dos avisé del peligro que se acercaba, a los dos pedí refuerzos para defender mi ciudad y los dos me obviaron y olvidaron a mi suerte. Guardé más lealtad a Toletum de la que sus reyes guardaron hacia mí y los míos. No iba a inmolar a mi gente por una corona a la que resultábamos invisibles.

Egilo no quiso entrar en aquellas cuestiones que ciertamente

desconocía. Pero para ella, estos hombres eran peores que sus captores. Traidores al reino, a la fe.

—Ya me habéis presentado vuestros respetos, así que podéis marcharos, conde —aunque había una cuestión que ardía en su pecho—. ¿O en realidad habéis venido a comentarme otra cosa, Urbano?

El noble negó con la cabeza porque percibía de dónde venía el principal foco de hostilidad de la reina. Era una corriente pestilente que, sin mencionarla, corría entre ambos de una manera invisible, pero casi palpable.

—No os hago responsable de los actos de vuestro esposo, mi señora, no temáis.

Ella se enfureció, ahora realmente, y escupió su respuesta con fuego.

—Ya no temo a nada, conde —mintió—. Y menos a las patrañas. El rey Roderico no forzó a vuestra hija.

—Jamás he dicho que la forzara como se ha murmurado en todas partes, mi señora. Ni yo ni mi hija, que, por haberse cruzado con vuestro esposo, que se pudra en el infierno, ha sufrido más de lo que merece cualquier joven. Pero sí os puedo decir que vuestro marido lo debió intentar, lo lograra o no, y deshonró con su conducta a mi hija y su trono. Deshonró a una joven que estaba bajo su custodia para su formación y guarda.

—Embustes y patrañas, Dios os hará pagar esas calumnias y el haber vendido el reino a los paganos.

Urbano se encogió de hombros.

—Puede. ¿Quién conoce la voluntad de Dios? No hemos elegido los tiempos que nos ha tocado vivir y solo hacemos lo que creemos que es correcto, en función de nuestro rango y nuestra responsabilidad. ¿No es así, mi reina?

Se levantó y abandonó la habitación con una inclinación de cabeza ante la reina.

Egilo se quedó visiblemente contrariada y afectada. Alí abandonó silenciosamente la habitación y Baddo se acercó a ella.

—Vete, quiero estar sola.

Pero cuando levantó la cabeza para verla salir vio que su deseo iba a resultar imposible. Allí volvía a entrar Alí, a la carrera.

—Mi señora, preparaos. Mi señor os anuncia que mañana saldremos al encuentro de nuestro señor y valí, Muza Ibn Nusair, que Dios lo proteja y lo guíe.

4

—¿Qué harás cuando lo veas, padre?

La pregunta le llegó a un jinete que, por edad, debía ser un anciano, pero, por el porte, era como todo el mundo se imaginaba a los primeros compañeros del Profeta. Algo que, aunque falso, él mismo se había ocupado de pregonar hasta convertirlo en verdadero: que era descendiente directo de aquellos míticos primeros hombres de Muhammad. Recio, corajudo, arriesgado y valeroso. Hombre de fe inquebrantable y de espada veloz. Sus ojos no dejaban ver las decenas de arrugas y canas que cubrían su rostro porque eran un fuego que solo la muerte podía eclipsar. Sus hombres lo seguían con lealtad ciega. Era un conquistador y ellos lo sabían. Bajo su guía, siempre habría botín y recompensa en el paraíso.

Se volvió hacia él en su montura y miró a quien lo interrogaba. Lo fulminó con su mirada, pero no respondió. Bufó y dirigió de nuevo la vista al frente.

Abdel Aziz también seguía con lealtad y devoción a su padre, pero obviamente, no era como él. Superaba la treintena y todavía hoy su voz se mostraba en exceso respetuosa, demasiado temerosa, cuando lo inquiría. Por lo demás, era un buen guerrero, pero no brillante; era valeroso, pero nunca tanto como su progenitor, y, además, era cerebral e inteligente, cuidaba de las cuentas y la intendencia del ejército, cosa que su padre no solía atender, lo que para él, para muchos, era tomado como indicio de exceso de prudencia y, aunque nadie se atreviera a decirlo, cobardía.

Nada, nada de lo que hiciera, parecía hacerle merecedor de la estirpe de su padre, el gran Muza Ibn Nusair, conquistador de Ifriquiya e Hispania. Y del nombre que este le puso, en honor a su gran patrocinador y señor, Abdel Aziz, hermano del anterior califa, Abdel Malik.

Al menos, no a los ojos de su progenitor. Él prefería a su primogénito, Abdalá, al que había dejado guardando las tierras africanas, y no perdía ocasión de hacer visible su elección.

Sabía que la pregunta que le había lanzado le molestaba, le hería. Pero la hizo porque era necesaria. Temía lo que podía hacer cuando se encontrara con el Tuerto, su subordinado. Un hombre en el que confiaba ciegamente, pero que le había desobedecido. Que había iniciado la conquista de Hispania, que no estaba planeada, sin esperarle ni consultarle. Cuál de las dos cosas le había molestado más a Muza era difícil de saber.

Muza había tomado a sangre y fuego una ciudad de maravillas

sin fin como Emérita Augusta. A un alto precio. Pero no había querido quedarse a disfrutarla. Había dejado a un subordinado al mando y con una tropa veloz había decidido partir hacia Toletum, bajo las blancas banderas del Profeta, a encontrarse con el Tuerto. Eso para un hombre que disfrutaba como pocos del botín, de la celebración de la victoria, ya decía mucho de su estado de ánimo. Sus actos denotaban una ira silenciosa y ponzoñosa que le urgía a encontrarse cuanto antes con su cliente y subordinado. ¿Qué haría cuando lo viera? Nadie podía vaticinarlo.

Abdel Aziz sabía que Muza adoraba al Tuerto más que a él. Era de esos hombres con los que su padre se sentía cómodo e identificado porque le recordaban a él en décadas pretéritas. Cuando había que presentar batalla, eran los primeros, estaban excitados y gritaban prestos; no como él, que siempre hacía preguntas, siempre tenía dudas. Él tenía fe en Dios y la espada, pero también en el oro y la plata, en los hombres y las bestias, en los sacos de comida, y pensaba que necesitaban un ejército y recursos para triunfar. A veces, preguntaba a Dios por qué lo había hecho así, pero otras se sentía confiado en que tenía una misión indispensable y única para hacer triunfar a su ejército en la guerra santa.

Pero el Tuerto había desafiado a su padre, y eso Muza no lo consentía. ¿O sí? Porque, en el fondo, ¿no le había dado un reino de riquezas infinitas para ofrecérselo al califa? ¿No habría hecho él lo mismo? Estaba iracundo, había gritado varias veces que iba a desollar vivo al chacal del Tuerto, pero, después de todo, nadie creía que lo fuera a hacer. Aunque si lo hiciera…

«Si hubiera sido yo quien lo hubiera desafiado, lo haría sin dudar», pensó con amargura. Intentaba ser un leal hijo y servidor, pero era duro sobreponerse a tantos años de escrutinio y reproches de su padre.

Sintió una mano en el hombro que le sacó de su ensimismamiento. Sin mirar, sabía quién era, y sonrió. Su fiel Al Fihri un hombre de estirpe gloriosa y leal, capitán de su padre y el mejor amigo de Abdel Aziz. Habían crecido, aprendido y guerreado juntos. Su padre lo designó, siendo niños, como compañero de su hijo y ambos cumplieron con creces. Habían desarrollado una inquebrantable lealtad, solo empañada porque, cómo no, su padre valoraba más a Al Fihri, este sí descendiente de los primeros compañeros del Profeta, que a él.

—Déjale, Abdel, él sabrá lo que ha de hacer.

Abdel se encogió de hombros y asintió.

—Pero me preocupa que haga algo contra el Tuerto. Es nuestro

comandante al que más lealtad tienen las tropas mauras, que son las mayoritarias de nuestro ejército. No sé cómo reaccionarían…

—Pero, en tu fuero interno, te gustaría que lo castigara, ¿no?

Abdel sonrió.

—¿Cómo piensas eso de mí? Sabes que tengo muy buena opinión del Tuerto, pese a todo.

Al Fihri se rio con esa mueca burlesca tan deslumbrante, tan rebosante de encanto natural que poseía.

—Pero yo no me refería a eso, ya lo sabes.

Y sonriendo, los dos siguieron cabalgando por aquella tierra verde que tanto los había impresionado.

Un jinete llegó a galope a la comitiva. El Tuerto y los suyos se aproximaban. Pronto, muy pronto, las preguntas de Abdel Aziz hallarían respuesta.

5

Respiró el aire fresco que le llegaba de las impresionantes montañas que la miraban desde el norte. Aunque Egilo estaba preocupada por lo que este viaje iba a suponer para su futuro, agradecía avanzar a campo abierto y haber podido salir de Toletum. La acompañaba Baddo que, como siempre, no paraba de hablar y, en cuanto tenía ocasión, se movía por toda la columna del ejército para cotillear y conversar con quien podía y se dejaba. La reina percibía que la dama también sentía antipatía hacia ella y no la podía culpar. El sentimiento era mutuo, y ella, por su situación y rango, no tenía ni la más ligera intención de ocultarlo. Bastantes cosas debía esconder en su comportamiento ya. Sabía que tenía que estar agradecida, pero había días en que dudaba si no habría sido mejor que no la hubieran reconocido y la hubieran matado allí mismo. Días en los que pensaba que se habría cambiado por su amiga Goswinta sin dudar. Y esas dudas, esos sentimientos contradictorios también se los hacía pagar a Baddo. Era a la única que podía hacer sufrir sin temor a represalias, y lo aprovechaba.

El Tuerto comandaba aquella columna que atravesaba los campos más lenta de lo que su comandante requería. Cabalgaba adelante y atrás para ordenar más prisa, más celeridad, menos tiempo de descanso. Pero también había pedido traer carros llenos de tesoros y una selección de fuertes esclavos y bellas cautivas que hacían imposible avanzar más rápido. La reina estaba, claro, y no solo tenía montura, sino además un pequeño carro para cuando estuviera cansada de montar. El obispo Oppas y su séquito se habían unido a la comitiva. Nadie quería perderse el encuentro entre el Tuerto y su temido señor Muza Ibn Nusair.

Egilo, sin embargo, tenía la cabeza en otro lugar. En el pasado. En la Toletum que habían dejado atrás. O más bien, en la ciudad que fue y que nunca volvería a ser. Su encuentro con Urbano le había traído recuerdos que creía haber enterrado y olvidado. Pero eso nunca era posible. Ese tipo de recuerdos nunca desaparecían completamente, se enquistaban en la piel como espinas y se hacían notar en los momentos más inoportunos.

Todavía recordaba cuando ella vivía presa de los celos por tantos rumores que corrían en la corte sobre la virilidad y actividad de Roderico. La inseguridad que sentía cuando, con el paso del tiempo, ella no le daba un hijo y heredero y el ruido sobre el poderío sexual de su esposo parecía acrecentarse a su alrededor. Y crecía y crecía, desde sus años como Dux en Corduba, hasta convertirse en el continuo y molesto zumbar del moscón en torno a ella, ya en Toletum como rey.

Roderico seguía acudiendo a su tálamo y cumpliendo a su estilo. Siempre vigoroso, a veces más agresivo y rudo de la cuenta. A veces demasiado borracho, a veces demasiado veloz. Pero ella era consciente de que su esposo pasaba mucho tiempo lejos y que, si era su deseo, tenía oportunidades y complicidades por doquier.

No obstante, cuando el nombre de Oliba comenzó a circular por la *urbs regia*, el dolor, los celos y las sospechas tornáronse diferentes. No eran ya cortesanas, siervas o furcias de campamento sin nombre ni rostro. No eran habladurías de beodos sobre los gritos que salían de la tienda del rey, tan altos y exagerados que todos temían que alertaran al enemigo situado en las proximidades.

La amenaza tenía nombre, tenía rostro y estaba allí. Era una jovencita, hermosa y de apariencia delicada, que, como muchas otras, había acudido a Toletum por su familia, que regía la ciudad de Septem, al otro lado de las Columnas de Hércules, a educarse y trenzar conexiones con la próxima generación de la élite del reino.

Decían de ella, además, que era una muchacha tímida y cándida, que no se adaptaba bien a la populosa vida de la corte. Aunque había asimismo quien comentaba que era desinhibida, coqueta y juerguista y que aprovechaba de forma claramente reprochable su estancia en la ciudad y la lejanía de su familia. Estos, ciertamente, eran los menos numerosos. Y, sin duda, aquellos rumores no coincidían con la imagen que Egilo tenía de ella.

Porque, claro, ante el peso de las habladurías, ella hizo por verla. Quiso que le indicaran, con discreción, quién era aquella joven. A pesar de que sus doncellas y amigas, varias de ellas llegadas a Toletum igual que Oliba, le advirtieron que no insistiera, que no quisiera estar pendiente de ella, que no viera ni escuchara.

No lo podía evitar. La sangre le hervía dentro de su cuerpo.

Oliba no parecía la más popular. Apenas se hacía notar en fiestas, banquetes y ceremonias. Se diría, o ella al menos lo pensaba en su interior, que se sentía afectada y mucho por aquellos rumores que se empeñaban en relacionarla con el rey.

Había dos líneas del relato y ambas no casaban nada bien, aunque eran tan populares que nadie podía discernir cuál era real y cuál era más repetida. O si alguna era real.

La primera aseguraba que Oliba era la amante de Roderico y que este la hacía llamar en distintos momentos del día o a horas intempestivas de la noche para dar rienda suelta a su lujuria. Que el rey estaba obsesionado con la muchacha y que solo yacer con ella le relajaba. A él, un hombre de temperamento nervioso y colérico, al que todo el mundo temía. Y así, cada vez que se mostraba sosegado y

sonriente, el rumor sobre Oliba volvía a correr como el vino en una noche de banquete.

El segundo argumento afirmaba que el monarca tenía una auténtica fijación por Oliba y que la perseguía y acosaba como un perro en celo. Que llegaba a extremos indignos para un noble godo y mucho más para un rey. Que había intentado tretas y emboscadas para poder estar a solas con ella. Y que, en una o en varias, había terminado forzándola. Pero que ni aun así había logrado calmar esa pecaminosa pulsión por la joven. Con el tiempo y reflexionando con mesura, asoció esta parte del relato al partido más contrario a su marido, a los partidarios del anterior rey, como Oppas, aunque en aquel momento poco le importara.

A Egilo le rompían el alma aquellos rumores. Sintió que perdía peso y que su rostro estaba siempre tenso, rígido. Que sonreía menos y que se encolerizaba más. Ya su madre le había advertido que un noble, más un rey —y en realidad cualquier hombre desde un cabrero hasta un emperador—, trataría de yacer con más mujeres aparte de su esposa. Más le insistieron cuando se supo que contraería matrimonio con Roderico, que en su hatillo ya llevaba fama en ese sentido.

Y, aunque doliera, ella lo tenía asumido. Los celos le afectaban, siempre, pero que aquella historia tan persistente tuviera nombre y forma definida la hundió en una densa y oscura niebla. Ni sus amigas, ni sus consejeros, ni su familia lograban sacarla de aquella oleaginosa maraña de pensamientos dañinos. No paraba de darle vueltas a cómo debía reaccionar, a qué debía decirle a su esposo, a cómo se debería vengar de aquella insolente zorra.

Egilo era inteligente y sensible. No obviaba que, en la gran mayoría de las habladurías, Oliba no era más que una niña incapaz de decir no a un rey —¡y quién podía en su situación!— o una pobre víctima de un sátiro. Pero enterraba aquellos rastros de simpatía bajo todo su dolor y su ira. Porque sabía que no podía volcar todo eso sobre su marido y a alguien tenía que culpar y odiar por lo desdichada que se sentía.

Comenzó desde su círculo a extender rumores aún más malévolos sobre Oliba que rápidamente se propagaron por toda la ciudad. Que era una furcia que yacía con nobles, religiosos y judíos —¿había algo peor acaso?— además de con el rey. Esperaba que, de ser ciertos, el rey, asqueado, se alejara de ella. No funcionó. Difundió bulos sobre que era una bruja que yacía con animales y que había subyugado al monarca con pócimas y embrujos. No caló demasiado, y quienes lo repetían se lo tomaban como una divertida chanza. Incluso, con prudencia y tratando de no dejar ningún rastro que condujera hasta

ella, hizo circular la historia de que ella influía en el rey y este había tomado decisiones caprichosas y contrarias a los intereses del reino. Fue un rumor que jamás llegó a expandirse a nivel popular, y moderadamente entre los enemigos del rey, ya fuera por temor o por inverosímil.

Cuando Egilo escuchaba cómo fracasaban sus infundios, se sentía aún más hundida. Cuando alguien se mofaba de los rumores, sin duda para congraciarse con ella, casi se sentía como si se burlaran de ella, como si todos supieran de dónde procedían y qué intención tenían.

El mal humor de la reina llegó hasta el propio Roderico, que la interpeló en privado. Y ahí, Egilo, al límite de sus fuerzas, jugó mal por primera y única vez, que ella fuera consciente, sus bazas como reina. Se dejó llevar por una furia negra, ardiente y largo tiempo reprimida; lo escupió todo. Lo acusó de adúltero y lo culpó de no ser capaz de concebir hijos por su pecaminoso comportamiento. Le gritó e incluso le abofeteó.

Roderico no admitió nada. Pero tampoco lo desmintió, y eso para Egilo fue suficiente confirmación. Cruzaron gritos como si fueran espadas de hierro. Cuando no pudo más, él, poco dado a la paciencia, puso fin a la discusión de un bofetón que la dejó en el suelo llorando. Por primera vez, la amenazó con repudiarla. Fue la última.

En las siguientes semanas, no se dijeron una palabra. Él no acudía su lecho. Ella no asistía a ceremonias o fiestas alegando indisposición. Su confesor le ofrecía en privado la eucaristía.

Tuvieron discusiones, más suaves y menos volcánicas. Al final, él cedió y ante su súplica desesperada accedió.

—No puedo más, Roderico, me voy a morir. ¿No te das cuenta de la humillación que supone verla caminar por la ciudad? —gimoteó entre lágrimas, ya rendida.

—¡Qué culpa tendrá esta pobre muchacha de lo que tú y yo hagamos o sintamos! —suspiró el rey en un alarde de benevolencia desconocido para su esposa y que no hizo más que insuflar llama a sus celos. Egilo se agachó llorando y abrazando una de sus fuertes piernas —. Anda, arriba Egilo, no te pongas así. Mañana la mandaré a su casa, no te preocupes. Todo se arreglará.

Ella se levantó feliz, de repente, y le abrazó y le besó. Hicieron el amor como solo dos amantes recientemente reconciliados podían hacerlo y volvieron a su relación anterior. Roderico siguió despertando rumores, claro, pero siempre se cuidó de que fueran inocuos y anónimas las protagonistas. Y ella volvió a ser aquella reina intachable y brillante.

Nadie supo cuándo se marchó aquella Oliba de Toletum. Nadie se

acordó de ella, los rumores se evaporaron y la corte la olvidó. Nadie pensó, ni por un momento, la carga que aquella niña de catorce años llevaba de vuelta a su hogar.

El carromato se detuvo e interrumpió las ensoñaciones de la reina. Las dos mujeres, que horas antes habían abandonado sus monturas y habían optado por la comodidad del carro, captaban el nerviosismo de fuera. Se asomaron al exterior y observaron a los hombres ir y venir. Alí llegó con dos soldados y un hermoso caballo blanco.

—Mi señora, ha llegado la hora. Montad y acompañadme.

Ya estaba vestida con ropas ricas y una capa bordada con hilo de plata. Se puso una tiara enjoyada en el cabello y, ayudada por Baddo y unos mauros, subió a la montura que le ofrecían.

La llevaron, sola, al inicio de aquella larga serpiente de hombres detenida. Allí ya estaban listos carros descubiertos llenos de oro, armas y demás riquezas. También una selección de hombres y mujeres atados.

«Soy otro trofeo de guerra más», pensó Egilo, pero ya había asumido su situación y, casi, casi, ni la entristecía. Apenas.

El Tuerto avanzó con un trote tranquilo, seguido por su botín, y unos pocos lugartenientes de confianza.

Egilo miró al frente y vio una línea de guerreros montados bajo banderas blancas, las mismas bajo las que batallaba el Tuerto. De aquel grupo, se adelantaron tres hombres. Uno al frente y otros dos tras él. Mientras los dos grupos se aproximaban, Egilo iba percibiendo detalles sobre ellos. Eran los tres árabes, como el Tuerto. El primero era un anciano, pero de porte guerrero. Por sus ropas, armaduras y monturas eran indudablemente señores principales.

Cuando ya estaban cerca, el Tuerto desmontó y se acercó caminando hacia los tres jinetes. Abrió los brazos y comenzó una sentida letanía en su lengua. Parecía estar casi lloriqueando. Al aproximarse el anciano, aún sin descabalgar, se tiró al suelo y pegó su rostro a la tierra sin dejar de hablar.

El anciano lo miraba con rostro severo. Lo dejó unos minutos eternos allí humillado y, cuando lo consideró suficiente, decidió desmontar él también. Se acercó con solemnidad y le dijo algo.

El Tuerto se levantó. Egilo no lograba ver más que su espalda, pero se lo imaginaba con los ojos llenos de lágrimas, por el tono de su voz. Se abrazaron. Los brazos del anciano apretaban con fuerza la robusta espalda del Tuerto. No sabía si era solo cariño o reconocimiento, o había algo más. Algo oscuro y punitivo. Pudo apreciar cómo el anciano acercó su boca barbada a la oreja del penitente y le decía algo solo para él. Egilo miró a Alí, pero este

contemplaba la escena conteniendo el aliento. Parecía que allí todos se estuvieran jugando la vida.

El anciano le dio una palmada, fuerte y sonora, en la espalda, y los dos hombres se soltaron. El Tuerto, efectivamente con lágrimas en los ojos, se volvió y, sin parar de hablar, señaló sus presentes. Los tesoros, las armas, los esclavos, a ella misma. El anciano era indudablemente el famoso Muza, y el Tuerto le estaba ofreciendo el reino conquistado.

Muza alzó la mirada y los brazos al cielo. Lanzó una especie de grito de guerra, que repitió el Tuerto, y después, ambos ejércitos aullaron jubilosos. Alí recuperó la sonrisa y el color, y gritó como nunca le había visto Egilo, descontrolado, aliviado, por fin.

Todo había salido bien, parecía. Pero ¿también para ella?, se preguntaba.

Cuando volvió la mirada hacia los protagonistas de este encuentro, se percató de que uno de los dos hombres situados tras el anciano no dejaba de observarla, de escrutarla. Parecía como si nada de lo que pasara a su alrededor le interesara salvo ella. Notó sus ojos oscuros sobre los suyos. Y entre aquella algarabía de gritos y felicidad, se estableció un extraño y privado momento de silencio.

6

La emoción y la algarabía del campamento, que celebraba el reencuentro de los dos ejércitos, eclipsaban la tensión y los gritos que salían de la tienda principal. Y si alguien los escuchaba, fingía no haberlo hecho. Al caer la noche, estaban reunidos Muza, Abdel, el Tuerto y Al Fihri, con la muda presencia de Egilo y Alí, arrinconados, y unos sirvientes que trabajaban rápido y se limitaban a atender a los presentes ciegos y sordos a lo que allí se hablaba.

—Perro, chacal del desierto, serpiente rastrera… —aullaba Muza, que seguía desahogando su ira sobre el Tuerto—. Te lo di todo, ¡todo! No eras más que un esclavo de mi familia, después mi liberto y ahora mi cliente, y… ¡mira cómo me has tratado!

—No te he desafiado, mi señor. —El Tuerto ya estaba más confiado, porque sabía que tras el encuentro de hacía unas horas su señor no lo iba ejecutar y tenía una oportunidad—. Necesitaba botín, reinaba el desconcierto entre mis tropas mauras, pedían sus soldadas y tenía a muy pocos árabes muslimes a mis órdenes. Temía un motín y solo tenía una opción de evitarlo. Al principio, solo iba a ser una razia para conseguir oro y botín que los saciara… Pero después… La situación de este reino, los aliados que surgieron… Era una oportunidad, mi señor, no para mí, sino para agrandar la gloria del islam, del califa y de mi señor.

Muza bufó contrariado, pero calló, y eso ya mostraba mucho.

—Bien está lo que bien acaba, entonces. Pero no volveré a tolerarte otro desafío así, ¿entiendes, Tuerto? —El otro asintió—. Ahora tenemos que ver qué hacemos aquí y cómo nos organizamos.

—Hay poca resistencia… Muchos nobles han huido hacia el norte. Algunos obispos han vuelto a Roma, pero la única resistencia fuerte que percibo es al otro lado de un gran río que hay al noreste. Lo llaman la provincia de la Tarraconense. Dicen que un noble se ha proclamado rey y pretende resistir —explicó el Tuerto.

Abdel decidió intervenir tras tragar un dátil.

—No tenemos tropas suficientes para mantener tanto territorio. Y los hispanos todavía no están sometidos del todo…

Muza sonrió y lo miró desdeñoso.

—Ya está el prudente de mi hijo.

El Tuerto y Al Fihri rieron la ocurrencia, y a Abdel le dolió, le atravesaron las palabras como una cuchilla.

—Abdel, añadirás a esa reinecilla a tus esposas —y apuntó con su regordete dedo a una Egilo que nada entendía de lo que allí se decía— y marcharás a la ciudad de Híspalis para empezar a organizar el

territorio, los tributos y a dar tierras y posesiones a nuestras gentes. El Tuerto y yo seguiremos en campaña y tantearemos lo que queda del reino. Cuando hayas organizado y asegurado toda aquella zona, volverás al frente con nosotros. Si en algo tiene razón el Tuerto, es en que ni el Profeta ni el califa verían con buenos ojos que desaprovecháramos la oportunidad de conquistar un reino tan poderoso y rico como este. Que se haya derrumbado de manera tan fácil y rápida solo puede ser un signo de Dios. Él, alabado sea, el más grande, y Él, que todo lo ve y escucha, nos muestra el camino.

Abdel observó a su futura esposa. Ya se había fijado en ella. Sabía que era casi un premio para él. Muza era un político agudo que sabía manejar aquellas cosas y todas sus decisiones estaban meditadas y tomadas con un propósito. Sería su tercera esposa y no le desagradaba, pero había algo en ella que le hacía desconfiar. Poseía un cierto magnetismo, más allá de su rango que ya nada significaba, pero irradiaba algo. Algo que podría resultar problemático.

El Tuerto carraspeó.

—Mi señor, nuestro principal aliado en este reino, Oppas, me ha pedido desposarla con su hermano. Y, por otro lado, ya que fueron mis tropas quienes la capturaron, había pensado que tal vez…

Muza se carcajeó violentamente. Y sus manos golpearon repetidamente sus rodillas.

—¿Has pensado que podrías desposarla tú? —El otro asintió tímido—. ¿Como premio a tu desobediencia? Mi querido Tarik Ibn Zayed, creo que no me has comprendido correctamente antes. Tu premio por la conquista de este reino será conservar la vida y el botín que hayas ganado. No oses exigir nada más, no vaya a ser que me replantee tu reconocimiento.

Todos callaron.

Al Fihri, el encantador de serpientes, decidió virar la conversación hacia temas más alegres y empezó a relatar anécdotas del asedio a Emérita Augusta, duro y sangriento, del que solo alguien como él podía sacar chascarrillos y chanzas para diversión de los demás.

Abdel, con el ambiente más relajado, se atrevió a clavar su mirada en su futura esposa. El intérprete que tenía a su lado le bisbiseaba algo a ella, seguramente traduciéndole lo que se había dicho en aquella tienda en lo que le concernía. Ella abrió los ojos, pero no dejó escapar nada más de su interior ante tal noticia.

Las miradas de ambos volvieron a coincidir. No hubo deseo, pero tampoco temor. Abdel notó un desafío en la expresión de aquella mujer que lo preocupó y lo excitó por igual.

7

Oppas entró en su alcoba y Egilo se sobresaltó al ver a su primo, sin más compañía, en la estancia. Ella tejía con Baddo, quien la entretenía con sus chismes, ya de vuelta a la *urbs regia*.

—¿Qué hacéis aquí, Oppas?

—No tengo mucho tiempo, Egilo —mascullo el obispo—. Tenéis que poner fin a esta pantomima. ¡Ya me he enterado de que os van a desposar con el hijo de Muza! ¡Con un pagano! ¡Tenéis que frenar este desatino que atenta contra nuestra fe y contra todo lo que significa este reino!

Egilo sonrió.

—Hace no mucho, primo, reaccioné como ahora vos cuando me propusisteis casarme con vuestro hermano.

—Pero esto es distinto, ¿no lo veis? Es un pagano y vos cristiana, por el amor de Dios. Desafía todas las leyes y fueros del reino. Casaros con un pagano, vos, siendo viuda, que tendríais vedado volver a contraer matrimonio, según se dijo en los concilios, y deberíais ingresar en un monasterio…

—Pero, primo, ¿acaso no fuisteis vos quien me propuso desafiar esa ley para desposarme con vuestro hermano, con el que, además, tengo vínculos familiares? ¿Qué diferencia hay con esto? —La calma de Egilo se erigió ante el nerviosismo del primado de Híspalis. Sudoroso y agitado, él. Tranquila y con voz pausada, ella. Aunque, en realidad, llevara días sin dormir, aterrada por la opción de ser entregada al pagano. Pero el malestar de su primo le daba un saber estar, una relamida sensación de éxito que la llenaba y la animaba. A fin de cuentas, había que disfrutar de las pequeñas victorias, aunque fuesen insignificantes, se decía.

—Ponedle fin, negaos ante ese dislate, os lo ruego. Sé que os gusta vengaros de mí, pero nada tiene en común lo que yo os propuse. Os tendríais que casar con un enemigo de nuestra fe. ¿Os podéis imaginar qué barbaridades, qué perversiones tendréis que hacer para complacer a vuestro futuro esposo? ¡Ni siquiera conocéis sus costumbres y creencias!

Ella rio.

—¿Por qué debo negarme? ¿Porque parece que no se cumplen vuestros deseos de que el reino siga existiendo, y que vos podríais regirlo al servicio de estos nuevos señores? No, Oppas, nada puedo hacer. Soy una cautiva, sin voz ante mi destino. Vos destruisteis este reino y ahora os dais cuenta de que vuestra traición no os ha convertido en un señor, sino en un siervo más. No me culpéis a mí de

vuestros malos cálculos, primo. Ni os atreváis a pedirme que os saque del atolladero. Porque no puedo hacer nada, pero si pudiera, pondría en la balanza el futuro del reino y la posibilidad de haceros justicia y no sé qué pesaría más. No lo olvidéis jamás. Y marchaos, que no es decoroso que un hombre visite a una dama sin conocimiento de su señor, por mucho obispo que sea.

—Como cristiano no puedo permitir que la señora de este pueblo quede convertida en la puta de un sucio prostíbulo.

Ella amplió su sonrisa y contraatacó contra su rubicundo familiar.

—Pues si no podéis permitirlo, mi buen obispo, coged las armas y defended a vuestro pueblo y a vuestro reino contra el invasor. O mejor aún, si no os gustan los burdeles, no haber vendido vuestra patria como si de una puta se tratase.

Oppas apretó los dientes y sus mandíbulas marcaron una tensión brutal. Ahogó en su interior los aullidos e insultos que bramaban en su mente. Y se marchó sin decir nada más.

Egilo saboreó la frustración de su primo, aunque ella secretamente compartiera esas preocupaciones. No podía dejar de recordar aquella incómoda noche, en aquella sucia tienda, oyendo los gritos, risas y discusiones en aquella lengua incomprensible, mientras ella, como una estatua, como un perro o un halcón, asistía sin moverse, sin participar, ni entender. Sabía, pues así se lo tradujo el buen Alí —lo único que pudo traducirle—, que había sido entregada en matrimonio al hijo de aquel árabe.

Egilo no supo reaccionar. Se había hecho a la idea de que era viuda y de que así iba a ser el resto de sus días. Las leyes del reino, demasiado recientes, eso sí era verdad, decretaban que ella debía tomar con alegría los hábitos e irse a un convento. Pero tenían que ser otros quienes la condujeran a ese destino y en la anarquía que se vivía tras la derrota de Roderico, ¿quién iba a hacerlo? Ella se beneficiaba, pues, en el fondo, no quería vivir encerrada el resto de su vida.

Aquella situación hacía hervir el rencor en su interior. Odiaba a los señores godos e hispanos que habían traicionado al reino y lo habían vendido a aquella piara de conquistadores malolientes. Odiaba a los que, consumada la derrota, no continuaban la resistencia, sino que se entregaban en brazos de los vencedores. Cómo los despreciaba, por Dios, sucios hombres que hablaban y gritaban de la guerra, del honor… pero ante la primera gran adversidad eran capaces de renunciar a su rey, a su reino, a sus fueros y costumbres… ¡hasta a su fe! para salvar su vida y sus privilegios. Oportunistas, fariseos, buhoneros sin honra que solo miraban por sí mismos.

No podía dejar de recordar con amargura e ira a Sinderedo, el

orgulloso obispo metropolitano de Toletum. Aquel que bendijo a Roderico y su hueste cuando marchó al sur a combatir. Aquel que con sus homilías incendiaba los corazones de los guerreros y las gentes. Pero aquel que, tan pronto como el ejército invasor se aproximó a la ciudad, decidió marcharse a Roma con sus cofres abandonando a su grey. Ella le tenía confianza y respeto, había ejercido no pocas veces de confesor y confidente. Respetaba su palabra. «Pediré ayuda a la cristiandad y regresaré con los refuerzos, mi señora», dijo afectuoso. Ella lo creyó. Pero nunca más se volvió a tener noticias suyas.

Ella lo veía. ¡No eran tantos los invasores! ¡No estaban tan bien pertrechados como los grandes caballeros godos! El aspecto de la mayoría de ellos era salvaje y desastrado. Aterrador, en muchos casos, pero poco más. Y los que iban mejor armados, con más lujos, lo eran fruto del saqueo y del robo. ¿Cómo estas gentes habían derrotado al imperio romano en Egipto y Siria, en Ifriquiya y al poderoso reino de Toletum? Dios mío, ¿nos has abandonado?, se preguntaba constantemente. ¿Solo ella veía que no eran tan fuertes como se creían?

Y, por supuesto, odiaba a aquellos invasores que, aunque la habían tratado con deferencia y respeto, la canjeaban como si fuera una espada.

Ni siquiera soportaba a su fiel Baddo, charlatana, cotilla y simple. Tan feliz en apariencia, tan activa, tan despreocupada, mientras ella asumía un peso que la aplastaba. ¿Cómo podía sentirse y mostrarse así? ¿Era la única que veía la oscuridad que se posaba sobre el reino y que amenazaba con destruir el mundo que antes había conocido? ¿Era la única que percibía que el único futuro era un infierno en la tierra?

Rodeada de enemigos, traidores y estúpidos, se daba cuenta de que el mundo se adaptaba a la nueva situación y ella no tenía ni fuerzas ni medios para remediarlo. Pero era una reina, había visto a un rey ejercer el poder y sabía cómo hacerlo. De hecho, sentía una necesidad frustrante de hacer algo, aunque no sabía qué.

Cada noche recordaba a Roderico. Y a veces no estaba segura de que fuera un recuerdo realmente fiel. En su mente lo representaba orgulloso, belicoso y directo en el mando. Valeroso, el único que marchó de frente contra los invasores. ¿Qué habría pasado si no lo hubieran traicionado los suyos en aquella maldita batalla? Ella estaba segura: habría salido victorioso. Lástima que la revuelta de los vascones no hubiera hecho posible que Roderico hubiera exterminado a la familia de Witiza, levantada en armas contra él tras su coronación. Los había derrotado y los mantenía débiles, se sabían vencidos y con pocos apoyos. Él estaba planeado su golpe final… pero

se sublevaron los vascones, al norte, y tuvo que partir hacia allí. Y todo se torció. Oppas y los suyos se unieron a Roderico, pidiendo tregua y alianza para luchar contra el enemigo exterior… pero ya se sabía cómo había acabado todo.

También lo recordaba en el lecho. Fogoso, duro hasta rozar la brutalidad. Salvo cuando estaba borracho o especialmente iracundo, ella había disfrutado de su compañía. Era amante y marido. Y sabía que lo demás lo tenía que perdonar porque no en vano era la esposa de un rey. Lo que sus amigas y damas le contaban sobre sus maridos también le confirmaba que el suyo no era especialmente malo. Y los demás no eran reyes. Su madre siempre le había explicado que su posición conllevaba diversos peajes. Cuánta razón tenía.

Sorprendentemente, recordaba que cuando fue esposa de un rey comenzó a sentirse más cercana a su madre y a comprenderla mejor. Aquella con la que había chocado en su infancia, por sus consejos horribles y terribles sobre cómo debía tratar a los hombres, a su futuro esposo, a su padre, a sus hermanos, a sus siervos… A su dulce corazón de niña aquella forma de comportarse que le dictaba su madre le resultaba cruel e inmisericorde. Además, se percataba de cómo trataba y manipulaba a su pobre padre, como un bruto tonto e inútil. Y ella no lo veía en absoluto así. Cuando se enfrentaban y se lo decía, Teodora respondía: «¿Tu padre sensible y misericorde? Acaso no has oído cómo se comporta en el campo de batalla».

Aquello le dolió entonces, pero en Toletum empezó a comprender a su progenitora. Usó aquellos consejos que jamás había deseado seguir para tratar a la corte y a su marido. Logró «domar» —aunque semejante palabra jamás habría salido de su boca ni siquiera en privado— a un león montañés como Roderico y consiguió que, en general, la respetara y la tomara en cuenta. Salvo en su inexcusable e incontrolable apetito sexual, aunque en eso también creía que se había mostrado cuidadoso, salvo en el doloroso caso de Oliba.

Entre los recuerdos, como una espina con ponzoña, volvía a aparecer el dolor de no haberle dado hijos. ¿Por qué había ocurrido eso? ¿No había sido una esposa digna? ¿No lo había sido él? Sabía que haber tenido retoños, y más aún, un heredero, le habría dado armas y misión para ser más firme en estos tiempos de zozobra. También una preocupación terrible, pues ¿los invasores habrían respetado la vida de un hijo de Roderico?

Hijos, madre… Todo aquello volvía a despertar en ella el terror perpetuo que sentía sobre el paradero de sus padres y hermanos. Baddo había traído noticias sobre la toma de Corduba, que había sido a sangre y fuego. Que muchos, como había ocurrido por todo el reino,

habían huido al norte o al reino de los francos. Algunos habían pasado por Toletum, e incluso alguno continuaba allí —aquellos que no fueron exterminados por los muslimes o por los godos de Oppas y su familia—, pero ninguno había sido capaz de dar noticias sobre su familia. Baddo, y eso lo reconocía Egilo, se había esforzado en su labor de búsqueda. Había incluso preguntado a los judíos, pues a pesar del desprecio que sentía hacia ellos reconocía que sus grandes redes comerciales servían de vehículo veloz para las noticias, y a los mercaderes. Pero nadie tenía una brizna de información sobre su familia.

Los había perdido para siempre. Ella lo sentía. No sabía si estaban efectivamente muertos o si habían marchado a tierras extrañas y lejanas. Pero era consciente, y así se lo decía lo más profundo de su corazón, de que jamás los volvería a ver. La guerra no necesitaba a la muerte para destruir lazos. Imponía muros entre las personas que eran imposibles de asaltar. Egilo sabía que solo un milagro haría que volviera a tener noticias de su familia. Que siempre tendría abierta y sangrante la herida de no saber si estaban vivos o no.

El lento pasar del tiempo, la agónica espera de un destino inexorable y la inacción a la que estaba sometida condenaban a Egilo a revolcarse como una gorrina en aquel lodo de pensamientos y recuerdos condenatorios.

La última reina de Toletum se adentraba en la oscuridad y comenzaba a aceptar un destino que nada le podía ofrecer.

8

A nadie podía confesar sus cuitas Abdel Aziz, hijo del conquistador. Tras entrenar y pelear entre risas e insultos llenos de compadreo con Al Fihri, se refrescaba, cenaba frugalmente y se acostaba en el lecho. Pronto tendría que sellar el enlace con su nueva esposa y marchar hacia el sur. Llevaba días pensando y planificándolo todo para comenzar inmediatamente las labores de administración del territorio. Pero eso, en realidad, nada le preocupaba. Quizá excesivamente convencido de sus capacidades, sabía que con ello gobernaría mejor que su padre, que Al Fihri o que cualquiera de los comandantes. Todos escucharían lo que tendría que dictaminar y, todos, aunque a regañadientes, cumplirían porque eran conscientes de que de cuentas, números y tributos él entendía.

No, lo que le quitaba el sueño no era la administración de ese reino. Era otra cosa.

Aunque tenía ya dos esposas —una noble del norte de Ifriquiya que se ha entregado a su religión y una noble goda del sur del país—, no le importaban ni le preocupaban como su futura tercera esposa. Egilo era reina, o, mejor dicho, lo había sido, y en su porte y comportamiento, todo lo demostraba. Ese matrimonio era solo un símbolo, pero había algo en ella que le inquietaba, que le enturbiaba sueños y pensamientos.

Por un lado, era bella y esbelta. A él no le resultaba sensual, pero sí poseía ese misterioso embrujo de lo exótico. Creía que su primera esposa maura era más hermosa, sin duda, y despertaba más su lujuria, pero la goda poseía algo especial. De todos modos, esos sentimientos quedarían saciados tras yacer con ella. Era otra cosa lo que veía en ella. Que le atraía, le atrapaba y le aterraba, a la par. Que no se atrevía a definirlo ni siquiera en la privacidad de su mente.

Las últimas noches había vuelto a soñar con aquella niña de la que se enamorara años atrás. En las cálidas costas del mar, cuando ella y él reían, bailaban y se divertían para prometerse amor eterno. La primera y única vez que desafió a su padre, porque aquella muchacha era apenas una esclava y él, el hijo de un conquistador.

Cuando entró en su cámara, en aquella ciudad a orillas del Mare Nostrum y le dijo: «Padre, me voy a casar con ella», Muza había estallado en carcajadas y le había espetado: «Mi hijo se puede encamar con quien desee, pero se casará con quien yo diga y con quien no manche nuestra estirpe. Ahora, largo». Él se marchó, confiado en que, solo con habérselo dicho a su padre, ya había roto las ataduras. Jurándose que, si Muza no daba su consentimiento, huirían

juntos. Que prefería abandonar a su familia antes que sufrir una vida sin ella.

Esa noche buscó a aquella sierva, tan bella, tan dulce con él y le juró que todo iba bien, que todo saldría como habían soñado.

Qué ingenuo había sido.

A la mañana siguiente la niña había desaparecido. Todavía podía ver con claridad a los padres de la esclava gritando, aullando y maldiciéndole entre lágrimas. Maldiciendo su nombre. El suyo. El suyo. Abdel. El nombre del que tanto había amado a su hija. El del que había estado dispuesto a perder su posición y su vida por ella. Él que estaba tan destrozado. Tan dolido.

Los progenitores de la muchacha montaron tal escandalera que Muza los vendió. Abdel quedó taciturno y sombrío. Al Fihri trataba de animarlo, le planteaba tener correrías y fiestas, peleas y luchas. Pero aquel Abdel de quince años no esperaba nada de todo aquello.

Otra noche había decidido preguntar a su padre.

—¿Qué has hecho con ella?

Muza lo había mirado unos instantes. Eternos. Densos. Entrecerró los ojos y lo abofeteó.

—Lo que me has obligado.

Las lágrimas corrieron sobre su mejilla enrojecida y se marchó. Cuando cerraba la puerta, oyó musitar a su padre.

—Ahora ya sabes cómo es la vida.

Jamás había vuelto a hablar con su padre de aquello. Con nadie, en realidad. Pero había quedado como una herida purulenta dentro de él. Después se había calcificado. Siempre había sentido que aquella niña había sido el único amor verdadero en su vida. Con nadie había hablado de ello, con nadie había descargado su dolor. Ya fuera por vergüenza o por verdadero pesar. Ella se había quedado reducida a unas nítidas imágenes en su memoria, a aguijones en forma de fogonazos de realidad.

Después de eso, como su padre había querido, se había limitado a trabajar para gloria de su familia y de su credo. Nada más.

Tampoco había vuelto a mirar a ninguna mujer como lo había hecho con aquella pequeña esclava. Las había visto más bellas, más interesantes, más cultas. Incluso había yacido con muchas de ellas. Había desposado a dos mujeres. Pero con ninguna había sentido la complicidad, el fuego, el amor, que había sentido por ella, y que su padre había segado como si fuera la cabeza de un enemigo en medio del campo de batalla. Sabía, por otros hombres, que eso era una visión del amor infantil, que pasaba. Que el amor entre adultos era diferente, imposible muchas veces para gentes como él. Él lo entendía y lo

aceptaba, pero no consentía que ni siquiera se le hubiera permitido disfrutarlo como a la mayoría, para después rechazarlo, desecharlo o burlarse de él con la edad. ¿Esas eran las ventajas de ser hijo de una poderosa familia? Entendía la responsabilidad, pero la crueldad de su padre, jamás.

En esos momentos, no es que pensara que esa reina fuera a darle la dulzura y el amor vedado, que le haría recuperar el calor perdido de aquellas sensaciones. No, Abdel no era un ingenuo. Incluso todo lo contrario, aquella mujer prometía guerra, desafío y problemas. Pero Abdel vivía en una soledad profunda y viscosa de la que no le salvaban ni sus camaradas de batalla, ni sus familiares ni amigos. Una incomprensión que cada día se hacía más densa, que lo alejaba más de todos y que se acentuaba con aquella mujer. ¿O quizá no?

¿Era una reina lo que necesita? Estaba seguro de que a su padre lo llenaba de orgullo aquel enlace y eso lo mortificaba un poco más. Porque Abdel se sabía solo y cada día era consciente de que solo contaba consigo mismo. Porque él ya no pedía una mujer, ni una esposa, ni amor. Quizá, únicamente, algo más de confianza de los demás.

9

—¿Acaso no va a poner nadie orden en este despropósito de enlace, mi buen Alí?

Quien gritaba como si fuera una reina de verdad, para sorpresa de Egilo, era la pizpireta Baddo que había decidido dar un golpe sobre la mesa en sentido figurado y literal. Se acercaba la fecha del enlace y el momento en el que la pareja tendría que marchar hacia Híspalis para instalarse. A Egilo marchar hacia su tierra, la sureña Bética, no le disgustaba, aunque preferiría que el destino fuera su querida Corduba. Esperaba aún, pero sin demasiada fe, noticias de su familia.

El sirio se encogió de hombros y poco pudo decir porque en realidad nada sabía, ni tampoco tenía mucho interés en saber.

—No sé qué queréis que haga, Baddo. Estas cosas están decididas y nosotros nada tenemos que pensar.

—¿Cómo que no? —espetó la dama de Egilo—. Mi señora tendrá que saber dónde vivirá a partir de la boda, cuál será el presupuesto de su dote, quién regirá su casa, quién tendrá de séquito, cuáles serán sus obligaciones… ¡Tantas cosas! ¿Y aquí nadie hace nada ni mira por mi señora? ¿Dónde está el futuro marido que nada tiene que decir?

—Las cosas entre los muslimes no son exactamente iguales a lo que imaginas, Baddo —explicaba con paciencia Alí—. Nuestra señora —hablaba el calvo como si ella no estuviera presente— será la tercera esposa del señor Abdel Aziz y…

—Quia, ya estamos. Será la tercera, pero ella es reina y las otras dos, ¡a saber de qué covacha las han sacado! No, Alí, mi señora no puede ser una más. Apunta lo que te diga y transmíteselo al Tuerto, al futuro suegro o al presunto marido, que bien ausente parece.

—Abdel Aziz es un hombre con muchas preocupaciones, Baddo, su padre le ha encargado la administración y organización de este vasto y nuevo territorio conquistado…

—¡Pamplinas! También le han entregado a la reina de ese nuevo territorio, y eso también merece su atención. Escribe y márchate.

El sirio bajó la cabeza y salió, asintiendo: «Lo transmitiré, lo transmitiré, no necesito apuntar, recuerdo perfectamente lo que has dicho, tras tantas repeticiones», y coronó sus murmullos en árabe u otra lengua que a buen seguro no decía nada bueno de Baddo. Ella miró a Egilo y le guiñó el ojo. Y la reina no pudo más que sonreír.

Baddo no le había comentado antes de aquella perorata sus intenciones, pero le gustaba esa iniciativa. Lo que pedía su dama no solo era justo, sino que además podía traer una cierta normalidad a su vida, un cierto reflejo de la existencia que llevaron alguna vez, y quizá

darles paz.

Necesitaba agarrarse a lo más pequeño para seguir entera, para seguir en su papel. Pues si perdía su posición, ¿qué le quedaba?

Esa misma tarde, Alí regresó a sus aposentos acompañado de Abdel Aziz. Se miraron, y Egilo inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Mi señora, vuestro futuro esposo Abdel Aziz ha respondido a vuestras peticiones —carraspeó y se aclaró la voz—. Seréis su primera y principal esposa, tendréis presupuesto, servicio femenino que será regido por Baddo, vuestra dama. Así lo dispone, porque sois su única esposa que ha sido reina y, por respeto, os dará ese estado. Lo demás lo irá dictando el tiempo, más no os puede prometer.

El árabe no quitó ojo a Egilo, buscando en su expresión si lo dicho la complacía. La reina no cambió su rictus. Estaba pensando qué decir. Pero Baddo se adelantó.

—Una cosa más. —Todos la miraron, sorprendidos—. Mi señora quiere que el lengua Alí vaya con ella y entre en su séquito. Necesitará alguien que domine el árabe cerca, mientras su marido no pueda comunicarse con ella en su idioma.

Alí frunció los labios, nervioso. No se esperaba aquello y la improvisación, a un hombre cerebral y organizado como él, le puso en alerta. Se tomó su tiempo para traducir al árabe a Abdel Aziz lo que había dicho la dama. Hablaron durante unos minutos en su lengua.

—Mi señor no tiene inconveniente —respondió, algo abatido, Alí.

—¿No te gusta la perspectiva, Alí? —preguntó Egilo, viendo al hundido intérprete.

—Me gusta, mi señora, me complace y os serviré fielmente. Pero me habría gustado que me consultarais antes. Debo mi vida a la familia de Muza y no me gustaría que se interpretase como una deslealtad hacia ellos. Aunque, por otra parte, soy comerciante, y preferiría una vida tranquila como la que prometéis vosotras a la de guerra y viaje que llevo décadas viviendo.

Egilo se rio.

—Espero poder ofrecerte lo que pides, aunque no te lo pueda garantizar.

—Solo Dios puede, mi señora —sonrió Alí. Tradujo a Abdel y este miró a su futura esposa. Ella asintió con la cabeza. Él correspondió y abandonó la habitación sin más dilación.

Pasaron los días y, aunque los sueños, los recuerdos y el temor al futuro seguían cercando la existencia de Egilo, parecía más sosegada. Su aspecto mejoraba y se permitía ocasionalmente sonreír y relajarse. Nunca lo reconocería, pero cualquiera diría que la proximidad de su enlace en el horizonte la daba una mínima seguridad en el futuro a la

que se agarraba. Ella, sus padres estarían de acuerdo, era una luchadora, una mujer que no fallaba. Y que, si lo hacía, sabía disimularlo.

Paseaba un día por la muralla de la parte alta de la ciudad, acompañada de sus buenos Baddo y Alí, en silencio, simplemente porque a ella le gustaba, ahora que no había peligro alguno de que nadie asaltase las defensas, ver la vega allá abajo, con sus campos, sus villas, monasterios, sus basílicas, sus tierras de labranza, caminos y aldeas, calentándose al sol de los últimos días del otoño.

Unas carcajadas masculinas y unos gritos alegres la sacaron de su embeleso paisajístico. Miró hacia el interior de la ciudad y vio, a los pies del muro, una escena en la que participaba su prometido.

Le resultó curioso.

Había varios árabes hablando, gritando y riendo sin parar. Uno de ellos, el más orondo, ayudaba a los que parecían sus hombres a empujar una extraña y enorme figura de bronce que tenía la forma de un gran gallo montada en una mula. El animal, que debía estar ya agotado tras el ascenso a la ciudad, no podía más.

La figura era hermosa, grande y brillante. Su bella cabeza y su larga cola destellaban a la luz del sol.

Cerca, Al Fihri, otro de los comandantes árabes y, ya se había informado, amigo y compañero de su futuro esposo, se doblaba de la risa, con esa forma estruendosa de carcajearse que tienen algunos hombres y que tanto le recordaba a su Roderico, y lanzaba chanzas en su lengua, de un sentido indudable aunque no entendía las palabras. El siempre adusto y serio Tuerto también participaba de la escena, y se reía sin perder demasiado la compostura, pero sí lanzando dardos y burlas en cuanto tenía ocasión.

Y su prometido, Abdel, reía y participaba de las bromas de manera sincera, relajada y confiada, aunque menos ruidosa que su amigo.

El objeto de las burlas, con el rostro perlado de sudor de tanto empujar, les contestaba a gritos, y con sus brazos parecía mandarlos muy lejos. Pero no había enfado ni ira en su gestualidad; era todo parte de un disparate divertido, de un momento de bromas entre amigos. Y Egilo descubrió que no había tanta distancia entre esos guerreros y Roderico y los suyos.

—Alí, ¿qué pasa ahí?

El intérprete se acercó y sonrió.

—Nada serio, señora. Ese de la mula es otro capitán árabe de las tierras de Mesopotamia, de donde también son la familia de Abdel y el Tuerto. Son amigos de toda la vida, como hermanos —se detuvo y

escuchó el griterío debajo de ellos—. Ellos tres se burlan de Brahim, porque, según dicen, lleva cargando esa especie de fuente desde su tierra de origen buscando un lugar dónde ponerla. Y él dice que ya lo ha encontrado, que se va a quedar con un palacio de esta ciudad y que el gallo adornará la fuente de su patio. Ellos le dicen que lástima que no se hubiera quedado en alguna zanja en Cartago, o que si en el camino algún mulo no habrá… Bueno, mi señora, bromas entre compañeros que no creo considerado traduciros demasiado fielmente.

—¡Hombres! —bufó Baddo.

Egilo notó cierto rubor en Alí y entendió que lo que decían era algo indudablemente soez y grosero. Sonrió. Le hacía gracia la escena, aunque no entendía muy bien por qué.

Se sorprendió mirando con una sonrisa a su prometido y sus amigos. Y no le gustó aquella corriente en su interior. Torció el gesto y apretó el paso por las almenas.

10

Llegaron los esponsales, y en Toletum, salvo a unos pocos escogidos, a nadie le importó. A los muslimes nada les interesó porque no era más que otro comandante tomando esposa por la fuerza. Una esclava más, aunque se llamara esposa. A los godos e hispanos ni siquiera les llegó la noticia. Y si lo hizo, no les afectó ni lo más mínimo. Ni siquiera los indignó. Aquella unión contra natura que desafiaba las leyes y los fueros de su reino y su religión, que condenaba aún más la existencia de su reino, no despertó absolutamente nada.

Aquello dejó otro regusto amargo en la reina. Era un nuevo y doliente recordatorio de su nueva posición. Egilo había declinado convertirse a la religión de su marido y él no insistió ni la forzó a ello. Parecía que para él no era algo tan prioritario, aunque todo el mundo sabía que Abdel era un hombre piadoso y de profundas convicciones religiosas. Fue una celebración rápida y sin boato. Un trámite político. Ella, que había visto tantas bodas, que las había disfrutado, la suya incluida, vio que la fiesta, la celebración y la algarabía se redujo a Abdel, su marido, con sus parientes, amigos y compañeros de armas.

Abdel apareció en su lecho para consumar la unión. Se desnudó ante ella y pudo observar por primera vez un cuerpo tostado y espigado, fuerte, con algunas cicatrices y de vello frondoso y oscuro. No era el tipo de hombre que había aprendido a admirar, el que estaba acostumbrada a tener cerca, pero no resultaba repulsivo. Aunque comparado con Roderico, al menos en lo físico, estaba menos dotado. Era más joven que su antiguo esposo y más mayor que ella.

Él cumplió. No pidió permiso y se notaba hábil, pero no detallista ni especialmente inspirado. La poseyó y cumplió con sus deberes maritales con el mismo afán contractual que había tenido su enlace.

Se levantó, se sentó en el lecho y, para su sorpresa, la acarició en el rostro. Después comenzó a vestirse y abandonó la habitación sin decir una palabra.

Ella se quedó sola. No lo había disfrutado, estaba tan nerviosa, tan temerosa y expectante. No había sido, sin embargo, algo tan desagradable como había esperado. ¿Podría Dios perdonar que hubiera yacido con un pagano, que hubiera permitido ser entregada en matrimonio a él? ¿O sería el propio Dios quien la había conducido hasta allí? Pero esos pensamientos pasaron rápido, pues ella nada podía decidir, nada podía dictar sobre su destino.

Roderico

El rey supervisaba su hueste y asentía complacido al ver cómo se pertrechaba para la guerra. Cómo alistaban armas y protecciones, cómo mimaban a los caballos y se preparaban sin pereza para el combate. Ahora estaban en la *urbs regia*, lejos de ese norte oscuro y hostil donde los vascones, otra vez, se habían levantado en armas. Decían sus consejeros que quizá estuvieran aliados o espoleados por los rebeldes seguidores de la familia del finado —el diablo le tuviera encadenado a la caldera más tórrida del infierno para siempre— anterior rey, Witiza. A él nada le importaba un comino, él se desenvolvía mejor si tenía un enemigo claro. Era un guerrero, un luchador. Disfrutaba más de la campaña, entre la sangre y el licor, que entre los lujos de la corte. Había esperado mucho, había tenido una paciencia que desconocía en él, para ser rey, e iba a defender todo aquello a sangre y fuego.

—Esta vez vamos a darles un escarmiento de los que no olviden, Ataúlfo.

El compañero del rey sonrió. Era un veterano, mayor que él, pero con el que se entendía casi sin hablar. No era rico, pero era uno de esos hombres a los que siempre había que mantener cerca. En la guerra y en la juerga.

—A esos hijos de perra salvajes se les olvida en cinco años, mi rey.

—Mejor, si no les pasara, nos aburriríamos sin ningún cabrón rebelde al que matar.

Se rieron, y tras observar que todos los preparativos estaban en marcha y orden, volvieron al recinto palacial y se encerraron a beber.

En esa jornada Roderico habló poco. Estaba meditabundo y su compañero de armas sabía que cuando estaba así era mejor dejarle sumido en sus pensamientos. Bebían y, según los cálculos de Ataúlfo, al ritmo que iban, con poca conversación y mucha sed, estarían beodos sin remedio dentro de nada.

El rey no estaba preocupado por la procesión del día siguiente, en la que el obispo metropolitano bendeciría al monarca y a su ejército antes de marchar al norte, mientras el pueblo lo aclamaría a gritos. Tampoco la campaña le inquietaba en demasía. Ni siquiera la política del reino le quitaba el sueño. Ya había logrado lo imposible.

Era su descendencia lo que le tenía intranquilo. Marchaba de nuevo a la batalla y no tenía aún hijos. Además, su esposa cada día estaba más malhumorada y desafiante. Era consciente de que le achacaba a él que no podía concebir hijos. No se atrevía a decírselo,

claro, porque era una mujer lista y no se arriesgaba a contrariarle, pero lo comentaba y eso llegaba a sus oídos. Que sus correrías con tantas mujeres hacían que no pudiera quedarse preñada. ¡Menuda estupidez! Si él había dejado encinta a varias, la primera bien joven, además. Él no había pensado nunca en repudiarla, pero cada día que pasaba… Estaba muy agradecido a Egilo y a su familia por su indispensable apoyo para lograr el trono. Sin ellos, sin unos familiares de Witiza en su bando, no tenía claro que hubiera podido triunfar. Pero irse otra vez a la guerra sin hijos. Una mala pedrada, una herida sucia, y adiós.

—¿Os preocupa algo, mi rey?

Apuró su copa de un trago. No es que quisiera darle explicaciones a su compañero, pero tampoco deseaba eludir totalmente el asunto.

—¿Qué tal se desempeña tu hija entre las damas de mi esposa?

Él sonrió, estaba orgulloso de su pequeña. Era viudo y sabía que lamentaba no haber tenido un hijo varón, pero cuando hablaba de su muchacha no podía evitar que se le iluminara la mirada. Y eso le asestó una cuchillada de envidia en las entrañas.

—Oh, le ha costado un poco. El resto de las chicas son gente muy fina y ella no está acostumbrada a ciertas cosas, pero se adaptará. Mi niña es mujer lista y fuerte. No lo parece, pero es jodidamente lista, sabe interpretar las situaciones y es zalamera. Piensa a largo plazo. Estoy seguro de que vuestra esposa le cogerá cariño y le resultará indispensable. A la larga. Como la deje, se hace con el control de todo el palacio.

Roderico sonrió ya algo cargado por el licor. Él sabía que su mujer la detestaba y la despreciaba, y le hacía gracia que sus damas la criticaran y se mofaran de ella. Ella no participaba por respeto a él, pero consentía y alentaba con sus sonrisas. Incluso la hacía de menos en el reparto de tareas. Bien consciente era él de que su querida esposa, cuando quería, podía ser cruel como la que más. Pobre muchacha, le esperaba un buen calvario. Pero Roderico estaba seguro, también, de que aquella muchacha no compartiría con su orgulloso padre aquellos pesares.

—Sí, seguro que le hará mucho bien. Dile que no se rinda, que mi mujer a veces resulta fría como la nieve, pero, en el fondo, es una mujer cabal y leal. Sobre todo, eso…

Los efluvios alcohólicos le hicieron sentirse mal al pronunciar esa última frase. Leal. Sí que lo era Egilo. Y su familia, que se había jugado romper con los suyos por apoyarle. Negó con la cabeza.

—Ya estáis borracho, mi rey…

Eructó.

—No lo suficiente para no sentir deseo. Que nos traigan un par de furcias, mi buen Ataúlfo. No puedo ir apestando a borracho a yacer con mi santa esposa. Ya habrá tiempo antes de partir.

Los dos se carcajearon y pidieron a gritos al servicio que les trajeran mujeres.

SEGUNDA PARTE

LA ESPOSA

«Su hijo Abdo-L-Azziz tomó por esposa a la mujer de Rodrigo, llamada Umm-Asim, de la cual estaba muy prendado».

AJBAR MACHMUÁ

El último día

Ya lo decía su madre: «Casiana, qué facilidad tienes para meterte en problemas». Y aunque ella protestaba y decía que no, madre, que ella no; pues en realidad sí, sí que tenía esa facilidad para acabar en el centro del problema. Como en aquella jornada. «¿Por qué, Dios mío, por qué había acabado de este modo?». Recorría las calles de Híspalis con un mensaje que le abrasaba la garganta y la boca. Porque ella era solo una criada, pero a alguien se le había ocurrido encargarle a ella, precisamente a ella, llevar el mensaje a su destinatario, atravesando la ciudad cuando apenas había amanecido y los maleantes y los beodos todavía dominaban a sus anchas las callejas. Una ciudad, además, al borde de la guerra.

Estos años habían sido buenos para ella. Que una sirvienta humilde hubiera sido aceptada para trabajar en la casa del gobernador de la ciudad y del reino había sido todo un honor. Y un privilegio, porque de sus sueldos comía casi toda su familia. Más aún cuando la dama principal de la señora, la buena Baddo, la había cogido bajo su protección. Bien era verdad que aquella regordeta le había pedido hacer cosas extrañas y que, ciertamente, ella pensaba que podrían traer grandes problemas. Pero había sabido recompensarla, y ella no era de las que desoía los cantos de sirena del dinero.

Pero aquello era diferente. El mensaje que portaba la aterraba. Y eso que, a Dios gracias, lo había memorizado y no lo llevaba por escrito, pero, aun así, quemaban sus palabras como ella solo imaginaba que las llamas del infierno debían abrasar por dentro. Porque hasta ella, que era medio lela, como tampoco se cansaba de recordar su madre, sabía que esas palabras, esas cortas frases, eran sinónimo de traición, de conjura, de muerte y de mucha sangre.

Problemas, líos. Muchos. De esos que siempre le habían enseñado a evitar, pero que siempre acababan pasando por ella.

Porque recordaba cuando estaba con aquel maleante de Juan, que era poco menos que un muchacho de la calle, demasiado acostumbrado al cuchillo, la piedra y el puñetazo. Y al vino y a lo ajeno. Ya le decía su madre: «¿Por qué eliges tan mal, niña?».

Pero esto era peor, mucho peor, esto era un problema a mucha mayor escala.

Sentía miedo, terror, pánico, mientras sus pasos resonaban por las estrechas calles aún oscuras. Pero apretaba el paso, porque quería llegar y vomitar esas palabras que tanto la quemaban. Vomitar, olvidarlas y, como le habían dicho, irse a casa de su madre. «A ver cómo le digo yo que ya no trabajo en la mansión y que vuelvo a la

casa —se decía mentalmente—. Que en la mansión no conocen cómo se las gasta mi madre».

Ella corría, más de lo que jamás había pensado que podía, porque solo quería soltar lo que lleva en la garganta hirviendo y huir. Luego, Dios diría en qué problemas se metía.

1

Batalla de la laguna, julio, anno Domini 711

Resistían bien aquellos desgraciados. Aquila reconoció que sus enemigos no eran tan débiles como llevaban semanas repitiéndoles. Se habían atrincherado en una altura y resistían la carga de la caballería pesada con sus largas lanzas. Su caballo retrocedió tras batirse, sin heridas. El sudor perlaba su rostro y su barba bajo el yelmo. Su respiración se agitaba sin riendas. El filo de su espada ya presentaba rastros de sangre.

Habían cargado ya una vez contra el enemigo, cuesta arriba, pero aun así a un ritmo bueno, de los que hacían temblar el suelo y aterraba a sus enemigos. Habían reventado sus monturas frente a las armas enemigas. Aplastando hombres. Partiendo lanzas y provocando una lluvia de astillas que pareció inundar el aire. Había visto de reojo, lo que las protecciones laterales del yelmo que le tapaban parte del rostro no eran del todo eficaces: una gran astilla se le había clavado en el ojo a un jinete a su lado. El pobre desgraciado aulló, su montura se encabritó y ambos habían desaparecido de su campo de visión.

Era una batalla y este era su ambiente. Se sentía libre, impulsado por el ardor que le corría por dentro. Solo pensaba en combatir. La formación de caballería volvía a formar para lanzarse contra la línea del enemigo otra vez. Cuesta arriba a hombres y animales les suponía un esfuerzo mayor. Más con aquel día de calor y sol pesados y pegajosos. Pero eran caballeros godos, verdaderos centauros, nada podía con ellos. Y lo creían hasta las últimas consecuencias.

—¡Qué diablos pasa!

Aquila se giró, uno de sus hombres apuntaba con su mirada a los flancos del ejército. Gran parte de la caballería en aquella posición abandonaba a galope tendido la lucha. «Pero qué cojones…», pensó el guerrero, pero él estaba adiestrado para no dejarse llevar por aquellas incertidumbres. Miró a su alrededor y descubrió a la guardia de espatarios del rey, con él al frente, reorganizarse para volver a cargar. Nada cambiaba, el plan y la lucha seguían. Sus hombres lo observaban esperando una orden, algo que les diera fuerzas para continuar.

—Ni os preocupéis, nuestro rey habrá cambiado el plan. Nosotros a lo nuestro. —Tragó saliva y aulló—: ¡Reagrupad y cargad contra esos hijos de Satanás!

Su caballo y él se lanzaron a la lucha en un estado febril de euforia.

La noche había caído y un grupo de hombres fugitivos, cubiertos de polvo, sangre y barro, corría entre el bajo matorral. Las brillantes

armaduras parecían ruinas, los yelmos se habían perdido, como la mayoría de los escudos, lanzas y espadas. No había euforia ni griterío, solo sordos gemidos de dolor, un temor silencioso y pies ligeros para huir.

Todo lo que había podido salir mal había salido peor. Todavía no comprendían exactamente la magnitud ni los motivos, cómo una batalla que se les había vendido como una victoria fácil había terminado convertida en una retirada calamitosa y una escabechina. En una matanza. Con el transcurso de las horas, aquel vigoroso y bullicioso ejército había pasado a ser una desbandada de pequeñas presas a exterminar. Y aquel ejército de desarrapados paganos se había transformado en una jauría de letales cazadores que sabían masacrar con extremada habilidad.

Llevaban horas huyendo como animalillos asustados por los lobos. Habían encontrado gentes de su ejército. Algunos se les habían unido, otros habían valorado que tenían más oportunidades de sobrevivir en solitario que en un grupo grande. Que Dios los protegiera, aunque parecía, él también, haber abandonado a toda prisa aquellas tierras. Aquila no sabía si esa era la mejor opción, pero si de algo no tenía dudas era de que prefería morir rodeado de compañeros de armas que alanceado en soledad.

El hombre que abría la fila levantó la mano y todos se detuvieron. En la oscuridad, se oían ruidos de armas y gritos. Decidieron ocultarse. Aquila y otro compañero se adelantaron arrastrándose por el suelo.

Más adelante, en la oscuridad, una partida de paganos, algunos rearmados con el botín de sus compañeros caídos, rodeaban y trataban de matar a un godo. A sus pies ya había varios enemigos muertos, también algunos godos, aunque, en la oscuridad y con los enemigos luciendo yelmos y escudos de su ejército, resultaba difícil de distinguir.

El godo era grande y sus ojos brillaban como brasas en la oscuridad. Resaltaban casi tanto como el filo de su espada bajo la luna recortada que iluminaba esa noche de sangre.

Aquila frenó a su compañero. Eran más de diez paganos frente a un hombre. Había poca esperanza y si se enzarzaban, podrían también caer ellos. Le daba lástima aquel hombretón, pero en ese momento tocaba prudencia. Resultaba frío y cruel, pero él solo debía pensar en quienes tenía a su cargo y en sí mismo. Estaban agotados y mal armados. Ni física ni anímicamente estaban preparados para entrar en liza.

El godo aulló como un lobo en dirección al cielo estrellado y

cargó contra el enemigo. Incluso entre las sombras, resultaba un espectáculo del que los dos observadores no podían apartar sus ojos, aunque resultara horrible. El hombre partió cabezas, abrió vientres y seccionó miembros a una velocidad de vértigo. Recibió heridas que parecía no sentir. Cuando su espada se quedó atrancada en el hombro de un enemigo, la soltó y se lanzó afónico sobre el siguiente. Lo mató a base de puñetazos y dentelladas. A otro, lo estranguló cuando emprendía la huida. Los dos paganos que quedaban en pie huyeron a la carrera.

Aquila y su compañero emergieron de entre los matorrales y trataron de frenarlo.

El hombre estaba completamente fuera de sí.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Somos amigos —susurró Aquila cuando el hombre se incorporó con mirada de demente y levantó los puños para enfrentarles.

Estaba cubierto de sangre, su mirada se encontraba perdida en un infinito de oscuridad y su respiración parecía la de un caballo a galope. Los miró de arriba abajo y pareció relajarse.

Ante ellos, se derrumbó y comenzó a sollozar como un niño, casi en posición fetal.

Aquila observó los numerosos golpes y cortes sangrientos que presentaba.

Tampoco podía dejar de ver algo que no había percibido en la oscuridad. El cuello abierto a mordiscos del último pagano del que había dado cuenta.

Ese horror se mezcló con el sollozo de un hombre más grande que él que sonaba como el de un niño chico.

Se agachó junto a él y le acarició el cabello, apelmazado por la sangre y el sudor, como si fuera su hijo.

—Tranquilo, ya pasó, muchacho, ya pasó. Ya estás a salvo. Lo has hecho bien…

Lo decía con toda la seguridad que podía atesorar en esos momentos, aunque no tuviese ninguna certidumbre de que lo peor hubiera pasado en realidad.

Transcurrieron los meses. Aquel grupo de hombres supervivientes de aquella jornada de sangre y derrota se había convertido en una partida de guerreros bien avenidos. Los comandaba Aquila, con los tres únicos hombres de su partida que habían logrado salir vivos de aquel día, Gundemaro, Flavio y Mario. También los acompañaba el silencioso y corpulento Tulga, el joven al que vieron exterminar él solo a ocho paganos aquella noche.

Eran unos doce, aunque su número había ido variando según

marchaban y combatían. Habían llegado a ser veintiséis y en algún momento ocho.

Tras la batalla de la laguna, el reino se había ido desmoronando en cuestión de semanas y ellos habían sido testigos. Habían logrado encontrar a los restos del ejército que se habían reagrupado junto con tropas que llegaban tarde y trataron de oponer resistencia. Sin éxito. El enemigo los desarbolaba una y otra vez con facilidad. Trataron de llegar a Corduba para ayudar en la defensa, pero cuando alcanzaron la ciudad, los mauros ya la saqueaban a placer.

Tras aquello, Aquila había conducido a sus hombres a sus tierras, temeroso por su familia y propiedades. Estaban a unas pocas jornadas al norte de Corduba. Cuando llegaron nada encontraron. Las viviendas y establos habían sido incendiados. Nadie moraba allí ya. Los antaño ricos campos de labranza y pasto eran ahora páramos solitarios y asilvestrados, cuando no reducidos a cenizas. Aquila no lograba saber si su propia familia les habría prendido fuego o si habrían sido sorprendidos por el enemigo. Si habrían logrado huir o habrían pasado a engrosar algunas de las largas recuas de esclavos que habían visto desde lejos conducidas hacia el sur por los maucos. En ese momento, se dejó caer sobre el suelo de las que habían sido sus tierras y las de su familia durante generaciones y sintió que ya no eran suyas. Sintió, aunque nunca lo verbalizó en alto ni lo compartió con nadie, que habría sido mejor morir en aquella maldita laguna.

Abatidos, cabalgaron sin rumbo. Emboscaron y mataron a algunas pequeñas partidas enemigas. Y asaltaron, con algo de vergüenza, aunque no demasiada, algunas aldeas y villorrios para poder tener qué comer. Y sí, en esos lances, agredieron y mataron a gentes de la tierra, y violaron a mujeres y muchachas. No les gustaba recordarlo, pero eran sus vidas o las de ellos, y en esa tesitura aquellos hombres de espada no dudaban. Se veían las cosas distintas cuando esas conductas se vivían en tierras extrañas y no en las propias. Pero él era consciente de que no había sido la primera vez, ni, previsiblemente, sería la última. Y, para qué negarlo, tampoco le daba demasiada importancia ni le suponía demasiados remordimientos. «Hago lo que tengo que hacer, ya me juzgará el Altísimo cuando me toque», se repetía y, en el fondo, le daba pena porque tenía una cierta convicción de que iría al infierno. Pero, pese a ello, no cambiaría nada o muy poco de lo que había hecho y haría. Él no era así, no era dado a los escrúpulos ni a las grandes reflexiones. Solo le daba lástima que, de cumplirse sus vaticinios, no compartiría la eternidad con sus adoradas esposa e hijas, pues estaba seguro de que ellas sí irían a los cielos. Si no estaban ya allí.

Les llegaban noticias contradictorias sobre la caída de Toletum o la resistencia de Emérita Augusta. Todo el mundo decía que los nobles y guerreros huían hacia el norte, algunos afirmaban que incluso hacia el reino de los francos. En ningún lugar hallaban un ápice de esperanza.

Fueron testigos del destrozo y el horror que dejaban los invasores a su paso. Vieron partidas de gentes brutalmente aniquiladas en medio de las antiguas calzadas. Sus pertenencias, las que dejaban sus asaltantes, esparcidas por las zanjas, y sus cuerpos sajados, violados y mutilados, desnudados, diseminados por doquier. Atravesaban aldeas y villas arrasadas, habitadas únicamente por perros famélicos que deambulaban aullantes entre cadáveres desperdigados de niños, hombres y mujeres, en distintos estados de descomposición. El tufo a muerte, podredumbre y ceniza anidaba bien profundo en ellos y no los abandonaba durante días. También descubrieron el gusto de aquellos invasores por la crucifixión. Quizá como cruel y última burla para los creyentes en el Dios colgado de la cruz, del que esperaban protección y misericordia. Encontraron decenas. Algunas ejecuciones eran muestras absurdas de tosquedad y brutalidad; otras, en cambio, reflejaban un sádico y pulcro detalle.

Cuando tomaron la decisión de ir a Emérita Augusta, donde se decía que los restos del ejército del rey defendían la ciudad del invasor, no supieron que ya era tarde. A dos jornadas de la ciudad un hombre que huía a la carrera les advirtió que la urbe ya había sido tomada.

Siguieron su camino y su errar sin rumbo ni misión. Llevaban ya un año deambulando como bandidos por el reino cuando se detuvieron a pensar.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntaron sus hombres. Aquila había regresado de una fonda donde había ido en busca de noticias y llevaba ya tiempo esperando esa pregunta, recopilando información y opciones y madurando una respuesta.

Aquila se mesó las barbas.

—A mi modo de ver, solo podemos ir al norte, pero la pregunta es ¿adónde? La gente habla de las montañas asturianas, de la Tarraconense o incluso del reino de los francos. Pero nadie menciona a un ejército, ni a ningún tipo de resistencia. Parece que los paganos han ganado la guerra y ya se han hecho con el reino. Mi primer impulso sería seguir hacia el norte, porque nada me queda aquí. Pero ¿quiero ser acaso un refugiado, un mendigo sin hogar ni fortuna en tierras extranjeras? Creo que no.

Sus hombres le escuchaban sin parpadear. Algunos asentían con

lentitud.

—Soy un hombre de guerra y armas, y no puedo escapar de lo que soy. Me han dicho que los mauros están reclutando a godos e hispanos para su ejército en Híspalis. No piden nada más que se combata a sus órdenes y ofrecen soldada. No me gusta pelear con los que me derrotaron, pero viendo que no hay reino ni ejército al que servir, no me parece tan deshonroso unirme a la hueste victoriosa. Han demostrado que saben luchar y que saben vencer.

Sus hombres bajaron la mirada. No les gustaba la idea demasiado, pero entendían su razonamiento. Sus hombres lo apoyaban.

—Yo iré contigo —dijo el silencioso Tulga—. No hay nada por lo que luchar ya, hay que mirar hacia adelante. Total, no sería la primera vez que tengamos que combatir contra compatriotas. Con un poco de suerte, igual nos toca cargar contra esos sucios hijos de puta de los francos. —Y sonrió.

Lo decía sabiendo, como todos, que por las noches apenas dormía, que se despertaba sobresaltado y entre grandes gritos. Viera lo que viera aquel hombre en la laguna le había dejado heridas más profundas que los cortes y golpes que se habían curado pronto. Era un guerrero formidable, pero su alma estaba dañada, quizá sin remedio. No era el primer caso que había visto Aquila en su larga carrera militar, pero sí el más extremo.

Aquila asintió. No forzaría a nadie. Todos tendrían que decidir por sí mismos.

Ocho salieron cabalgando hacia el sur a la mañana siguiente. A los demás, nunca los volvieron a ver.

2

A todo se acostumbraba una. Y Baddo, que no tenía dudas sobre esa máxima, reconocía que aquella bulliciosa ciudad, mucho más calurosa que Toletum, pero también más viva, le gustaba. Incluso con ese gran río, gigantesco a sus ojos, que la acariciaba y que parecía un gran brazo de mar que empequeñecía al Tagus, aunque ella lo repitiera porque muchos lo decían ya que jamás había visto el mar. Se encontraba, sorprendentemente, feliz.

Iba al mercado acompañada por tres sirvientes y Alí, a ocuparse de la intendencia de la enorme casa en la que se habían instalado cerca de las murallas de la ciudad. No sabía a quién pertenecía antes, pero seguro que era de una familia de grandes riquezas e indudable reputación. O al menos se la habían quitado antes de que llegaran ellas a alguien así. Porque ahora era del gran Abdel Aziz y de sus esposas. O de Egilo, que para algo era la esposa principal y la que, con la ayuda indudable de Alí y ella misma, se había puesto al mando de aquella gran mansión. Porque si había que esperar a la otra esposa hispana del señor, una jovencita apática y asustadiza, pero bella y de indudables orígenes aristocráticos en esta Bética que ahora habitaban, o a la exótica mujer del norte de Ifriquiya que ni hacía ni mostraba ningún interés por hacerse entender —y Baddo creía que lo hacía para que la dejarán tranquila—, la casa se caería y nadie comería.

Pero allí estaba ella. Mandando y siendo la principal consejera, doncella y ayudante de la reina Egilo. ¡Ja! Cómo le gustaría ver las caras de aquellas malnacidas que componían la camarilla de su señora allá en los ya lejanos días de Toletum. Cacareantes como gallinas y ponzoñosas como serpientes, seguro que se morirían si la vieran ahora. Aunque, en fin, Baddo se obligó a frenar esa línea de pensamiento, porque sabía que la mayoría fueron violadas y asesinadas o vendidas como esclavas. Luego oraría por ellas, deseando que estuviesen bien en el cielo —«¿seguro que estarán allí? Oh, Baddo, para»— o que no estuviesen sufriendo demasiado en sus destinos como esclavas. «Que no las destinen a ser furcias, Señor, aunque, en realidad, lo sean… Pero ¡quieres parar ya!».

En las pocas semanas que llevaban allí, toda Híspalis conocía ya a la doncella de la reina y eran muchos los que estaban enterados de la noticia, y ella se empeñaba en que fuera así, de que la reina de Hispania vivía allí. Aunque ya no fuera reina, ni hubiera rey, y el que mandara sobre el reino fuese el gran Muza. Así que los comerciantes, todos, querían vender sus alimentos, telas y enseres a Baddo. Todos buscaban ser proveedores de la reina. Y ella fruncía los ojos, miraba

con parsimonia y disparaba su regordete dedo índice. «Esto sí, esto no, esto sí», aunque no tuviera, muchas veces, ni idea de por qué elegía tal o cual cosa. Pero le encantaba y le divertía. Quizá fuera eso el poder, y ella lo estaba disfrutando, porque, viendo cómo estaban los tiempos que le había tocado vivir, ¿quién sabía cuánto iba a durar?

Baddo creía que, incluso, se había ganado a su señora. Era consciente de que antes no le tenía aprecio, seguramente no por ella, pero sí aconsejada por aquellas gallinas sibilinas que la acompañaban a todas partes. Egilo era estirada, sí, y algo seca e incluso cruel, en ocasiones, con ella. Pero, a decir verdad, sabía que era así con todo el mundo y no se lo tomaba muy a pecho. Además, creía ver en sus miradas y en su obrar, que, aunque jamás lo reconocería —¡menudo orgullo tenían estas reinas!— se sentía en deuda con ella por haberle salvado la vida aquel día al norte de Toletum. Si ella supiera…

Egilo parecía haber mejorado. Volvía a ser la señora brillante y controladora de antaño. Aunque no tuviera corte ni vasallos ante los que actuar. Bueno, y casi ni marido, porque el buen Abdel Aziz pasaba poco tiempo en la ciudad. Baddo tenía que reconocer que no le caía antipático, la verdad, aunque fuera un bastardo pagano malparido, responsable de la muerte de tantos buenos hombres como su padre y de la pérdida del reino, que acabaría sin duda en las llamas del infierno por toda la eternidad, por eso y por ser un infiel sátiro que creía en un dios que se habían inventado para dejarles tener varias esposas y así poder dejarse llevar por la lujuria sin sentir que pecaban; pero, en el fondo, no era tan mal amo ni esposo. Para lo que había en el ejército invasor, de lo mejor. Ella no entendía de sus labores —la guerra, suponía—, la señora, algo más, pero mientras a ella la dejaran regir la casa, le importaba bien poco.

Quizá lo peor de vivir allí era compartir ciudad con el obispo Oppas, que, con su cara pálida y repulsiva, seguía insistiendo en importunar a la señora. Eran tal para cual, a ella se la llevaban los demonios cada vez que lo veía y él siempre salía rabioso cada vez que se encontraban. Parecía que ni lo podían ni lo querían evitar. La ciudad era grande y podrían pasar meses sin encontrarse, pero ahí seguían, cultivando el odio y la animadversión mutua. Resultaba hasta cómico que fueran parientes.

La verdad era que a ella el tal Oppas le daba mala espina. Era de esos que se creían mejores que todos los demás; bueno, la señora era también un poco así, pero ese Oppas se creía mejor, más listo, más espabilado; y no solo eso, sino que, además pensaba que los otros eran tontos. Así que, encima de traidor y conspirador, vanidoso. Pues con la señora había topado. ¡Menuda era!, se decía.

De hecho, ella participaba de refilón en aquella lucha. Ya tenía identificada a la servidumbre del obispo de Híspalis y, en el mercado, siempre que los veía tratando de llevarse las mejores piezas de carne, pescado o verduras, ella intervenía y convertía cualquier operación en una puja. A veces desatada y loca, pero ¿qué eran unas monedas pagadas de más cuando se trataba de dar secreta satisfacción a su señora? Luego ella la escuchaba complacida, y aunque la regañaba con palabras como «No seas cría, Baddo», «No entres en esas cosas», ella sabía por su sonrisa y por su dulce tono que le gustaba que lo hiciera. Ellas, como mujeres, sabían del sencillo pero efectivo aroma de esas pequeñas victorias diarias.

Y así transcurría una nueva vida que era mejor de lo que ella ni siquiera habría soñado cuando empezó aquella guerra. Igual Dios la castigaba por pensar eso, porque menuda cantidad de muerte y sufrimiento había traído esa invasión, pero es que ni el Altísimo podía quitar un ápice de verdad a sus afirmaciones, que, dicho fuera de paso, jamás expresaría en público ni a nadie. Pero ¿acaso no decían algunos religiosos que la caída del reino se había producido por los pecados, muchos, gordos y feos, de los anteriores reyes? Pues igual Dios y nuestro Señor Jesucristo no serían demasiado duros juzgando aquellos pensamientos, seguramente pecadillos menudos, de aquella dama.

3

Egilo inspiró y alzó los ojos al cielo desde el pequeño patio de su *domus* en Híspalis. Un cielo azul tibio, cálido y salpicado por pequeñas volutas nubosas blanquecinas se desplegaba sobre ella. Le recordaba al cielo de su hogar, no tan lejano. Se sentía cómoda allí, aunque aún sufría ataques de nostalgia, de añoranza de una vida pasada que en aquellos momentos parecía lejana e imposible. Se sentía atrapada entre las paredes de aquella hermosa casa, mientras escuchaba los ruidos de la vida de la ciudad llegar a través de esos muros.

Abdel Aziz había decidido elegir aquella mansión para vivir y fijar su residencia. La pequeña ciudadela fortificada del conde había sido entregada al gobernador designado por Muza y a su pequeña guarnición y se había decidido mantener en el otro recinto palacial fortificado intramuros de la urbe, el episcopal, a su inquilino habitual, el obispo Oppas, en pago a sus servicios. Egilo agradecía a su esposo aquella decisión, aunque no lo había verbalizado y tampoco le iba a importar demasiado a su marido. En un recinto fortificado se habría sentido aún más prisionera.

La reina apenas salía de la *domus*. Aquello no había cambiado con su matrimonio y mudanza. Cuando su esposo estaba en la ciudad, sí que la sacaba de vez en cuando, a visitas oficiales, a fiestas e incluso a dar paseos a caballo, que Abdel Aziz disfrutaba ya fuera solo o en compañía. Pero poco más; los días de Egilo transcurrían en la quietud de su hogar y, como en Toletum, los únicos vínculos con el exterior eran las palabras de Baddo y Alí.

Las escasas esperanzas que tenía sobre que la situación de la guerra cambiara se habían evaporado completamente. Antes aún fantaseaba con Baddo con que en algún momento llegaría algún ejército godo que derrotaría a los invasores y las devolvería a su vida anterior. Les gustaba cuchichear en la intimidad de sus alcobas sobre aquella remota posibilidad, las hacía felices y les daba la jugosa oportunidad de poder recordar lo que añoraban. Pero Egilo sabía que, aunque esa milagrosa circunstancia se cumpliera, nada volvería a ser igual. ¿Acaso podría, habiendo desaparecido sus familias, su esposo? ¿A dónde volvería? ¿A ser reina? Las leyes y costumbres del reino para las reinas viudas solo invitaban a ingresar en un monasterio o cenobio, algo que, sin rechazarlo frontalmente, no entusiasmaba a Egilo. A veces, en la vela continua que la asaltaba en el lecho, pensaba que cambiaría una celda por otra nada más.

La realidad, en cambio, se empeñaba en demostrarles que esas elucubraciones eran simplemente sueños pueriles. Cuando Abdel Aziz

estaba en la ciudad, desfilaban por su salón decenas de nobles hispanos y godos para hincar la rodilla y rendirle pleitesía. Ofrecían presentes, juraban fidelidad y prometían tributos a cambio de mantener sus tierras y señoríos. El reino no resistía, el reino se adaptaba a los nuevos dominadores para sobrevivir de alguna manera.

Egilo y Baddo observaban con desprecio a aquellos señores y, en privado, los maldecían y los acusaban de cobardes, de traidores a todos ellos. A la corona, al honor, a la verdadera religión cristiana. Eran hombrecillos vencidos, hundidos, que se presentaban sin orgullo ante esa banda de paganos que los habían sometido sin esfuerzo a punta de espada. Los despreciaban, no eran hombres, eran gallinas.

Decepcionada con el mundo exterior, Egilo había asumido con ganas su papel como esposa principal y dueña de aquel hogar. Había intentado relacionarse con las otras dos esposas de Abdel Aziz sin demasiado éxito. Flavia, la segunda, era una niña de una buena familia del sur de la Bética a la que habían ofrecido rápidamente a los conquistadores a cambio de unos jugosos contratos de venta de alimentos y caballos a las tropas de Muza. A pesar de sus cabellos rubios que prometía su nombre, era apenas una mocosa asustadiza y tímida, de rostro ovino y escasa conversación. Se sometió a Egilo sin dudar, pero no pareció buscar ningún tipo de complicidad ni amistad con ella, algo que ella habría querido, pues no ocultó que deseaba tratarla como a una hermana menor. Pero Flavia, que de palabra asintió a su ofrecimiento, con sus actos demostró escaso interés y no cambió un ápice su forma de comportarse. La trataba con deferencia e incluso la llamaba «mi reina» o «mi señora», pero no iba más allá. Era una presencia fantasmagórica en la *domus*. Una niña que añoraba su hogar, hermosa pero no demasiado, de pocas luces y ninguna ambición. Una cría boba atenazada por el miedo. A Egilo le daba lástima.

La primera esposa, Titrit, era muy diferente. Era una mujer de edad indeterminada, o al menos eso le parecía a Egilo, y mirada desafiante. Una noble de origen mauro, del norte de Ifriquiya, de piel morena y profundos ojos verde oscuro. Sabía latín y hablaba con corrección, mesura y propiedad. Había aceptado la llegada de Egilo y su nuevo rol con sutil desdén, pero mirándola fijamente, sin apartar sus ojos un instante de los de Egilo, había mostrado quién era ella y su lugar en aquella casa. La reina había detectado que no era una mujer dócil y sabía que, de las dos, si alguna iba a suponer un futuro conflicto sería ella.

También Titrit era diferente por su credo. Aunque relató a Egilo que había nacido como cristiana, a los dos años de su enlace con

Abdel Aziz había decidido convertirse a la fe de los muslimes. Una religión que no ocultaba que todavía no entendía del todo, pero que afirmaba que le gustaba y la llenaba cada día más, que algunos elementos le resultaban exóticos y extraños, pero otros muy cercanos. Cada día un *talib* árabe, un maestro religioso, acudía a la villa para enseñarle los preceptos del profeta Muhammad y la lengua.

Aquello puso en alerta a Egilo, ya que sintió que habían descuidado en aquellos días de cautiverio las cuestiones religiosas y ahora se sentía bajo asedio. ¿Le propondría Abdel Aziz, con el tiempo, que abjurara de su fe y se convirtiera como había hecho Titrit? Era cierto que en aquellos meses no había hecho ninguna mención, ni había insistido en el asunto, pero ya no podía descartarlo.

Convenció a Baddo, con el consentimiento desinteresado de Alí, para que buscara a un sacerdote en la ciudad que actuara como su guía espiritual. Eso sí, como estaban en Híspalis y su obispo era el odiado Oppas, le pidió que se asegurara de que fuera un religioso independiente.

Baddo encontró a un clérigo itinerante llamado Agustino, de aspecto algo desastrado, y de formas redondas, pero no tan orondas como algunos altos religiosos que Egilo había conocido en Toletum. Era un buen hombre, buen confesor y se le notaba instruido. Se había formado en grandes monasterios de Cesaraugusta y Toletum y conocía al dedillo las grandes obras de los grandes padres de la Iglesia. Egilo no era una mujer de gran formación, pero sus padres le habían dado la oportunidad de saber leer, y sus conocimientos más profundos eran sobre la fe y la religión, y por eso valoró a Agustino.

El sacerdote se convirtió en una presencia diaria en la *domus*. Confesaba y conversaba con Flavia, Baddo y Egilo, y oficiaba eucaristías diarias. Era un hombre combativo, que mantenía el ardor de sus feligresas con sus palabras, en tiempos que él calificaba de lucha por la verdadera religión sitiada por los paganos llegados del sur. La reina disfrutaba con sus peroratas contra los obispos, como el metropolitano de Toletum, que huyeron abandonando a su grey, y los nobles que pactaban con los enemigos de Dios e incluso abjuraban de su fe. Coincidía en todo ello sin dudar. No obstante, no estaba de acuerdo con sus continuos dardos hacia los anteriores reyes, Witiza y Roderico, principalmente, culpándolos de la situación a la que habían conducido a uno de los reinos más ricos y poderosos del orbe: una derrota humillante y total. Para el sacerdote, habían sido ambiciosos pecadores que habían desatendido el cuidado cristiano del reino y que, por sus faltas, el Señor había llevado a aquellas tierras ricas sin parangón en el antiguo imperio, primero la peste, el frío que helaba

los campos y, finalmente y ante las pruebas de que no había contrición ni cambio de rumbo, aquella hueste satánica de paganos.

Cuando cargaba contra Roderico, Agustino miraba fijamente a Egilo y la hacía sentir incómoda. Le dejaba claro que sabía ante quién estaba y por qué decía aquello. Un día, a solas, le preguntó por qué la castigaba así.

—Hija mía, no es por castigo ni por penitencia alguna. Sé que poco de lo que has hecho ha provocado esto. Pero no puedes olvidar que tu esposo, el verdadero, fue rey por la gracia de Dios, y tú sigues siéndolo. Tienes un papel, un poder, pequeño o grande, y no puedes olvidar por un segundo que viene del único y verdadero Dios, de su hijo Jesucristo y el Espíritu Santo. Él te cuidará y te guiará, yo soy su instrumento, para que en estos tiempos de tribulación no le falles. Debes ser consciente de todo esto, porque quizá ahora no ha llegado, pero no tengo ninguna duda de que la prueba llegará y tu esposo, el Señor le maldiga, te tentará, te hará elegir de manera directa o sibilina entre su fe traicionera y la tuya verdadera; te pedirá abandonar el recto camino y, con ello, herir la esperanza de los cientos que se mantienen leales a nuestro Señor Jesucristo ante la presión de los muslimes.

Aquello hizo reflexionar a Egilo. Dejó semilla en lo profundo de su alma, aunque, en cierto sentido, sabía que el sacerdote ponía excesivas esperanzas en ella.

¿Qué le podía pedir el cielo a una mujer cuando los reyes y los guerreros habían fracasado? Nada. Esa era la respuesta. Su resistencia era fatua.

Oppas seguía importunándola continuamente. Cada semana, estuviera Abdel Aziz o no en la ciudad, se presentaba de improviso y pedía conversar con la señora de la casa. Insistía una y otra vez en que tenía que repudiar y rechazar a su marido y le ofrecía un cenobio en Híspalis para ingresar como monja. El muy presuntuoso hasta le tenía elegida la celda. Ya había olvidado su intento de casarla con su hermano, pero seguía queriendo apartarla de los invasores. Le resultaba gracioso aquella falsa preocupación de su primo por ella, cuando de todos era sabido que los hijos de Witiza se mostraban solícitos con los conquistadores y, según le contaba Baddo, muchos en la ciudad los llamaban los «perros de Muza».

Así, ella atendía con cortesía sus encuentros, pero nada respondía ni concedía. Le despedía, como «su querido primo», deseándole «buenos deseos» y agradeciéndole sus «continúas atenciones». Pero bajo la pátina cortés de sus palabras había una indudable carga de sarcasmo que alguien inteligente como Oppas no podía obviar, por lo

que marchaba siempre con el mismo gesto contrariado, que tanto hacía gozar a Egilo.

Y así, entre dimes y diretes, continuaba la vida de Egilo sin demasiadas alteraciones. Su marido, Abdel Aziz, era más una ausencia correcta y educada que una presencia tangible; apenas pasaba por la ciudad para atender mil asuntos, volvía a marchar para continuar la conquista y asegurar los territorios para los muslimes, que iban controlando ciudades, vías y pequeñas franjas de tierra, en un reino inmenso y poblado. Era un hombre ocupado y, sin duda, trabajador, pero que no mostraba demasiada atención por sus esposas, más allá de asegurarse que estuvieran bien atendidas.

Alí entró en el patio sacándola de sus elucubraciones.

—Abdel Aziz ha vuelto a la ciudad a galope. Parece que algo pasa —le comunicó, jadeante, el lengua.

«Algo pasa». Tenía razón el buen Alí, y Egilo no podía imaginarse hasta qué punto.

4

Abdel Aziz llegó a Híspalis como un torbellino, como una verdadera tormenta del desierto. Su sentido de la urgencia se había disparado por la misión que le había encargado su padre, Muza, que le había escrito desde sus campañas en el norte mientras él aseguraba la costa meridional de la tierra conocida como Lusitania. Él sabía que era la persona idónea para realizar lo que necesitaba su progenitor, pero, además, era consciente de que él sería quien se tendría que ocupar de todo después. Y eso le llenaba, le hacía sentir fuerte, como si, por fin, su momento hubiera llegado.

Hacía unas semanas que había recibido su padre una misiva distinta. Venía de Damasco, del mismísimo califa. Convocaba a Muza y al Tuerto a acudir a su capital y comparecer ante él. No había mucha más información y nada hacía presagiar si era una buena nueva o la promesa de una desgracia. Pero Muza era un hombre precavido y le había relatado su reacción por escrito y él lo podía rememorar, creía, con todo lujo de detalles.

—Que te incluya, Tuerto, significa que quiere inquirir sobre la conquista de este reino y no sobre otra cosa. —Se mesó la barba—. No me gusta tener que afrontar tan largo viaje a mis años, pero no queda otra opción que hacerlo y hacerlo bien. Tardaremos más, pero tendremos que llevar una buena caravana de tesoros, presentes y esclavos de esta tierra. Nos llevaremos varias compañías de nuestros guerreros árabes. Elígelas tú, Tuerto, y aprovecha para incluir a aquellos que tengan añoranza de regresar al hogar. Abdel preparará todo lo que debemos llevar ante el califa. Nos va todo en este viaje.

—¿Todo? —preguntó el comandante, a quien, aunque era un hombre que no temblaba ni dudaba en la sangrienta batalla, aquello de presentarse ante el califa le hacía estremecerse y le aflojaba los intestinos.

—Lo primero, el cuello, Tuerto. Y después, todo lo que hemos logrado en estos años, en Ifriquiya y aquí. —Y viendo la turbación de su comandante, le puso sus manos anilladas sobre los hombros y lo miró fijamente—. Confía en Dios, hermano, al que en nada hemos fallado, todo lo contrario, y en mí, que no dejaré que eso ocurra. Sé lo que tenemos que hacer, y si así procedemos, volveremos colmados de halagos del califa, con más poder, riquezas y refuerzos.

En pocas semanas, Abdel había recorrido todos los territorios conquistados recogiendo tesoros, oro, viandas, telas, joyas, caballos y miles de esclavos, a los que había puesto a transitar por las antiguas calzadas romanas, ¡Dios las bendijera!, camino de Híspalis donde la

larga columna de Muza y el Tuerto partiría con destino a Damasco. En la ciudad, Abdel no había parado su veloz quehacer y apenas se había detenido en su casa un momento hasta tener todo preparado para la llegada de su padre. Cuando entró por fin en la *domus*, había liberado el peso de su misión de sus hombros, pero otra sombra de preocupación crecía en su interior.

Necesitaba comer y le pidió a Alí que le preparara una estancia con una abundante cena, con cordero, dátiles y otros manjares.

Deseaba reflexionar y necesitaba estar solo para ello. Despidió a los sirvientes, y aunque comió en silencio, sus pensamientos no le dejaban siquiera saborear los alimentos.

Llevaba días haciendo cuentas. Calculando cuántos árabes se marcharían con su padre y en qué situación dejarían al ejército de Hispania. ¿Serían suficientes? En la situación actual, el ejército ya resultaba justo para mantener el territorio en orden y continuar las conquistas hacia el norte. Hasta ahora había funcionado porque, era justo decirlo, la resistencia había sido débil y mal organizada. Pero ¿y si los godos de la Tarraconense lograban organizar un ejército en condiciones? ¿Y si, como se rumoreaba desde hacía semanas, decidían desafiar a los francos del otro lado de las montañas del norte? ¿O si, aprovechando la debilidad de los godos y la falta de actuación de los muslimes, los francos decidieran entrar con sus huestes? Todas las variables apuntaban a su próxima debilidad militar. Sabía que su padre le quitaría importancia a todas esas cuestiones cuando llegara y se lo expusiera, pues estaba concentrado en su visita al califa y centraba todos sus esfuerzos en ello. «Paso a paso, hijo, Dios proveerá y afrontaremos todos los problemas en el momento oportuno», estaba seguro de que le diría, incluso con esas exactas palabras. Pero él no podía dejar de pensar que su padre ya le había comunicado que él se quedaría como valí de Hispania en su lugar y que se iba a convertir en su primera preocupación en cuanto los cascos del caballo de Muza pusieran rumbo a Damasco.

Su primer impulso era el de pedir refuerzos a los mauros de Ifriquiya. Eran guerreros fiables y fieros, deseosos de botín y nuevos horizontes, que bajo el mando del Tuerto habían funcionado a las mil maravillas. Él conocía a sus comandantes y mantenía buen trato con ellos. Además, el valí de aquellas tierras era su hermano mayor y no le negaría nada de lo que le pidiera. Su hermano era más parecido a su padre que a él, pero existía verdadero afecto entre ellos. De todos modos, sabía que al *yund*, la junta de clanes árabes del ejército, les escamaría y mucho la dependencia del ejército del islam de aquellos cristianos salvajes o convertidos hacía poco. Los habían vencido

primero en batalla y deberían ser esclavos, no la punta de lanza de sus tropas. Sin olvidar que habría que destinar gran parte del botín y los tesoros capturados a esos contingentes.

No, no les gustaba ya, y les gustaría menos cuando Muza se llevara otra parte de las tropas árabes y él llamara a más mauros y la desproporción fuera aún mayor. Mecanos, medineses, yemeníes, sirios, mesopotámicos mantenían longevas rivalidades entre ellos, pero, en cuanto a aquella cuestión, unirían esfuerzos y montarían formación cerrada. ¿Cómo podría convencerles? Sabía que no eran conscientes de sus debilidades, de que no tenían forma de resistir ante un ejército cristiano en plenitud, con gran cantidad de caballería pesada e infantería, pero si les exponía claramente aquellas cuestiones, le responderían que ya lo habían hecho una vez en la laguna, obviando que gran parte del ejército del Tuerto era mauro, que contaron con ayuda de cristianos traicioneros o que Dios los guio en una victoria demasiado afortunada.

Abdel Aziz no dudaba de Dios, el Todopoderoso y el más grande, pero sabía que Él no toleraba a los estúpidos ni a los despreocupados.

Con los primeros bocados ansiosos sació su hambre y ahora la preocupación le había cerrado el estómago. Nada le entraba y los platos seguían ahí casi intactos.

La puerta se abrió.

—He dicho que… —comenzó a decir en árabe, pero cortó la reprimenda cuando se percató de quién entraba.

Era su esposa principal, la reina Egilo, vestida y enjoyada de manera deslumbrante. No podía Abdel Aziz más que admitir el buen gusto y el tino de recibirle así. Él no era un noble romano, acostumbrado a estos despliegues y protocolos, tan diferentes a los de su gente, pero la gente de poder sabía valorarlo.

—Señora —farfulló, pronunciando mal lo poco que sabía de la lengua de los romanos.

—Mi señor, me preguntaba si podría acompañaros en vuestra cena, tras tantas semanas sufriendo vuestra ausencia.

La entendió a duras penas, pero concedió y con la mano le señaló una silla en la mesa.

Ella, solícita y sonriente, se sentó sin dejar de observarlo.

Abdel Aziz dudó si llamar o no a Alí, pues sin él sería imposible mantener una conversación real con ella. Pero Egilo no parecía demandar nada más. Él llamó a la servidumbre y les pidió que sirvieran a la señora de la casa lo que deseara; ella ya había cenado, pero pidió algo ligero para acompañar a su esposo.

No parecía desear nada más, pero Abdel terminó por llamar a Alí,

que se quedó en una esquina esperando ser reclamado para intervenir.

Abdel Aziz logró domar la ansiedad y siguió comiendo. Y ellos dos se miraban. Él había valorado muy en serio en los últimos tiempos hablar sin prisa con Egilo. Había sido la reina de aquel territorio que iba a pasar a regir en breve y, según le había contado Alí, era una mujer inteligente, atenta y de vivo ingenio. Pero ¿qué dirían los demás árabes? Lo quería hacer y lo haría, pero en la más estricta intimidad y secreto y cuando su padre y el Tuerto hubieran partido.

Comían, mirándose y sin hablar. Sonrientes, amables, ambos.

Abdel Aziz llegó a pensar, en un momento de locura, si esa mujer no podría ayudar a solventar alguno de los problemas que iban a reposar sobre sus hombros en breve. Aunque pronto espantó aquella idea de su mente.

Esa noche yacieron juntos.

5

Egilo, desde las murallas de Híspalis, observaba cómo empezaba a ponerse en marcha una gigantesca columna humana en dirección al sur. Miles de jinetes y hombres a pie, centenares de carros cargados hasta hundir las ruedas en el arenoso terreno, miles de esclavos atados en largas recuas que marchan hacia un destino extraño, negro, en tierras muy lejanas a las que, seguramente, muchos no llegarían vivos. Se preguntaba si entre aquella gran masa humana de esclavos, donde abundaban las mujeres robustas y hermosas, no se encontrarían algunas de las damas y amigas que la acompañaron en aquella huida frustrada de Toletum hacía ya más de un año. El pensamiento le ennegreció el alma y le recordaba su posición actual.

El padre de su esposo y el Tuerto observaban montados el arranque de esa espectacular riada que tendría que viajar durante muchas leguas, por tierra y por mar, hasta llegar a su destino final, situado en una lejana ciudad llamada Damasco. Junto a ellos, su marido y su gran amigo Al Fihri esperaban expectantes. Serían ellos, según ya se había anunciado públicamente, quienes regirían aquella tierra en ausencia de Muza. Abdel como valí, y su amigo como principal consejero. Ella había notado que su marido estaba ansioso, pero también sumamente preocupado por lo que le aguardaba.

Egilo miraba con detenimiento a su esposo. Su caballo corcoveaba y él lo lograba tranquilizar sin problema. Era un hombre inteligente, no era un león o un oso como lo había sido Roderico, o como ella creía que eran Muza o el Tuerto. No era tan fuerte ni agresivo, pero sí era inteligente y calculador, y quizá para un gobernante esas características no fueran negativas, sino todo lo contrario. A ella le gustaría que le hablara de las cuestiones de Estado, como en contadas ocasiones le confió Roderico en la alcoba. Fueron escasas, cierto, pero ella sentía que cuando lo hacía era porque se sentía inseguro con lo que ocurría y confiaba en ella y su instinto para aquellos asuntos. Ahora deseaba de alguna manera que volviera a ocurrir. La hacía sentirse pecaminosa, porque sabía que él era su amo, su invasor, el causante de su desdicha. Que no se sentiría cómoda aconsejando cómo dominar a los suyos, pero no podía dejar de sentir aquel oscuro deseo.

Quizá Abdel Aziz recurriera a ella, lo notaba, lo intuía, aunque no sabía decidir si era más deseo suyo que otra cosa. Quizá. La barrera del idioma resultaba obvia, aunque los dos confiaban ciegamente en Alí, que podía derribarla sin problemas. Pero ¿debía ella aconsejar a su esposo en contra de los intereses del reino? ¿De un reino que no

existía ya? ¿Qué debía hacer? ¿Dónde debían estar sus lealtades en este momento? Era cierto que si en algo se parecían godos y muslimes era en que no tenían demasiado en cuenta las opiniones de sus mujeres, pero todo aquello era matizable y en la intimidad todo podía cambiar. Por eso quería estar preparada, si ocurría; si Abdel Aziz acudía a su lado con preguntas, con cuestiones de poder y mando de Hispania, ¿qué haría?

Llevaba varias noches sin dormir pensando en eso, y, hasta el momento, no tenía una respuesta.

6

Abdel Aziz se enfrentaba, por primera vez como valí de Hispania, al *yund*, y sabía que nada iba a resultar sencillo allí. Flanqueado por su fiel amigo Al Fihri, ante él tenía a los capitanes y los cabezas de clan de los principales grupos árabes del ejército. Mecanos, medineses, yemeníes, mesopotámicos, persas, sirios y gentes de todas partes de Oriente. Casi todos más mayores que él. Todos eran devotos fervorosos de su padre, pero ¿lo seguirían igual a él, ahora que su padre había marchado?

Pronto lo iba a comprobar.

Seguía preocupado por la marcha de Muza y del fiel Tuerto. Su padre había fingido que no le preocupaba, que seguramente el califa solo quería reconocerles sus triunfos y conquistas. Pero ambos sabían que ya no tenía la relación de confianza y cariño que mantenía antaño con el anterior califa Abdel Malik, cuyo querido hermano era el gran señor de Muza y en cuyo honor había puesto su nombre a su hijo.

Además, y esto era algo que solo Abdel era capaz de recordarle a su padre, porque a nadie más consentía mencionárselo e incluso con él se enojaba y solía ser amonestado, Muza ya fue enjuiciado antaño por apropiación de bienes de la conquista, incluso cuando gozaba de su relación especial con el califato, y solo se pudo librar pagando una descomunal suma. Abdel se lo había dicho a su padre antes de partir.

—¿No te irán a acusar de lo mismo, padre? Si ya te pasó en la más pobre Cirenaica, en un lugar como este, tan rico y cuya fama llega a los confines del islam, las envidias serán aún mayores.

Abdel lo expresó con exquisita cautela, aunque no le extrañaba que aquellas acusaciones, que databan de cuando él solo era un niño, fueran ciertas. Todos los caudillos eran amantes del botín, nadie se sorprendía. Pero su padre tenía un desaforado gusto por el lujo y por obtener siempre más riquezas. Su patrimonio personal, que ya era inmenso, en las últimas décadas se había disparado. Nadie podría calcular lo que supondría el botín de Hispania.

Alejó a su progenitor y esos pensamientos de su cabeza. Ahora tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos.

Abdel Aziz dio comienzo a la reunión, como mandaba la tradición, ofreciendo buenas palabras a cada uno de los integrantes del *yund*, loando su participación en la guerra, obsequiando con regalos y hablando de cuestiones menores. Por supuesto, todos sabían que el objeto de aquel encuentro llegaría pronto, pero eran conscientes de la etiqueta y protocolos de su pueblo y de que los prolegómenos eran los que debían ser.

Mientras hablaba, los observaba uno a uno, algunos relajados, otros con el ceño fruncido, y notaba que la desconfianza en él era palpable; más aún, que algunos deseaban hacerla visible. Pero no quería retroceder ni un ápice.

—Hermanos, mi padre ha marchado a relatar al califa noticias de nuestra gesta, de cómo hemos doblegado al mayor reino cristiano con un ejército menor que el del enemigo, armados solo con nuestra fe en Dios, el más grande —todos respondieron con una invocación a Dios al oír esa frase—. Pero ahora, como ha dejado dicho mi padre, no debemos ser perezosos y hemos de seguir afianzando las conquistas y ampliándolas. Y ¿cómo podemos hacerlo? —«Allá vamos», se dijo mentalmente. Sintió todas las miradas fijas en él—. Somos conscientes de que muchos godos se han refugiado en el norte o en la Tarraconense. Por nuestros choques con ellos hasta ahora, no parece que debamos temer demasiado, pero no les debemos obviar, ni tampoco al reino de los francos, más allá de las montañas. Es otro reino poderoso y rico que tendremos que conquistar tarde o temprano, y que será nuestro enemigo. Allá tendremos que llevar la casa del islam. Aunque hemos de tener en cuenta que ya estarán sobre aviso tras nuestra brillante victoria en Hispania.

Algunos asentían, otros mantenían su hieratismo, dejaban claro que no iban a dejar traslucir ningún apoyo hasta que oyeran lo que deseaban.

—La marcha de Muza y el Tuerto con varios miles de los nuestros nos ha dejado con una mano atada a la espalda, hermanos. Era necesario, sin duda, pero ahora creo que con nuestro actual número ni podemos afrontar seguir avanzando hacia el norte, ni podemos mantener un control férreo y efectivo sobre los territorios conquistados. —Su puño agarró la empuñadura de su espada—. Por ello, os consulto, hermanos, ¿no debería pedir al valí de Ifriquiya que nos envíe más tropas mauras para reforzar nuestro ejército?

Resoplidos, cabezas negando, un sonoro escupitajo. Ceños fruncidos.

—No necesitamos a más de esos cabreros salvajes, que ni siquiera creen en Dios y en el Profeta. Nunca los hemos necesitado, en realidad.

Mahmud, el jefe de los estudiosos coránicos y de la doctrina del Profeta, asintió.

—Ya os vengo advirtiendo repetidamente sobre ese problema. La mayoría de los mauros siguen siendo cristianos o, peor aún, paganos que fingen ser cristianos. Incluso los hay judíos. Y los que han aceptado la única y verdadera fe apenas prestan atención a sus

preceptos, no quieren aprender ni lo que supone, ni la lengua árabe, la que sirve para comunicar esta fe.

—Más fe en Dios, el más grande, es lo que necesitamos, no soldados de segunda.

—Ya lo dijo el Profeta: «La maldad está dividida en setenta partes, de las cuales sesenta y nueve corresponden a los bereberes mientras que los demonios y el resto de la humanidad se reparten una sola».

Muchos asintieron y otro añadió por detrás:

—Y no os olvidéis de aquellos versos: «Vi a Adán en sueños y le dije: padre del género humano, las gentes van diciendo que los bereberes son descendientes tuyos. Y Adán contestó: si lo que dicen fuese verdad, ¡Eva quedaría repudiada!».

La chanza despertó la hilaridad de la concurrencia con fuertes carcajadas.

Todas las intervenciones de los miembros del *yund* giraban en torno a aquella idea. Abdel Aziz lo esperaba, pero no de manera tan agresiva. Había pensado en recordarles que cuando, hacía menos de un siglo, el Profeta comenzó su sagrada misión, todos, los mecanos, los yemeníes, los sirios, eran paganos o cristianos que no creían, como los mauros ahora, que en décadas serían tan muslimes como ellos. Pero prefirió dejar de lado ese argumento, que, a buen seguro, se vería como una afrenta.

—Abdel, hijo mío —comenzó uno de los más ancianos del *yund* —, comprendo tu impaciencia y tu preocupación. Pero creo que no has hallado aún la respuesta correcta a los problemas que planteas. Te pido, por favor, que te des un tiempo para reflexionar y vuelvas al *yund* con nuevas opciones. Nosotros haremos lo mismo. Ten en cuenta, por un lado, las dificultades y problemas de lo que pides y, por otro, no olvides algo muy importante: el hecho de que tu padre te haya nombrado valí en su ausencia es una anomalía en nuestra tradición.

No contaba con ese dardo. Sabía por Al Fihri que el *yund* esperaba que escribiera a Arabia pidiendo más guerreros. Pero, aunque eso funcionara, que tenía sus dudas, tardarían meses, sino años, en ver llegar esos refuerzos. Él sabía que necesitaban refuerzos en aquel mismo instante. Ayer mejor que mañana. Pero también era consciente de que no podía enfrentarse al *yund* desde el primer momento. Aunque por dentro sentía un fuego que bullía, contrariado por ver cómo la asamblea trataba de doblegar la voluntad del valí, y no estaba dispuesto a ceder, pensó que tendría que dejar aquella batalla para más adelante.

—Así lo haré, hermanos.

El más anciano asintió complacido, pero decidió volver a intervenir, pues no pudo obviar el gesto contrariado que las facciones de Abdel dibujaban.

—Hermano, no creas que no valoramos en el *yund* el ímpetu y la fe que demuestras al querer continuar el ritmo de conquistas que el Profeta demanda. Lo estimamos mucho, sabemos que eres un muchacho capaz, que no nos defraudarás ni a nosotros ni a tu padre. Solo te pedimos un tiempo de reflexión y confianza, Dios te mostrará el mejor camino y nosotros te apoyaremos.

Concedió, pero por dentro juró ante Dios que aquella banda de ancianos acomodaticios y que solo miraban por ellos mismos, no se saldrían con la suya. La conversación de la asamblea se centró en temas menores y la agresividad se diluyó en todos, menos en el interior de Abdel Aziz que ardía como el más profundo de los infiernos en que el valí labraba en piedra volcánica todas las afrentas, desafíos, «anomalías» y «muchachos» que había escuchado en aquella jornada.

7

Abdel no acudía a ella, pero Egilo encontró ocupación. No sabía cómo había ocurrido, pero de repente la ciudad parecía haber tenido noticia de su presencia y acudían a la *domus* en busca de consejo, justicia o a ofrecer sus servicios. Era Baddo la que le presentaba los distintos casos, y ella pasaba todas las mañanas en el salón cercano a la entrada, atendiendo a personas de toda condición, mientras las otras dos mujeres de su marido dormitaban y vegetaban en sus alcobas. Sin dejarse ver, sin hacer nada. Ella no podría dejarse morir así. Había estado perdida muchos días, empujada por una brisa que la mantenía en pie, pero no la llevaba a ningún lado. Sin saber qué función tenía en la vida, para qué servía.

Pero eso había cambiado.

Tenderos, comerciantes, agricultores, artesanos, cocineros y gentes de toda condición se postraban ante ella, la llamaban «señora» y «reina», y eso no le gustaba a Alí, que observaba ceñudo siempre aquellos encuentros, atento a lo que se decía. Ella se mostraba agradable y cercana. Daba respuestas a quien podía, y a quien no le ofrecía oraciones y ánimos. Con todos solía tener algún detalle, algunas monedas. Todos, sin excepción, se marchaban agradecidos y deseándole bonanza.

Ella se sentía así realizada y querida. Y Baddo, a través de ella, conocía a toda la ciudad de punta a punta, de muralla a muralla, de arrabal a arrabal, del río a los caminos, conocía a todos y sus preocupaciones.

Era ella quien le traía noticias de Oppas, el obispo de la ciudad, que conspiraba y manejaba sus opciones de influir entre los nuevos señores. Su hermano mayor era un bruto y un lelo, aseguraba Baddo, y todos lo sabían, y parecía pasar más tiempo en Corduba donde los muslimes atesoraban a rehenes e hijos de grandes magnates hispanos. Así que él hacía todo el trabajo en su nombre y, seguramente, sin consultarle ni palabra. Todos decían, y Egilo asintió, que también hacía lo mismo con el rey Witiza. Una serpiente intrigante, sentenció Baddo.

Lo cierto era que Egilo lo despreciaba, como a todos los nobles que se postraban ante los muslimes para mantener sus riquezas y sus pequeños poderes. Aunque, cuando lo pensaba a solas, su sonrisa de suficiencia desaparecía y pensaba: «¿Acaso no soy yo igual?», pero pronto se decía que ella no había tenido opción.

Sin embargo, eso no hacía que sintiera una mínima indulgencia hacia su primo. Ella sabía que era inteligente y sensible, que rabiaba

por dentro porque él se creía más listo que nadie, sobre todo que sus hermanos, pero le había caído en desgracia nacer el tercero. Lo disimulaba con superioridad moral e intelectual, con suficiencia, fingiendo que bastante tenía con mandar en la sombra, con mover los hilos del telar, pero se percibía a leguas de distancia que para él no era suficiente. Que era un hombre al que solo le bastaría ser rey y dictar el destino de todos y cada uno de los habitantes de aquellas tierras. Y ni aun así.

Y la desazón que sabía que le consumía, agradaba a Egilo. «Que se pudra», maldecía.

Con todo, nada le sacaba de sus cavilaciones y sus dudas sobre su matrimonio. Abdel poco estaba a su lado, y aunque era cortés y solícito, y le demostraba que era su esposa principal, no llegaba más allá. En realidad, ella percibía que las otras dos esposas, silenciosas, enclaustradas en su aburrimiento y en su soledad, contaban para él lo mismo que ella. Nada. Y eso sí que no lo soportaba. Pero nada podía hacer.

—Se van los ciudadanos y enseguida os quedáis mustia con vuestros pesares, señora —le decía Baddo, ya en privado, en una sala.

Sin la presencia vigilante de Alí, deberían dedicarse a tejer e hilar, pero esa tarde no le apetecía, y Baddo lo percibía con claridad. A veces, invitaban a Flavia y Titrit a unirse a ellas; la bética en ocasiones consentía, más por aburrimiento que por interés o por querer conversar; la maura, nunca.

Su relación había mejorado, aunque Egilo seguía manteniendo una distancia basada en parte en su posición y también en su consonancia personal. Aquel día, Baddo cerró la puerta y sacó una vasija y dos vasos.

—A estos muslimes no les gustan estos placeres, o eso dicen, pues, como todos los hombres, en privado se emborracharán a voluntad, pero, gracias a Dios, nosotros no seguimos su absurdo credo.

Cargó de vino los recipientes y los aguó con maestría. Le ofreció uno a Egilo. ¿Por qué no?, se dijeron.

Bebieron, rieron y charlaron. Y el alcohol fue haciendo que las chanzas, los dimes y diretes de Baddo que le solían parecer chuscos y bastos, le hicieran cada vez más gracia y desbridaran las carcajadas que le solían estar vedadas.

Se relajó y miró a su doncella de otra manera. Los efluvios tóxicos del licor eliminaron aquella animadversión a su aparente felicidad, a su liviana existencia en la que no parecía acusar el peso del cautiverio y la esclavitud de los invasores.

Baddo era risueña, sí. Pero entre chanzas y bromas, mostraba su

añoranza por la familia perdida, ese padre desaparecido para siempre, ese mundo que, casi con toda probabilidad, no iba a volver. Egilo descubrió que aquellos sentimientos estaban tan anclados en lo más profundo del alma de su dama como en la suya, si no más.

—Mi señora, sois, y os lo digo como solo una borracha puede ser sincera, una fuente de inspiración.

Ella soltó una fuerte carcajada. Y no pudo parar, porque se imaginaba lo que pensarían Alí, las otras esposas y el servicio al oír aquella estruendosa y extraña jocosidad.

—No digas tonterías, Baddo, soy una prisionera más. Una mujer al servicio de las espadas que conquistaron su reino.

—No, no. ¡Cómo os equivocáis! No os veo así. Nadie os ve así. Sois una mujer fuerte, que todavía atesoráis esa dignidad regia. Miráis con desdén a los traidores, como se merecen esos mierdas. Y todos lo vemos. Sois esposa y cautiva, pero vuestro orgullo y vuestra dignidad no han sido derrotados. No y mil veces no. —Y Baddo, hipó ruidosamente y volvieron ambas a estallar en risotadas.

—Es la esperanza que nos dice que algo de la vida que nos arrebataron todavía se mantiene en pie…

Esas palabras eran lo último que resonaba al día siguiente en la cabeza de Egilo. Ambas se encontraron indispuestas, y perdieron parte del día en la cama, con dolor de cabeza y sin hacer nada de provecho. Aunque, en realidad, ¿qué tendrían que hacer? ¿A quién le iba a importar? Y las miradas afiladas como lanzas de Alí y las risitas disimuladas del servicio demostraban que todos sabían lo ocurrido y, a decir verdad, nadie se preocupó demasiado por ello.

8

Abdel retornó al hogar tras unas semanas de tedio y aburrimiento más. Y no lo hizo solo. Le acompañaban un grupo de nobles con los que había llegado a diferentes acuerdos. Decían que en Corduba había rehenes para mantener la fidelidad de algunos aristócratas, pero estos parecían distintos.

Alí le contó a Egilo que aquellos nobles habían firmado unos tratados con Abdel y que seguirían rigiendo sus territorios bajo el dominio de los muslimes. A su esposo se le veía brillante, satisfecho, mientras preparaba un gran banquete para celebrar los pactos. En ese banquete, Abdel quería que ella estuviera, no junto a él, pero sí presente. «Para mostrarme como su reina trofeo ante sus nuevos lacayos, imagino», pensaba con amargura Egilo, que no podía evitar mirar con indisimulada altivez y desdén a esos traidores.

Era una celebración más privada que oficial, y así lo mostraba Abdel, que era hombre ducho en aquellas artes diplomáticas. No había llevado a sus invitados a la ciudadela amurallada, a mostrar su predominancia militar que todos daban por supuesta. No, había decidido que aquella ocasión tuviera lugar en su residencia privada. «El hombre realmente poderoso no tiene necesidad de hacer ostentación de su fuerza», recordaba Egilo que dijo alguna vez su madre.

Antes de las celebraciones acudieron todos, serviles, a presentarles sus respetos en un salón secundario de la mansión. El más importante de todos ellos era un conde llamado Teodomiro de una región costera de la Cartaginense. Era un hombre mayor, de barba rala y canosa y cabellera avejentada, grisácea y larga que nacía de una más que incipiente calva. Su piel era rojiza, curtida a las orillas del mar sin duda, y tenía un punto estrafalario en el vestir.

A Egilo le sonaba. Lo recordaba de haberlo visto en Toletum ante el rey Roderico. Hizo un esfuerzo para intentar rememorar lo que de él se decía. No tardó en ver a su esposo mofándose con sus compañeros, con sus espatarios, de aquel presuntuoso que se presentaba en la ciudad regia con una armadura imperial, asegurando que había rechazado a una flota invasora romana en sus costas. Roderico decidió no humillarlo, pues bastantes enemigos tenía ya, pero tampoco le hizo mucho caso. «Rechazar una flota, ese inútil ha saqueado los restos de algún naufragio, habrá rematado a los supervivientes y ahora viene aquí dándoselas de héroe», resoplaba. Lo recordaba porque, para Roderico, aquello era un verdadero ejercicio de contención. El rey había sido un hombre al que le resultaba difícil

ocultar sus antipatías y que, ni en la batalla ni en la política, solía desaprovechar oportunidad alguna para humillar y aplastar a sus rivales.

—Teodomiro, os recuerdo —lo saludó Egilo, elevando el mentón y mostrando una estudiada media sonrisa.

—Mi señora y reina Egilo. Yo también, ¡cómo podría olvidar a una mujer tan noble y hermosa!

Tras su aspecto desastrado y sus pequeños ojillos claros, tras su voz aguda y rasposa y su no demasiado lucido vocabulario, Egilo captaba un hombre más inteligente de lo que podía parecer. Él se percató de su frialdad y no la rehuyó.

—Veo que me miráis como lo hacía vuestro anterior marido, que en paz descanse —chasqueó la lengua—. Entiendo que nos despreciéis a todos nosotros, solo os pido que, como vos, entendáis que hemos tenido que hacer lo que hemos considerado mejor, no solo por nosotros, sino por las gentes que dependen de nosotros. Resistir ahora no tiene más sentido que traer más muerte.

Ella arrugó la boca, lista para lanzar todo su desprecio y contestar como se merecía aquel cretino ambicioso que trataba de justificar con buenos sentimientos su cobardía. Pero se refrenó. Tal vez, hacía meses, no habría dudado. Pero en aquellos momentos… Entonces quizá no tenía todo claro, aunque siguiera despreciándoles.

Sí había, en cambio, algo que deseaba matizar.

—No voy a juzgar vuestras decisiones, caballeros. No soy quién. Pero sí debo decir que habéis dicho que como yo… Y eso no es cierto, mi señor conde, a mí nadie me ha dado a elegir. Yo fui entregada en matrimonio por mis captores.

Él asintió.

—Espero que podáis vencer la poca consideración que vuestro esposo anterior me tenía y que podamos ser buenos amigos y aliados a partir de ahora, gracias al acuerdo que he alcanzado con vuestro nuevo esposo.

—Quién sabe, mi señor, vivimos tiempos llenos de novedades. Aunque tanto hablar de esposos pasados y actuales me marea un poco.

Y todos, incluido Teodomiro, sonrieron, porque el tono de ella era inequívocamente de chanza. No concedía la paz, pero sí la tregua. Los demás señores se postraron ante ella y le presentaron sus respetos.

No eran muchos, ni ninguno le dejó, más allá de Teodomiro, demasiada huella, salvo un hispano de mirada inteligente y modales delicados llamado Casio. Ella había notado que la estudiaba con detenimiento y, llegado su turno, se mostró obsequioso y cortés. Después, ella prestó una discreta atención a su conversación.

Se enteró de que era señor de unas tierras muy al norte, fronterizas con los salvajes vascones, y que había decidido hacerse vasallo de los muslimes. De hecho, captó una conversación en la que él comentaba con otros señores que estaba estudiando la religión de los invasores y que estaba considerando abjurar y convertirse. Ella, aunque no reaccionara, y sus contertulios, sintieron desprecio y horror ante aquella afirmación. Pero se admiró pensando que aquel hombre era un líder inteligente y ambicioso.

Egilo se sorprendió disfrutando de la velada posterior. Siguió despreciando a aquellos puercos que se rebozan en el lodo para complacer a su esposo, pero el ritual y las atenciones, el respeto, le recordaban a cuando era reina de verdad y le hacían sentirse bien. Importante. Reina de nuevo.

Incluso se permitió sonreír abiertamente a un hombre como el conde Casio cuando le dijo:

—Señora, aquí tenéis a un humilde servidor, cuando me necesitéis, llamadme.

A lo que ella respondió:

—¿Quién sabe, conde? En estos tiempos…

Ambos rieron con cortesía.

En un momento de la noche, agasajada por los nobles godos, no pudo evitar levantar la mirada y descubrir a Abdel, silencioso, observándola.

9

«Levanta la barbilla, hija mía, siempre altas la mirada y tu mandíbula. Mira con superioridad, aunque no la sientas». Egilo recordaba lo que le decía su madre Teodora cuando se supo que iba a desposarse con el gran noble Roderico, descendiente de reyes y destinado, con pocas dudas, a convertirse en el próximo *dux* de la Bética.

Fue entonces cuando su madre, que siempre se había empeñado en encauzarla como una altiva noble de la alta aristocracia destinada a lo más alto, redobló sus esfuerzos y la convirtió en su máxima y única preocupación. «Llegarás como una gran señora, Egilo, tú solo tienes que hacerme caso».

Ella lo intentó, claro. Siempre había sido una niña orgullosa pero obediente. De todos modos, aquella exigente educación le costó no pocas desilusiones, lloros y muchas, muchas, discusiones acaloradas con su madre como solo una hija y su progenitora pueden reñir. Llegó a pensar incluso que odiaba a su madre, que la odiaba de la manera más profunda y ardiente. Sin embargo, ya en Toletum comprendió que aquellas duras enseñanzas tenían mucho sentido y ahora en Híspalis tenía que admitir que su pobre madre, a la que nunca se lo había agradecido lo suficiente, solo la había preparado para la vida.

En aquellos días en Híspalis recordaba siempre sus lecciones. Altivez, flexibilidad, escucha, apariencia, rigor y dureza. Jamás familiaridad y cercanía con extraños, y mucho menos con rivales y enemigos. Mientras se relacionaba con todos esos traidores que se habían entregado a los muslimes, ella los trataba con todo el desdén que su madre le había enseñado y sonreía para sus adentros, acordándose de ella.

Pobre Teodora, se repetía Egilo, que creía que no había disfrutado demasiado de su sueño cumplido de haberla visto como reina. De hecho, cuando se volvieron a reencontrar tras haber alcanzado esta dignidad, se dio cuenta de que la examinaba con una mirada turbia. ¿Por qué? ¿No respondía a todas sus expectativas? ¿No la veía comportarse como ella creía que debía? ¿No le gustaba que hubiera llegado a reina a costa de su familia paterna? ¿Acaso tenía envidia de que su hija hubiera tenido el éxito que ella deseaba para sí?

Jamás lo sabría. Aquel encuentro fue frío y breve. Luego, sus padres regresaron a Corduba y el reinado de Roderico duró tan poco que jamás pudo volver a verlos.

Echaba de menos tanto a sus padres. A su madre, a quien había comenzado a querer y comprender cuando ya no la tenía. Y a su

padre, pobre padre, el gran Wamba, que siempre estuvo a su lado, al que siempre adoró como él la adoraba a ella. Aunque ahora lo miraba, ya como esposa, de una manera diferente a como lo hacía cuando era niña.

No podía olvidar su rostro la única vez que lo vio como a un guerrero. Aquella jornada sangrienta, en Toletum, cuando tras la muerte del rey Witiza de peste, los nobles y obispos del reino se reunieron en la capital para elegir a un nuevo monarca. Los hermanos de Witiza, con Sisebuto, elegido para suceder a su hermano, y Oppas a la cabeza venían seguros de sí mismos, creyendo tener en su mano los apoyos necesarios.

Pero Roderico y los suyos, incluido su padre, habían intrigado de manera discreta y eficaz. Su esposo, por entonces *dux* de la Bética, sabía que iba a salir como rey aquel día de un modo u otro. O con los apoyos necesarios o por la fuerza de la espada.

Y lo hizo de las dos maneras.

Cuando los hermanos de Witiza se percataron de que habían sido engañados y que la votación pintaba en su contra, trataron de movilizar a sus hombres. Pero no habían sido tan precavidos como Roderico, cuyos partidarios habían traído a la ciudad y a sus alrededores una gran cantidad de guerreros. Pelearon en Toletum y en sus cercanías, a muerte, sin cuartel.

Al caer la noche, la hueste de los partidarios de Sisebuto y Witiza se retiró. Ella y su madre aguardaban en una casa señorial de un noble partidario de Roderico en la Vega, preocupadas y expectantes. Conscientes de que en aquella jornada se jugaban el poder y la vida. Su futuro.

Cuando oyeron llegar a los caballos a galope no pudieron saber en un primer momento, y con la oscuridad reinante, si eran los suyos que traían buenas noticias o los contrarios, que venían a raptarlas, violarlas y matarlas.

Quien entró fue su padre. No era la primera vez que lo veía vestido para la guerra, con yelmo, armadura y espada. Pero sí era la primera vez que lo veía inmediatamente después de combatir. Sudoroso, con una brecha en la frente de la que le resbalaba la sangre sobre el pómulo y el cuello hasta perderse por las anillas de la armadura.

No fue capaz de leer su expresión hasta que, sin decir nada, Wamba se arrodilló frente a ella y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Mi reina.

Ahora, cuando sospechaba que ambos estaban muertos, asesinados seguramente por las huestes de su nuevo esposo, se

preguntaba qué pensarían aquel padre y aquella madre que la miraron con ojos brillantes, orgullosos, aquella noche. Se sentirían horrorizados por su destino de esclava de un pagano, a buen seguro, pero ¿qué pensarían de ella y su comportamiento? ¿Lo aprobarían? ¿La despreciarían? ¿Habrían preferido que hubiera cogido un cuchillo, como en algún momento en los últimos meses había pensado y había descartado con cobardía, y hubiera puesto fin a su vida y a aquella existencia?

No lo sabía, en verdad que no. A veces creía que la despreciarían. Pero otras, se imaginaba que, sobre todo su madre, la miraría con aprobación y le diría: «Sobrevive, hija mía, y no cejes en tu misión de estar cerca del poder». Hasta tal punto comenzaba a creerlo que se había empezado a convencer de que aquella frase, o una ciertamente similar, había sido pronunciada por Teodora durante aquellos meses de formación antes del matrimonio. Y sentía que su exigente madre, desde el más allá, aprobaría su proceder.

10

—¿Cómo es en la cama? Parece una leona…

Al Fihri sonreía juguetón y miraba a su amigo mientras cabalgaban cerca de aquel río que parecía un mar domado y encauzado. Sabía que el piadoso e introvertido Abdel se pondría colorado porque no era hombre que hablara de sus asuntos de alcoba con nadie. Ni siquiera con su hermano.

—Pues cómo va a ser, es una mujer…

El otro lanzó una risilla pícara.

—Pero es hermosa y turgente. Y altiva, y su mirada parece lanzar fuego. Parece una diosa falsa y antigua. Una mujer peligrosa. Eso debe ser divertido en el lecho, ¿no?

El otro no respondió.

—Ya sé qué te ocurre. Lo que pasa es que a ti te sigue provocando más calentones en la entrepierna tu pantera africana. ¡Si ya lo sé yo! —se mofó Al Fihri—. Siempre te he envidiado, las mauras que me tocaron en gracia a mí… ¡Nah! Pero la tuya, ay, hermano, mucha mujer siempre me ha parecido para ti. Aunque te envidio, nada tienes que temer. Yo estaría encantado de ayudarte a domarla. Pero aún recuerdo que antes me decías que disfrutabas de ella como nunca habías hecho con ninguna mujer. Así que, escúchame, si por no perder ocasión para yacer con ella, vas a dejar fría a tu reinecita cristiana, yo me ofrezco a mantenerla engrasada y caliente, mi valí. —Y rompió en carcajadas.

—No te molestes, hermano, me valgo yo solo para mantener a mis mujeres.

Abdel enrojeció y trató de cambiar varias veces de tema de manera infructuosa hasta que su amigo decidió desistir del asunto y dejarle respirar mientras trotaban tranquilamente. Era una costumbre que no abandonaban y ni lo concebían ya que les recordaba demasiadas cosas, sus orígenes, su infancia y juventud. Para Abdel, además, le suponía una práctica que le permitía reflexionar. A pesar de que llevaran a cierta prudente distancia una pequeña escolta.

—Partiremos en breve hacia el noroeste, Al Fihri, todavía tenemos varios lugares que asegurar antes de cruzar el gran río del noreste y lanzarnos a por la Tarraconense.

—Qué Dios nos guíe —asintió su amigo—. Seguimos su dictado y él nos conduce a la victoria. No hay duda.

Pero él, pese a su inquebrantable fe, sí las tenía.

—Dios no nos quiere presuntuosos y descuidados.

—¿Por qué lo dices?

—Cada día somos menos, hermano, y nuestro territorio es más grande. Cada baja que tenemos nos debilita. Apenas contamos con hombres para defender todo lo que hemos conquistado y seguimos lanzándonos a por más.

—Pero los pactos locales…

—No podemos fiarnos del todo. Y el *yund* no me deja escribir a mi hermano para que permita que vengan más compañías de mauros. ¡Y bien sabe Dios que los necesitamos!

—Los clanes siguen esperando que lleguen más de los nuestros…

—No van a llegar, hermano. O, al menos, no los que requeriremos. Hace meses que se marcharon mi padre y el Tuerto y nada sabemos de ellos. Reparto tierras y nuestra gente se instala, comienzan sus negocios y a trabajar sus campos. Y eso está bien, pero yo necesito más guerreros. Dios quiere que sigamos con su sagrada misión, con lo que dictaron el Profeta y el califa, su sucesor, pero veo que pronto no podremos.

—¿No exageras?

Abdel se adelantó e hizo volverse a su montura para ponerse frente a Al Fihri.

—¿De verdad lo crees, hermano? ¿Crees que exagero? —El interpelado bajó la mirada—. Solo sé que con estas tropas no me veo capaz de plantar cara a un gran ejército o sitiar una gran ciudad con ganas de resistir.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que debo, seguiré hasta que no pueda más. Y después volveré a insistir al *yund*.

—¿Y si se siguen negando?

—Pues no tendré más remedio que demostrarles quién es su valí y que, aunque no sea mi padre, tendrán que seguirme. De buen grado o a la fuerza.

Y enfurecido, jaleó su montura parda, y se lanzó al galope en paralelo a la orilla del río, aplastando con sus cascos las altas hierbas que por allí crecían.

A Al Fihri se le ocurrió que en la imaginación de su amigo no eran hierbajos lo que aplastaba. No pudo evitar preocuparse ante ese pensamiento.

11

A Baddo que el señor Abdel Aziz estuviera en su hogar le suponía un decidido incordio. Que sí, que era el señor, el valí, como llamaban los muslimes a sus gobernadores, y aquella era su casa. Pero ella era quien la llevaba y que el señor morara en ella, le hacía cambiar todos los ritmos. Primero, siempre solía tener yendo y viniendo a sus hombres. Arriba y abajo, entrando y saliendo. Apestando a sudor y animales. Los capitanes árabes aparecían a veces con sus uniformes de guerra, con sus cotas de mallas talares, pesadas y tintineantes, cubiertas por sus coloridas prendas de lana, con sus yelmos de hierro recubiertos con gorros blancos y turbantes de colores amarillos, dorados o rojos, afortunadamente nunca con los almófares, también de malla, que les cubrían toda la cara y la cabeza de anillas, solo dejándoles libres los ojos, y que les daban el aspecto aterrador que les había visto a veces por la ciudad. En otras ocasiones venían con ropas más relajadas y livianas, coloridas y llenas de fajas brillantes y pañuelos de colores. Luego estaban los mauros, siempre con esa aura salvaje y descuidada que, incluso cuando se vestían con las ropas y pertrechos fruto del pillaje, no podían disimular; con sus brazos fibrosos y curtidos, desnudos a la intemperie y con numerosas cicatrices, sus petos de cuero y sus pieles poco tratadas. Por último, llegaban los nobles godos e hispanos, cada vez más frecuentes, siempre lujosamente ataviados, deseosos de agradar y demostrar poder, para ser recibidos por el valí. Baddo, siempre observadora, notaba que alguno se presentaba sin las habituales cruces de oro y plata al cuello. «Cobardes vanidosos, hasta de Dios se olvidan cuando vienen cagados de miedo a postrarse ante el jefe pagano», escupía mentalmente.

Y claro, con aquel trasiego y todos aquellos asuntos que el valí debía resolver, ella necesitaba ampliar su intendencia, cambiar los horarios y también replantear el quehacer diario de su señora. No era nada fácil, no señor. Menos mal que ella se tenía por mujer hacendosa y organizada, porque cualquier otra… Quia, a ella le gustaría ver a alguna de aquellas remilgadas y envidiosas damas de la señora, allá en la corte de Toletum, enfrentándose a estas labores.

Una de las costumbres establecidas que cambiaban con la estancia del valí en casa eran las habituales recepciones de la señora que se hacían de mañana y en la que ella atendía sus peticiones. Primero, a la señora no le entusiasmaba, aunque supiera que Alí le tenía informado de todo lo que hacía, que su esposo Abdel Aziz la viera ejerciendo de algún modo cierto tipo de poder. No había sido

ciertamente una práctica habitual en el reino cristiano de Toletum y tampoco en el de los muslimes. En primer lugar, porque sus mujeres, y las árabes brillaban por su ausencia pues se habrían quedado en sus lejanos hogares, no debían de salir mucho del lecho, el telar y la cocina. Y segundo, porque en una ciudad que llevaba apenas dos años conquistada resultaba todavía complejo mezclar en un mismo espacio a los invasores y los invadidos. Por si acaso.

Aquella mañana, Baddo se asomó por la puerta lateral por la que solían hacer pasar a los peticionarios y así espantar a los que podían estar esperando, y cuando salió a la calleja se quedó fatalmente sorprendida. «Ay, Madre de Nuestro Señor», musitó porque la impresión no le dejó ni fuerzas para chillar.

Fuera se agolpaban decenas de personas, apoyadas contra las paredes, charlando, sentadas en el arenoso suelo. Había hombres y mujeres, y algún niño correteando. Algunos venían cargados y otros solo se traían a sí mismos. Pero había muchos. Demasiados. No recordaba ninguna mañana con semejante aglomeración.

Se frotó las sienes con sus dedos. Recordó entonces —«estúpida, estúpida, estúpida»— que en las últimas semanas había estado insistiendo a todo el mundo con el que se cruzaba, a todos, sin importar rango y condición, que acudiera a su señora. No tenía ella en mente que Abdel Aziz iba a estar tantos días seguidos en casa.

Allí plantada en la puerta entreabierta, se percató de que muchos la habían visto y reconocido y que estaban fijando su atención en ella. Se acercaron.

—¿Ya va a comenzar?

—¿Cuándo nos va a recibir?

—¿Tendrá tiempo para todos?

Un vértigo malsano le estrujó las tripas y le golpeó la cabeza y, sin pensarlo mucho, dio un paso hacia atrás y cerró de un portazo. Los gritos y las preguntas elevaron el tono en la calle. Atrancó la puerta. Llegaron corriendo Alí y otro sirviente.

—¿Qué demonios ocurre ahí fuera?

Ella trató de respirar y pensar. Lo primero, despacio; lo segundo, rápido. A ver cómo podía solucionar aquel entuerto.

—¡Llamad a la señora!

No tardó demasiado en llegar Egilo, resplandeciente, pero todavía a medio arreglar, pues cuando estaba su marido en casa ella ponía especial empeño en que su vestuario y complementos fueran realmente vistosos y elegantes.

—¿Qué ocurre ahí fuera, Baddo?

—Venid conmigo, señora.

Y la cogió del brazo sin dar más explicaciones. Ya había pedido a unos criados que prepararan una escalera para subir a una de las terrazas del piso superior, al tejado. Allí caminaron deprisa hacia el lateral de la calleja y se asomaron ante una marea de decenas de personas que se agolpaban ante la puerta.

Egilo abrió los ojos al ver todo aquello y miró a su doncella. Estaba acostumbrada a recibir a ciudadanos, pero lo que tenía ante sí era algo fuera de toda normalidad.

Baddo no supo qué responder, así que se encogió de hombros. La reina era consciente de que habían decidido no hacer las recepciones cuando estuviera su marido y entendió que tenía que encontrar alguna solución para que aquella multitud se dispersara hacia sus casas sin armar más escándalo.

Recompuso el gesto. ¡Cómo le gustaba a Baddo, cómo le fascinaba y admiraba ese control muscular que poseía la señora! Sus rasgos cambiaban y parecían estar esculpidos en piedra, su sonrisa se dibujaba sutilmente, pero sabía mostrar, a veces desprecio, a veces cariño, como en esta ocasión, con apenas iniciar el movimiento de sus labios. Se asomó y elevó la mano para saludar a la multitud.

Primero, el silencio. Después, la algarabía ruidosa. «¡*Domina*! ¡*Regina*! ¡Egilo!». Los brazos de la multitud se alzaron hacia arriba como si por un milagro inesperado la distancia entre ellos y la señora desapareciera de repente y sus dedos pudieran rozarla.

Baddo se sorprendió de la capacidad de imitación, y, poco a poco, toda la calle entró en un estado de excitación, gritando y elevando sus brazos hacia su señora. Mostrando un cariño, una devoción que ella pensaba que a Egilo solo le podía enorgullecer.

Formaban un diverso catálogo de rostros, edades y situaciones. Entre aquellas caras había pieles tersas como las de los bebés, arrugadas como la cáscaras de nuez, ajadas por el trabajo físico diario o de ojos hundidos por el intelectual; si uno se fijaba en sus ropajes había desde sucios paños utilizados a diario, hasta caras capas coronadas por cueros laboriosamente trabajados o pieles recién cazadas y tratadas. Manos delicadas y perfumadas y otras surcadas por infinitas arrugas y cicatrices con las uñas teñidas por la roña. De pies desnudos a otros protegidos por sandalias o costosas botas. Para Egilo, aquella masa que iba incrementando su número por momentos, pues el jaleo atraía a más y más curiosos cada vez que se sumaban entusiastas casi sin saber al grupo, era una representación de toda la humanidad, o al menos, de toda la ciudad de Híspalis.

Cuando se calmó el griterío un poco, no demasiado, Baddo creyó que podía hacerse oír y elevó su voz:

—La señora está indispuesta hoy, no podrá recibiros. Lo lamenta, pero es lo que hay.

La masa reaccionó con decepción, pero no se movió del sitio. De hecho, pasados unos instantes y viendo que la reina seguía allí, sobre ellos, observándolos con una mirada dulce, a medio arreglar, pero para ellos perfecta y angelical, volvieron a elevar los brazos, a gritarle, a llamarla, a querer rozarla con sus dedos.

Ella ensanchó su sonrisa y eso pareció enardecerles más.

Sin dejar de acariciar a la multitud con su mirada, le dijo a Baddo.

—Hace calor. Coge a unos criados y repartid agua. Y dad una moneda a cada uno para compensar las molestias. Decidles que vuelvan en unos días.

Abajo no la oyeron, claro, pero la veían mover los labios y sintieron que les decía algo y la algarabía se hizo aún más ensordecedora.

Baddo corrió a cumplir las órdenes de su señora. Cuando se dio la vuelta, se encontró con Abdel Aziz observando la escena. Sin moverse, con una larga prenda roja y dorada que le llegaba hasta las rodillas y su cabellera negra azabache al aire surcada con alguna cana temprana, sus ojos oscuros saltando alternativamente de la calle a su esposa. Alí estaba tras él con una expresión nerviosa que solo delataba, que Baddo ya lo iba conociendo, temor ante una reacción inesperada de su señor, pues Alí era hombre que debía tener todo controlado y lo inesperado lo sobrecogía. Él siempre deseaba cumplir las expectativas y rechazaba categóricamente lo imprevisto.

Baddo los sobrepasó porque no podía retrasarse en cumplir las indicaciones de la señora, pero al fijarse por última vez en el rostro de Abdel Aziz, dudó. Ella, que siempre se jactaba de saber leer las caras, de interpretar la gestualidad de los demás, en ese momento y frente a aquel hombre, con el ruido de fondo de la multitud coreando a su reina, no supo interpretar lo que sentía Abdel.

Porque dudaba entre la sorpresa, la preocupación, el orgullo y el cálculo. O, se dijo ella, que entendía bien que las emociones no eran únicas, sino mezclas extrañas y desorganizadas, ¿sentiría todas a la vez?

No dedicó ni un instante más a aquel pensamiento. Tenía que organizar a los criados y buscar agua y monedas.

12

La impaciencia emanaba de Egilo durante toda la jornada después de la emoción de sentirse ovacionada por su pueblo. Aunque, ¿qué pueblo? ¿Acaso ella seguía siendo reina? ¿De qué, en cualquier caso?, susurraba aquella voz desconfiada y amargada que siempre nacía del interior de su cabeza. Pero tras la cálida sensación de victoria, de triunfo y orgullo, de la satisfacción chisporroteante que había sentido durante toda la mañana después de semejante homenaje, llegaba un malestar, una sensación hiriente y progresivamente abrasadora, que no la dejaba tranquila.

Sabía que su esposo lo había visto, que había estado presente. Y ella esperaba una reacción. Una pregunta: «¿Qué es esto?». Una reprimenda: «¡Cómo te atreves!». Un comentario: «¡Vaya multitud!». Algo. Algo. Pero su esposo nada había dicho, nada había mostrado y había seguido con su jornada habitual, con su comportamiento distante normal, atribulado, preocupado, desde el mismo momento en que Baddo había salido a la calle con aguadores y criados repartiendo líquido y metal. Ella se quedó observando cómo la multitud se dispersaba. Pero él bajó de la azotea rápidamente y sin hacerse notar.

Nada, ni siquiera algún tipo de reacción enviada de manera sutil a través de Alí.

Ella estaba intrigada y sorprendida. Poco a poco, muy poco a poco en realidad, iba tratando de descubrir a su esposo. Reconocía que era un hombre meditabundo, reflexivo, algo tímido, pero muy inteligente. Que soportaba una responsabilidad mayúscula que ella intuía que llevaba tiempo esperando, pero que, en cierto sentido, hasta él mismo dudaba de si estaba realmente preparado para ella.

Su conocimiento sobre los esposos se reducía a su señor padre, al que no podía dejar de mirar con un cariño infinito, aunque con el tiempo había ido comprendiendo la mirada crítica y ácida que su madre vertía sobre él, y a Roderico, su primer marido. ¡Qué diferentes eran Abdel y Roderico!

Roderico era un león enjaulado. Nervioso, seguro de sí mismo, agresivo en todas sus formas. Tenía una capacidad de atracción magnética que sabía utilizar de un modo natural con sus hombres, con las mujeres, con sus súbditos. Y sí, claro que sentía miedos e inseguridades, como la propia Egilo descubriría en sus años de matrimonio, pero esos solo salían a relucir en la intimidad o en accesos de furia o euforia descontrolados que muchos de sus siervos no entendían la mayoría de las veces y ella, incluso, solo atisbaba a orillar en muchos casos.

Sabía que ante algo como lo ocurrido esa jornada, Roderico habría irrumpido, se habría dirigido a la multitud robándole el protagonismo. Después la habría amonestado en privado y sin demasiadas dudas habría tenido que soportar una airada y seguramente violenta reprimenda. Gritos, preguntas hirientes y quizá ser agitada como una banderola por sus fuertes y peludos brazos. «¿Cómo te atreves a hacerme algo así?».

Y si su acceso de furia hubiera sido demasiado agresivo, quizá un día después, se mostraría excesivamente cariñoso, y más tarde, en la más absoluta intimidad, le quitaría hierro a lo sucedido. Y habrían hecho el amor de forma larga y apasionada en lo que, para él y su manera de concebir el matrimonio, habría equivalido a firmar un acuerdo de paz.

Roderico había sido un hombre apasionado. Había comprobado que no era tan cerebral como su actual marido. Para los asuntos administrativos y para las minucias diplomáticas, Roderico siempre había tenido consejeros y hombres de confianza. Por lo poco que podía observar y entender, por lo que a veces le contaba Alí, Abdel Aziz era un hombre que se ocupaba y controlaba todo eso al detalle y, además, tenía fama de ser excepcionalmente hábil en esas labores.

Pero, aun así, habría esperado una reacción de su marido. Algo. ¿Tan poco contaba ella, su esposa principal, que aquella demostración de cariño e influencia en la gente no había despertado absolutamente nada en él?

Como una carne asada a fuego lento, Abdel Aziz sí reaccionó. Pero tardó dos jornadas. Egilo lo notó cuando aquella noche, por orden de su esposo, cenaron ellos dos solos, y las otras dos esposas fueron relegadas a otra sala. Ella notaba que el árabe tenía el semblante serio, parecía como si cargara con un gigantesco peso y, sobre todo, como si llevara días rumiando lo que quería compartir con ella.

Apenas comía ni bebía, solo la observaba. Egilo, atenta a su marido, comía lentamente y en pequeñas cantidades, apenas avanzando, a la espera de que él, cuando considerara oportuno, comenzara a exponerle lo que iba a decirle. Egilo no sabía si sería algo positivo o negativo y si tendría que ver con la multitud del otro día.

—Resultó impresionante… —arrancó, como si le costase vocalizar. Hablaba su lengua de manera dubitativa con algunos giros y expresiones que debían venir de otras tierras, pero ella agradecía la confianza, porque él no había recurrido a los servicios de Alí aquella noche—, lo del otro día. Sabía que teníais el cariño de la gente, pero haberlo visto ha sido… —parecía buscar la palabra y no la encontró— otra cosa.

Ella asintió.

—¿Y os complació? —trataba de hablar despacio y de la manera más clara posible, sin que sus ojos dejaran de estar posados en los suyos un solo instante.

Él no respondió a la pregunta.

—Decidme, ¿con vuestro marido eráis así?

Ella no supo qué responder, ¿diferente? ¿en qué sentido?

—La situación era distinta.

—¿Conocéis bien a la gente y a sus nobles?

—Ya lo sabéis —respondió.

Él asintió.

—¿Aconsejabais a vuestro marido en temas de Estado?

Ella no sonrió, pero por dentro la lava de la satisfacción corría libre, recién entrado en erupción el volcán, por ver respondidas sus súplicas y peticiones. Se controló para que sus emociones no fueran transparentes.

—¿Creéis que, para los godos, para los habitantes de Spania —lo pronunció a la manera de los godos, para la sorpresa de Egilo—, sois todavía tan importante como para seguiros?

Ella chasqueó la lengua. Era una pregunta compleja y sabía que su respuesta no podía ser, en ningún caso, categórica. Primero, porque de ella iban a depender muchas cosas, entre ellas su futuro y el de esa tierra. Segundo, porque realmente no tenía certeza alguna sobre aquel extremo y temía crear una expectativa irreal; no quería provocar pronto una decepción. Ella había sido una reina, sí. La gente la veía con el esplendor del pasado, como la fantasía de un tiempo que se había evaporado, pero que muchos de ellos identificaban con una cierta seguridad. Pero también era una mujer, y los hombres no seguían a una mujer.

—No como a una comandante, ni como a un rey —respondió prudente—, pero quizá sí como un símbolo, como un estandarte.

Abdel Aziz empezó a comer. Sonrió. Y ella percibió que lo que le había dicho le había complacido. Pero no supo discernir las implicaciones de todo aquello y no dejaba de preguntarse qué supondría eso para su futuro.

13

Con una energía pocas veces vista por los demás y sentida por él, Abdel Aziz irrumpió en el *yund*. Esta vez habían decidido celebrarlo en una gran y lujosa tienda en medio del campamento militar a las afueras de la ciudad de Híspalis, quizá como recordatorio de sus orígenes como nómadas del desierto, de los hombres itinerantes que ahora seguían siendo, pero bajo los designios de Dios.

Él observaba a los miembros de los clanes, y a su buen amigo Al Fihri, que se había colocado erguido a su lado. Asintió con la cabeza y dio comienzo la asamblea. Abdel fingió escuchar, cabeceaba de vez en cuando, mientras se iban exponiendo los primeros y protocolarios asuntos, pues, como era costumbre, la importancia de lo tratado iba creciendo con el transcurrir del tiempo. Primero se abordaban las cosas que se trataban con cortesía y educación. Y dicho todo lo bueno, llegaba la hora de disentir y de gritar incluso. Abdel tenía decidido no irrumpir hasta el final, hasta que se viera obligado a entrar en lo mollar de lo que quería exponer al consejo. No iba a gastar ni una gota de saliva, ni una brizna de energía; llegado el momento las iba a necesitar todas.

Al Fihri lo observaba también silencioso y sumamente preocupado. Su amigo del alma no le había dado muchos detalles de lo que planeaba para aquella reunión, pero lo conocía lo suficiente para entender por qué lo hacía así. Y lo que intuía lo aterraba. Él percibía cómo se sentía Abdel. Mucho se temía que el hombre prudente, atento al detalle, que se esforzaba por ser diplomático y llegar a un acuerdo sin necesidad de enfrentamientos y conflictos no hubiese venido a aquel *yund*.

En un momento dado, Mahmud, uno de los hombres de fe, de los estudiantes de la religión, que se ocupaban del estudio y enseñanza del credo, descendiente directo de los compañeros originales del Profeta, se quejó a los señores de lo lento que avanzaban las labores de enseñanza y evangelización de los mauros y, qué decir ya de los hispanos. Acusaba, y era su queja habitual, a los comandantes de no prestar atención a la fe. Aseguraba que la espada y las cargas fiscales no podían ni debían ser las únicas herramientas para atraer a los nuevos creyentes a la verdadera religión, al camino dictado por el Profeta.

Los miembros de los clanes asentían aburridos, deseando callar así al religioso, explicitaban alguna excusa vacua y prometían sin demasiada convicción mejorar y hacer algo al respecto. Y Mahmud se quedó tranquilo, porque, en el fondo, sabía que era lo de siempre y no

esperaba mucho más. Eran una queja y una respuesta protocolaría más. Esperaría, como siempre hacía, al fruto de las conquistas y la practicidad de las cargas fiscales a los no creyentes. Y, en los próximos *yunds*, volvería a expresarse en similares términos y aguardaría una muy parecida respuesta.

—Gracias, hermano, por recordarnos diligentemente nuestras obligaciones con la fe —intervino por fin Abdel. Sorprendió así a todos, incluido a Mahmud que asintió complacido, aunque ciertamente asombrado porque el valí hubiera decidido tomar partido por su ya habitual reclamación—. No podría ser más oportuna esta petición, porque nos recuerda que, hace no muchas décadas, las familias de muchos de nosotros, incluida la mía, nacida en la lejana Mesopotamia, éramos infieles o cristianos que no habíamos recibido la iluminación del camino y la lucha decretada por el Profeta. Los creyentes eran una minoría que nos condujeron a todos a un mundo mejor. Como hoy hacemos nosotros, y como nuestras familias de ayer son hoy los mauros y los hispanos.

Al llegar este momento, los gestos de los miembros de los clanes comenzaron a torcerse y los rostros a enrojecer.

—He sopesado lo que me dijisteis en anteriores consejos y he decidido escucharos —concedió—; ante los miles de soldados mauros que tenemos ya desplegados en estas tierras, no escribiré a mi hermano pidiendo que nos envíe más y guardaré esta baza para un futuro en el que, Dios no lo quiera, la marcha de la guerra vaya peor y los necesitemos. —Los rictus de los árabes parecieron relajarse, menos el de Al Fihri que le conocía y esperaba ya un golpe mortal de espada —. Así que, para completar las tropas que, como sabéis todos, necesitamos para recomponer y reforzar nuestras filas, voy a decretar que desde hoy mismo se empiecen a aceptar compañías de hispanos y godos. Ellos fueron cruciales en las primeras victorias del Tuerto por su connivencia con él y yo he llegado a varios pactos y alianzas con varios de sus nobles. Los hemos sufrido en combate y sabemos que son guerreros fuertes y bien equipados, que luchan de formas diferentes a las nuestras, así que serán soldados valiosos. Además de conocer mejor que nosotros al enemigo y el terreno.

Abdel calló y observó a su concurrencia. Todos estaban sorprendidos, pero nadie parecía ser el primero en objetar nada. En el fondo, reconocían que era una jugada habilidosa y que les había dejado poco margen para discrepar. Pero alguno lo intentó.

—Quizá —dijo uno de los más ancianos, dubitativo— deberías consultar a Damasco antes de tomar esa decisión, joven Abdel…

Él asintió.

—Lo haré, hoy mismo escribiré sendas misivas al califa y a mi padre exponiéndoles mi decisión. Aunque —apostilló—, todos sabéis que mi padre no lo hizo cuando empezó a unir otros contingentes al ejército, como todos recordaréis. Entiendo, sin embargo, que mi posición no es la de mi padre, por lo que seré más prudente que él. Eso sí, no daré marcha atrás, porque sé que comprendéis que nuestra actividad militar no puede esperar los muchos meses que a buen seguro tardarán en llegar las respuestas.

—¿Y si esas respuestas al final son negativas? —preguntó otro.

—Entonces cumpliré con mi deber y actuaré en el momento que las reciba. Pero sería un mal valí y un pésimo comandante, si no hiciera nada hasta entonces, si dejara de cumplir con nuestra sagrada misión de ampliar el islam y llevar la guerra santa a los territorios que no conocen la fe. Mi padre no lo habría permitido, y estoy seguro de que ninguno de vosotros tampoco.

Terminó su intervención y, en silencio, degustó su victoria sobre el *yund*. Miró a Al Fihri que asintió, aunque no se le notaba del todo convencido. Quizá porque no le había consultado su plan antes. Tal vez se sintiera algo traicionado, algo decepcionado por la falta de confianza. Pero él había calculado que su buen amigo estaba demasiado pendiente de los sentires y pareceres del *yund* y no había querido que le llenara la mente de dudas que frenaran su ímpetu.

Había vencido. No tenía ninguna duda. Sonrió desafiante y dejó que la ambrosía del triunfo recorriera su cuerpo de la cabeza a los pies, mientras observaba que, aunque se seguían sucediendo los debates y los asuntos de la asamblea, todos los miembros del *yund* parecían estar haciendo oídos sordos y concentraban sus miradas en él.

14

Despertó aterrada. Los ruidos. Los gritos. Aletargada sobre la cama no era capaz de reaccionar. ¿Qué ocurría? Lo sabía, aunque no tenía muy claro por qué. Los hombres gritaban, las mujeres aullaban. Entrechocaban los aceros, los cuerpos caían a plomo sobre el empedrado. Lágrimas y terror. Ya lo había vivido. No en el mismo lugar, pero sí lo mismo.

El pánico la espabiló y se levantó deprisa. Pero ya era tarde.

Una mano recia y grande la agarró y la lanzó sobre el lecho. El hombre, desagradable, desdentado, peludo y lleno de pieles y metal se montó a horcajadas sobre ella. Con una mano la sujetó con firmeza. Con la otra intentaba descubrir su entrepierna con brutalidad. Quería gritar, quería llorar, pero no podía. No quería permitírselo. Era quizá lo único que no podía entregar rendida a su captor.

Vio al hombre relamerse sobre ella y sintió arcadas.

Entonces, Egilo se percató de un objeto. Una fíbula metálica en forma de águila que le sujetaba las ropas al asaltante.

No era un muslime. Ni un mauro. ¿Era uno de los suyos? No había duda.

Sus ojos se elevaron al techo en busca de comprensión, divina o propia, ofuscada por la desorientación.

Entonces lo vio. Erguido frente a la cama, sin perder detalle, con el ceño fruncido y esa expresión de cólera fría que a veces demostraba y que precedía siempre a un estallido violento.

Ella lo llamó. Y alargó la mano hacia él.

—¡Roderico!

Él pergeñó una sonrisa cruel.

—Ahora tendrás lo que mereces, furcia traidora.

Y entonces más dolor, más terror insoportable…

Egilo despertó empapada en sudor, estaba en su alcoba y debía de llevar un rato chillando, porque no tardó un instante en aparecer por la puerta su buena Baddo, preguntándole qué ocurría. Se sentó con ella en el camastro.

Ella la abrazó, mientras la joven la acunaba y los detalles de la pesadilla se iban evaporando. Las imágenes, sí, el relato y los protagonistas. Pero no el palpitar incesante en su pecho, el sudor frío que le perlaba la piel desde la cabeza hasta los pies. Lo esencial, las sensaciones, el dolor, permanecían en ella.

La reina se sintió el resto del día incómoda sin saber exactamente el motivo. La pesadilla había dejado en ella, no albergaba dudas, una carga que la angustiaba, la presionaba en el pecho y la cabeza. ¿Era

un mensaje de Dios, nuestro Señor? ¿De su anterior marido? ¿Era simple y llanamente la expresión de todos esos temores e incertidumbres que no podía dejar salir, que no podía expresar? Recordaba que su madre, a pesar de su religiosidad, había sido muy dada, bien lo sabía ella, a visitar a distintos brujos, magos y hechiceros, algunos de los cuales interpretaban los sueños de muchas maneras, algunas ciertamente inverosímiles. Su padre jamás había querido ni oír hablar de aquello, porque decía que la guerra y el convivir con sus tropas en campaña le habían enseñado que los sueños y las pesadillas solo mostraban los temores de los hombres y los hacían sufrir por lo que habían visto en combate. Fuera como fuera, su madre siempre le preguntaba por sus sueños y trataba de encontrarles una explicación… Mensajes, profecías, advertencias… Lo que fuera.

¿Qué le diría sobre esta pesadilla que cada vez resultaba más informe en su cabeza, pero cuyo significado anidaba en ella y le enturbiaba el raciocinio?

No sabía qué le habría dicho su madre sobre aquel sueño angustioso, pero no tenía dudas sobre lo que ella sentía. ¿Estaba haciendo bien dando su apoyo a su marido para que reorganizara su ejército, para que usará su matrimonio para acercar a los soldados y a los nobles del reino? ¿Ella que tanto había despreciado a los nobles pactistas?

¿No estaba traicionando todo en lo que supuestamente creía en la búsqueda insensata y egoísta de labrarse un destino, una utilidad o razón de existir?

Las dudas, los pensamientos, la ahogaban y la condenaban a un malestar que no aminoraba con el transcurso de las horas, sino que, más bien al contrario, se incrementaba. Egilo buscaba entretenerse, con la charla jocosa de Baddo, con el telar, con la música de un artista que había traído su dama, pero nada surtía efecto. Nada alejaba los nubarrones que cercaban su alma.

Y como si fuera una alimaña que oliese la sangre a leguas de distancia, a primera hora de la tarde, Baddo le anunció la visita del obispo Oppas.

—Hazle pasar a la sala de recepción —contestó de mala gana.

Alí, como su señor le había mandado, apareció sigilosamente, entró en la sala y se colocó junto a Baddo. Eran los dos testigos silenciosos de sus conversaciones, siempre, y eso hacía que ambos, reina y eclesiástico, contuvieran su lengua, porque no sabían hasta dónde podían llegar sus comentarios. Pero en aquel momento, Oppas entró furibundo y sin intención de sujetar en corto las riendas de su lengua.

—Mi señora, deseo que tengáis un buen día. —Pero su expresión y su tono indicaban poco menos que desearía verla muerta. O, al menos, eso percibió Egilo.

Sonrió, respondió cortésmente y le invitó a exponer el motivo de su visita.

—Simplemente, señora, venía a expresaros mi sorpresa ante vuestro cambio de actitud. —Se arrellanó en su asiento y se acomodó, pero no relajadamente, sino como si cogiera impulso para iniciar una contienda—. Mi señora, mi reina, de la que toda la ciudad de Híspalis canta maravillas sobre su generosidad y su atención, la que trata con distancia y desconsideración a todos los nobles que colaboramos con vuestro marido, el valí… La guardiana de las esencias del reino de Toletum… —Dramatizaba en exceso el religioso—. Esa misma señora, parece que ahora es el principal reclamo para atraer hombres y nobles al regazo del valí para formar un nuevo ejército a su servicio. ¿Entiendo, mi señora, que ahora los que iniciamos ese camino no os parecemos tan traidores?

Ella no aguantaba su sarcasmo.

—En absoluto, obispo y querido primo —y como siempre enfatizó el «querido»—. Vos y los de vuestra calaña provocasteis la caída y la pérdida del reino. Por vuestra ambición desmedida. No nos parecemos en nada, Oppas. En nada, tenedlo claro. Yo ahora estoy tratando de cohesionar lo que queda de este reino y dar esperanza y labor a miles de hombres que han quedado desamparados.

El obispo ahogó una risa sardónica.

—Qué maravilla, mi señora. Deberíais haber sido varón, seríais un mandatario de primera categoría. Manejáis la hipocresía y el cinismo como una auténtica maestra. Quizá por cosas como estas Dios nuestro Señor solo ha dado a los hombres el deber de mandar y gobernar. ¡Miráis por las gentes de vuestro pueblo! ¡Cómo no! ¿Y por vuestro interés particular? Oh, no, impensable, ¿qué ruin malvado pensaría eso? —Y sonrió maliciosamente.

Ella endureció la mirada y el gesto. Estaba a punto de perder el control y era lo que su oponente deseaba fervientemente. «Hoy, precisamente hoy, no es esto lo que necesito, ni lo que estoy dispuesta a soportar», pensó, y trató de poner fin a tan desagradable reunión.

—Si solo habéis venido a insultarme y ofenderme, obispo, ya habéis cumplido. Podéis…

—¿Creéis que no seréis recordada como una traidora más? ¿Qué quedaréis mejor que yo ante las crónicas y la historia, mi señora? Yo sí que busco refundar y rescatar el reino de los godos. Parece que todos se han dado ya por rendidos, que han descartado ese objetivo,

incluida mi señora. Pero yo no, Egilo. Desde el principio, todo ha ocurrido con el fin de quitar la corona a un impío grosero y pecador como vuestro Roderico para devolverla a los verdaderos reyes de Toletum. Este dominio de los muslimes solo debe ser una estación temporal. Esa es mi ambición y mi deseo. —Ella miró, sorprendida por esa franqueza rabiosa, a Alí que observaba anonadado—. No, no temo que vuestro marido se entere, pues sé que mientras le sea útil, me mantendrá en mi posición. La Santa Iglesia y sus representantes, los obispos, estamos resultando unos necesarios colaboradores para vuestro esposo y sus gentes para estabilizar este reino. Pero los caminos del Señor son inescrutables, y como vinieron los muslimes, también se podrían marchar… Yo asentaré las bases, sembraré los campos y tendré paciencia. Algo que mi reina no está demostrando.

—Sonáis demasiado amenazador, primo —trató de frenar Egilo la verborrea iracunda del obispo, por la seguridad de todos—, os suplico que recapacitéis y volváis a la senda de la prudencia.

—En absoluto, solo os expongo con total franqueza mis ideas, mi visión del futuro. Podéis engañar a quien queráis con vuestra palabrería femenina. Pero a mí, no. Esa campaña para ganaros a las gentes de la ciudad, ese apoyo a vuestro marido para unir bajo su estandarte pagano a godos y a muslimes… No lo hacéis por el reino de vuestro anterior esposo, ni por el pueblo… Lo hacéis por vos, señora, no pensáis en el futuro, solo pensáis en el presente. No queréis rescatar el reino, queréis fundar algo mestizo, vergonzoso y pecaminoso. Y no lo voy a permitir, ni yo, ni Dios.

Egilo se levantó airada ante tal acusación.

—Esta reunión ha terminado, primo. Si así lo creéis, os invito a que expongáis esta sarta de embustes e infundios a mi marido, el valí Abdel Aziz. Ojalá él no sea tan paciente como yo y tenga su espada a mano.

—¿Desearíais la muerte de vuestro primo a manos de un pagano? —preguntó sardónico.

—Sí, sobre todo si fuera el primo que causó la muerte de miles de familiares, amigos y paisanos a manos de los paganos. Os juro que sobre eso no tengo dudas.

Oppas se levantó sonriente. Parecía feliz de haberse vaciado, de haber dejado clara su posición sobre ella. No había sido una amenaza, realmente, había sido puro desahogo. Sin decir nada abandonó la sala.

Alí se levantó y acompañó al obispo hacia la salida de la vivienda.

Baddo se quedó sentada, con su señora, preocupada por su visible excitación.

Egilo dejó que los nervios que la atenazaban se liberaran y empezó a temblar como una niña. Estaba al borde del llanto.

—¿Y si tiene razón, Dios mío? ¿Y si la tiene? —susurró con un hilo de voz temblorosa.

Notó la mano cálida y regordeta de Baddo sobre su antebrazo. Se arrodilló a su lado.

—No la tiene, mi señora. Él es un vil traidor. Un oportunista, inteligente, sí, pero al que la ambición le puede. Como lo fue su hermano, el rey Witiza…

—Como mi propio marido… —susurró Egilo, pero Baddo no la dejó continuar.

—Ellos solo os ven como son ellos. La gente no os ve así. Yo no os veo así, señora. No sois una aspirante a un trono más. Sois el último vestigio de un mundo que ha desaparecido, de lo que todos conocíamos y, en cuestión de meses, se desvaneció. Sois un vínculo con el mundo y la vida que teníamos. Para muchos de nosotros sois la esperanza, mi señora. Lo que hace que no la perdamos. Que Dios me perdone, porque soy apenas una mujer no demasiado lista, nadie para aconsejar a mi señora, pero yo confío en mi reina. Sé que si creéis en lo que hacéis y pensáis que está bien, yo os seguiré. No tengo dudas. Muchos lo harán.

Egilo la miró con dulzura. A pesar de todo, a pesar de todas las reticencias que aún tenía con ella, Baddo era la mujer que le salvó la vida, su único e incondicional apoyo. Su única amiga. A veces sentía que era su única familia.

—¿Qué hecho yo para merecer semejante lealtad y confianza, Baddo?

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo que no disipaba las dudas de Egilo, pero que le dio una confianza que necesitaba como el alimento y el agua.

Cuando Alí, también concernido por el estado de Egilo, volvió a la sala y vio a las mujeres allí abrazadas, esperó un instante a que la señora le viera por si necesitaba algo. Ella levantó su mirada y fijó sus ojos en él.

—Mi buen Alí, a partir de mañana, deseo que me enseñes tu lengua y la de mi esposo. —Y lo dijo con una seguridad que al propio intérprete le sorprendió tras lo visto y oído poco antes.

Oppas

En la oscuridad de su biblioteca, el obispo maldecía su suerte. Si no creyera sin dudar que los caminos del Señor eran inescrutables y que él solo debía servirle, estaría tentado de pedirle cuentas. ¿Por qué, Señor? ¿Por qué? Sentía que la envidia, el pecado que más lo corroía por dentro, pero, como todas las debilidades, menos confesaba, le sulfuraba. Él, que se sabía más recto y sabio que casi todos a su alrededor, siempre estaba bajo las órdenes de los inferiores. Dolía más aún cuando sabía que nadie tenía intenciones tan puras y de servicio como él.

Se recordaba ante sus hermanos mayores, el malogrado rey Witiza y Sisebuto. Hombres leales y buenos, pero sin un grano de seso, que solo sabían mandar a golpe de espada, cuyo único deseo era reinar, pero que después no tenían una sola idea de qué hacer con el reino una vez logrado. Menos mal que estaba él detrás, cuando se dignaban a escucharle. Cuántos esfuerzos malogrados, cuántos buenos planes desperdiciados. Habría necesitado que le prestaran más atención, habría necesitado que Dios le hubiera dado más tiempo a su hermano para mantener la corona.

Del mismo perfil era su odiado Roderico, un bastardo zafio y endiosado por su prestancia y su buen hacer guerrero. Pero otro cretino, otro buey que solo sabía embestir hacia delante. Encima, a aquel bastardo le habían casado con su prima Egilo. ¡Menuda blasfemia!

Aún recordaba a su dulce prima cuando eran chicos, y eso que solo la había visto una vez en una boda. Dulce, hermosa como un ángel e inteligente y de conversación elevada para su condición de mujer. ¡Qué deliciosa imagen era verla bailar con sus primas! ¡Danzando entre risas y carcajadas! Era la imagen de la pureza, de lo más hermoso y primario de la tierra. Algo divino, que solo podía provenir del toque único de nuestro Señor.

Solo la política chusca, el ansia de poder y la traición más asquerosa podían haberse conjurado para que acabara casada con aquel marrano de Roderico, que sufriera en estos instantes los ardores del infierno.

Él no estaba enamorado de ella. No, no era eso. Él, desde muchacho, no había sentido la tentación de la carne más que por necesidad y por cumplir. Se había casado, pero había dejado a su esposa prudentemente a su aire, siempre y cuando no le molestara y llevara una vida digna. Pero Egilo era una mujer buena a la que, sin duda como comprobaba ahora, en esta nueva era, la habían

corrompido brutalmente, sin piedad y habían arrastrado por el fango. La habían convertido en una serpiente vil, una conspiradora nata a quien no le importaba beneficiar a los paganos, si ello conllevaba enriquecerse y aumentar su poder. ¡Cómo se atrevía a acusarle de haber sido él la causa de esta situación!

Por eso sabía que estaba rodeado de estúpidos. ¡Nadie veía el mundo como él! No percibían, ni siquiera sus hermanos, que no había conspirado para llamar a los muslimes a Hispania simplemente para derrocar a Roderico y que el reino volviera a su familia. No, no, maldita sea. Eso solo era vana ambición, sentimientos y deseos espurios. No. Él sentía que el reinado de Roderico solo traía degradación y corrupción, que ni siquiera los concilios y las leyes que decretaban los obispos podían limpiar las profundas máculas que estaba proyectando sobre esa tierra. Que estaban manchando uno de los reinos más ricos y poderosos del orbe para satisfacer los deseos de un sátiro, un borracho, un putero y sanguinario bastardo. Había que limpiar aquel campo en profundidad, arrancar todas las malas hierbas, ponerlo en barbecho y comenzar a construir un reino nuevo, enfocado en el recto camino cristiano.

Sí, sí, era cierto que el plan no había salido como él deseaba. ¡Quién podía pensar que los muslimes no volverían a sus costas tras lograr algo de botín y esclavos! ¡Que desearían instalarse y dominar el territorio! Era un riesgo, claro, pero Oppas había calculado que todavía no estaban preparados para eso y que faltaban años para que ese riesgo se materializara. Él prepararía al reino para esa futura amenaza a través de un rey designado por él. Un hombre intachable, elegido y aconsejado por él.

Ese había sido su gran error, no haber previsto que el reino se derrumbaría tan rápido ante los muslimes, que ellos verían fácil quedarse con aquella fruta madura. Pero él sabía que ese derrumbe solo certificaba sus temores, que el reino estaba podrido, aún más de lo que había sospechado. Pero incluso con los muslimes, él no cejaba en sus planes. Sabía que Dios no lo desampararía, que el dominio pasaría y que el reino que él soñaba y proyectaba emergería tras ello.

Había deseado sumar a Egilo a su causa, pero ella se había demostrado hostil, despectiva. Como el reino, la podredumbre de Roderico la había infectado, y ya el mal era imposible de extirpar… Se había convertido en otra mala hierba que habría que arrancar, con gran dolor de su corazón, de raíz.

TERCERA PARTE

LA SEÑORA

«Que mala costumbre han estos moros, quando entran ante sus señores, solamente nunca se humillan, nin le façen reverencia; cierto si yo fuesse rey, guisara como se humillassen. Entonces mandó facer Belacin en aquel palacio en que él estaba un postigo pequeño, et mandó cerrar la puerta grande, et fiço en guissa que ninguno podia entrar por la puerta que se ante non humillassen. Et quando se pagaua de estar en su alcaçar, poníale ella la corona en su cabeça».

Crónica del Moro Rasis,
sobre la relación entre Abdel Aziz y Egilo

El último día

Al Fihri terminó sus oraciones y levantó su cuerpo del suelo. Apenas las primeras luces del alba rayaban el cielo nocturno. Estaba completamente vestido para la guerra y tras terminar sus deberes religiosos se ciñó sus armas. Jamás se había sentido así. Él, que disfrutaba del combate, de la orgía de sangre y muerte que lo excitaba, y que dejaba en manos de Dios, el más grande, el resultado, el de su muerte o su victoria, aquella jornada no sentía nada de ese impulso.

Solo tristeza, profunda, debilitadora. Que, como una peste, le iba infectando el cuerpo, los órganos internos y le iba oscureciendo el ánimo, le iba robando la fuerza. Porque sabía que era lo que tenía que hacer y no deseaba hacerlo. Habría deseado tener que afrontar cualquier cosa, por desagradable que fuera. Una misión suicida. Una batalla contra una hueste infinitamente superior donde la victoria y la supervivencia dependieran únicamente de si Dios tenía intención de facilitar un milagro. Habría preferido estar en cualquier lugar del mundo, en vez de ahí.

Sus hombres lo miraban preocupados. Jamás lo habían visto así. Él sabía que ellos supondrían que estaba inquieto por los riesgos, por los peligros que tendrían que afrontar en este día. No era así.

Al Fihri, el grande, el arrojado, el vencedor en mil y una batallas, estaba absolutamente seguro de que vencerían. Además, no creía que perdería muchos hombres en la contienda. Y estaba convencido de que hacía lo correcto.

El problema era que tampoco tenía ninguna duda sobre el coste que para él supondría la victoria y el cumplir con su obligación. Cómo quedaría su alma tras hacerlo.

Sabía que Dios, el que juzga con equidad, pide sacrificios a sus hijos para llegar al paraíso, pero jamás pensó que él tuviera que participar en tamaño holocausto.

Apretó la empuñadura de su espada hasta que los nudillos emblanquecieron. Sentía unas horribles ganas de gritar, de aullar al cielo donde todavía se percibían las últimas estrellas. De preguntar, ¿por qué a mí? Sus ojos se fijaron en aquellos puntos titilantes en un cielo que cambiaba por instantes, donde los colores del fuego espantaban a la oscuridad. Pero en el alma de Al Fihri, la oscuridad no se marchaba.

El árabe abrazó el fuego de los colores de la bóveda celeste y se aprestó a la guerra. Cerró los ojos con fuerza para que las lágrimas que pedían salir no cayeran. Lo logró. El soldado, ya recompuesto

exteriormente, se dirigió a su montura. La guerra debía empezar.

1

Apestaba a vómitos, orines y licor recalentado. Había hombres durmiendo la borrachera por el suelo, pero a él solo le interesaba uno. El suyo. Estaba tirado, roncando, sobre la tabla de una mesa. Le daba igual la suciedad o la dureza del lecho, solo necesitaba que se le pasara la curda. Lo conocía ya desde hacía meses y sabía que no bebía por ningún espíritu festivo, como otros hombres, o para desinhibirse. Lo hacía para olvidar, para intentarlo, al menos. Y cuando ingería aquellas colosales cantidades de alcohol, se convertía en alguien peligroso. Aún más que sobrio. La noche anterior, había estado a punto de lanzarse contra otros cuatro soldados ebrios. Afortunadamente, supo contenerlo. Sobre todo para esos cuatro desgraciados que, sin haberse enterado, le debían la vida. Ellos no lo sabían, claro, y se burlaban de él, pero él y los suyos eran conscientes de que aquel gigantón rubio y recubierto de cicatrices, aun borracho como una cuba, era letal. Otras veces no le habría importado, pero en aquellos momentos no podía consentir que les pidieran explicaciones por cuatro muertes. Aquel día era importante.

Aquila encontró una frasquilla de bronce y salió del establecimiento. Se dirigió hacia un abrevadero cercano que, por como olía, no solo debía estar lleno de agua para las monturas, sino también de orines de beodos. La llenó de líquido y volvió hacia donde había dejado a su muchacho durmiendo.

Se cruzó con Mario, su veterano segundo, que ya estaba listo con toda la panoplia militar.

—Ya estamos dispuestos, ¿lo has encontrado? —le preguntó. Tenía la barba canosa y los ojos pequeños. Aquila le hizo un gesto con la mano, como mostrando con los dedos un pequeño instante de tiempo.

Volvió a irrumpir en el local. Se acercó con cuidado al durmiente y sacó de la vaina de Tulga esa especie de machete que llevaban todos y llamaban *sax*. Mejor ser precavido, se dijo. Sin dudar, le arrojó la sucia agua a la cabeza y se apartó.

Tulga se despertó como solía hacerlo, sobresaltado y agresivo como un león enjaulado y rabioso. Aquila sabía que bebía también para evitarse malos sueños, que le hacían gritar como un desesperado y levantarse aterrado en medio de la noche. Ese muchacho había hecho mucho, pero quizá había vivido y visto demasiado para lo que podía soportar su alma. Aquila había conocido algún caso parecido entre otros guerreros, pero nunca tan acusado. Había visto a los que no podían cerrar los ojos sin ver a los que habían mandado a infierno,

sin ver las imágenes de cómo habían arrasado una aldea; conoció una vez a un hombre que cada noche rememoraba cuando mató a un niño, pero en su sueño aquel pequeño siempre tenía el rostro de su hijo: aquel desgraciado trataba de no dormir, su rostro se chupó y negras bolsas le rodeaban los ojos y acabó muriendo rápidamente en una batalla; Aquila siempre pensó que lo había buscado.

En el caso de Tulga, que nunca hablaba sobre lo que veía en sueños, había llegado a pensar que quizá lo mejor sería que muriese y así hallara algo de paz. Pero ni aun así estaba seguro de que la encontrara tras la muerte.

Como el bruto que era, se levantó aullando y llevándose la mano al *sax* que ya no portaba. Pero no era consciente de que estaba sobre una mesa y, de tanto ímpetu, esta se balanceó y volcó. Cayó sin remedio sobre otra mesa y sus banquetas, provocando un gran estropicio. Acabó sentado en el suelo frotándose la cabeza empapada y aún más maloliente que antes.

—No te has dado tan fuerte; se llama resaca, amigo mío. Ahora levanta y prepárate, que vamos a alistarnos. —Y le ofreció sonriente su brazo. Desde el suelo Tulga lo miró con unos ojos enrojecidos e indescifrables. Aquila se alegró de haberle quitado el arma, porque ahora mismo el gigantón lo miraba como si no lo reconociera, como si dudara entre arrancarle el brazo que le ofrecía o aceptar su ayuda. Finalmente, tras unos momentos de duda el hombre se agarró a él para coger impulso y levantarse.

Las oriflamas blancas llenas de extraños caracteres ondeaban sobre un pequeño estrado de madera donde un árabe recubierto de metal y otro hombre, que no parecía ni árabe ni hispano ni mauro, miraban a las decenas de hombres de armas de muy diferentes aspectos que tenían enfrente. Aquila y su hueste echaron un vistazo a su alrededor. Junto a ellos había hombres de muy diversos orígenes. Había pequeños nobles, bien armados, o gentes que habían robado ropas y armadura a un noble. Había también soldados veteranos, seguramente del ejército permanente del reino, o lo que sobrevivió de él, y también, como ellos mismos, sayones y bucelarios de ejércitos privados de nobles cuyo rastro se había borrado de la tierra. La mayoría iban armados y equipados de una u otra manera. Aquila se preguntaba si alguno habría estado con ellos en la laguna o en alguna de las batallas posteriores. No creyó reconocer a nadie.

También había entre ellos gentes humildes que, a buen seguro, habían participado poco o nada en la guerra y solo venían en busca de una soldada o de descargar a su familia de una boca más que alimentar. A estos últimos se les notaba porque llevaban escasa ropa,

un hatillo y un palo o algún tosco apero de labranza. Además, ya fuera por temor ante sus futuros compañeros o por vergüenza se habían colocado en la parte posterior del grupo.

El árabe los contemplaba al sol desde el estrado haciendo ruidos de disconformidad con la boca. No parecía gustarle lo que tenía ante sí, desde luego. Además, tampoco le estaba importando hacerles esperar bajo la solana. Tras el escenario y a ambos lados del mismo, se desplegaban unos cuantos soldados de origen mauro, con sus lanzas y escudos, que vigilaban sin demasiada tensión al grupo: se apoyaban perezosamente sobre sus escudos, escupían o dirigían su atención a cualquier punto lejos de ahí. «Este es el miedo que damos a nuestros nuevos señores —se dijo Aquila con amargura—, ninguno». Y reconoció que, en el fondo, se lo habían ganado a pulso.

—Alabado sea Dios, el misericordioso, el único, el verdadero y el más grande —empezó a declamar el hombre de apariencia indeterminada a un ritmo menor que la cantinela que recitaba el árabe y de la que nadie allí comprendía ni palabra—. Habéis venido aquí para uniros a las sagradas huestes del islam en su guerra santa. Tendréis soldada y, si lo merecéis, botín, por gracia del valí Abdel Aziz, que Dios guarde y guíe, y la reina Egilo. No cobraréis lo mismo ni de paga ni de botín que los verdaderos creyentes en la fe verdadera. Pero os invitamos a aceptar y abrazar el camino del profeta Muhammad para que eso cambie.

Árabe e intérprete hicieron una pausa, esperando alguna respuesta. Pero los hombres no parecían demasiado impresionados por el discurso. Algunos se rascaban el cuello o el cabello. Otros escupían al suelo. Incluso Aquila escuchó una flatulencia, algo que les hizo sonreír como cuando eran chiquillos. La única e inocua última resistencia contra el invasor que se permitían.

—En este ejército no se consentirán insubordinaciones, deserciones, ni desacatos. Respetaréis a vuestros mandos y jamás osaréis tocar a un verdadero muslime. Castigaremos con mano firme y con la muerte cualquier intento. Tampoco se permitirán peleas o altercados más que con el enemigo. Cumplid, luchad con valor y nosotros…

Aquila no era hombre dado a dar grandes discursos y tampoco tenía la paciencia y la atención para escucharlos. Así que su mirada y su mente comenzaron a divagar hacia el fondo del paisaje que tenía en frente. Vio en la lejanía, a algo más de un estadio, las hermosas murallas de Híspalis, que mostraban que habían vivido tiempos mejores. No conocía aquella ciudad, pero entendía que ahora iban a pasar una temporada allí. No las tenía todas consigo, pero era

consciente de que aquella era la mejor opción para sus hombres y para él. O la mejor que él había sido capaz de idear.

El mensaje de bienvenida concluyó y el árabe abandonó el estrado sin demora. Se le notaba que le habían encargado una labor por la que no sentía ningún interés ni confianza, y se marchó farfullando algo ininteligible, pero que no dejaba ningún lugar a la duda que debían ser insultos y maldiciones. Los hombres de armas tenían un oído especial para detectar esos términos, sin importar la lengua en la que se dijeran.

El lengua se quedó solo con los soldados mauros que le trajeron una pequeña mesa al pie del estrado. Bajó y sacó unos delicados útiles de escritura.

—Ahora procederemos a registraros y os buscaremos después acomodo y alojamiento…

«Así que ya está —pensó con cierta tristeza Aquila—, ya somos parte del ejército de hijos de perra que nos han masacrado durante meses». «Supongo que ellos tampoco querrán saber lo que hemos estado haciendo nosotros. Así que entiendo que esto es un empezar de nuevo para todos», reflexionó y trató de alejar aquellos pensamientos.

—Bueno, salvo las tonterías sobre su Dios, tampoco tiene que ser esto muy diferente, ¿no? —aseguró Mario a su espalda, mientras iban formando una desigual fila que terminaba en el escritorio del traductor.

—No debería, incluso han hablado de la reina Egilo, ¿sabéis quién es? —preguntó Flavio, un joven soldado apenas imberbe cuya primera experiencia había sido la campaña de la laguna.

—Supongo que la esposa de Roderico, ¿no? —respondió Mario sin demasiada convicción y miró a Aquila—. ¿Tú lo sabes?

—Quiere sonarme, pero la verdad es que no tengo ni idea de cómo se llamaba su esposa. En cualquier caso, es nombre de mujer goda.

—¿Y qué mierda pinta una mujer goda en esto?

—Ya nos enteraremos, tampoco es que importe mucho, ¿no? —replicó Aquila.

—No, aunque no negaré que da cierta tranquilidad. Nunca he sido comandado por uno que no fuera cristiano —respondió su lugarteniente, un veterano que llevaba años con Aquila y que era como su propio hermano.

—Que tú sepas —dijo con sorna Tulga, y todos rieron la chanza.

—Silencio por ahí atrás —gritó el intérprete—. Esto no es un burdel, malditos animales.

«No, no parece que vaya a ser muy diferente a otros servicios»,

sonrió Aquila.

2

Baddo comenzaba a percibir que su señora era otra mujer. Más decidida, más dispuesta a todo. Pese a sus primeras dudas, parecía que la confianza otorgada por su esposo y por las gentes de Híspalis había obrado una transformación en su existencia. «Qué demonios, y de la mía misma», se decía recordando el abrazo que la reconfortó tras la última y desafortunada visita de aquella víbora de campo del obispo Oppas. Se gustaba a sí misma recibiendo a cuantos ciudadanos venían a diario, eso estaba claro. Y su esposo le daba permiso para salir de vez en cuando de la casa, acompañada en todo momento de Alí y de una escolta armada, donde siempre, sin excepción era jaleada y homenajeada por la plebe.

Tampoco podía olvidar que era ella, Baddo, si las salidas estaban previstas con cierta antelación, quien circulaba con total libertad por la urbe, acompañada por algunos esclavos y avisaba a las gentes por aquí o por allá de adónde iría su señora. En la taberna, en el mercado, en el antiguo foro o incluso en el puerto del río. Baddo no era de las que, si podía, dejaran nada al azar. No, señor.

De todos modos, también había que decir que la nueva y más visible Egilo, apoyada en el valí Abdel Aziz, no gustaba a todos por igual. No solo a ese indeseable de Oppas, que no sabía Baddo como nuestro Señor Jesucristo había podido permitir a un ser tan despreciable como él recibir la inmensa honra de ser un alto prelado de la Iglesia.

Agustino, el fraile que las asistía espiritualmente, la había amonestado en privado y había reconvenido a la reina a orar y reflexionar más sobre su papel. Al sacerdote no le gustaba en absoluto el papel más activo de la señora al lado de su esposo, por cristiana, pero sobre todo como mujer, y, menos aún, que estuviera aprendiendo la lengua que hablaban los muslimes. Agustino la advertía de que ese era el primer paso para abandonar la verdadera fe en Jesucristo nuestro Señor. Ella le respondía que nada tenían que ver las creencias con sus intenciones, pero él no les daba mucho crédito a sus palabras.

Aunque, en realidad, el fraile tampoco parecía muy ducho en cuestiones de política y Estado, y no era excesivamente duro con la señora. Pero insistía e insistía, porque lo que más le preocupaba, y le consolaba que no hubiera pasado aún con Egilo, era que no se hubiese convertido a la fe pagana de los muslimes, porque ya se habían dado casos de apostasía entre los cristianos de Hispania y conversión a esa nueva religión del diablo. El pobre fraile parecía realmente asfixiado por ese problema y no paraba de advertir sobre el apocalipsis y el fin

de los tiempos y que los muslimes eran sus heraldos. Que tras la caída de Toletum, también lo haría el imperio romano, y que ya nada podría impedir las calamidades del final y el posterior retorno del reinado de Dios. En fin, que, según entendía Baddo, iban a tener que sufrir mucho antes de que triunfará la fe.

En el fondo, Egilo y ella pensaban que el buen Agustino tenía muy poca fe en la reina y ya la daba por perdida. «Quizá, hija mía, el Señor ha colocado sobre vuestros hombros una misión demasiado difícil de cumplir no solo para vos, sino para cualquier mujer. Os admiro y doy gracias a Dios por cada día que aguantáis sin caer en la tentación», decía algo petulante el religioso. Baddo notaba que la reina se iba apartando de su confesor y confiando menos en él.

Baddo también cultivaba la amistad con algunos soldados mauros. Ya había descubierto en Toletum que aquellos salvajes no eran, en esencia, tan extraños. Se los encontraba en el mercado y a veces cuando llevaba algunos obsequios en forma de viandas a los campamentos apostados más allá de los suburbios. Seguía manteniendo relación con aquel bruto del yelmo robado que dirigió la partida que las atrapó en Toletum. La verdad era que no podía dejar de odiarlo y temerlo por aquello, pero sentía cierta simpatía por aquel tipo semejante a un buey que la hacía reír y que hablaba su misma lengua. Por ellos aprendió cosas como que realmente los mauros, que eran muy diversos y de distintas religiones, habían resistido ferozmente a los muslimes hasta hacía apenas dos décadas. Tras la derrota, algunos habían aceptado su credo y los demás servían como guerreros. «De algo hay que comer», le decía el hombre entre risotadas, y añadía: «Además, no sé si será verdad lo de su Dios, pero resulta claro que es mejor estar en el lado de los vencedores». Y Baddo no podía responder nada ante tamaño sentido práctico.

La amistad con aquellos guerreros le traía asimismo interesantes noticias sobre los invasores, que solía trasladar con todo el tacto posible a su señora. Era verdad que el señor Abdel cada vez estaba más hablador y cercano con la señora, y también otras cosas, que antes solo la visitaba por cumplir, como a las otras dos esposas, y ahora les oía gritar y gemir como perrillos en celo más a menudo; a Flavia, Abdel la obviaba y apenas iba junto a ella. Sin embargo, de vez en cuando seguía acudiendo al lecho de la exótica Titrit, que debía hacer gala de mágicas dotes felinas porque los gemidos y gritos de ambos se escuchaban por toda la casa. «Maldito cabrón libidinoso», injuriaba Baddo. Alí también les contaba cosas, pero tanto él como Abdel se mostraban en exceso cautelosos sobre la información que les daban a las dos mujeres cristianas. En cambio, sus amigos mauros

eran más dados a soltar su lengua y, con algún vinillo de por medio, a dar información sin filtro. Baddo se encargaba después de ponderar lo que le contaba a la señora, pues no dudaba de que había cierto porcentaje de embustes y exageraciones. «Así son los hombres», se decía.

Lo cierto era que de este modo se había enterado de que los árabes, la élite de los muslimes no sentían ningún aprecio por los mauros, más allá de aquel Tuerto que conocieran y que marchara con Muza a Damasco, y Abdel Aziz. Los mauros le mostraban respeto y lealtad al nuevo valí, pero era conocido que los árabes no tenían la misma consideración por el hijo que por el padre. Y menos con la confianza que manifestaba por los africanos y por el papel cada vez mayor que su esposa cristiana mostraba en la ciudad. Aquello no gustaba nada a los comandantes árabes. Decían los mauros que, si no fuera por el gran amigo y consejero de Abdel Aziz, Al Fihri, las cosas habrían ido a mayores.

En cualquier caso, lo que más preocupaba a Baddo era la antipatía que parecían sentir los árabes por la señora. «¿De qué no serán capaces esos bastardos?».

En sus visitas a los campamentos se enteró de que había comenzado la recluta de soldados hispanos y godos y que ya empezaban a formar unidades. La verdad, vio apenas a unas decenas de tipos mal encarados. Ella no entendía mucho de guerras y milicias, pero para todo el bombo que se le había dado no le parecía una gran fuerza. Con mucho, las fuerzas mauras y árabes parecían infinitamente más numerosas. «Supongo que todo es empezar», se consolaba.

3

Abdel seguía ocupado con sus temas administrativos y militares y pasaba poco por casa. Eso sí, cuando lo hacía siempre tenía un momento para hablar con Egilo y visitar su lecho. No era que la reina hubiera empezado a sentir nada por él, pero su presencia y compañía se habían convertido en algo soportable y sentía que debía agradecerle la confianza que iba depositando en ella. Tampoco creía que él estuviera enamorado de ella ni mucho menos, pero seguía demostrando que era su esposa principal. Eso sí, la importunaban sus escasas pero persistentes, visitas al lecho de Titrit, que tampoco se molestaba en ocultar. Suponía que era costumbre de los muslimes, pero al menos Roderico tenía el buen gusto de disimular o de mentir.

Egilo se encontraba bien, ocupada y valorada, y eso la satisfacía, pero al igual que le pasaba con Roderico sabía que cualquier paso en falso, cualquier deslealtad real o percibida, cualquier desilusión podrían acabar en repudio. Y, en aquella situación, no iba a significar volver a casa de sus padres, que ya no existía, o ser confinada en un cenobio. En aquel momento, ser repudiada por Abdel podría significar la muerte o la esclavitud. A pesar de todo, Egilo sabía que seguía siendo una cautiva de guerra.

Alí la sacó de sus cavilaciones.

—Mi señora, el señor os pide que atendáis a unos visitantes de alcurnia que tenemos en la casa y que vos ya conocéis, hasta que llegue él para unirse a la reunión.

Intrigada, Egilo salió al patio para recibir a los visitantes. «¿Quiénes serán?», se preguntaba. La sorpresa fue desagradable. Ante ella estaba Urbano, el conde de Septem, y su famosa hija, Oliba. Sintió que un puño la golpeaba bajo el estómago, pero se decidió a no evidenciar su malestar y a tratar de que esta vez no acabara su encuentro tan mal como el que sucediera hacía ya más de un año en Toletum.

Estudió a Oliba con detenimiento. Ya la había visto, por supuesto, pero no recordaba en absoluto su apariencia. Seguramente su intento de querer olvidarla había sido efectivo. Era una joven bella, sin duda, con unos rasgos beatíficos y algo aniñados que a muchos hombres excitaban como perros en celo. Tenía un rostro serio y algo triste, aunque Egilo no descartaba que fuera por estar ante ella. Ambas sabían bien quiénes eran. Urbano, en cambio, se mostraba tranquilo y le sonreía con calidez. Parecía haber olvidado su anterior encontronazo.

—Sed bienvenidos a la casa del valí Abdel Aziz —dijo con voz,

sorprendentemente incluso para ella, serena—. Mi esposo aún no ha llegado, pero si lo deseáis, tomaremos un refrigerio mientras le…

—¡Oliba! ¡Tío! —la interrumpió un grito juvenil.

Tras ella Flavia apareció corriendo hacia los recién llegados demostrando una alegría que ella jamás había visto en los meses que la conocía. Se abrazó a la otra joven y comenzaron a parlotear sin parar.

—Creo, mi señora, que no conocíais nuestro parentesco con Flavia —intervino Urbano, viendo la cara de desconcierto de la reina—. Aunque, como sabéis, soy de origen griego y fui hace muchos años destinado a Septem; cuando la autoridad de la flota imperial decayó en la región, me quedé como guardián y protector de la ciudad, me casé con una joven goda de la aristocracia del otro lado de las Columnas de Hércules y así pude someterme en alianza a Toletum, aunque a la postre, de poco sirviera. Mi esposa, ya fallecida, era la hermana de la madre de Flavia.

Ella asintió y calculó que el enlace de Flavia con Abdel era otro pago por los servicios de Urbano en la conquista.

—¿Habéis venido, pues, de visita familiar? —le preguntó mientras se desplazaban a un saloncito donde estaba preparado un pequeño almuerzo.

—No solo, obviamente. He traído también unos pocos hombres para esas futuras cohortes hispanas que prepara vuestro esposo. No son muchos, pues la conquista primero de los muslimes y después la del reino han dejado a mis huestes bastante exiguas, pero no he querido dejar de colaborar con la empresa de mi sobrino político.

Egilo sonrió. Urbano era un hombre hábil con las palabras, pero entendía claramente que tampoco habría podido negarse.

—Vuestra fama se expande por toda la Bética, mi señora. Parecéis más tranquila y más acostumbrada a la nueva realidad que cuando nos vimos en Toletum.

—¿Acaso he tenido otra opción?

—No, claro que no. Pero demostráis gran entereza. A mi sobrina, en cambio, creo que le pesa demasiado este matrimonio. Es solo una chiquilla. Me gustaría pediros que la pusierais bajo vuestra tutela y protección.

Ella lo miró fijamente.

—Llevo tiempo haciéndolo, aunque debo deciros que Flavia es una muchacha algo apática y que no se deja aconsejar.

Urbano se rio con suavidad.

—¿Y qué chica de su edad no lo es? No podéis compararos con ella, señora.

«Desde luego que no lo hago», respondió mentalmente.

Ella decidió cambiar radicalmente el rumbo de la conversación.

—¿Vuestra hija está mejor?

Él se encogió de hombros.

—La tristeza y el temor hacia los hombres va por dentro, señora, pero en ella se deja translucir también en el exterior. La niña que mandé a la *urbs regia* no es la muchacha herida que volvió, si no os importuna que os lo diga —dijo con cierta prudencia.

—No, son cosas del pasado y como tales tenemos que tratarlas —aseguró, aunque ni ella misma estaba segura de la verdad de sus palabras.

Durante todo el día acogieron a Urbano y su hija. Abdel los había invitado a dormir en la *domus*, y Egilo no perdió oportunidad de observar de cerca a Oliba. Ella lo notaba y le devolvía también miradas, ninguna de las dos podía dejar de estar pendiente de la otra. La joven solo se sentía a gusto con su prima, y su padre y Abdel, con la intermediación de Alí, solo hablaban de asuntos de política y de guerra. Al fondo, Baddo y Titrit mataban el tiempo mirando alternativamente lo que ocurría sin concentrarse especialmente en nada.

Egilo buscaba tener un momento de tranquilidad con Oliba y no tuvo oportunidad hasta después de la cena. La tarde iba cayendo y logró coincidir en el patio con ella. La pidió con dulzura, pero de manera firme, que la acompañara a una sala distinta a donde estaban los demás.

—Sé que os resulta dolorosa mi presencia, Oliba —le dijo—, pero deseo… mejor dicho, necesito hablar contigo.

Ella se revolvió incómoda y trató de resistir sin parecer descortés.

—¿Por qué, mi señora? ¿Qué puedo tener yo que necesitéis?

—Respuestas. Llevo años odiándoos, y ahora mismo no sé por qué.

Ella fijó su mirada en sus ojos. Eran verdes, hermosos, pero con una mancha de tristeza insondable. Ahora percibía en ella una madurez de la que no se había percatado y que no asomaba en absoluto en su prima.

—¿Creéis de verdad que os puedo ayudar en eso? —La reina asintió. Si ella no podía, nadie lo haría. La joven prosiguió—: Quizá debamos empezar preguntándonos por qué me odiáis a mí y no a vuestro anterior esposo.

—Eso me lo he preguntado muchas veces, espero que tú me ilustres.

Y con un gesto de la mano la invitó a sentarse.

El relato de Oliba, que se encontraba entre lo que temía y lo que esperaba, le sirvió para desmentir elementos que creía saber y confirmar otros. Le despertó nuevas dudas, la mayoría jamás obtendrían respuesta. Era la historia de una niña fascinada por su rey, apuesto y poderoso, pero que apenas se atrevía a levantar la mirada ante él. Era la historia de un cortejo constante, pero tampoco nada más que un encaprichamiento más de su marido. No estaba loco por ella, para nada, o al menos aquella chiquilla impresionable no lo había sentido así. El relato de Oliba sorprendía por su madurez, mostraba que había pasado años y meses reviviéndolo, estudiándolo, analizándolo. Sufriéndolo.

Se resistió. Por creencias religiosas y morales, porque, en el fondo, confesó en un ejercicio de sinceridad, sentía que ella no estaba destinada a yacer con un rey. Pero cedió y allí comenzó el infierno de Oliba.

Porque el rey acudió a su primer encuentro borracho como una cuba y con la libido disparada. La forzó con rudeza y ella le cogió un terror descomunal. Su mera presencia la descomponía. Una vez se orinó de puro miedo en público, en una recepción oficial, le confesó.

Egilo no podía más que sentir pena por aquella niña. La entendía perfectamente porque ella también había visto a Roderico en ese estado y sabía el efecto que producía.

No siempre fue así. Apesadumbrado por su comportamiento, la mimó y le regaló joyas y fruslerías. La trataba con cariño, a veces casi más como un padre o un hermano mayor. Incluso hubo otro encuentro en el que se mostró dulce y cuidadoso. Pero Oliba ya no podía olvidar aquella primera vez y no era capaz de vencer su miedo. Sus amistades y los consejeros del rey, aquellos que habían favorecido el acercamiento entre ellos, la animaban a cumplir porque sería bueno para la influencia de su padre en Toletum, pero ella se sintió incapaz. Finalmente, Roderico se cansó de ella.

Y cuando creyó que por fin iba a descansar, que podría volver a llevar la vida de una joven normal y corriente en la corte, comenzó a sentir el peso de ser la comidilla de todos, la víctima de todo tipo de rumores malintencionados.

Se rompió y tuvo que huir. No lo pudo soportar más. Rogó al rey, a su confesor, a sus hombres de confianza, que la dejaran marchar. Llegó incluso a amenazar con quitarse la vida o montar más escándalo. Finalmente, la mandaron, deshonrada y destrozada, de vuelta a su casa.

La muchacha rompió a llorar inconsolable, y Egilo no pudo más que abrazarla.

—Lo siento mucho, Oliba, lo siento mucho. —«Cuánto me habría gustado haber conocido todo esto para haber podido aliviar tu dolor, o por lo menos no haberlo incrementado», pensaba aturdida, aunque algo había intuido entonces y después, y no estaba para nada segura de que no hubiera actuado de la misma manera en la que lo hizo. La Egilo de entonces, estaba convencida, no habría procedido de forma diferente. La de ahora, quizás.

—No me odiéis, señora, por favor os lo pido, ya me odio suficientemente yo misma. —Y agregó—: Cuidad de mi prima, os lo ruego. Es de las pocas alegrías que me quedan.

La muchacha se levantó azorada y se marchó a la carrera.

Apoyado en la jamba de la puerta estaba su padre, observando. No fue tras ella, pues miraba fijamente a Egilo. Se acercó a la reina.

—Siento de verdad lo que ha sufrido —musitó con la voz entrecortada.

—Os lo dije en su momento y os lo reitero, no os culpo.

—No me extraña que odiéis a Roderico.

Urbano miró hacia el cielo.

—¿Por forzar a mi hija? Sí, pero sobre todo por dejarnos en manos de los muslimes. Pobres muchachas como mi hija, destruidas por reyes como Roderico, las ha habido siempre y las habrá en el futuro. Mi desdicha es que le ha tocado a la mía y yo la puse en sus manos. Mi hija está condenada, ¿quién querrá desposarla después de haber sido la furcia de un rey?

Egilo le miró consternada por la dureza de sus palabras, pero lo entendía con claridad.

—Quizá ahora está empezando un tiempo nuevo.

—En eso, mi señora, los muslimes no son tan diferentes a nosotros.

Posó su mano rugosa sobre la suya ensortijada y le sonrió, casi con pena. Se levantó y, con el rostro triste, Urbano abandonó la habitación.

4

Algo cambiaba en ella, lenta pero de manera inexorable y permanente. El recuerdo conscientemente idealizado que mantenía de Roderico se iba oscureciendo. Emergían, poco a poco, detalles y recuerdos de su alma que iban completando su figura. Y si al principio de su cautiverio con los muslimes, las imágenes conducían hacia el amor, la admiración y la comprensión; ahora basculaban hacia el temor, el egoísmo, la estupidez y la brutalidad.

Roderico no fue, ni como rey ni como hombre, el perfecto caudillo que dibujaban sus fieles, aunque tampoco el monstruo depravado que recordaban muchos de sus enemigos y algunos religiosos como Agustino. Egilo llegó a sus brazos encandilada por aquel noble guerrero, hermoso y fuerte como un toro. Aprendió a conocerlo y a entenderlo. Descubrió sus ritmos y sus carencias. Y ese conocimiento le dio un cierto poder sobre él, y también la capacidad de sufrirlo. Ella, como la dulce Oliba, le temió en sus estallidos, pero supo mostrarse asimismo inteligente y confiada. Y eso era algo que Roderico respetaba. Quizá porque, a fin de cuentas, en determinadas situaciones, en la política, por ejemplo, él no se sentía ni demasiado listo ni confiado.

Le había querido, amado y respetado. Y también le había sufrido. Mucho, muchísimo. Sus correrías, sus estallidos de furia, su insaciable y violento apetito lujurioso. Y también por la terrible sensación que la atenazó durante años de fallarle por completo en su única y fundamental misión en aquella alianza: la de darle hijos.

Eso, quizá, había sido lo peor. La enfermedad de la que era incapaz de hablar, incluso de reflexionar en silencio. La que le destrozaba el alma por dentro, de manera invisible pero profunda, como si fuera una leprosa. Había días en las que aquel mal la dejaba respirar algo; otros, en cambio, la asfixiaba. Cuando le llegaba algún rumor sobre que Roderico había dejado preñada a alguna de sus amantes, sin ir más lejos.

Aquello era más humillante y doloroso que las propias infidelidades.

Llegó hasta tal punto que encargó a una de sus damas, su mejor amiga, con la que más confianza tenía, que indagara y descubriera si era real. Como todas las habladurías que circulaban en torno a Roderico, resultaba muy difícil saber si eran ciertas o falsas, o había matices entre ambos extremos. Egilo había vistos casos de todo tipo y, a pesar del sufrimiento que descubrir la verdad podría traerle, quiso saberla. La joven invirtió tiempo y no poco oro en aquella búsqueda.

Nada encontró. Aquella supuesta cortesana a la que Roderico había dejado preñada y el presunto bebé jamás fueron hallados.

Entonces no lo tenía tan claro como ahora, que lo veía cristalino. Con esa búsqueda quería probar su intuición de que el problema para no concebir era la lujuriosa vida de su marido y no su propia forma de actuar, que siempre había respetado los dictámenes del matrimonio y la Santa Iglesia. Ella no podía ser el problema. No podía serlo.

Pero, a pesar de todo, la duda siempre estaba. Y siempre había lenguas maledicentes que susurraban por las esquinas de la *urbs regia* la palabra «repudio» ante la falta de signos de embarazo.

Egilo, que aún tenía tiempo para pensar y meditar entre sus cada vez más activas jornadas en Híspalis, dedicaba mucho tiempo al recuerdo. Seguramente, demasiado. Porque era consciente de que era una privilegiada: porque podía haber muerto fácilmente o haberse convertido en una de esos centenares de esclavas pálidas y rubicundas que servían de muchas maneras a los nuevos señores muslimes, o que habían sido embarcadas u obligadas a marchar para servir en los confines del mundo a Dios sabía quién.

No sabía si el cambio sobre la memoria de su anterior esposo era alentado por ella misma, acelerado por el encuentro por Oliba, o si venía acrecentado por la comparación con Abdel Aziz.

Ella estaba segura de que no iba a enamorarse de aquel hombre, más joven, menos robusto y más exótico que Roderico. El fallecido había sido el esposo ideal al que, desde niña, se le había enseñado a amar. Abdel Aziz era una figura a la que siempre se le había repetido que debía temer y odiar. El extranjero, el pagano, el polígamo.

Sin embargo, a pesar de que su relación era mínima, aún menor que la que había mantenido con Roderico, Abdel Aziz no había demostrado aún demasiadas facetas negativas ante ella. Parecía un hombre cortés, recto y piadoso, aunque fuera en brazos de esa religión extraña y pagana que profesaba. Iba a los templos que los muslimes construían progresivamente y que llamaban mezquitas. Y rezaba cuando tocaba, allí donde la pillara, orientando sus movimientos y sus genuflexiones hacia su lugar sagrado que estaba al otro lado del mundo.

A ella siempre la había tratado con respeto y la había colmado de atenciones. Incluso, en algún momento, parecía que la había escuchado con interés y había tenido en cuenta lo que decía. Siempre había demostrado, como había prometido, que era su esposa principal, tanto en el trato, como en las visitas al tálamo, por mucho que, para su sorpresa, le provocara algo parecido a los celos que siguiera visitando el de la africana.

Tampoco era tan niña como para no saber que las expectativas jugaban un papel en esa vorágine de sentimientos y sensaciones. Era más fácil que un marido idealizado acabara cayendo de los altares sagrados al barro de la realidad. Cuando se trataba de un conquistador, de un amo del que solo se esperaba maltrato, dominio y violencia, cualquier signo de clemencia y dulzura podía convertirlo en un dechado de virtudes.

Le parecía un buen gobernante, aunque poco entendía de estos asuntos y poca información le llegaba a pesar de sus deseos, y no debía de ser mal comandante. Sabía que combatía contra la alargada sombra de dos grandes líderes de su pueblo, adorados por sus hombres, como eran el Tuerto y su propio padre. Ella sentía que aquellas sombras constituían un combustible extraordinariamente eficaz para que su marido se mostrara diligente y cuidadoso. Y también una presión poderosa y pasada. Ella intuía que Abdel Aziz creía firmemente que no podía fallar, que aquello no era una opción.

Además, había tenido la inmensa suerte de que tanto Roderico como Abdel hubieran alcanzado el máximo poder y, cada uno a su manera, estuviera dotado para ejercerlo. Y ella siempre había resultado útil a su lado. Antaño, con Roderico, y ahora con Abdel, luchaba por serlo. Aunque le provocara indudables conflictos con sus creencias. Por algún motivo que ella no terminaba de comprender, había una fuerza interior que la impelía a resultar útil, activa, a ayudar a mantener el poder a sus esposos, que, por distintas razones, parecían siempre estar en un difícil equilibrio, siempre al borde del oscuro abismo que suponía perder el control y el poder.

Aquellos pensamientos, todos ellos, la llevaban a añorar siempre a su madre. Porque, ¿quién, salvo ella, había tratado con franqueza y sin ambages estos asuntos con Egilo? Siempre su madre. Era cierto que el cariño y la calidez mutua que había sentido por su padre no tenía comparación. Que con su madre siempre había recelos y discusiones por el alto nivel de exigencia que tenía con ella, porque quería hablar de asuntos serios en todo momento, porque apenas dejaba hueco para expresar su amor de manera relajada, para disfrutar, simplemente, de su compañía. Pero, con los años y cada vez más, comprendía que aquella mujer, severa y extraña para muchas cosas, solo había intentado prepararla lo mejor que había podido para lo que iba a vivir. Incluso cuando ni su madre misma podría haberse imaginado los tiempos oscuros y turbulentos que le iban a tocar presenciar.

Ni con sus amigas y doncellas, ni con sus confesores en la *urbs regia*, ni con Roderico, ni ahora con su poco a poco descubierta fiel Baddo había podido hablar con franqueza de estos asuntos y esperar

recibir las respuestas que necesitaba. Solo con su madre. Y ahora la echaba en falta de una manera profunda, dolorosa, con una punzada de inevitabilidad, de melancolía ante todas las oportunidades perdidas cuando la tenía a su lado. Hay añoranzas, ausencias, que son imposibles de explicar y de visualizar a otros cómo nos hacen sentir.

En su caso, aumentaba aquella llama oscura el no saber realmente qué había ocurrido con su familia. ¿Acaso habían muerto? ¿Habían huido al exilio? ¿Habían sido convertidos en esclavos? ¿Estaban en las montañas del norte o en el reino de los francos? ¿O la esperaban en el cielo mientras sus restos mortales se pudrían bajo la tierra o habían ardido en alguno de los numerosos fuegos que la conquista provocó?

Ella sabía, porque muchos se lo habían contado, que el asalto de los muslimes a su ciudad, Corduba, había sido fiero y sangriento. Que los habitantes resistieron y que muchos fueron exterminados en el combate o en la represión posterior. Si estaba en la ciudad, y eso era lo que dudaba, pues no creía que su padre no hubiera acudido a la llamada primero del *dux* de la Bética y después del rey Roderico para ir a la guerra, habría estado con los defensores que lucharon hasta el final. No tenía duda. Pero las opciones eran tantas…

Egilo había oído a Baddo relatar que, como conocía a todos los mercaderes y comerciantes de la ciudad, había tratado de conseguir información, de forma infructuosa, sobre el destino de su propio padre. Lo había hecho, según le confesó ella misma, convencida de que él había muerto a escasos pasos de Roderico, porque ella no concebía otro final para su progenitor. Pero sentía la necesidad de borrar esa mínima duda y por eso había preguntado. Le habían llegado noticias de casi todas partes de Hispania, incluso del norte brumoso y del reino de los francos, y nadie había traído una brizna de información sobre él. Ambas sabían que buscar a un solo hombre era una tarea imposible y más en estos tiempos de confusión y guerra, pero para Baddo era algo parecido a una confirmación.

Aquellas conversaciones le habían generado la idea de pedirle a su dama que hiciera lo mismo por sus padres y hermanos. Que le trajera la confirmación, en lo que fuera humanamente posible, de que estaban vivos o, si había alguna probabilidad, de que hubiesen sobrevivido.

A pesar de que poco a poco sentía cada vez más afecto y confianza por ella, todavía se resistía a pedir un favor tan personal a Baddo. Había algo en su carácter charlatán que la hacía desconfiar, aunque era consciente de que, hasta donde ella sabía, su dama siempre había sido leal y cuidadosa con las confidencias que ella le

había revelado.

Un día, mientras tejían en una de sus salas privadas, la observaba y vio a aquella joven de rasgos redondos y blandos concentrada en su labor. No era demasiado hábil, pero, como con todo lo que hacía Baddo, le ponía ganas e interés.

—Baddo —llamó su atención.

Levantó la vista del tejido en el que trabajaba y la miró. Egilo la iba conociendo mejor, o eso intuía, y su dama ya sabía, por el tono con que se dirigía a ella, cuándo iba a decir algo importante.

—¿Recuerdas cuando me contaste cómo indagaste sobre tu padre a través de la red de los comerciantes de la ciudad? —Ella asintió sin verbalizar nada, a la espera de lo que tenía que decir realmente su señora—. Me gustaría pedirte un favor —le estaba costando convertir sus pensamientos en palabras—, es algo personal que no quisiera que tomaras como una orden… Yo… ¿Podrías hacer lo mismo por mi familia? Me gustaría saber de mis padres, de mis…

No pudo continuar. Dejó el material de trabajo sobre su regazo, las agujas, cerró los ojos.

No percibió que Baddo se levantaba, visiblemente emocionada, y se acercaba a ella para sostenerle la mano entre las suyas.

—Será un honor, señora. Estaba esperando a que me lo pidierais. Tened por seguro que mientras haya un sitio donde buscar, donde preguntar, vuestra buena Baddo escarbará allí. Si están vivos, los encontraré. Pero, pase lo que pase, os traeré una respuesta, porque si nada encuentro, también lo será, como ha ocurrido con mi querido padre.

Egilo apoyó su cabeza sobre el hombro de Baddo y experimentó una cálida sensación de agradecimiento.

5

La cotidianidad comenzaba a reinar en la *domus*. Las ausencias de Abdel, los silencios de Flavia y Titrit, las visitas de los ciudadanos, la actividad torrencial de Baddo y el control liviano, pero detallado, de Alí. Todo apuntaba a que aquello, de una manera u otra, se estaba convirtiendo en una especie de hogar, con sus rutinas y su seguridad.

Aunque no para todos. Alí no hacía más que advertir a Baddo que no se acostumbraran demasiado, que todo cambiaría tarde o temprano.

—Mi familia salió de Siria hace décadas y mirad dónde he acabado. Hace unos años estaba en Kairuán y ahora aquí. Mañana, ¡Dios dirá! La vida en el sagrado ejército de los muslimes es así, llevar la casa del islam más allá del horizonte, es nuestra guerra santa.

—Calla, pájaro de mal agüero, grajo del carajo. Ahora que estamos tan bien y la señora está tan feliz nos quieres hundir la vida de nuevo —lo acallaba Baddo.

Alí se encogía de hombros.

—¿Para qué crees que nuestro señor parte de campaña tan a menudo, mujer? Cuanto más al norte lleve las fronteras del islam, más al norte iremos nosotros. Primero fue al oeste, ahora al norte… —Jugaba con las manos como si fueran barcos navegando—. Dios nos lleva.

—¡Será el tuyo, pagano del demonio! ¡El mío nada dice sobre esta vergüenza vuestra!

Y, con un resoplido, Baddo abandonaba el lugar donde estaba Alí y marchaba a otras labores porque no deseaba para nada continuar aquella conversación, que, con pequeños matices, se repetía bastante a menudo.

Egilo decidió aquel día prestar algo de atención a las otras dos esposas de Abdel. No por gusto, sino porque creía que tenía una cierta obligación como esposa principal y, no lo negaba, porque así demostraba su estatus en aquella casa. Aunque ninguna de las dos mujeres hiciera nada por ponerlo en duda, ella necesitaba marcar territorio.

Primero charló un rato con Flavia. Fue una conversación anodina y sin sustancia. La joven sureña estaba tremendamente aburrida y transformaba esa sensación en apatía. Estaba agradecida de que su esposo no contara con ella para nada más que para alguna presencia de nobles béticos en la ciudad; sobre todo, agradecía que no visitara su lecho. Le había confesado a Egilo que la de Abdel había sido su primera vez y no le había resultado demasiado agradable la

experiencia, más bien todo lo contrario.

La reina mostraba algo más de simpatía por la joven tras conocer a su prima y a su tío, Oliba y Urbano, y la veía desde otra perspectiva, pero eso no impedía que personalmente le pareciera una joven insípida y con poco que aportar. Falta de carácter, de iniciativa y de cualquier valor que presuponía en una joven de alta alcurnia. Ella solo podía recomendarle que se abrazara más a la fe y que se acercara más al fraile Agustino, que lo reclamara cuando lo necesitara. Y así, quizá dejara de amonestarla continuamente a ella, pensó con algo de malicia.

Flavia asentía, pero Egilo ya había asumido que la joven no cambiaría un ápice su actitud o su rutina. Era superior a ella. Vivía atenazada por el temor y solo era capaz de esconderlo bajo el camuflaje de un silencio inactivo. «Bien, he cumplido», se dijo, y la dejó a su suerte.

El acercamiento a Titrit siempre era más complejo. Si la existencia de Flavia resultaba silenciosa, la de la mujer africana era muda, salvo cuando yacía con Abdel Aziz, momento en el que sus gemidos y gritos, acompasados con los de su esposo, inundaban la casa para oprobio de Egilo. Si Flavia solo le merecía compasión y un ligero desdén, Titrit le despertaba más respeto y hasta algo de precaución, de temor incluso. No solo por su edad, indeterminada para ella, pero presuponía que similar o superior a la suya, sino por esa mirada altiva y orgullosa que regalaba constantemente acompañada de su mutismo y una media sonrisa burlona.

Con ella no compartía confesor, pues antes de llegar ya había abrazado la fe de los muslimes. Cada cierto tiempo, llegaba un estudiante a la mansión que le enseñaba los fundamentos de su credo y la lengua sagrada que todos usaban, el árabe, que ella también estaba aprendiendo con Alí, con una lentitud, eso sí, desesperante. Era entonces cuando escuchaba su voz, recia, algo rasposa, pero tremendamente sensual.

Egilo la observaba desde el quicio de la puerta mientras Titrit asistía a sus lecciones. No quería interrumpir, pero sí se había hecho notar. La africana la había visto, sin duda, pero la hizo esperar durante un buen rato hasta que despidió a su maestro.

—No quería interrumpiros —le dijo, impostando seguridad, aunque a ella misma le sonaba temblorosa y débil. Ella asintió sin hablar. Egilo continuó—: Sé que hablas mi lengua, Titrit, solo vengo a conversar, ¿tanto te cuesta aceptarlo?

La exótica mujer suspiró.

Egilo comenzó a hablar sin esperar respuesta. Le preguntó por sus

clases y su religión, por si querría participar algo más en la vida de la casa, por si no desearía tener más trato con Flavia, que era aún joven y necesitaba guía femenina… Pero apenas recibió más contrapartida que algunos cabeceos hacia arriba o hacia abajo, o de lado a lado.

En un momento dado, y para su sorpresa, la africana, con sus oscuros ojos fijos en los suyos, comenzó a hablar.

—Sé lo que haces, Egilo.

—¿Qué hago, Titrit? —preguntó con verdadero interés, porque no sabía a qué se refería.

—Resistir, ganar poder. Lo he visto antes en otras mujeres, y sé lo que es.

Egilo, sorprendida, se quedó sin palabras. ¿Qué podía responder ante eso? ¿Era un comentario amable o una acusación? Algo le decía que el veredicto de Titrit era esencialmente correcto, pero no atisbaba articular una réplica honesta y que no resultara problemática.

La mujer dejó de concentrarse en ella y clavó sus ojos llenos de embrujo en la pared del fondo, aunque, en realidad, miraba a algo mucho más allá, hacia un pasado y un lugar muy lejanos.

—Mi tía abuela, mi señora, lo hizo. Unió a todas las tribus y clanes y resistió a los muslimes durante años de dura guerra. Ella era cristiana, como todos, aunque siempre respetó y honró las antiguas tradiciones de mi pueblo, pero como era tan sabia y tan hábil y su resistencia era tan tenaz, los muslimes la llamaron «la bruja». Hasta no hace mucho algunos de ellos, los más veteranos que recordaban aquella lucha, la llamaban así con temor y desprecio y escupían al suelo tras pronunciar su sobrenombre. Cuando lo escuchaba, en mi interior, nacía el fuego del orgullo que hace mucho tiempo sé apagado.

La mujer tomó aire y Egilo dejó que siguiera hablando.

—No pudieron derrotarla en buena lid. La presión militar se fue incrementando, porque ellos seguían recibiendo refuerzos de levante sin cesar, pero solo pudieron vencerla recurriendo a sobornos y traiciones en nuestro bando. Ella fue ejecutada y su familia, sometida. Sus hijos fueron forzados a abrazar su fe. Yo, como parte de su clan, muchos años después, fui entregada siendo apenas una niña al hijo de uno de los principales caudillos de los muslimes. —La voz le temblaba ligeramente, quizá de la emoción, quizá de dolor, pero se recompuso y continuó—: Apenas recuerdo a mi tía abuela, porque yo era una niña, pero en cierto sentido me recuerdas a ella. No sé contra qué, pero veo que resistes, que quieres seguir ejerciendo el poder que tuviste, o que al menos crees que tuviste. En cierto sentido, te admiro, porque te honra…

Egilo sonrió levemente ante el inesperado halago.

—… Y en otro, me das pena, porque creo que no eres consciente de hacia dónde te diriges. No ves las consecuencias. Porque creo que tu resistencia es hacia los muslimes y todavía no has aceptado que no hay resistencia posible contra Dios, el más grande. Mi pueblo y yo ya aprendimos la lección, pero supongo que tú y los tuyos la tendréis que aprender con sangre y dolor porque es la única manera de hacerlo. Pero te lo advierto, Egilo, el camino del poder, y más cuando eres mujer, solo conlleva la muerte y el sufrimiento. Y tú no solo eres mujer, sino que pretendes ser un escollo en el paso firme de los muslimes en su guerra santa. Si así lo crees, los que te sigan y tú seréis reducidos a cenizas. Mi tía abuela fue una reina de verdad, con un fiero pueblo tras de sí, y mira cómo acabó. Las grandes mujeres estáis condenadas a grandes resistencias, pero eso conlleva grandes y terribles consecuencias. Las mujeres insignificantes como yo nos tenemos que conformar con pequeñas resistencias que no conducen a nada salvo a mantenernos vivas.

La reina abrió los ojos. Se sorprendió al verse incapaz de reaccionar. Abrió los labios tratando de replicar, pero le temblaban y apenas lograba articular un balbuceo. Le sacudió la ira y el temor, no sabía cuál en mayor medida.

—¿Cómo te atreves a…?

Titrit se levantó con aquellos movimientos felinos, «de pantera», como solía decir Abdel con indisimulada fascinación, y caminó hacia fuera de la alcoba. Antes de abandonarla se volvió hacia Egilo y le dijo con una voz que transmitía una infinita tristeza y algo parecido a la ternura:

—Siento si te he molestado, señora. No era mi intención, pero creía que debía ser honesta y advertirte de lo que veía y sentía. Debía hacerlo y ya no tengo más que decir. Así que me retiro.

La mujer desapareció.

Dejo a Egilo atenazada y temblorosa. «¿Es eso lo que hago realmente?». Y lo que le aterraba era que no tenía una respuesta clara. Podría ser o no. ¿Era una inconsciente? ¿Se estaba dejando llevar por el orgullo? ¿Se regía por su educación de señora y de reina que la guiaba a determinadas decisiones? No creía que estuviera llevando una misión o una resistencia concreta, pero si Titrit lo percibía así, ¿quiénes más pensarían igual? Si hubiera hecho algo así en su anterior matrimonio, con toda certeza se habría llevado una sonora reprimenda, cuando no una buena paliza, de Roderico. ¿No actuaría un guerrero como Abdel Aziz del mismo modo? Lo haría.

Pero parecía que, por fortuna, su esposo no veía, de momento, las

cosas como Titrit.

¿Por qué esa mujer sí lo interpretaba de esa manera? ¿Por qué la perturbaba de ese modo que se lo dijera? ¿Quién escuchaba a esa mujer del demonio? Su marido solo pasaba el tiempo necesario con ella para montarla y apenas hablaban. Egilo sentía que debía estar agradecida a Titrit porque lo que le había dicho había sido solo para sus oídos. Pero ¿había sido honesta? ¿Lo había hecho, como decía, por ayudarla, por advertirla? ¿O lo había hecho con la intención de dañarla, de llenarla de dudas?

Sea como fuere, había tenido éxito. Estaba aterrada, advertida y llena de preguntas. La mayoría dirigidas a sí misma y sintiéndose incapaz de darles respuesta a muchas de ellas.

¿Estaba resistiendo? ¿A qué?, se torturaba preguntándose en silencio. La respuesta no llegaba.

6

Abdel Aziz estaba aquel día exultante. Quería llevarla a conocer a los guerreros godos que ya se habían unido a sus huestes y que, junto a los mauros, se habían acuartelado cerca de los suburbios de la ciudad. Egilo percibía claramente que su interés no era tanto que ella los viera, como que ellos la vieran a ella junto a él. Pero tampoco le importaba, la hacía sentirse útil y querida, y a ella le bastaba.

La reina sonrió, le seguía el juego y aceptaba con aparente deleite su ofrecimiento. «Claro que deseo acompañarte a su campamento, esposo. Será un placer conocer a tus bravos godos», le respondió. Sabía, porque Baddo lo había ido trabajando, que aquellos hombres ya tenían noticia de su presencia en la ciudad, su misma dama y algunos de los criados hispanos a su servicio habían acudido a las tabernas que visitaban para asegurarse de que así fuera. Como toda la ciudad. «Baddo no deja esas cosas al azar, señora», le repetía orgullosa la joven.

Así pues, una mañana salieron de la *domus* a caballo, con una pequeña escolta de mauros que los esperaban en la puerta. Recorrieron algunas callejas hasta alcanzar las afueras de la ciudad, saliendo de las murallas. Atravesaron barriadas empobrecidas por años de peste, malas cosechas y guerras y acabaron llegando a una que se notaba que estaba exclusivamente habitada por soldados y por aquellos que les seguían. Tabernas, vendedores, prostitutas se hacinaban en toscas casas abandonadas por sus antiguos moradores quién sabía si a la fuerza o por propia voluntad. Soldados de distintos orígenes se entremezclan en un bullicioso ambiente. En un extremo de aquella acumulación de chabolas en donde se confundía la peste a cuero, metal, orín y sudor, se abría una explanada rodeada de tiendas y de algún pequeño edificio reciente. Allí esperaban formados unos pocos centenares de hombres.

Abdel Aziz le sonrió y apretó el paso de su caballo.

—Aquí están tus guerreros, la gente sabia de tu orgulloso pueblo que ha aceptado la realidad y se ha unido a la única causa justa y victoriosa —proclamó.

Egilo camufló su sentir bajo una sonrisa tenue y un cabeceo cortés, mientras paseaba frente a la formación. Ella, que había visto desfilar en Toletum al ejército de Roderico, con su caballería pesada, sus hombres acorazados, sus brillantes yelmos y sus coloridos escudos. Que había visto marchar por miles a los fieros mauros, asalvajados y fuertes, con sus largas lanzas y sus músculos brillantes al aire. O a los mucho menos numerosos árabes con sus armaduras, sus brillantes

espadas y sus rostros cubiertos por anillas metálicas. Ella que todo eso había visto en los últimos años solo pudo sentir una punzada de derrota y decepción al pasar revista a aquellos centenares de hombres, desigualmente equipados, con miradas algo perdidas y nada altivas, que formaban ante ella. Sí, había algunos que por sus armas, armaduras, yelmos y escudos recordaban a los fieros guerreros de su padre o de su anterior marido. Pero el conjunto desentonaba y daba una imagen terrible que no comprendía como alguien tan aparentemente inteligente y perspicaz como su actual esposo no percibía.

«Necesita creer, necesita saber que lo que está planeando funciona y precisa que yo le apoye», se dijo y decidió asumir el rol que creía que se le exigía.

Volvió su rostro hacia su marido. Y le sonrió complacida. Fingió orgullo, todo el que pudo. Después, dirigió su mirada hacia las tropas.

Les sonrió de la manera más exuberante que pudo, levantó su mano derecha y dijo con voz regia:

—Dios os bendiga, guerreros de Spania.

Como un solo hombre, los guerreros levantaron sus armas al cielo y la corearon. Algunos la miraban de la manera que solo había visto en las gentes de Híspalis. Deslumbrados. Y a ella, la situación la complacía, ya no solo por reforzar a su esposo, sino por ella misma.

Y, a pesar de la pésima impresión que aquella tropa le había causado, recuperó una pequeña y luminosa esperanza. Pero ¿sobre qué? ¿Qué era lo que le indicaba? Nada, en realidad, pero le calentaba el alma, y eso le parecía suficiente.

Baddo, desde un muy discreto segundo plano, algo apartada, también sonría y asentía algo embobada.

Los soldados hispanos rompieron filas, y mientras Abdel ilustraba a Egilo y a Baddo —«a decir verdad, son más, querida, algunos se alojan en sus casas o en las villas de sus señores, otros están de guardia en las murallas o de campaña con los mauros», y algo más de chachara que supuraba demasiada justificación y complacencia—, las condujo junto a un oficial mauro, equipado con armadura y yelmo hacia un grupo de godos.

—Estos son, valí. —Y el oficial africano mostró a su señor y a su esposa una decena de buenos especímenes. Egilo los recorrió con la mirada y los juzgó rápidamente. Eran hombres de aspecto fiero, llenos de cicatrices y fibrosos. De miradas cansadas y hastiadas, pero con un brillo sanguinario. Sintió un escalofrío al observarlos y la reconfortó que estuvieran en su bando y no en su contra. Habiendo visto el conjunto, a estos los habían seleccionado a conciencia como lo mejor

—. Son los hombres del capitán Aquila, que he elegido para la misión que me pedisteis.

Abdel miró complacido a Egilo. Ella creyó apreciar algo de reconocimiento por el apoyo que necesitaba y que ella le había concedido.

—Quiero haceros un regalo, mi señora. A partir de ahora, mientras permanezcáis en nuestro hogar y queráis salir, tendréis una guardia de compatriotas. No solo son godos, sino que mis oficiales me han dicho que son de la Bética, de cerca de Corduba, como vos.

Al que llamaban Aquila dio un paso al frente. Era un hombre mayor que ella, con una barba castaña salpicada por canas que camuflaba de mala forma alguna cicatriz en su quijada. Era robusto y sus armas, de calidad.

—Me alegra tener a un paisano cuidando de mí, capitán.

Él agachó la cabeza en signo de respeto.

—Mis hombres y yo no os fallaremos, mi reina, daremos la vida si es necesario.

El oficial mauro carraspeó contrariado al escuchar aquello de «mi reina», pero Abdel, que apenas había comprendido alguna palabra suelta, levantó la mano al ver su reacción y le conminó a estar callado y no tomar represalias. No deseaba que nadie estropeara su momento de triunfo.

—A partir de mañana estarán siempre algunos de ellos en vuestra casa y los podréis llamar cuando deseéis, señora.

Ella asintió y les dio las gracias a todos. Al volverse, detectó a Baddo quieta como una estatua y escrutando con ojos bien abiertos a alguno de los guerreros. Siguió su mirada embelesada fija en un hombre gigantesco, de melena rubia y rasgos rocosos. Sonrió y deseó lanzar una carcajada, pero se contuvo.

—Vamos, Baddo, si continúas mirándolo así vas a resultar ciertamente indecorosa —susurró.

La joven pareció volver en sí, recién llegada de algún lugar lejano de fantasías y ensoñaciones. Sus pómulos enrojecieron, y sin decir nada, pero algo avergonzada acompañó a su señora de vuelta a casa.

7

Aquila, Tulga y algunos de sus hombres que no estaban de servicio acudieron a una taberna de la ciudad a beber tranquilamente lejos del acuartelamiento, para evitar enzarzarse en alguna disputa entre soldados provocada por los efluvios del vino, pues solían acabar muy mal. Todos sabían cuál era la pena por herir, matar o lisiar a algún hombre de armas del ejército de los muslimes.

Intramuros, se movían más relajados. Aunque seguían teniendo validez allí las normas militares, si ocurría alguna trifulca, era más difícil que los oficiales se enteraran. Esa noche no deseaban desfogarse con prostitutas ni nada parecido, buscaban beber, reír y alternar entre compañeros. Por eso entraron en un cuchitril apenas iluminado donde sabían que había vino, cerveza y licores de pésima calidad, pero baratos. No necesitaban más. El antro estaba hasta arriba, olía a cerrado y a un concentrado casi palpable de humanidad, orines, vómitos y alcohol. Encontraron un hueco donde cabían los cinco y pidieron bebida sin demora. A ese ritmo alto con el que los guerreros solían ingerir, con la urgencia de emborracharse rápido para olvidar lo vivido en la guerra o para obviar el riesgo constante de perder la vida, tragaron varias rondas rápidamente antes de empezar a hablar, a voz en grito, y comenzar con los chistes groseros y las canciones obscenas.

No buscaban ni deseaban nada más. Pero tan concentrados estaban en buscar un paraíso etílico, que no se percataron de un grupo de unos diez hombres al fondo del local. Guerreros, como ellos; godos también. Los observaban con gesto adusto. Ellos ya llevaban algunas rondas más y estaban en el mismo plan que los hombres de Aquila, hasta que los vieron entrar. En ese momento, callaron las risas y tornaron sus gestos festivos en hosquedad y desafío.

Les dieron unas rondas de tregua y en la tercera de Aquila y los suyos, uno de ellos, un hombre de barriga prominente, brazos como troncos de roble y barba castaña apuró su cerveza, escupió al suelo y se levantó directo hacia ellos. Le siguieron todos sus hombres. Nadie dudaba ya de lo que iba a ocurrir en ese antro, para angustia de su propietario.

Aquila se percató del movimiento del grupo indudablemente rival, que se aproximaba apartando de malos modos a otros bebedores. Se levantó para recibirlos y sus hombres le siguieron todos a uno. Los presentes ya intuyeron cómo iba a acabar la noche. Los más prudentes y los menos beodos abandonaron el local a toda prisa.

—Mirad a quién tenemos aquí, a esa chusma que ha vendido su alma por luchar por la mierda pagana que nos ha invadido —escupió

el líder.

Aquila sonrió.

—No tengo el gusto de conocerte.

—No sería gusto, cabrón, porque yo a los mierdas traidores como tú los mato a palos y me cago sobre sus cadáveres aún calientes. —El hombre se estaba poniendo colorado mientras expulsaba bilis verbal —. Pero si tienes curiosidad por saber quién te va a mandar a la tumba, soy Ataúlfo, jefe de la guarda del obispo de la ciudad.

Aquila no perdió la sonrisa.

—Oh, entonces hablamos de traidor a traidor, pero vosotros os vendisteis antes a los paganos, ¿verdad?

El hombre se sulfuró e hizo ademán de lanzarle un puñetazo directo al rostro. Aquila lo frenó con un grito y su poderosa mano.

—¡Espera! ¡No te pongas violento aún! No pertenecéis entonces de ninguna manera al ejército del valí, ¿verdad?

Ataúlfo mostró su incredulidad ante esa pregunta y negó, confuso, con la cabeza

—Perfecto. —Y Aquila le reventó en el lateral de la cabeza una jarra de cerveza a medio vaciar.

A la mañana siguiente, Aquila y los cinco hombres que le acompañaron a la taberna fueron convocados en el patio de la *domus* por el valí. Formaron maltrechos, con resaca y llenos de moratones, vendajes, nudillos descarnados, agujeros oscuros donde antes había incisivos y narices partidas. Uno cojeaba ostensiblemente. Abdel Aziz los miró con frialdad. Los amonestó severamente, traducción de Alí mediante, por su comportamiento del que había sido advertido por el obispo en persona. Les recordó que el ejército del islam no podía perder guerreros para su guerra santa en vulgares peleas de taberna y que no habría más oportunidades. Que solo la intervención de su esposa había evitado que los mandara ajusticiar, de momento. La próxima vez, dijo, ni ella os podrá salvar.

Se volvió para abandonar el patio y sin mirarlos, mascullό algo a Alí. Este asintió y les preguntó:

—El valí querría saber si, al menos, los hombres del obispo quedaron peor parados que vosotros.

Aquila se cuadró antes de responder.

—La duda ofende, señor.

Y Abdel, al escuchar la traducción, abandonó el patio sin girarse para que los hombres no pudieran ver su sonrisa.

Apareció entonces Egilo, que lo había oído todo en un discreto segundo plano. Los hombres se arrodillaron ante ella.

—Gracias por vuestra intercesión, mi reina.

Ella sonrió.

—No tenéis por qué darlas, capitán, sois mi guardia y os respaldaré. Más, si cabe, si os enfrentáis a los siervos de mi querido primo, el obispo. Sin embargo, os pediría que, para la próxima vez, tengáis en cuenta las advertencias de mi esposo. Mi influencia tiene un límite.

8

Nasr ad-Din, así se llamaba. Su esposo, antes de volver a salir de campaña, había organizado una pequeña cena en la *domus* con varios de sus oficiales y le había presentado a un hombre. Era de complexión extremadamente delgada y huesuda, y sus ojos se hundían en su calavera. Su barba era rala y oscura, pero daba una impresión desagradable, pues no lograba cubrirle bien y de manera homogénea la mandíbula. Cualquiera diría que era un hombre enfermo de peste o de algún mal similar, pero el brillo de sus ojos oscuros, ambicioso, voraz, y la fuerza de su voz lo desmentían.

Era la persona a la que, según le explicaba Alí a su lado, que traducía como podía la veloz y festiva conversación que se producía a su alrededor en árabe, había encargado la organización de Híspalis y que se quedaría gobernando la ciudad cuando su esposo volviera a la guerra en los próximos días. Parecía que era un hombre de confianza de Abdel y de su gran amigo Al Fihri, que, como siempre, la observaba desde la distancia entre divertido y receloso. Pero a ella, de una manera inmediata, le había provocado rechazo y desconfianza. No sabía exactamente si por su aspecto, o por la forma de decir las cosas en árabe y que no entendía, o por todo junto.

Ella, además de escuchar a Alí, trataba de seleccionar palabras y frases, buscando aplicación a las lecciones que le daba el traductor. Algo sacaba, pero para la voracidad de Egilo, todo resultaba insuficiente y decepcionante.

Nasr al-Din percibió su mirada y comenzó a hablarle en un latín rasposo y mal pronunciado.

—Mi señora, no temer cuando vuestro Abdel marche. Yo quedar cuidando de la ciudad. Yo me llevo bien con vuestra gente. Amigo de vuestro obispo soy.

Y sonrió, enseñando una dentadura amarillenta, pero, sorprendentemente, con todas las piezas visibles y sin manchas demasiado ostentosas.

Ahora el escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo y confirmó sus sensaciones. «Un árabe amigo de Oppas, ¿qué puede haber peor?», se dijo.

El banquete terminó y los hombres de su esposo abandonaron su morada. Abdel estaba pletórico, llevaba semanas notándolo así y creía que había algo de afectación en él, como si quisiera demostrar en todo momento que todo marchaba como él deseaba, aunque por dentro tuviera muchas dudas. Ella jamás interrogaría a un hombre sobre sus inseguridades, no estaba loca, pero creía sentirlo así. Así que, cuando

volvieron a quedarse en una relativa intimidad, ella hizo algo por primera vez.

Lo sedujo.

Se mostró cariñosa, melosa y solícita cuando percibió que él solo deseaba ir a su lecho y dormir. En dos días se marcharía, y ella, que realmente no sentía esa pulsión por yacer con su esposo, le demostró que le gustaría hacerlo aquella noche.

No era una mascarada. No era deseo, era necesidad. Varias noches había recordado la pasión de oso de Roderico, aunque esos recuerdos físicos y sudorosos, placenteros, también solían traer a la memoria, aunque ya menos, lo que ella llamaba las noches de jabalí de Roderico, cuando la tomaba a la fuerza, embistiendo como un maloliente cerdo salvaje y peludo, haciéndole daño. Pero ni aun así, desaparecía de ella esa necesidad.

Además, había oído la noche anterior cómo disfrutaba de Titrit y padecía de nuevo aquella especie de afrenta, de derrota, al sentirlos gemir y jadear como dos animales. A un volumen que con ella nunca alcanzaba.

Esa noche quería que la visitara, por sus propias necesidades físicas y para fortalecer su posición, y, aunque en un primer momento él no parecía interesado, ella sabía que era un hombre, y no le costó demasiado atraerle complacido hacia su lecho. Con dos maridos a sus espaldas, aquellas eran artes que ya iba conociendo.

Semanas después, con Abdel en el lejano norte, ella se dio cuenta de que tenía un retraso y Baddo hizo llamar a una matrona que la examinó y, sin ningún género de dudas, le aseguró que sería bendecida con un vástago de su marido.

Alí

Como cada noche, Alí regresaba a una pequeña casita que ocupaba pegada a la mansión de su señor donde le esperaba su esposa y una esclava que la servía. Amat Alí es una mujer africana menuda, de la zona de Kairuán, que le seguía desde hacía unas décadas con lealtad y dedicación. Ella lo cuidaba y lo mimaba todo lo que necesitaba y no le exigía apenas nada. Era la esposa ideal para un hombre pragmático y de escasas pasiones como él.

Sabía que, por su fe, podría tener más esposas, como hacían muchos de sus compañeros. Alguna vez había fantaseado con tomar a una joven africana de piel oscura o a una muchacha goda de cabellos dorados y dar rienda suelta a su lujuria, pero siempre lo descartaba. ¿Valía la pena, por unos minutos de placer, soportar la difícil convivencia, los celos y las riñas de las mujeres? Él no estaba hecho para eso, ya lo constataba bastante en la casa de su señor.

Alí prefería vivir tranquilo con su Amat, servir con dedicación a su señor y a Dios y, en su escaso tiempo libre, hacer negocios y ayudar a las redes comerciales de su familia allá en la lejana Damasco. Sabía, por las misivas espaciadas y escasas que le enviaban, que a los suyos les iba bien y que hacer negocios en la capital del califato era acceder a un río de oro y oportunidades. Le habían insinuado que habría hueco para él. Algún día, se decía, volveré a casa.

Porque él creía que debía cumplir aún con su labor con el ejército del Profeta y sobre todo con la familia de Muza, su gran señor. Él no abandonaría a su hijo hasta que lo viera más asentado y seguro o retornara su padre. No, no sería leal en absoluto hacerlo, aunque estaba seguro de que el buen Abdel se lo permitiría, no sin pesar.

Y eso que, ahora, su puesto no le seducía. Ser el niñero de las esposas y la casa de Abdel Aziz resultaba agotador y no tenía recompensa alguna. Era lo que le habían encomendado, se reprendía a sí mismo cuando se sorprendía con esos pensamientos.

No sentía demasiada simpatía por ninguna de las tres esposas. La principal era ambiciosa y altiva en exceso, y no era consciente de los riesgos que corría siéndolo. Lo trataba con respeto y confianza, pero era algo obtusa y estúpida, y creía que estaba confundiendo el buen trato que le daba Abdel con la licencia para creerse más de lo que debía ser.

Flavia era una niña tonta y asustada y Titrit, una mujer de bandera, pero misteriosa, y a él, que era hombre transparente que desconfiaba de los enigmas, le asustaba. En resumen, tres problemas de distintos tamaños, pero problemas, a fin de cuentas. Y ni siquiera

habían sido capaces de darle hijos a Abdel. ¡Ninguna de las tres!

Sentía, eso sí, cierta simpatía por Baddo, la dama de Egilo. Aunque cristiana, le reconocía inteligencia y sagacidad, practicidad y aplomo al llevar la casa. Pero su simpatía se veía mermada por una sensación que le atenazaba: le parecía imprudente y atrevida. Maravillado, pensaba que ella era el cerebro tras su señora, la que la animaba a continuar prácticas peligrosas, que podrían ser consideradas desleales. Y él no apoyaba, y así se lo había transmitido a su señor, esas prácticas de atender a los ciudadanos en su casa como si ella tuviera algún poder o influencia. ¿Acaso no sabían que solo su señor tenía poder? ¿Acaso no habían entendido que ellas eran solo mujeres y ya no era, en ningún caso, reina ni esposa de rey?

Esos hábitos, esa impresión de que esas mujeres vivían en un momento del pasado que ya no iba a volver le generaban a él una sensación extraña en el estómago. Más cuando hablaba con los árabes de la ciudad y percibía una indisimulada hostilidad hacia Egilo y, cada vez más, hacia Abdel Aziz. No entendían sus compatriotas sus decisiones, no comprendían ese afán por tener a su mando a cada vez más mauros e hispanos, y que se diluyese el poder de los árabes. Y las prácticas y estilos de su esposa echaban leña a ese fuego de la desconfianza.

Los entendía, claro, pero él era plenamente consciente de que Abdel no quería empequeñecer a sus compatriotas y conmilitones, sino afianzar un ejército que percibía débil para domeñar una tierra tan vasta. Resultaba difícil de explicar, pero Alí, que apoyaba y sabía que su señor hacía lo correcto, percibía un cúmulo de amenazas en esa dirección y creía que la actitud de Baddo y Egilo emponzoñaba aún más la situación.

Había intentado hablar con ellas, pero esas mujeres no escuchaban nada que no les satisficiera.

¡Estúpidas!

Su pensamiento volvió a su buena Amat que, tras cenar, le masajeaba los pies dulcemente. Ya tenía una edad, más de cuarenta, si no recordaba mal, y estar todo el día de pie le iba pasando factura. ¡Menos mal que él no había nacido para la guerra! Sentía que, si así hubiera sido, habría muerto, por desfallecimiento más que por las armas de los enemigos, en la primera batalla. Afortunadamente, Dios hizo que todos vieran las virtudes de su intelecto y la facilidad para aprender lenguas y que creyeran que era alguien demasiado valioso como para morir en combate.

Se dejó llevar por la cálida sensación de los dedos de Amat y se relajó, pero su estómago no permitió que lo hiciera plenamente. La

tensión le volvía a atenazar y eso le generó un malestar insano. Él, que tanto había disfrutado de la buena comida, ahora se veía abocado a soportar constantes dolores casi a diario.

Aquellas mujeres iban a llevarlos a todos al desastre.

CUARTA PARTE

LA REINA

«—Un rey sin corona es un rey sin reino; ¿quieres que te haga una de las joyas y el oro que aún conservo?
—Nuestra religión —dijo él— nos lo veda.
—¿Y qué saben —replicó ella— tus correligionarios de lo que haces en el interior de tu casa?».

AJBAR MACHMUÁ

El último día

La tensa espera mantenía preocupada a Baddo. Había relajado su humor rezando sin descanso desde que la inquietud la despertara en mitad de la noche. Todo estaba decidido, bien meditado y decidido. Solo esperaba que Dios se sintiera complacido.

Todo acababa y debía finalizar sin más tardanza. No tenía sentido para ella que esto continuara. Ya había hecho bastante. Durante bastante tiempo había pensado que lo habrían podido lograr, que lo habían rozado con las yemas de los dedos. Que, quizá, podrían haber hecho posible que se volviera a una vida parecida a la anterior, antes de que llegaran los malditos muslimes.

«Quia, qué ingenua eres, Baddo, qué ingenua has sido siempre», se decía. Pero ella encogía los hombros. No se arrepentía de nada, lo volvería a hacer todo, incluso de una manera más clara, más tajante. Todo, aunque le diera algo de lástima el buen Alí.

Borró ese pensamiento de su mente. Su padre, el buen Ataúlfo, estaría orgulloso de ella allá donde descansara su alma.

Dedicó unos minutos a pensar en Tulga y se torturó fantaseando con lo que podría haber pasado, con cómo habría podido ser la vida con el guerrero gigantón, si el destino no los hubiera conducido a aquella jornada. ¿Habrían formado una familia? ¿Habrían vivido en una casita y montado un negocio, habrían tenido tierras? Quizá, aunque si tenía que ser sincera consigo misma, no veía a Tulga dejando la espada.

Después pensaba en el Tuerto, Abdel, Al Fihri y todos los muslimes y, a pesar de que algunos la habían tratado bien…

«Que el diablo los lleve a todos», los maldijo.

Se había sorprendido a sí misma tomando la decisión de aquel día y manteniéndola con una fortaleza inquebrantable. ¿Por qué? No lo sabía, pero algo dentro de ella le decía que hacía lo correcto, que seguía el camino de su padre y de Dios.

No quería dejar sola a Egilo, a quien había cogido cariño, a pesar de ser una mujer altiva y despectiva. Al conocerla, también había descubierto a una mujer insegura, que era lo que pretendía ocultar, y, en cierta medida, ingenua. Sabía que la necesitaba y la iba a seguir necesitando, pero ya no iba a poder acompañarla.

Tampoco quería abandonar a su pequeña, Dios la amparara. ¡Qué criatura más bella, a pesar de ser hija de un pagano del demonio!

Pero tenía que hacerlo. Su decisión era firme. No había marcha atrás.

Dejó las oraciones y sus pensamientos. Era el momento de actuar.

Se levantó, se alisó la falda y se preparó para salir de su alcoba. El día comenzaba.

1

Abdel regresó de la campaña complacido por el resultado, pero harto del frío y la oscuridad que había encontrado más al norte. Un hombre meridional como él no soportaba de buen grado aquellos fríos húmedos que se metían en los huesos. Retornaba con pequeñas victorias bajo el brazo, pero de nuevo preocupado por la escasez de recursos de su hueste. Daba vueltas una vez más a nuevas levas de mauros e hispanos, lo que ya anticipaban nuevas fricciones con el *yund*.

El valí recibió con sincera alegría la noticia de que Egilo esperaba un hijo, lo que no le impidió que, tras mimarla y prometerle cualquier cuidado que necesitara, pasara su primera noche en casa retozando como un animal con Titrit. Podrían tener orígenes y credos diferentes, pero los hombres eran todos iguales, se lamentaba Egilo, que recordaba conductas similares de Roderico. Protegían a la embarazada, sí, pero ellos no podían prescindir de satisfacer sus apetitos.

Egilo era consciente de que la presencia de su esposo en el hogar duraría poco, ella se encontraba molesta, pesada, mareada, sensible y con el embarazo adelantado y tampoco le incomodaba en exceso que su marido volviera a volar y que la casa retomara una tranquilidad que le sentaba bien. La ciudad ya conocía su estado de buena esperanza y lo celebraba ostensiblemente, pero ni en esa situación las gentes dejaban de acudir a pedirle favores y a consultarle sus cuitas. Si por ella fuera, habría abandonado, pero Baddo no lo había consentido. Le había espaciado más las visitas, las había reducido, pero había sido inflexible con la idea de renunciar a ellas. «De ninguna manera», le había dicho. Y en el fondo, a ella le gustaban, así que consintió.

Para su sorpresa, Abdel le hizo un anuncio.

—Voy a organizar una justa para celebrar tu estado, esposa. Un godo de mi ejército se enfrentará a un campeón árabe. Ante todos, como una gran fiesta.

Y sin perder un momento, había comenzado a preparar tan, para ella, extraño acontecimiento. Aquella misma tarde, Al Fihri apareció en la *domus* y comenzó a discutir a gritos con Abdel.

Egilo reclamó con discreción a Alí y le pidió que tradujera lo que pasaba. Los gritos de los dos hombres resonaban en toda la casa. El traductor se sintió incómodo con el encargo, pues no quería desvelar las intimidades de su señor a su esposa. Pero ella presionaba.

—Hazlo o pediré a algún esclavo que me lo traduzca, lo hará mal, será peor porque provocará algún malentendido y eso generará más

conflicto.

Alí cedió y le explicó que Al Fihri estaba reprendiendo a su amigo del alma por organizar una pelea entre árabes y godos. Que no lo entendía, que le habían llegado quejas, que solo iba a generar problemas, que ya los árabes recelaban demasiado de sus ideas militares como para echar más leña al fuego. También le recriminaba no haberlo consultado con él antes. Según el lengua, el gran amigo y compañero no hacía más que preguntar: «¿Has pensado qué puede ocurrir si vence el godo?».

—Y tiene razón, maldito sea —siseó Egilo, que no podía dejar de coincidir con ese hombre que no le caía demasiado bien y que era obvio que ella a él tampoco. Pero ambos se mostraban de acuerdo en oponerse a aquel espectáculo y mucho menos que lo vinculara su marido a una noticia tan feliz como la concepción de un hijo. Ella no podía cuestionarlo, lo tenía claro, pero celebraba que su amigo lo hiciera. Y rezaba porque tuviera éxito.

Abdel, por su parte, le quitaba importancia. Demostrando una ingenuidad mayúscula, diciendo que ahora eran compañeros de armas, que era más parecido a un ejercicio, como un juego y que no debía darle tanta trascendencia. Que debían mostrar que eran todos hermanos de armas, porque dentro de poco tendría que pedir a su hermano que enviara más tropas mauras desde el otro lado del mar y solicitar a los señores godos aliados más tropas autóctonas si querían seguir avanzando hacia al norte.

«Estás loco, hermano, loco de remate. Y no me escuchas. Espero que Dios, el más grande, te ilumine y te muestre el camino correcto», le respondió Al Fihri e indudablemente abatido abandonó a Abdel. Al pasar por delante de Egilo, la fulminó con su mirada creyendo, sin duda, que aquella pésima idea provenía de ella.

El tan deseado combate de Abdel tuvo lugar tres jornadas más tarde. En la explanada donde ella había visto formar a los guerreros hispanos, montaron un cercado rectangular. Fuera de él se agolpaba la ciudad entera. Árabes, mauros, hispanos y godos, cristianos, muslimes y judíos, nadie había querido perderse aquella justa. Todos los miembros del *yund* formaban, ceñudos y a disgusto, en un estrado, a un lado de Abdel, mientras a otro se acomodaban las tres esposas, y más lejos, el obispo Oppas. Egilo rezaba porque todo aquello no se convirtiera en el desastre que ella esperaba. No había podido encontrar el rostro de Al Fihri. El amigo alocado y divertido de su esposo mantenía un gesto hosco y sombrío como nunca le había visto y como estaba segura de que pocos le habían visto antes.

Pero más allá de los hombres de poder, el ambiente era de

algarabía. De chanza, fiesta y gritos. El pueblo demandaba sangre. Los árabes querían ver cómo su campeón destrozaba al godo. Y los hispanos, todo lo contrario. Los mauros solo querían presenciar un buen combate y, en principio, les daba igual quien venciera, aunque, como le había asegurado Baddo, visiblemente excitada, apoyaban en secreto al godo, porque poco les iba a complacer más que ver cómo mordían el polvo los altivos árabes.

El sol resplandecía alto en el cielo, pero no calentaba demasiado. Hacía demasiado frío para aquellas alturas del año y la noche anterior había caído un chaparrón que había enfangado el campo donde los dos contendientes se iban a enfrentar. Abdel Aziz decía que era un combate a primera sangre, solo para demostrar la pericia de los contendientes, pero casi todos aseguraban que no iba a ser así. Muchos esperaban y deseaban una lucha a muerte, como debía ser.

Los dos combatientes ya estaban cada uno en un extremo del terreno en liza, esperando. En cuanto había visto al godo que iba a pelear, Egilo entendió la excitación de Baddo. Era el gigantón del que se había quedado prendada cuando Abdel las llevó a conocer a las tropas y al que había visto asiduamente en la guardia de la casa. Sabía que se llamaba Tulga, y ella no había cruzado una palabra con él, pero era en verdad un hombre imponente. Comprendía a la perfección que el encargado de elegir a los campeones se hubiera decantado por él. Ahora calzaba ropas de cuero, una cota de malla, un yelmo del que se escapaba su larga melena rubia, una larga espada desnuda y un gran escudo de madera, pintado en colores dorado y rojo, con un águila negra dibujada en él.

Gran parte del público lo coreaba. Él no hacía ningún caso, pero los compañeros que lo rodeaban —el capitán Aquila y otros miembros de su guardia personal— levantaban los brazos y jaleaban a las gentes para que lo animaran.

Frente a él había un árabe casi tan alto como él y de espaldas más anchas que las suyas. Parecía el tronco de un árbol centenario, gordo e imparable. Cubierto de anillas de metal desde la cabeza a las pantorrillas, con un turbante blanco sobre el almófar, y, por descontado, espada y escudo tachonado de metal. Los árabes se habían concentrado a su alrededor y lo vitoreaban como a una bestia.

Miles de voces clamaban exigiendo una ofrenda de sangre, excitados, porque sabían que no iban a tardar en verse complacidos.

Bestias. Eran dos bestias. Dos animales preparados para sacrificarse por y para la multitud. Una ofrenda de sangre.

Abdel había preparado el espectáculo de manera impecable para la masa, pero también de una manera muy embarazosa para ella. No

sabía cómo no había podido percatarse. Le sulfuraba su falta de consideración, pero era consciente de que no podía ni debía demostrar su frustración.

A un gesto del valí, los dos contendientes se dirigieron al pequeño estrado donde estaban ellos y el *yund*. Abdel se levantó de su posición. Egilo lo imitó y observó cómo los dos combatientes alzaban sus aceros hacia ella en señal de respeto.

El público se volvió loco en aquel momento, aullaban, gritaban y jaleaban como uno solo, a pesar de estar compuesto por una pléyade de lenguas y credos.

Como le había indicado Abdel antes, ella elevó su mano con un pañuelo blanco.

La masa sedienta de sangre entonó un grito ensordecedor.

Ella bajó el brazo de repente.

Los dos hombres se giraron y se aprestaron a la lucha. Sus botas se hundieron en el barro. El público enfervorecido los animaba a lanzarse de inmediato al combate.

Ellos, en un dominio inconsciente de la situación, esperaban estudiándose. Los ojos azules del godo; los ojos oscuros del yemení. Sus aceros, apuntando al enemigo. Sus escudos, cubriendo su cuerpo. La masa se fue quedando muda, expectante.

Los dos guerreros no movían un músculo.

Sorprendentemente, miles de personas provocaron un incómodo silencio que alcanzó toda la ciudad hasta el río.

Egilo notó que le costaba tragar saliva y se sorprendió de sentir tanta tensión por un acontecimiento que, en principio y directamente, no debía suponer nada para ella. Miró a su derecha; Abdel asistía al espectáculo relajado, complacido y sonriente. A su izquierda, Baddo no podía apartar su mirada de aquel duelo con las manos entrelazadas sobre la boca, como si orara, contraída por los nervios.

Sin previo aviso, los guerreros se lanzaron al combate. Las espadas golpearon sonoramente los escudos con una violencia colosal, y a Egilo le sorprendió que semejantes golpes titánicos no reventaran los escudos al instante.

El público comenzó a aullar enloquecido.

Egilo había visto alguna exhibición militar en el pasado, pero nunca había asistido a una justa así, y mucho menos a una batalla. Porque eso era lo que estaba contemplando. Había imaginado que aquello podría tener algo de estético, de bello, de épico o glorioso. No sabía si porque era mujer, pero solo detectaba una fiereza descarnada y sucia en aquella lucha brutal entre dos hombres que se lanzaban cuchilladas como animales rabiosos sobre el barro. No compartía el

interés ni la pasión de las miles de personas a su alrededor. Solo sentía terror ante los efectos destructores que intuía que tendrían aquellos golpes demoledores cuando en vez de rasgar el aire o retumbar sobre la madera de los escudos impactaran sobre la carne de aquellos dos hombres.

Sin embargo, sí que sentía una emoción profunda que la hacía temblar, y deseaba, aunque quizá no fuera lo más inteligente para su marido, que ganaran Tulga y los suyos. Era un orgullo primigenio, algo que la conectaba con su tierra y con su gente y que la hacía sufrir junto a su campeón. Porque, aunque antes del combate no lo consideraba así, ahora sí. Lo sentía. Y le quemaba la garganta y las entrañas.

Se lo había comentado antes Baddo, que vivía y sufría la contienda a su lado con una excitación física palpable, y ella había respondido: «Qué tontería». Pero no lo era, en absoluto. Había algo esencial, vital, que la ponía en comunión con los centenares de godos e hispanos allí presentes.

Ya percibía, desde su inexperiencia, que aquello no iba a ser la exhibición ni el ejercicio que esperaba ilusamente Abdel Aziz. Aquello iba a ser un combate a muerte. Ni los combatientes peleaban de otra manera, ni el público parecía exigir otra cosa. Pero, más allá, flotaban en el ambiente sentimientos más profundos y peligrosos. No solo se decidía la vida de dos hombres. Se jugaba algo mucho más importante. Era una cuestión identitaria que la salpicaba hasta a ella y que era una inflamable promesa de algo que no creía que nadie, ni siquiera Abdel, fuera capaz de controlar ni prever.

Combatientes y espectadores parecían comulgar en la necesidad de sangre.

El grito apenas contenido de Baddo a su izquierda la devolvió a la pelea. Las cosas no marchaban bien para Tulga. Un espadazo bien dirigido del yemení le había arrancado un trozo de escudo que, quebrado y hecho astillas, cayó al fango. En este breve rato de liza, los dos contendientes ya estaban salpicados de oscuro barro de los pies a la cabeza.

El árabe, ante aquel golpe afortunado, elevó la espada al cielo y emitió un grito animal que Egilo entendió que era una invocación religiosa, porque escuchó el Alá con que los muslimes llaman a su dios. Los árabes, incluidos los miembros del *yund* sentados en el estrado, aplaudían y contestaban a su paladín.

Tulga balanceó su espada con el rostro enrojecido. Cuando el árabe terminó con su pantomima para enardecer a su gente, el godo cargó con todo como un toro bravo. La falta de su protección no lo

había vuelto más prudente, sino todo lo contrario. Intercambiaban golpes de espada y empujones de escudo. Embestían con toda su fuerza y gritaban y jadeaban por el esfuerzo. No había atisbo de piedad en sus miradas ni en sus movimientos, solo el fuego de la fiereza. La llamada de la sangre palpitaba en los dos.

Los árabes aullaban triunfales. Los miembros del *yund*, que habían comenzado la justa serios y circunspectos, se levantaron en ese instante de sus asientos, extasiados, y alzaron sus puños hacia el cielo. Las mandíbulas se abrían, las voces se elevaban. Ellos también se daban cuenta, como Egilo y los suyos, de que aquello era una cuestión de mayor enjundia.

Del último intercambio de golpes se separaron los combatientes en distinto estado. Tulga caminaba renqueante y la sangre le resbalaba densa y oscura por el brazo que portaba la espada; había logrado recoger su escudo del suelo, pero tenía ya otro pedazo menos y su rostro presentaba un morado donde la empuñadura de la espada del yemení le había golpeado y la sangre asomaba por la comisura de sus labios. El yemení, crecido, levantó su espada ligeramente tintada de sangre, apenas visible, pues la herida infligida a su contrario había sido muy superficial, como ofrenda a sus seguidores.

—Buen combate, sí señor —oyó decir a Abdel, pero Egilo sentía su corazón aprisionado y palpitante. Baddo sollozaba a su lado incapaz de seguir mirando aquel sádico ritual.

La Egilo razonable, la que pensaba lógicamente que aquel resultado era lo más propicio para Abdel y para ella misma, el que menos problemas iba a desatar, se replegaba ante una enfebrecida mujer que apretaba los puños y animaba silenciosamente con unos ojos brillantes a aquel gigante herido a que, como un oso acorralado, reaccionara y aplastara a su rival. Se estaba dejando llevar y estaba entrando en comunión con aquella densa corriente invisible que tanto Baddo como la mitad del público transmitían.

Tulga, tan grande como era, ahora parecía empequeñecido y débil frente al campeón cubierto de metal que se pavoneaba frente a él. Parecía un muñeco infantil en manos de su rival. Condenado a morir lentamente bajo su espada.

El yemení volvió a cargar. Cruzaron aceros y golpes. Pero el godo se encontraba confuso y su rival aprovechó para asestarle un golpe de escudo en el lateral de la cabeza. Seguidamente, un espadazo brutal le impactó en la mano de la espada y esta resbaló sobre el fango. El árabe concluyó su ofensiva con una violenta patada que le proyectó tan largo como era al suelo embarrado. Acabó convertido en una masa chorreante y oscura.

El árabe jaleaba a los suyos, seguro ya de su victoria. Ellos le pedían que matara. Egilo miraba al obispo Oppas que parecía silencioso y decepcionado con el espectáculo que tenía delante, y como él, miles de personas, la gran mayoría, que observaban silenciosas y contrariadas. Algunos niños lloraban. Muchas mujeres y hombres preferían mirar al suelo para no contemplar una derrota que vivían como propia. Al igual que ella, que percibía su dolor, a pesar de que muchos eran apenas desarrapados. Egilo se obligó a continuar mirando a Tulga. No se dejó llevar por la desesperanza, sintiendo estúpidamente que, si sus ojos eran capaces de proyectar un pequeño ápice de energía y ánimo a su paladín, cualquier sufrimiento merecía la pena.

En aquella observación, Egilo no captó una transformación que se gestaba en el yacente Tulga. Sin previo aviso, el godo se levantó de un brinco y se lanzó sobre su adversario. Fue un movimiento tan veloz que entró en su espacio antes de que el yemení pudiera mover su espada o escudo. Desarmado, pero acompañando su ataque con un aullido puramente animal, Tulga propinó un doloroso cabezazo sobre el almófar metálico de su rival. El sonido del impacto, sordo pero audible por todos, acompañado de un crujido de huesos y tendones, solo transmitió una sensación inmensa de dolor. Muchos contrajeron el gesto al escucharlo. El godo no perdió un instante y con el trozo de madera al que se había visto reducido su escudo golpeó dos veces con rabia la cabeza de su oponente.

El yemení, a duras penas, empujando como pudo, logró zafarse de la lluvia de golpes y hacer espacio entre él y su rival.

En ese instante, fueron los hispanos los que aullaron, jalearon y aplaudieron. Las lágrimas fueron sustituidas por el júbilo, los gritos de angustia por los de euforia. Algo más allá que el destino de dos vidas se estaba jugando en ese campo enlodado, y en ese instante todos, desde el valí hasta el niño más pobre de Híspalis, lo sabían. Les tocaba ahora a los árabes apretar los dientes, bajar las miradas y crispar los puños.

El yemení se retiró el almófar y dejó ver una cara ensangrentada que trató de limpiarse, al menos para poder ver mínimamente. Los cristianos disfrutaron de ese momento con una explosión eufórica, como si fuera una victoria.

Tulga, como un poseso, recogió su espada del suelo y volvió a la liza poseído y conducido por la furia descomunal que le transmitían sus cientos de seguidores. Lanzó una lluvia de golpes de arriba abajo hacia su oponente. La espada y el escudo del yemení crujieron bajo los golpes de su rival.

Pero no estaba vencido y logró atinar un golpe de espada: la punta de su filo le rasgó la piel del antebrazo. Tulga respondió con un aullido de dolor que culminó con un espadazo que hundió las mallas que protegían la clavícula de su rival.

Ambos se separaron con pasos inseguros, a punto del desfallecimiento. Heridos, ensangrentados y agotados. Más cerca de la muerte que de la vida.

Pero no había lugar para la pausa. Los gritos del público ya resultaban ensordecedores y empujaban sin remedio a los dos combatientes. Egilo percibió que Abdel dudaba si detener el combate, pero que, al ver el ambiente a su alrededor, desistió. No quedaría en buen lugar si lo hiciera, supuso ella.

No podía dejar de observar expectante la despiadada carnicería. Le hechizaba de una manera magnética pese a que ver a esos dos hombres, heridos, cubiertos de barro y sangre, le producía auténtica repulsión.

No estaba claro quién podía ganar. Solo que alguien moriría. De eso no había ninguna duda. Egilo pensaba que, sin entender de aspectos marciales, lo más probable era que ninguno sobreviviera a aquella matanza.

Se volvieron a enzarzar. El combate ya no era exacto, preciso. Los movimientos ya eran pesados, babosos, torpes, pero no por ello menos brutales. El yemení se mostraba más cauto, más contenido. Tulga, en cambio, era pura furia animal. Soportó varios golpes de espada y que el filo rival rasgara sus carnes, pero no desistió en su empuje. El yemení, con un veloz mandoble, logró rajar casi todo el brazo izquierdo de Tulga y seccionar los amarres del maltrecho escudo. Los restos de madera desaparecieron. Solo quedaba el brazo del godo expuesto y ensangrentado para que todos los asistentes pudieran ver la magnitud de la herida.

El árabe sonrió. El público muslime se levantó y chilló histérico, degustando la victoria. No percibieron cómo se tensaban los músculos del otro brazo de Tulga, que como un rayo cayó en diagonal sobre el hombro de su rival.

La espada hundió las anillas de metal en la piel y resbaló sobre ellas en dirección hacia el cuello. El hierro atravesó el pecho del árabe hasta un palmo por debajo del hombro hundido por la brutalidad del golpe. La punta de la espada sobresalió por la espalda del yemení. Este abrió los ojos, sorprendido, porque no sabía, ni ya nunca lo haría, qué había ocurrido.

Sin emitir más que un débil gorgojeo, solo audible para Tulga, el paladín árabe se desplomó sobre el barro, donde dio los últimos

estertores antes de fallecer.

Tulga dejó su espada incrustada en el cuerpo de su rival y se volvió sin mirarle; anduvo unos pasos goteando, encharcando aún más la superficie embarrada del campo con su sangre oscura y densa, que salía de su cuerpo a toda velocidad y en cantidades nada desdeñables.

Los árabes guardaron silencio contrariados y muchos abandonaron sin demora el lugar. Los hispanos vitoreaban y saltaban, se abrazaban y elevaban sus manos al cielo. Egilo comenzaba a sonreír cuando se vio interrumpida por el grito de Baddo a su lado. No era de felicidad. Miró de nuevo al campo y se fijó en el cuerpo de Tulga derrumbado sobre el suelo. Un suspiro de preocupación recorrió a la masa local.

El capitán Aquila y los miembros de su guardia corrieron hacia el gigantón caído. Baddo se levantó y se dirigió a toda prisa también hacia allí, ante la sorpresa de Egilo por actuar así sin pedirle permiso.

Nadie se preocupó de retirar el cuerpo del yemení que había quedado contraído en una postura antinatural, atravesado por una espada de parte a parte en el fango.

2

Baddo entró en la choza adonde habían llevado a Tulga sus compañeros. En las semanas durante las que fueron el cuerpo de guardia de la *domus* y de la señora, ella había llegado conocer a aquellos hombres por sus nombres. Se sentía próxima a ellos. No es que hubiera intimado en modo alguno con el gigantón, pues era de carácter hosco y reservado, pero, en su interior, sus entrañas se inflamaban como la carne en el caldero cuando él estaba cerca. Aquel día, al verle sangrar y estar a punto de morir en la arena, la sensación de perderlo antes de tenerlo le había hecho obviar las precauciones debidas y se había lanzado en su búsqueda. Ya habría tiempo, más tarde y si fuera necesario, de explicarse y justificarse ante propios y extraños, se decía.

Atravesando la maraña de gentes que abandonaban el campo de lucha, dando empujones y recibiéndolos, preguntando aquí y allá, había llegado con el corazón cabalgando como un purasangre hasta aquella casucha. Había corrido la cortina que servía de puerta y había tratado de serenarse.

Ante ella había un silencio denso y una luminosidad cansada. Los nueve hombres de la guardia rodeaban la estancia, ocultando con la semipenumbra la preocupación de sus rostros y dejando libre el único lugar iluminado por la única ventana de la construcción. El centro de la casa, ocupado por una mesa de madera donde reposaba Tulga, desnudo y ensangrentado, aparentemente dormido, con la negra sangre goteando hacia el suelo. Un hombre pequeño, seguramente un cirujano, hurgaba en sus heridas ante la atenta mirada de sus compañeros.

Baddo notó una mano sobre su hombro. Era Aquila. Su rostro serio, firme, mostraba una preocupación más digna de un padre o de un hermano que de un mero compañero de armas. Ella los observaba a todos y admiraba esa lealtad que ya conocía por su padre y sus hombres.

—El valí nos ha mandado a este cirujano, hay que dejarle hacer, señora —le dijo.

Ella asintió, aunque estaba ansiosa por preguntar, por inquirir, por descubrir si sobreviviría, si sus heridas eran graves. Aunque tuviera un miedo horroroso y vergonzante por las respuestas. Así que, obediente, dio un paso atrás y se apoyó contra la pared, como el resto de los hombres.

Se sorprendió de su comportamiento, una vez que fue recuperando el pulso y la compostura. «Qué haces, so tonta», se

repetía mentalmente. «Anda que no vas a tener que dar explicaciones a la señora por este calentón, y todo por un desconocido, muchacha, si quizá él ni sepa quién eres», se acusaba, pero, ni por un instante, sintió la tentación o el impulso de salir de aquella maltrecha casa y marcharse.

El cirujano hurgaba, cortaba, cosía y vendaba. Limpiaba aquel inmenso corpachón que libraba la segunda batalla de la jornada. Maltrecho, agotado, y quizá mortalmente herido. En un momento dado, Tulga gruñó y pareció querer moverse; el hombrecillo se retiró, asustado en su pequeñez por la posibilidad de que aquel hombretón moribundo se levantara y le golpeara.

Ella quiso sentir aquel espasmo como un rayo de esperanza. Pero cuando miró al cirujano y a los compañeros de Tulga comprendió que nada significaba. Que todo continuaba igual. En el aire, entre la vida y la muerte. «Es la vida del soldado, pequeña, Dios juega a los dados y nosotros morimos o vivimos por suerte o casualidad. Nadie está seguro de si estará aquí en el instante siguiente», le había dicho una vez su padre.

Pasó el tiempo, mucho. O quizá simplemente ella perdió la cuenta. Tal vez no fue tanto y a ella le pesó como una eternidad. Algunos hombres ya se habían sentado, pero Aquila y ella seguían de pie, apoyados contra la pared.

En un momento dado, el cirujano se retiró con las manos ensangrentadas hasta los codos. Miró a Aquila.

—Yo he terminado, capitán —dijo, limpiándose el sudor de la frente y retirándolo junto con la sangre que enrojecía su rostro.

—¿Y?

—Dios dirá ahora. He hecho todo lo que he podido. Debe descansar y solo el tiempo dirá si sale de esta o no.

Baddo estaba a punto de hablar, de quejarse, de exigir que algo más se podría hacer, que se podría encontrar un cirujano mejor. ¡Esperar y rezar! ¡No podía ser! Pero Aquila la frenó, con esa templanza que tanto le recordaba a su padre, y asintió dando la razón al galeno.

—Así se hará. Gracias, cirujano.

El hombre asintió, recogió los bártulos y se marchó. Baddo reparó en que Aquila la observaba.

—Dos de mis hombres te acompañarán a la mansión.

Ella negó con la cabeza. No deseaba marcharse. Quería aguardar con ellos. Que la viera cuando se despertara. Rezar y compartir la lenta espera con aquellos hombres.

Cuando iba a responder, cuando iba a alegar un embuste como

que su señora le había pedido que estuviera allí con ellos, le bajaron todas las emociones de la cabeza y sufrió un vahído. Aquila la sostuvo cuando iba a precipitarse contra el suelo. Sin decir nada, la sujetó con firmeza y la sacó de la casa para que el aire fresco la despejara.

Los dos se quedaron estupefactos al salir. Absortos en su preocupación en el silencioso interior de la vivienda no habían percibido lo que ocurría fuera.

Decenas de personas se arremolinaban alrededor de la pequeña casa. Había soldados, compañeros hispanos, pero también civiles y habitantes de Híspalis.

Algunos habían traído regalos, comida y bebida, que se amontonaban contra el muro de la vivienda. Un sacerdote oraba por la recuperación del campeón caído y varios feligreses encendían cirios. Otros ponían sus manos sobre la pared, quizá como muestra de respeto, quizá queriendo transmitir fuerza al herido del interior.

Había gentes de toda condición, comerciantes, pobres, marinos, campesinos, mendigos. Parecía que toda la ciudad estaba representada. Desde los que comían con abundancia gobernara quien gobernara hasta los que malvivían siempre rigiera sus destinos un muslime o un cristiano. Todos compartían un rostro compungido, pero a la vez salpicado por un profundo respeto, un sentimiento extraño de orgullo que quizá hacía muchos años que ninguno había sentido y mucho menos compartido con tantos otros.

Había esclavos y siervos de prohombres de la ciudad que depositaban presentes para el herido. Uno de ellos se acercó al capitán Aquila, que ya soltaba a una recuperada Baddo que se incorporó para observar sin pestañear a la multitud allí congregada.

—Mi señor me pide que entregue esta espada al campeón, por si no recuperara la que ha dejado enterrada en el cuerpo de ese pagano. Me ha pedido que le dé, de su parte y de toda su familia, las gracias por defender el orgullo de esta tierra como hace años que nadie hacía.

Aquila aceptó el acero, de una calidad muy superior al de la espada de Tulga, y asintió sin saber qué decir, impresionado y superado por toda aquella multitud fervorosa que se congregaba a su alrededor y que apoyaban en masa las palabras de un señor transmitidas por su esclavo. Baddo se dio cuenta de que tanto señor como siervo creían en esas palabras de un modo inquebrantable.

Baddo observaba todo con detalle, quería grabar a fuego lo que sucedía a su alrededor. No debía olvidar ni un minúsculo instante, ni un rostro, ni una palabra.

Algo iba calando en ella, algo se encendía en sus entrañas. Y no era solo amor y pasión hacia Tulga. Era algo más importante, algo más

esencial. Algo que estaba prendiendo en su interior. Algo que sabía que ya estaba en ella, pero que en aquellas circunstancias cobraba vida, con una energía y una determinación desconocida hasta entonces.

El pueblo de Híspalis, ella misma, estaban encumbrando a un paladín. Un campeón desdichado que les había devuelto, quizá solo por un día, la esperanza y el orgullo.

3

Al Fihri cabalgaba por las tierras bajas, alrededor del gran río. Hoy lo hacía solo. Necesitaba pensar y reparar las heridas que la preocupación y el enfado le causaban. Le parecía mentira. A él. El famoso Al Fihri, conocido en todo el ejército de los creyentes y seguidores del Profeta como el hombre que cabalgaba hacia la batalla con una sonrisa en la boca y no pocas veces la carcajada resonando a su alrededor. Ahora se mostraba esquivo y taciturno. Había rechazado la invitación de su querido Abdel para montar aquel día, ya que al siguiente volverían a salir de campaña, y ya no habría oportunidades tranquilas para hacerlo juntos. Para charlar en intimidad y fraternidad. Aquellos momentos de risas y confidencias que tanto bien les hacía. Al menos a él.

«Hermano, hermano, ¿qué estás haciendo?». Porque, a pesar de no ser de la misma sangre, Abdel para él era mucho más que un amigo, era un hermano. Y, aunque de la misma edad, él se sentía el hermano mayor, el consejero y protector de aquel hombre al que sabía más sabio e inteligente, pero más débil físicamente y de carácter. Siempre se habían jurado lealtad y nunca se habían saltado ese juramento no verbalizado. Pero ahora, Abdel se comportaba de un modo que a él le resultaba extraño e incomprensible. Y lo que más le dolía, parecía no escucharle y no tener en cuenta sus consejos. Ni los suyos ni los de sus compañeros. Ahora daba la sensación de prestar atención a extranjeros, a aliados de última hora, en vez de a sus amigos y compañeros de toda la vida. A su familia, de sangre y de fe, construida sobre el sufrimiento del campo de batalla.

El espectáculo de la justa del día anterior había sido la gota que colmaba el ánfora. A él nada le importaba que el campeón yemení hubiera perecido. Ese hombre sabía qué vida le había tocado y aquel final era el imprevisible. Cuando la espada del cristiano caía sobre él, Al Fihri, que supo antes de que el acero tocara la carne que el hombre estaba muerto, miró hacia los hombres del *yund* y vio la ira, la incomprensión y la sed de venganza grabarse en sus rostros, las barbas erizarse y los ojos brillar de furia. Los vio levantarse e irse farfullando maldiciones. Por la noche, había oído insultos y amenazas contra Abdel Aziz, aunque no delante de él, nadie se atrevería jamás a hacerlo en su presencia. ¡Contra el valí! ¡Contra el hijo de Muza! Aquella mañana había rezado con tanta fe como no recordaba, con la mirada puesta en su tierra y en La Meca, rogando a Dios y al Profeta que le guiaran y le iluminaran para sacar de su error a su hermano, ya que no le iluminaban a él.

Había algo que le preocupaba aún más que los insultos o las amenazas. Era que los árabes citaban el nombre de la esposa principal de Abdel, la reina Egilo, como origen de todos los males y de todas las pésimas decisiones del valí. Incluso lo adornaban con historias pintorescas y estrafalarias de cómo ella le mandaba dentro de casa, de cómo se negaba a convertirse a la verdadera fe y la despreciaba… Él sabía que no eran ciertas, pero también le preocupaba la creciente influencia de esa mujer en su hermano. No era como decían las malas lenguas, eso lo reconocía, pero había algo de razón en lo que se comentaba. Las leyendas, los rumores no eran verdad, pero siempre se necesitaba una pequeña dosis de ella para que calaran mejor. A los pequeños retazos de certeza, las mentiras le sentaban bien, la engrandecían, la hacían brillar con más audacia.

Al Fihri sabía que su amigo no estaba falto de carácter, ni era un cobarde ni un débil, como creían la mayoría de los árabes, incluido su propio padre. Sin embargo, era un hombre complejo y sensible, al que, para conocerlo y valorarlo, había que acercarse mucho y esperar a ganarse su confianza. Él lo había hecho y lo sabía, la mayoría de los hombres del ejército, no. Era difícil de explicar, y esa era una de las mayores debilidades de Abdel Aziz como líder y comandante.

Él creía que llegaría a ser un mejor comandante que el gran Muza, al que él adoraba y en el que se veía reflejado. Pero también era consciente de la querencia por el riesgo, el coraje y la ambición y la avaricia que reinaban en su gente y que veían en hombres como Muza. Aquellos atributos no existían en Abdel Aziz. Lejos de ser algo negativo aquello, sumado a su fe, su inteligencia y su mente planificadora, le convertían en el hombre idóneo para comandar a las tropas del islam hasta más allá del horizonte, para derrotar al poderoso reino de los francos, para conquistar a sangre y fuego la ciudad de Roma. Todos aquellos objetivos con los que ellos dos habían fantaseado desde niños.

Pero el comportamiento de su hermano ahora lo contrariaba y lo confundía. Entendía sus preocupaciones, la falta de contingentes árabes, porque cada vez menos hombres llegaban para reforzar las tropas y muchos de los que estaban aquí se instalaban y buscaban fundar un hogar y defenderlo, más que seguir avanzando. Captaba la necesidad de reclutar mauros, godos e hispanos ante aquella realidad, pero no aquella prisa suicida que desairaba a sus compañeros y oficiales.

Suspiró y sujetó las riendas de su montura. Contempló las aguas del gran río que esa mañana, que amenazaba tormenta, se mostraban tan agitadas como su ánimo. En la lejanía vio un rayo cortar en dos el

cielo.

Oyó los cascos de un caballo; era uno de sus hombres al que había mandado a palpar el pulso de las tropas árabes.

—¿Y bien? —le invitó a hablar sin rodeos.

—La situación es mucho peor de lo que os temíais, comandante. Parece ser que hay una vigilia de cristianos frente a la casa donde reposa su campeón. En toda la ciudad y más allá, se ha corrido la noticia de lo de ayer. En el mercado hoy se habla de él como el campeón de la reina y se dice que quien manda es ella y no el valí. Incluso se rumorea que planean coronarse ambos en Toletum como reyes. Y que el niño que ella espera es el renacer del reino.

Él abrió los ojos ante tamaña desfachatez.

—¿Quién se habrá inventado semejante tontería? —gruñó—. ¿Y esos rumores han llegado a nuestros hombres o solo circulan entre los cristianos?

—Corren como el agua un día de tormenta entre nuestra gente.

Al Fihri cerró los ojos. Y agradeció a Dios que al día siguiente partieran de campaña y que todavía tuvieran unos meses de plazo para arreglar todo aquel desbarajuste. Durante la batalla irían todos a una, sin duda. Pero cuando volvieran y los largos meses del invierno dieran tiempo para pensar, para hablar, para conspirar, sería otra cuestión.

«A la vuelta del norte, tendré que arreglar todo esto», pensó, suspiró y sonrió. Porque de repente se sintió capaz de volver a sacar de un entuerto a su querido hermano. Como cuando éramos niños, se dijo.

4

Marcharon Abdel y sus tropas y la calma regresó a la ciudad y a la *domus*. Al menos, en apariencia. La vida volvía a la normalidad y tras unos días donde Baddo, pálida y demacrada, solo dormía y no se hacía notar en la casa, la progresiva recuperación de Tulga y la reaparición de su guardia hizo que la dama regresara en alma además de en cuerpo y volviera a tomar el control de la casa. Egilo volvió a respirar el frescor de aquella casa, salpicada por las habituales trifulcas verbales entre Baddo y Alí.

Ella sonreía y acariciaba su cada vez más abultado abdomen. Se sentía feliz por lo que crecía en su interior, pero estaba aterrada ante la idea de que se malograra. Rezaba a diario en compañía del fraile Agustino para que Dios protegiera a la criatura. Él aprovechaba las oraciones para insistir a Egilo en la necesidad de que aquel bebé fuera bautizado y tuviera un nombre cristiano. Le preocupaba que la maternidad entregara el alma de Egilo a los caprichos y designios de su esposo pagano.

Ella también pensaba y meditaba sobre todo aquello. Su marido daba por hecho que aquel pequeño tendría un nombre árabe y, por primera vez, le había insinuado que ella aceptara su fe. «Solo es recitar una frase», le dijo sin darle más importancia, sin querer presionarla aparentemente.

Ella seguía aprendiendo árabe, lentamente, pero logrando pequeños y satisfactorios avances que ocultaba a Agustino.

Todo aquello la quitaba el sueño, la perturbaba en su descanso, y sabía que los temores de su confesor no eran en absoluto infundados. Pero no deseaba pensar ahora en todo aquello, no era el momento. «Primero hay que traer al mundo al niño, y luego Dios dirá», se repetía.

Tras las oraciones, Egilo entró en la sala donde recibía a los ciudadanos. Aquella mañana se encontraba algo más relajada de lo habitual y, tras los rezos, menos preocupada. Al entrar, vio ante ella a un grupo de hombres mayores, algunos ancianos, y vestidos con prendas de vivos colores que identificó inmediatamente como judíos. Había recibido a algunos, a título particular, en los meses anteriores, pero no era lo habitual. Los miembros de la comunidad hebrea no eran los más entusiastas de sus seguidores, y ella prefería que fuera así.

Cuando se sentó, Baddo los presentó.

—Mi señora, el rabí Moisés y varios hombres os visitan hoy en representación de la comunidad hebrea de la ciudad.

El más mayor, un hombre de rasgos afilados y barba blanquecina, bajó la cabeza en señal de respeto y avanzó hacia ella, que le hizo un gesto para que hablara.

—Que la paz sea contigo, mi señora. Vengo para mostraros mi preocupación y la de toda mi gente. Nuestro pueblo sufre una vez más la injusticia de los gobernantes de esta tierra. Ahora volvemos a ser reprimidos y perjudicados en los negocios por el hombre que vuestro esposo ha dejado al cargo, Nasr ad-Din, en connivencia con el obispo Oppas.

Ella no profesaba ningún afecto por los judíos, a los que sabía que los reyes de Toletum habían presionado con represoras leyes, y con toda razón, porque habían conspirado y habían abierto las puertas a los muslimes cuando llegaron. Pero tampoco le gustaban los tejemanejes de aquellos dos.

—Como sabéis, cuando desembarcaron los muslimes, mi pueblo se puso inmediatamente de su parte y los ayudó sin dudar. Con el Tuerto y Muza llegaron cientos de nuestros compatriotas del norte de Ifriquiya que se han asentado en esta tierra. Les abrimos las puertas de las ciudades y peleamos a su lado. Se nos hicieron promesas por nuestra ayuda. Promesas que no se cumplieron. Ahora que estábamos en buenas conversaciones con vuestro esposo para que se hiciera justicia con nosotros, llegan estas infamias.

—¿Qué os han hecho esos dos, Moisés? —preguntó con la voz más distante y fría que pudo presentar, pues no quería que, en ningún caso, se pudiera decir que beneficiaba a los judíos.

—Han roto contratos que habían sido otorgados por vuestro marido. Han incautado mercancías de nuestros almacenes en los muelles. Y los hombres de las guardias de Nasr y Oppas han apalizado a varios de los nuestros, uno de ellos se debate ahora entre la vida y la muerte.

Ella asintió.

—Comprendes, Moisés, que le estás pidiendo ayuda a la viuda del rey al que ayudasteis a matar y cuyo reino colaborasteis a destruir.

El judío no se amilanó.

—Comprendo que hablo con la esposa del valí Abdel Aziz, al que respeto y con el que teníamos tratos provechosos para ambos, con la mujer que comprende mejor que nadie que es mejor mantener la paz en la ciudad mientras el valí está fuera.

—¿Se va a romper la paz, Moisés? ¿Me estás amenazando con una revuelta? No la rompisteis cuando los reyes de Toletum os asfixiaban y os amenazaban con expulsaros del reino, ¿y ahora sí?

Él sonrió y levantó las manos en son de paz, pero su tono no se

relajó.

—Jamás os amenazaría, mi señora, y menos con la violencia. Mi pueblo sabe muy bien que la violencia nunca es la solución. Pero también puedo asegurar que mi pueblo lleva décadas sufriendo injusticias de unos y de otros, y su paciencia está agotada. También certifico que, con la llegada de nuestros hermanos del sur, somos más y ellos tienen experiencia en combatir. Y, además, y esto bien lo sabéis, el poder que ahora ostenta el valí sobre el territorio no está afianzado ni es tan férreo como el de los antiguos reyes de Toletum. —El anciano hizo una pausa para tragar saliva—. No, ni yo ni mi gente deseamos la violencia, pero no estoy seguro de que si la situación no se revierte podamos controlar a los más jóvenes.

No le gustó a Egilo aquella amenaza tan obvia. Aquel desafío notorio. Sabía que se expresaba así porque era una mujer. Ante su marido jamás habría sido tan franco. Pero no podía obviar que si aun así se atrevía a decirlo tan claramente era que la idea del levantamiento estaba latente y próxima. Despreciaba a los judíos y lo que significaban, para ella no eran mejores que los muslimes, pero no podía dejar que la ciudad estallara en llamas antes del retorno de Abdel. Por ella y por la criatura que crecía dentro de ella.

Levantó una mano.

—Hablaré con Nasr y con Oppas, a ver qué se puede hacer. Pero os pido prudencia y paciencia. Procuraré aliviar la situación hasta que llegue mi esposo y él pueda solventarla de una manera definitiva.

Moisés inclinó la cabeza.

—Os lo agradecemos, señora, y más no os podemos pedir —dijo con una humildad que no había mostrado en toda la conversación.

Cuando abandonó la casa, Egilo pidió llamar a Aquila.

—Capitán, manda a uno de tus hombres y que avisen a Nasr que mañana por la mañana quiero verlos a él y al obispo en la ciudadela que ocupa. No admitas dilaciones ni negativas, diles que, digan lo que digan, estaré allí. Y ten lista a toda la guardia para escoltarme mañana.

Él asintió disciplinado.

—Iré yo mismo a avisarles, señora.

Cuando se marchó, ella caviló, preocupada por la situación, sin que su mano pudiera despegarse de su vientre.

5

Egilo entró en un gran salón y encontró sentados a Nasr y Oppas en un estrado. Le habían dejado una silla fuera de él para ella. Ella obvió el desprecio y tomó asiento, mientras el capitán Aquila y Alí se colocaban detrás de ella.

Egilo no mostraba su mejor rostro y era consciente. Entre la preocupación y las molestias del embarazo no había dormido apenas esa noche y su aspecto lo dejaba claro, a pesar de los potingues y las vestimentas sobrias pero ricas que Baddo le había preparado. Pero eso no le inquietaba, quería transmitir preocupación, enojo y urgencia, y ese aspecto la iba a ayudar.

Nasr la observaba sonriente y Oppas no se dignaba más que a mirarla de reojo. Eran tan diferentes, uno esquelético y el otro orondo; uno oscuro de piel, cabello y ojos y el otro de blanquecina rubicundez. Pero ambos, ella lo sabía bien, peligrosos como víboras.

—El señor Nasr os muestra su alegría por su inesperada visita, siempre tan placentera, y por honrar esta casa con vuestra presencia —tradujo Alí el imparable discurso del anfitrión—. También advierte que, si os encontráis preocupada por la seguridad en la ciudad, pues habéis traído una numerosa escolta para tan corto trayecto, os garantiza que la urbe está tranquila y es segura.

Ella asintió y comenzó a exponer lo que había ido a decir.

—Quizá no estéis tan enterado como debe estar el hombre al que mi esposo ha dejado al cargo de la ciudad, señor. Los judíos están en tensión y me ha llegado el mensaje de que no descartan una sublevación armada, si la situación continúa.

Oppas resopló en su sitio sonoramente y sobresaltó a un relajado Nasr, mientras esperaba la traducción de su intérprete.

—¿Ahora os juntáis con judíos, prima? Primero con muslimes y ahora esto, ¿qué será la siguiente sorpresa desagradable que nos tendrá preparada tan ilustre y cristiana señora?

Egilo lo miró directamente, pero prefirió no entrar en provocaciones.

—Ah, sí —respondió Nasr—, ya tenía noticia de que ese intrigante de Moisés había ido con su dramática cantinela a vuestra puerta. —Egilo entendió alguna palabra suelta—. Pero, no os preocupéis, señora. Yo solo actúo, no solo en acuerdo con el obispo aquí presente, sino también siguiendo las directrices de vuestro esposo de fortalecer lazos con la comunidad goda. Ahora somos aliados, señora, y los judíos, bueno, no son un grupo prioritario ni estratégico.

Ella abrió los ojos cuando oyó la alusión a su esposo.

Nasr se levantó y se acercó a ella con su grimoso movimiento.

—En cualquier caso, señora, los judíos, y más ese Moisés, son tahúres y conspiradores por naturaleza, es cierto, pero también, y, sobre todo, cobardes. Por mucho que ladren, no morderán, os lo aseguro. Esos no cogerán una espada, aunque vean su vida amenazada. Y menos, por lo que me ha contado vuestro primo, los de estas tierras. —Sonrió y le puso una mano sobre su hombro. Ella notó una corriente de repulsión que le recorrió toda su anatomía al sentir el contacto—. Os agradezco vuestra privilegiada presencia, señora, y entiendo vuestra sorpresa, pues estos asuntos de gobierno son complejos y no están a la altura de cualquiera y menos de una dama como vos. Así que no temáis, no os preocupéis… ¡en absoluto! Dormid tranquila, cuidad del retoño que crece en vuestro interior y ocupaos de los asuntos de vuestro sexo y condición.

Cuando escuchó la traducción, no pudo evitar mirar a su primo que la observaba desde su asiento con una amplísima sonrisa de satisfacción. Humillada y sabiéndose derrotada, Egilo se levantó y abandonó la ciudadela del gobernador sin despedirse.

Una vez fuera dio rienda suelta a su frustración. Desde su carro abierto por el lateral y rodeada por un lado por Aquila y por otro por Alí vertió todo lo que había contenido en la audiencia.

—¿Cómo se ha atrevido a tanto? Juro por Dios que me vengaré de esos dos bastardos…

Alí y Aquila asistían desde sus monturas a una diatriba llena de espumarajos de rabia sin decir nada. Cuando creyeron que se había tranquilizado, Aquila decidió intervenir.

—Daré aviso a las tropas extramuros, mi señora, y estaré pendiente de lo que se diga por la ciudad. Además, reforzaré la seguridad de la *domus*. No debéis temer nada en absoluto.

No tardaría en arrepentirse de esas palabras.

6

La presión, el agotamiento y los cambios que sentía por su embarazo, la preocupación por todo lo que su futuro hijo implicaba y por la situación de la ciudad sin su marido iban haciendo mella en Egilo. Poco a poco, la reina iba relajando su actividad, no porque ella lo deseara, sino porque no podía más. Baddo limitaba sus ocupaciones progresivamente para que ella no lo acusara en demasía, y buscaba con buen tino protegerla. La dueña de la casa no lo llevaba bien, y aunque se resistió al principio, lo fue aceptando lentamente y rindiéndose a la evidencia.

Así, como una gata recelosa y adormilada, pasaba las horas en una de sus alcobas privadas cuando entró Baddo aquella tarde. La reina se dio cuenta, mientras su dama se acercaba sonriente, de cómo había cambiado su percepción sobre aquella joven. Sobre la que, sin duda, era su amiga y confidente.

No solo era ella, Baddo también había cambiado. Seguía siendo la charlatana, algo frívola y divertida chiquilla de siempre, pero Egilo había notado en ella una madurez y un compromiso cada vez más fuerte. Sin ser Agustino, ella se mostraba firme en su resistencia al invasor, en el mantenimiento de la esperanza de retorno de un reino cristiano como antaño y en sus mordaces críticas hacia quienes, de los suyos, se habían entregado a los invasores. Ella, en principio, sintonizaba y apoyaba las ideas de su dama, pero cada día sentía más dudas y más comprensión. Algo muy dentro de ella le decía que el mundo que se había hundido con la llegada de los muslimes no volvería, pero que nacería uno nuevo, distinto, y quién sabía si mejor o peor. Pero Egilo no podía verbalizar ni exteriorizar sus pensamientos en aquel sentido.

Baddo se acomodó a su lado.

—Hace un tiempo, señora, me pedisteis que indagara sobre el destino de vuestra familia…

Sorprendida, Egilo le cogió la mano expectante. No había dejado de pensar en sus familiares ni en la petición que le hiciera a Baddo, pero el tiempo había logrado que casi hubiera aceptado plenamente que no volvería a tener noticias de ellos. Con aquellas palabras, su dama provocó un vuelco en su agotado corazón.

—…Y hoy os traigo algunas respuestas, aunque me temo que no tan definitivas como me gustaría.

—Prosigue, por favor.

—Como sabéis, la toma de Corduba por parte de los muslimes fue terrible. Varias personas me contaron cómo asaltaron los muros y

tomaron la ciudadela del *dux* con facilidad. Pocos hombres tenía la guarnición después de todos los que habían marchado y caído en la lucha contra los invasores en el sur. Pero resistieron; los que aguantaron se refugiaron en la basílica de San Acisclo y bien parapetados soportaron durante días un durísimo asedio. Como valientes, combatieron hasta el final.

Egilo contenía la respiración mientras escuchaba expectante el relato de Baddo.

—Allí se encontraban vuestro padre y vuestro hermano. Lo que pasó varía según quien lo cuente, pero tras días de resistencia al límite, de matar a muchos enemigos y de poner en jaque a la élite de los mauros y los muslimes, sucumbieron. Unos dicen que prendieron fuego a la basílica, y que murieron abrasados dentro, otros afirman que cuando salieron para huir de las llamas y el humo, los muslimes mataron a aquellos mártires como a perros. Quia, importa poco cómo fue, porque el resultado es el mismo. Nadie salió con vida de aquel recinto sagrado, señora. Y si alguien lo logró, Dios lo quiera, no he encontrado a nadie que me lo hubiera dicho. Lo siento.

La reina bajó la mirada. Era un golpe tener confirmación de que su querido padre, el hombre que se había mantenido siempre fiel a ella, que la había querido de una manera devocional e irracional, había muerto. Ella ya lo había dado por perdido hacía muchos meses, pero la constatación era una puñalada en un alma que ya se encontraba herida.

Apretó la mano de su amiga en señal de agradecimiento, pues las palabras se negaban a brotar de su boca.

—Pero hay más, señora —sonrió tenuemente Baddo—, aunque no sé si estas noticias os provocarán alivio o más preocupaciones. Un mercader bético me narró que antes de que los muslimes asaltaran nuestra querida Corduba, salió hacia el norte una pequeña partida con mujeres y niños de la aristocracia local. Según al menos tres de mis fuentes, vuestra señora madre iba en ella.

Egilo abrió los ojos y la boca, quiso decir algo, pero prefirió seguir escuchando a su confidente.

—Logró sobrevivir, eso lo tengo comprobado, el problema es que nadie me ha sabido decir hacia dónde fue aquel grupo. Las versiones varían, los destinos también. Algunos me hablaron de Barcino o Tarraco, otros de Cesaraugusta o siguiendo el gran río de aquellas tierras, más hacia el noroeste. Arnedo, Turiaso o Tudela. Fuera como fuera, uno de los mercaderes con los que hablé me dijo que había visto a vuestra madre, pues ella misma se había presentado como la madre de la reina Egilo cuando charló con ella. Las supervivientes de ese

grupo vivían como refugiadas en algunas casas de la aristocracia local. Este hombre, que no se acordaba en cuál de las tres ciudades se encontró con ella, sí que recordaba con toda claridad a vuestra madre.

Estaba viva. La cabeza de Egilo daba vueltas a toda velocidad. Miles de preguntas se arracimaban dentro de ella y nacía en su interior una expectación, un deseo fervoroso de volver a ver a su madre.

De hecho, tratando de pensar en la región donde probablemente podía haberse refugiado, se acordó de uno de los nobles que se habían arrodillado y pactado con su esposo, el conde Casio, y decidió, cuando volviera, preguntar a su marido por él y tratar de hacer que le escribiera para que encontrara a su madre.

¿Acaso no sería hermoso que volviera con ella? Sonrió, porque, durante un instante de lucidez, pensó que la presencia de su madre haría la existencia en la *domus* aún más difícil de lo que era, pero no fue suficiente argumento para hacerla desistir de sus planes.

Posó con delicadeza su mano sobre su vientre hinchado donde crecía su futuro hijo y le dijo mentalmente: «Quizá puedas tener abuela, pequeño».

Baddo miró complacida a su señora, que nada le decía, aunque notaba que estaba teniendo mil conversaciones en su interior. Se levantó con la idea de que necesitaba tiempo para asentar las nuevas y tranquila, porque parecía que las había recibido con mesura y no la habían alterado tanto como temía.

7

Abdel Aziz miró a su alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, temió por su vida. Un golpe le había abierto una brecha en la frente y la sangre le resbalaba nariz abajo. Con su espada desenvainada asistía al caos y la locura de la lucha. Sus hombres peleaban por sus vidas, rodeados por un enemigo superior en número, bien pertrechado y que los había cogido por sorpresa. Muchos ya habían partido hacia el paraíso. Estaban rodeados, y eso hacía que la rendición o la huida fuera inviable. Además, el enemigo estaba dejando claro que no lo iban a permitir. Estaban resultando letales, no daban cuartel y su objetivo, resultaba evidente, era matar a todos sus enemigos.

Habían caído en una emboscada de una manera estúpida. Llevaban persiguiendo varios días a una partida de hispanos levantiscos que no hacían más que someterlos a celadas y saqueos en la Carpetania, aparecían y desaparecían como fantasmas. Atacaban ora aquí, ora allá a las líneas de aprovisionamiento de su ejército y sus puestos de avanzada en el norte, ora aquí a los nobles locales que habían pactado con él. Eran buenos, letales y conocían su oficio.

Aquello no había amilanado a Abdel Aziz que, con racional planificación, había dividido su hueste en varias partidas de ágil movilidad que iban a peinar la zona donde tenían localizados a sus enemigos. Querían preparar una jaula que acabara por atrapar a aquellos hispanos y dejarlos rodeados y sin posibilidades. Pero algo había fallado, lejos de haberlos rodeado, ellos los habían sorprendido y tomado la iniciativa.

Abdel detuvo con su espada el hacha de un enemigo y con el escudo golpeó y empujó a su rival, un hombre barbudo y desdentado, de fiero aspecto. Cuando aquel volvió a cargar logró dirigir la punta de su arma hacia sus entrañas. Chocó en blando, y, tras una breve resistencia, la espada se hundió en el abdomen del godo y giró su muñeca para que el arma hurgara y hiciera el mayor destrozo posible. Con dificultad, Abdel sacó su espada del interior del hombre. Barboteó algo parecido a un gemido, soltó el hacha y se retiró tambaleante, sujetándose los intestinos. El árabe le perdió de vista y nunca supo qué fue de él.

Tenía otras preocupaciones más urgentes.

Su hueste estaba perdiendo la batalla, sus hombres se reagrupaban en torno a él, pero ya eran pocos y algunos estaban heridos. A su alrededor, los enemigos formaban un círculo de hierro que se iba estrechando.

—Aguantad, hermanos, nuestros hombres llegarán pronto —trató

de dar ánimos, pero ni él mismo creía demasiado en aquello y pensó que sus palabras sonaban débiles.

El ruido y el caos cambió de repente. Los hispanos ya no presionaban tanto a los resistentes y Abdel se percató de que algunos miraban hacia el flanco izquierdo y que bastantes se marchaban a la carrera hacia él. Los gritos de los moribundos, el entrechocar de las armas se intensificó.

Y entonces lo vio. Podría reconocerlo, aun cubierto de metal, en cualquier lugar y momento.

Era su forma de luchar, agresiva, despreocupada. Era un bailarín de la espada que llevaba la muerte por donde pasaba, resultaba letal y grácil en sus movimientos. Su acero estaba teñido desde la punta a la empuñadura de sangre enemiga.

Era Al Fihri, su buen amigo, su hermano.

Abdel aulló, levantó la espada hacia el cielo, invocó a Dios, el más grande, y con los supervivientes de su grupo se lanzó en apoyo de su hermano.

Cuando su amigo lo reconoció, se sonrieron y, sin decirse nada, sincronizaron su macabra danza, a veces, espalda contra espalda, hasta que no quedó ningún enemigo en pie. Algunos huyeron hacia la espesura del bosque.

Cuando terminaron, se abrazaron.

—Hermano, nunca me he alegrado tanto de ver a un chacal como tú —bromeó Abdel, que era consciente de que Al Fihri le había vuelto a salvar la vida—. Jamás podré agradecerte esto.

—Una más, hermano —contestó en tono de chanza—. Os estábamos dando tiempo a ver si os lucíais un poco, pero cuando ya vimos que no teníais remedio y que esos lameculos flatulentos os estaban dando una paliza tuvimos que intervenir.

Ambos sonrieron y sus ojos mostraron un cariño que no expresaban ni lejanamente sus palabras.

—Pues ya podríais haber venido antes…

Se carcajearon, cubiertos de polvo y sangre, y luego volvieron a una seriedad más marcial.

—Nos deben de haber seguido. Cuando di la orden de parar y montar el campamento, no tardaron demasiado en atacarnos.

Unos hombres trajeron una jofaina con agua y ambos bebieron para saciar sus resecas gargantas y después se refrescaron y asearon.

—¿Crees que hemos acabado con ellos? —preguntó Al Fihri.

Abdel se encogió de hombros.

—No lo sé. Diría que si no era la partida completa que buscábamos, eran la mayoría. Hemos matado a muchos, pero algunos

han huido. No sé qué capacidad para reorganizarse tendrán.

—Supongo que pronto lo comprobaremos.

—Sí, pero ahora —cogió por el cuello a su amigo y salvador—, come conmigo, hermano, y decidamos juntos qué debemos hacer. Todavía tenemos demasiado por conquistar en estas tierras.

Al Fihri se dejó llevar, contento y feliz, por haber podido salvar a su hermano y señor. Pero, más que por aquello, por lo bien y centrado que veía al valí, por lo que estaba ayudando a recomponer su relación aquella campaña, no demasiado exigente, pero llena de misiones, escaramuzas y viajes.

«Todo está regresando a su ser», se dijo a sí mismo Al Fihri. Y volvió a sentirse capaz de tejer de nuevo los vínculos que le ataban a Abdel y, después, arreglar los desaguisados provocados entre él y su gente por los últimos acontecimientos en Híspalis. Habían sido tiempos duros para él, dividido entre dos grandes lealtades, tratando de mediar y sintiendo que fallaba a todos. Pero eso estaba cambiando. Lo percibía. Aquella campaña les estaba viniendo bien.

Ahora sí creía que podría mediar y contentar a todos, porque, aunque Abdel seguía repitiendo que aquellos lances demostraban su debilidad y sus necesidades militares, parecía más abierto a contar con su opinión y la de los conmilitones árabes.

8

Baddo llegó pronto del mercado y muy alterada. Egilo oyó la puerta y sus pasos acelerados. Había tardado demasiado poco, la extrañaba, pero lo dejó pasar, estaba descansando a oscuras en su alcoba y no quería más preocupaciones. Sus pensamientos pasaban de su hijo a su madre sin demasiado orden. Cuando escuchó que los pasos veloces y nerviosos de Baddo ponían rumbo hacia allí, supo que podían avecinarse problemas. Pero no tenía ni idea de la tormenta que se avecinaba.

Su dama entró a la carrera en la estancia.

—Disculpadme, mi señora, traigo noticias urgentes. —Hablaba sin parar y a una velocidad de vértigo—. He ido al mercado, y me ha sorprendido que hoy apenas había gente ni puestos. Cuando he querido enterarme de qué ocurría, varias personas me han alertado de que se habla de una revuelta armada por toda la ciudad. Se comenta que en las dos últimas noches han llegado hombres armados y que en cuanto se dé la señal se levantarán en armas. Mientras hablaba, los puestos que permanecían abiertos han cerrado y la gente se ha marchado. Es lo que advirtió el judío, mi señora. Va a pasar. Todo el mundo lo dice y parece que en los únicos sitios en donde no se han enterado es en la ciudadela del gobernador y en el palacio del obispo.

Egilo se levantó a toda prisa.

—¡Mario! ¡Mario!

El lugarteniente de Aquila llegó a toda velocidad a su estancia.

—Manda a un hombre a la carrera a buscar al capitán Aquila. Dile que alerte a las tropas de los arrabales y que venga inmediatamente con todos los hombres que pueda para sacarnos de la ciudad. Mientras tanto, atrancad todas las puertas y aprestaros a la defensa. Armad a todos los hombres, sean siervos o cocineros, da igual.

Mario asintió y salió de la habitación. Sus órdenes comenzaron a llenar la casa de urgencias y una febril actividad.

Cayó pronto la noche y Baddo y Egilo miraban desde la misma azotea donde hacía unos meses contemplaron cómo los habitantes de la ciudad adoraban a la antigua reina. En aquel instante, el espectáculo era muy diferente e infinitamente aterrador. La oscuridad se rompía por el resplandor de los incendios y las columnas de humo que ocultaban el cielo estrellado. Los conatos iban desperdigándose por toda la urbe como una marea. El ruido de la batalla que hasta hacía poco se escuchaba lejano, parecía acercarse. Aquila y sus hombres no habían llegado aún. Egilo rezaba porque Moisés fuera clemente con

ella y hubiera pedido a los combatientes que respetaran su casa. Pero sabía que no se podía estar segura de que, aunque hubiera sido así, le hicieran caso. Sin experiencia en la guerra, a las mujeres siempre se les decía que, cuando comenzaba la lucha, en medio del caos, las órdenes valían menos y nadie estaba seguro. Y menos ellas. Egilo lo pudo comprobar cuando huyó de Toletum.

El recuerdo de la captura de su comitiva, las imágenes del trato a sus damas le asaltaban de nuevo y una sensación de pánico la invadió. Ahora ya no era solo ella, era el niño que llevaba dentro. Estaba segura de que no podría soportar una experiencia así de nuevo. La respiración se le entrecortaba. Baddo, a su lado, lo percibió y le puso una tranquilizadora mano sobre su hombro. «Otra vez tú», pensó, y le dirigió una mirada agradecida. «¿Cómo lo hará?», se preguntó. Entonces y ahora, aquella jovencita mantenía la sangre fría y sabía qué hacer en cada instante. El desprecio que sintió por ella en algún momento que parecía ya lejano se había tornado lentamente en aprecio y en aquel instante en profunda admiración.

—Llegarán, señora, estoy segura.

Pero ella no lo estaba, y aunque el miedo se calmó, no la abandonaba. Oyeron el grito de una mujer en la lejanía y se preguntó si ellas serían las siguientes.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. ¿Había llegado su hora?

Mario apareció tras ellas.

—Aquila está aquí, señora.

Bajaron a recibirlo, y lo que encontraron no invitaba al optimismo. Aquila y seis hombres más, entre ellos un todavía maltrecho Tulga, entraron al patio. Salpicados de sangre y con signos evidentes de haber entablado combate.

—Sois pocos, capitán.

Él asintió.

—La ciudad es un caos y los levantiscos controlan y casi toda la muralla. Las tropas extramuros están tratando de organizarse, Nasr se ha marchado y ha pedido al ejército que recupere la urbe mientras él huía a galope a lugar seguro. Valiente cobarde —escupió—. No me han dejado traer más hombres, señora. Pero entre los que había aquí y vuestros esclavos sumamos casi una veintena. Debería sobrar para llegar a una puerta que creemos que todavía no tienen asegurada los rebeldes.

Ella asintió.

—¿Son los judíos?

—Eso parece, pero con todo el caos que hay, es difícil saber quién

está al frente. Hay judíos armados por las calles, sin duda, pero también hay mercenarios y cristianos. Muslimes y mauros hemos visto alguno, pero todos muertos.

Egilo respiró profundamente. Trataba de contener las ganas de llorar que sentía, las ganas de gritar y aullar desesperada. Lo logró y tomó las riendas.

—Debemos marcharnos sin demora.

Aquila asintió y comenzó a preparar a todos los habitantes de la casa. Baddo se acercó a Tulga y le presionó, cariñosa, el brazo.

—Me alegra verte tan recuperado y viniendo en nuestro socorro, Tulga. Pero no sé si es prudente que hayas venido en tu estado.

Él pareció dibujar una medio sonrisa y la miró con aquellos ojos azul hielo de una manera tan profunda que Baddo sintió que la atravesaban las córneas y se adentraban en su alma.

—No quería que viniera, señora —intervino Aquila—, pero este bruto no me ha dado opción, no hay quien razone con él. Aun así, me alegro, él herido vale como cinco hombres sanos.

Poco después, salían en comitiva por una puerta lateral de la vivienda y la atrancaron como pudieron para dificultar, en la medida lo posible, los saqueos que a buen seguro se producirían aquella noche. Marchaban en silencio y con unas pocas antorchas para iluminar el camino. Cinco hombres con los escudos trabados abrían camino con Aquila entre ellos, dirigiendo. Cerraban la marcha Mario y Tulga, con dos hombres más, protegiendo la retaguardia. Y en medio, las tres esposas del valí y Baddo, rodeadas de esclavos armados con palos, garrotes y cuchillos de cocina.

Egilo temblaba de miedo y apretaba las manos de Baddo y de Flavia, que estaba aún más histérica que ella. ¿Quién podía reprochárselo? Caminaban raudas, sin detenerse, salvo cuando Aquila levantaba la mano y mandaba a uno de sus hombres a inspeccionar alguna esquina próxima. La ciudad no era tan grande, pero calculaba que, a aquel paso, todavía tardarían en llegar a las murallas.

Aun en silencio, se podía palpar el temor y el nerviosismo de una comitiva que sabía que luchaba por sobrevivir.

Egilo oyó voces por lo bajo, se habían detenido en una plazoleta y ella se adelantó para ver qué pasaba, a pesar de los tirones insistentes de Flavia para que no avanzara. Tras el muro de escudos de los hombres de Aquila, el capitán se había encontrado con otra comitiva similar a la suya y estaba parlamentando con su aparente líder. Eran godos.

Los dos hombres hicieron señas a sus hombres y los dos grupos se fundieron a toda velocidad. Aquila trajo ante ella al que capitaneaba a

los recién llegados.

—Señora, este es Ataúlfo, jefe de la guardia del obispo Oppas. Vamos a unirnos a ellos para ser más fuertes y lograr salir de la ciudad.

—Vamos, cabrón, menos cháchara y salgamos de aquí de una puta vez.

—Menos humos, cagón, ya puedes dar gracias a Dios por habernos encontrado, que igual ahora tenéis alguna oportunidad de que salvar el pellejo.

Y sin más palabras, se separaron y comenzaron a dar órdenes en buena sintonía. La mitad de los hombres de Ataúlfo y los de Aquila conformaron un muro más denso al frente comandados por el jefe de la guardia del obispo y Mario. Aquila y Tulga, con el resto, formaron otro similar que avanzaba de espaldas, en la retaguardia.

Oppas se personó con su esposa, a la que no dedicaba especial atención, sus esclavos y algunos sacerdotes, igual de asustados y alarmados que su gente, junto a ellos en el centro de la columna.

—Buenas noches, prima —trataba de ocultar su temor con una sonrisa, pero la voz le delataba y estaba aún más pálido que de costumbre. Llevaba armadura de anillas y su puño apretaba hasta dejar los nudillos blancos la empuñadura de una espada envainada que a todas luces no sabía cómo usar demasiado bien. Aunque vistiera como un guerrero, el obispo no lo era.

Ella lo saludó con la cabeza y retomaron la marcha. El grupo ya era numeroso y se hacía notar más en la noche. Egilo no sabía cuánto tardarían en ser descubiertos, pero no creía que faltara mucho.

Un silbido cruzó la formación. Aquila hizo señas a Ataúlfo y este asintió. La mitad de los hombres de su capitán siguieron avanzando, y él, Tulga y otros diez se plantaron bloqueando la calle.

—¡Capitán!

—¡Tulga!

Egilo y Baddo ahogaron lo que pudieron sus gritos. Cargados de connotaciones diferentes, pero igual de urgentes y audibles para sus destinatarios. Los dos hombres asintieron en la distancia y les invitaron con un gesto a continuar. Mientras se separaban les lanzaron una sonrisa que pretendía tranquilizarlas, pero que no lo logró.

—Saben lo que hacen prima, no debemos detenernos por nada.

Y ella le dolió tener que darle la razón a Oppas.

Aquila y sus hombres ocuparon todo el ancho de la calle y trabaron sus escudos como un muro impenetrable. Llevaban notando desde hacía un rato que un grupo de hombres armados los seguían. Habían oído los susurros y los tintineos de las armas. Cuando empezaron a

discernir las sombras temblorosas y sus antorchas, calcularon que eran más que ellos y tomaron la decisión de frenarlos para dar una oportunidad a la comitiva de llegar a la muralla. No había más opción. No se habían planteado ni los riesgos ni nada más, solo habían hecho lo que sabían que debían hacer. Ellos vivían para aquello.

Una flecha cruzó silbando la oscuridad y se clavó en un escudo. Se aprestaron a las armas. Otra voló un poco más alta y se alojó en la cuenca ocular de uno de los soldados que formaba el muro. Se derrumbó inmediatamente, sin emitir sonido alguno. Los once hombres recompusieron su muro de escudos para bloquear toda la calleja.

—No tardarán mucho en rodearnos —susurró Tulga.

—Darán un poco de margen a que pase nuestra columna, tenemos algo de tiempo —respondió Aquila, fingiendo una seguridad que no tenía.

—Ya vienen —dijo otro.

Y tenía razón: una formación compacta y en la misma disposición que ellos avanzaba lentamente con los escudos componiendo una barricada móvil idéntica a la suya. Aquila y sus hombres afianzaron sus pies y retrasaron uno para clavarse en el sitio. Prestos a aguantar la embestida, apretaron sus armas para utilizar cualquier resquicio entre los escudos para matar a sus enemigos.

—Sin cuartel.

Todos asintieron.

En unos instantes, los escudos chocaron con un potente crujido que quebró la noche. Las dos barreras palmearon en la calleja. Golpeaban y empujaban y se combaban las líneas según la fuerza que aplicaban sus portadores. Una vez pasados los primeros impulsos, las puntas de las espadas trataron de alcanzar por arriba, por abajo o por los laterales las carnes de los hombres. El crujido de la madera comenzó a dejar paso a los gritos y gruñidos de los heridos.

El enfrentamiento duró poco, pero fue crudo. Tulga, por su altura, logró romper el muro de escudos rival y acabó con varios enemigos. No miraban si eran judíos, godos, hispanos, mauros o muslimes. Mataban sin pensar, casi mecánicamente.

Los enemigos se retiraron en desbandada dejando seis muertos. Aquila contó tres por su parte, y dos heridos.

Aquila vio a Tulga jadeante, y doliéndose del brazo herido.

—¿Estás bien?

El otro asintió, pero prefirió no responder, quizá guardándose algo de aliento que seguro que necesitaría para lo que quedaba de noche.

—Vamos, a la carrera.

9

Los ruidos de los combates se hacían más intensos según se acercaban a las antiguas murallas de la ciudad. Ya no solo venían de atrás. Ahora los rodeaban por doquier. La ciudad entera era un campo de batalla. O de saqueo, o el escenario de un ajuste de cuentas. Habían pasado casas asaltadas. Hombres, mujeres y niños de todo origen y condición asesinados.

Los hombres y los esclavos se sentían más nerviosos. Egilo apretaba con más fuerza las manos de Baddo y Flavia. Oppas se acercaba más a ellas, como si eso le hiciera sentirse más a salvo. La única que parecía mantener la calma era, algo más apartada, Titrit con su rostro inmutable como de máscara mortuoria, como si ella ya hubiera aceptado su destino desde hacía tiempo y solo estuviera esperando el momento.

Pero Egilo, no. No aceptaba morir aquella noche. No aceptaba no conocer a la criatura que llevaba dentro y que le molestaba y le provocaba punzadas de profundo dolor tras todo aquel tiempo moviéndose por la ciudad. No iba a morir, haría todo lo que fuera por evitarlo. No quería volver a vivir una experiencia como cuando la capturaron los mauros hacía casi ya tres años. No lo iba a permitir… ni ella ni su hijo lo podrían soportar.

A su lado, Baddo parecía ir perdiendo la compostura. La redonda joven jadeaba ante el esfuerzo que le suponía seguir el ritmo impuesto por los soldados. Hacía rato que no decía nada, algo extraño en ella, y Egilo no sabía en qué podía estar ocupando sus pensamientos. Flavia, por su parte, había roto a sollozar y no había manera de frenar aquel ataque de pánico. Nadie le había pedido que parara, porque ¿de qué iba a servir?

Oppas sudaba a mares pensando que por nada del mundo querría caer en manos de los rebeldes judíos. Debía de resultar su peor pesadilla: él, que tanto había odiado y había perseguido al pueblo que llevó a Cristo a la cruz, ahora se enfrentaba a la posibilidad de que aquel pueblo odiado acabara capturándolo, sin duda, para torturarlo y asesinarlo entre los más horribles tormentos. Sabía que no era sano hacerlo, pero no podía evitar imaginarse esos tormentos. Desconocía por qué se mortificaba así, pero por primera vez no podía controlar sus pensamientos que, desbocados, le traían a la mente desmembramientos, quemaduras y cortes.

Entre el pánico y el horror, la comitiva se detuvo. Sus antorchas se iban consumiendo y la penumbra ganaba terreno. Los gritos de lucha y saqueo apenas dejaban oír nada. Ataúlfo y Mario se acercaron

a ellos para informarles de la situación.

—Hemos llegado tarde. Han tomado ya esta puerta —dijo Ataúlfo sombríamente.

Oppas se estremeció y no trató de ocultar su miedo.

—Y… y ¿qué vamos a hacer, maldita sea? ¿Rezar?

—Eso deberíais de hacer vos y los vuestros, obispo —respondió tajante Mario. Egilo le observó. Sabía que era el hombre de confianza de Aquila y se fiaba ciegamente de él.

Ataúlfo le amonestó con una mirada fulgurante por semejante desacato a su señor.

—Mario y yo ya lo hemos planeado, mi señor. No son demasiados hombres los que vigilan la puerta. Creemos que son veteranos judíos de Ifriquiya, de los que vinieron con las primeras oleadas de invasores. No son muchos ni están demasiado bien armados. Con Mario tomaremos al asalto ese trozo de muralla y abriremos la puerta. Dejaremos a cinco hombres con vos. Cuando os hagamos la señal, tendréis que correr hacia el exterior. En cuanto salgáis, tratad de ocultaros entre las casas de los suburbios y alejaos hacia los acuartelamientos. Allí, con las tropas, estaréis seguros.

A Egilo se le agolpaban las preguntas sobre aquel, en teoría, sencillo plan. Recordaba que había una extensión abierta relativamente amplia entre la muralla y los suburbios en aquella zona. No se sentía con fuerzas de recorrer a toda prisa aquella distancia en su estado y mucho menos si le arrojan venablos y flechas desde las murallas. Pero había otra cosa…

—¿Y si no nos hacen la señal?

Los dos hombres la miraron fijamente.

—Corred y tratad de ocultaros. Salvad la vida y no os preocupéis de nada más.

Oppas dejó escapar un gemido quedo y pareció a punto de romper a llorar. Los dos comandantes se marcharon con sus hombres y, poco después, se dividieron en dos grupos y se separaron entre dos calles, camino al muro. Quedaban unas treinta personas, entre soldados, religiosos, esclavos y mujeres en aquel pasaje, guardando un mutismo al borde del pánico solo roto por los sollozos de Flavia.

—¿No puede dejar de llorar, por Dios, me va a volver loco? —se quejó Oppas.

Egilo no se molestó en responderle y abrazó con fuerza a Flavia, que estaba histérica.

—Cuando yo te diga, corre, corre conmigo y con Baddo, ¿me oyes?

Ella no era capaz de reaccionar, tan sumida como estaba en una

especie de estado catatónico y sin reprimir el llanto. Egilo la abofeteó y ella abrió los ojos sorprendida.

—Corre junto a nosotras, ¿me entiendes?

Ella asintió y volvió a gimotear. Egilo la soltó y Baddo la relevó con su abrazo.

Más adelante, los ruidos de la batalla les llegaban crueles. Un hombre gritó mientras, indudablemente, caía desde el muro hasta estrellarse en el suelo. El impacto cortó el aullido. Nada identificaba si era de los suyos o de los otros. Los gritos mostraban que la lucha estaba siendo encarnizada y que los muertos y los heridos se multiplicaban. Un gemido se alargó durante unos minutos. Acabó convirtiéndose en el sollozo de un hombre agonizante llamando a su madre.

Egilo se impacientaba.

—¿Cuánto debemos esperar? ¿Cuánto? —Oppas estaba al borde de la desesperación, pero en ese momento recordó su rol espiritual y, junto a unos cuantos frailes, se arrojó al suelo y comenzaron todos a orar.

Ella también se hacía esa pregunta sin respuesta mientras seguía los rezos. ¿En qué momento debían salir corriendo en dirección contraria? No lo sabía, pero estaba tentada de hacerlo ya. Aunque se percató entonces de que atrás habían quedado Aquila y Tulga y todavía no los habían alcanzado. ¿Estarían vivos?

Vieron aparecer a uno de los hombres de Ataúlfo que soltó un silbido y les hizo gestos de apremio con los brazos para que avanzaran.

Sin decir nada, los rezos se detuvieron y todos se lanzaron hacia delante en una frenética carrera. Pronto, entre la oscuridad, encontraron la muralla. Y nada fue como Egilo esperaba.

La lucha aún continuaba, los muertos y los heridos salpicaban el suelo y ella pisaba charcos de algo que indudablemente debía ser la sangre de los caídos. Los hombres de Ataúlfo habían logrado abrir la puerta y habían decidido darles su oportunidad en medio del caos del combate.

Egilo detuvo su carrera cuando, delante de ella, cayó uno de sus esclavos con la cabeza abierta. Un guerrero con un hacha ensangrentada clavó sus ojos en ellas tres y Oppas. El obispo trató de desenvainar su acero, pero el guerrero, con un hábil movimiento, le golpeó el filo y la espada salió disparada al suelo. El hombre, manchado de sangre ajena, sonrió y se dispuso a acabar con el obispo. La reina percibió en la oscuridad cómo su primo se orinaba encima creando una gran mancha oscura en su pernera, contemplando a la

muerte que se le acercaba.

Una sombra se adelantó entre ellas como una exhalación y acabó con el hombre del hacha de un mandoble. Egilo vio en el suelo a su enemigo con los ojos muy abiertos y sin un trozo de cráneo que dejaba al aire una materia rosada y sanguinolenta entre la mata de pelo que le quedaba. Estaba segura de que jamás podría borrar de su memoria aquella imagen.

Miró al hombre que lo había matado y reconoció a Aquila.

—¡Vamos! ¡Les llegan más refuerzos! ¡Nos pisaban los talones!

Mario se aproximó a ellos. Aquila y él se cogieron fuertemente por el antebrazo y se miraron. Asintieron lentamente y se soltaron, prestos a continuar.

Se colocaron tras ellas y las hicieron correr. Al cruzar el portón y la muralla, se les unieron Ataúlfo y algunos soldados más. Algunos frailes y esclavos, menos de los que deberían, habían llegado ya al suburbio y se dispersaban entre las calles.

Baddo tropezó y Tulga acudió en su auxilio. En aquel momento, a Egilo le dio un doloroso pinchazo en el bajo vientre y se dobló de dolor.

—Cógela a ella, rápido —gritó Baddo al gigantón, mientras la ayudaba a incorporarse.

Tulga obedeció, la levantó con aparente facilidad y continuaron aquella carrera en la oscuridad hacia las casas.

Aquila miró hacia atrás.

—Está saliendo un grupo por la puerta. —Miró a Ataúlfo y a Mario y no hizo falta decir más—. Tulga, ponlas a salvo y cuídate, muchacho.

Los tres hombres cargaron contra sus perseguidores que, sorprendidos por el ímpetu de aquellos tres diablos nacidos de la oscuridad de la noche, cedieron y huyeron de nuevo hacia la ciudad tras perder a dos compañeros por la embestida.

—¡Volved a vuestras pocilgas, cerdos! —gritó exaltado Ataúlfo.

Egilo los miró desde una casa donde se habían parapetado, mientras Tulga recuperaba el aliento. Ella era consciente de que aquellos cuatro habían salvado sus vidas.

Ataúlfo, Mario y Aquila avanzaban hacia ellos con un trote cansino. Seguramente exhaustos tras aquella noche de tensión y combate continuos. Ya no podían con su alma, pero continuaban. Creían que estaban rozando la salvación. Que ya casi la podían tocar con sus dedos.

Casi.

Porque sus perseguidores habían eludido el combate cuerpo a

cuerpo, pero tenían otras armas. Desde la muralla se escucharon nítidos los chasquidos de los arcos. Las saetas comenzaron a clavarse a un ritmo irregular en el suelo entre ellos. Un gruñido heló la noche.

Mientras Aquila y Ataúlfo se volvían y colocaban sus escudos en posición para cubrirse de los proyectiles, Mario cayó al suelo con un astil y una remera sobresaliendo de su pecho. Cuando se percataron de su compañero caído, Ataúlfo lo cubrió, mientras Aquila, arriesgando su vida, lo arrastraba hacia donde se encontraban Tulga, Oppas y las mujeres. Tardaron apenas unos instantes entre una lluvia de flechas que se clavaban sonoramente en sus escudos, pero pareció una eternidad. Egilo comenzó a llorar, las lágrimas le pintaron surcos brillantes entre el sudor que le perlaba la piel. Ya no podía fingir temperamento o calma, los nervios la atenazaban, la criatura la pateaba por dentro y no podía soportar ver a los hombres que le habían salvado la vida sufrir un último e interminable tormento bajo una constante lluvia de dardos. Tuvo que liberar los nervios y la tensión que llevaban horas pidiendo salir. No podía más.

Ataúlfo chilló de una manera casi infantil cuando una flecha le atravesó la pierna derecha un poco por encima de la rodilla. Pero los tres acabaron llegando vivos hacia la casa donde se parapetaban. Solo estaban ellos, Tulga, las tres esposas de Abdel Aziz y Oppas allí. Los demás habían desaparecido en la noche.

Aquila apoyó a Mario delicadamente contra el muro de la casa. Respiraba con dificultad y con un ronco estertor que no invitaba a la esperanza. En la oscuridad, Egilo percibió el dolor y las lágrimas de Aquila que acariciaba nerviosamente el rostro de su amigo.

Mario le agarraba las manos.

—Hemos vivido… buenas batallas, ¿verdad?

El capitán, acostumbrado a perder amigos y compañeros, asintió y no pudo controlar los sollozos.

—Sí, Mario, muchas…

El herido cerró los ojos y entreabrió la boca con evidente esfuerzo.

—… Y nos hemos corrido… buenas juergas.

Aquila no tenía fuerzas para responder y asintió con la cabeza entre un llanto incontrolable, mientras sus manazas continuaban acariciando el rostro de su amigo.

—Te espero arriba o abajo, amigo, donde me dejen.

Mario ya no tuvo aliento para más. A pesar de que todos intentaron mover a Aquila, él no quería hacerlo. No iba a soltar a su amigo hasta que no se marchara del todo. No lo iba a dejar solo. Él no abandonaba a los suyos. Solo emitía gorgojeos y ronquidos

angustiosos mientras expulsaba por la boca sangre mezclada con saliva.

Ataúlfo cogió a Oppas y, cojeando, continuaron avanzando tratando de alejarse de las murallas y de la urbe. Tulga hizo lo propio con las cuatro mujeres, aunque solo agarró de la mano a Baddo.

—Cuidado —susurró Ataúlfo, y los dos guerreros levantaron sus espadas. ¿Qué más podía ocurrir aquella noche?, se preguntó Egilo. ¿Qué más?

Unos hombres a caballo aparecieron entre la oscuridad, seguidos por hombres armados con lanzas a pie.

Tulga se relajó. Eran árabes y mauros. Un africano se acercó a él.

—¿Son las esposas del valí? Unos esclavos nos dijeron que debían estar por aquí.

Él asintió y pronto los árabes y los africanos las pusieron bajo su protección. Tulga volvió su mirada hacia atrás sin soltar a Baddo. Aquila se acercaba a ellos con la mirada perdida y un paso excesivamente tranquilo. Se volvió hacia el mauro.

—¿Vamos a asaltar la ciudad?

El africano negó.

—Nos han pedido que nos repleguemos hasta que nos lleguen refuerzos.

Tulga asintió, cogió a su compañero por el hombro y avanzó tirando él solo de Aquila y Baddo. Como una roca en la que todos sabían que se podían apoyar.

Bajó su mirada hacia la joven y ella se la devolvió. Ambos sonrieron.

Ninguno se percató de que las sombras, como ellos, se retiraban y las primeras luces del amanecer envolvían a una ciudad que había cambiado de dueños.

10

La noticia de la caída de Híspalis corrió por Hispania y llegó rauda hasta Abdel Aziz, que retornó recogiendo tropas de aquí y allá para formar la hueste necesaria para sitiar de nuevo la ciudad levantisca. Todo el mundo daba por hecho que el valí no tardaría demasiado en reconquistar la urbe, pues los rebeldes habían tenido demasiada suerte al tomarla y nadie contaba con que pudieran aguantar.

Tras los traumáticos sucesos de aquella noche, Egilo y su pequeña corte habían sido reubicadas en una cómoda villa rural a unos días al norte de Híspalis donde debían recuperarse de todo lo sucedido.

Pero tal vez por la extrema experiencia o quizá porque ya había llegado el momento, la reina se puso de parto.

Aquila, previsor, había hecho traer a dos parteras y a un ama de cría de una aldea cercana y las había mantenido en la villa hasta que todo se precipitara.

Los dolores punzantes, el rostro descompuesto de la señora indicaron que estaba cerca y pronto rompió aguas. Cuando la dilatación comenzó, las parteras pidieron ayuda para trasladar a Egilo al establo donde habían preparado ya todo. Eran dos mujeres con larga experiencia, pero solo habían ayudado a campesinas y ninguno de los presentes parecía saber cómo atender al parto de una señora de tan noble linaje.

—¿Al aprisco? —había preguntado con extrañeza Aquila.

—Sí, allí, con los animales la temperatura será la adecuada.

Allí habían dispuesto una especie de banqueta sobre un lienzo de tela que protegía su espacio de trabajo para atender a la parturienta de la suciedad que reinaba en el corral. La acompañaron hasta allí, Baddo, Aquila y una partera, vieja y de piel arrugada, mientras que Titrit y Flavia habían desaparecido de aquel trance.

—Tú, tienes que entrar. —Aquila miró asombrado a la partera, pues ya se disponía a replegarse con orden y en silencio. Aquella no era su batalla. O al menos eso creía—. No me mires con esa cara de lelo, si no está el padre, un hombre tendrá que ser testigo para certificar que el hijo ha salido de ella y confirmárselo al padre. Es la costumbre.

Él, sin perder la expresión confundida, asintió y la siguió.

—Que estúpidos sois los hombres, por Dios —murmuró la vieja.

Pronto las mujeres tomaron el control. Baddo se colocó detrás de la reina, sudorosa y casi desfallecida por el dolor, y mantenía su espalda incorporada, mientras las dos matronas abrían las piernas de la paciente. Aquila no sabía qué hacer ni a dónde mirar. Se sentía

nervioso y desubicado, profundamente nervioso.

Egilo gemía de una manera animal. Pronto los gemidos se tornaron en aullidos.

—Ya viene, señora. Ahora cuando os digamos, empujad y empujad como si la vida os fuera en ello —le dijo la partera más joven.

—Es que le va la vida en ello —apostilló la vieja.

Egilo se mostró obediente y sumisa. Pronto aparecieron un sacerdote cristiano y un árabe. El primero había sido llamado por Baddo, pues Agustino había quedado en Híspalis y nada sabían de él, aunque rezaban porque hubiera podido escapar con vida. El otro había sido impuesto por los oficiales de la hueste de los muslimes que los protegía, pues entendían que así lo querría el valí.

Entre gruñidos, gritos y sudor, el parto parecía avanzar. Baddo sujetaba y acariciaba a su señora. Una de las matronas le quitaba el sudor a la madre con un paño humedecido y continuaba animándola a empujar.

—Ya viene, queda poco, señora, pero ahora falta lo más difícil.

Aquila cometió el error de bajar su mirada. Él, que había visto heridas sanguinolentas y hombres destrozados, sintió un vahído cuando vio la vagina dilatada y un sucio y sangriento cráneo salpicado de pelillos negros pegajosos asomando por ella. Él había engendrado dos hijas, pero jamás había asistido a los partos. Ahora entendía lo acertado de su decisión.

—Tú, alelado —le volvió a gritar la vieja—, cógela de las manos y mímala, que se nos desmaya, y esto no ha acabado.

Mareado, Aquila cogió las manos de su señora y se las acarició. Y cuando lo hizo, se le agolparon los recuerdos y los sentimientos que había luchado por enterrar durante años, los recuerdos de su esposa y sus hijas pequeñas. El cariño y el amor olvidados y abandonados. Como una descarga que le insufló vida, comenzó a susurrar palabras que solo había dicho a sus niñas, a acariciar a la reina como solo lo habría hecho con sus hijas que no sabía si estaban vivas o no. Era como si imaginara que Egilo fuera una de sus hijas a las que jamás vería crecer y llegar a ser madres, y la tratara como si Dios le diera la oportunidad de vivir ese momento vedado para él. Y habló y mimó como solo un padre podría hacer. Apretó su mano, dio a Egilo ánimos y la condujo en tan duro trance.

Aquila no salió de su ensoñación hasta que notó que Egilo se derrumbaba sobre Baddo y él y un llanto rompía el silencio de la estancia.

La partera cogió al bebé y lo mostró a la madre y a los presentes.

—Es una niña.

El sacerdote se acercó y le hizo el signo de la cruz sobre su frente.

—Riciberga se llamará. Como su madre me dijo, en honor a la reina consorte del rey Chindasvinto. Cuando regresen deberá ser bautizada por el obispo.

El árabe no entendió ni palabra, pero le echó una hosca ojeada al religioso. Se acercó, miró a la pequeña y solo dijo una palabra.

—Aisha.

Como si solo fuera necesario decir aquello, salió del establo sin demora.

11

Con la llegada del invierno las tropas de Abdel Aziz reconquistaron Híspalis. No fue un asedio prolongado ni sangriento como se esperaba. Muchos de los mercenarios y los hispanos que se habían unido a los judíos habían abandonado la causa cuando supieron que la tropa del valí regresaba para tomar la plaza. Y a pesar de que la toma no fue costosa, Abdel Aziz entró en la ciudad a sangre y fuego, furioso y exigiendo venganza.

Reunió a la comunidad judía de toda la región en el antiguo foro y los hizo arrodillar, atados y amontonados como ganado. Un hombre de Abdel Aziz leyó un edicto en hebreo, árabe y latín. Condenaba a todos los judíos que hubieran participado directamente en el levantamiento a la muerte y a la expropiación de todos sus bienes. Sus hijos varones, sin importar su edad, serían ajusticiados también, y sus mujeres e hijas serían llevadas a Damasco como esclavas. Al resto se les permitió seguir viviendo allí, pero pagando unas multas gigantescas que los condenaban económicamente durante generaciones.

A todos los hispanos que los habían apoyado se les decretó la ejecución y penas similares. No habría perdón posible, el valí, iracundo, así lo había establecido.

—Tú nos condenaste a esto, muslime. Fueron tus secuaces y tus aliados los que provocaron todo esto.

Quien le gritaba desafiante era el rabí Moisés incorporándose entre los cautivos.

Abdel se acercó a caballo hasta él y le escupió al rostro.

—Mi esposa te dijo que esperaras hasta mi retorno, imbécil. ¿Por qué no lo hiciste?

Moisés cerró los ojos.

—Al igual que no se pueden controlar las mareas, no se puede controlar el descontento de un pueblo.

—Que las cabezas de este hombre y sus hijos sean clavadas en las puertas de la ciudad como recordatorio de lo que aquí ha ocurrido.

Y marchó a galope del foro. Abdel Aziz recordaba que cuando había visto a su padre tomar decisiones similares lo había juzgado con severidad. Pensaba entonces en que era una crueldad innecesaria. Ahora lo comprendía todo mucho mejor.

Y así se lo relató días después a Egilo cuando, con su hija en brazos, cruzó las puertas de la ciudad coronadas por las cabezas del viejo Moisés y sus hijos.

Egilo le compadeció, porque sentía que su esposo había

envejecido años en estos meses y porque se mostraba dolido y taciturno. Desconfiado. Sabía que aquella forma de guerrear no era la que él deseaba y que parecerse a su padre le quebrantaba el ánimo. Hablaban ambos en privado, sin Alí, jugando con los cada vez mayores conocimientos de árabe de ella, y los rudimentos de latín de él.

Trató de cambiar de tema.

—¿Qué ha sido de ese cretino de Nasr?

Abdel sonrió maliciosamente.

—Lo he mandado con mi hermano, para que lo destine a la plaza más remota de sus dominios, en pleno desierto. Creo que no volveremos a saber de él en años.

Ella asintió.

—¿Y Oppas?

Negó con la cabeza.

—No tengo poder sobre tus obispos, así que aquí seguirá. Además, los prelados eclesiásticos están resultando muy útiles para pacificar el reino. Aunque me he asegurado de que me jure lealtad y apoyo. Le tengo asustado como un perrito, comiendo de mi mano. No dará problemas en el futuro.

Egilo asintió y deseó que fuera verdad. Ahora solo quería criar a su hija y protegerla. No deseaba más guerras, más violencia y más tensión en muchos años. Esperaba que lo ocurrido en estos meses tranquilizara la situación para mucho tiempo. Necesitaba ese tiempo porque ahora no podía centrarse en otra cosa que no fuera su pequeña.

Observó cómo Abdel se acercaba a la niña y se deleitaba con su reposo, su respiración pausada y tranquila. Su esposo sonreía complacido.

—Habría deseado darte un varón.

—No importa. Dios nos ha bendecido con esta preciosa bebé —le respondió él, sin dejar de mirar a la pequeña—. No había conseguido engendrar ni con Titrit ni con Flavia. Ahora ya puedo decir que tengo descendencia y pronto llegarán los varones.

Ella asintió y le cogió la mano con dulzura. Por primera vez, notó hacia su esposo una calidez y una comunión que iban más allá de la admiración como líder que sentía por él. No era amor, pero aquella niña los había unido más. Y eso, descubrió, le gustaba.

—Aisha —susurró el nombre que él había elegido para su hija—. Mi pequeña.

Comenzaba a ver que del éxito de su esposo dependían su bienestar y su futuro. Y mucho más importante, el de su hija. Que ella

también tendría que trabajar por ello, que debía entregarse aún más a su causa.

Porque lo más importante era dar un futuro a aquella niña.

Ella cuidaría de la bebé. Ella sería capaz de darle un porvenir luminoso a aquella pequeña que había querido llamar como una antigua reina de su pueblo. Lo creía de veras.

Pero algo le susurraba en su interior que se equivocaba.

Muza

Desde una celda en el palacio del califa de Damasco, Muza se acordaba de sus hijos tras sus oraciones del ocaso. Aunque lo trataban bien, se encontraba más gordo y viejo. Le dolían las articulaciones y los huesos cada día más. Sabía que no le quedaba mucho encarcelamiento, su familia estaba reuniendo el dinero para la millonaria fianza que le habían impuesto. Afortunadamente, él y los suyos habían sido prudentes y habían acumulado y escondido lo suficiente para pagar y seguir adelante. Al maldito califa no le habían valido con los inmensos tesoros que le trajo de Hispania, con las coronas y los miles de esclavos de piel clara y cabellos dorados. ¡Y encima tenía la desfachatez de acusarle a él de corrupto y avaricioso! ¡Qué Alá, el todopoderoso, dijera si aquello era una injusticia o no!

Las cosas habían cambiado, el anterior califa era amigo personal suyo, compañero de los viejos tiempos que ya habían pasado seguramente para siempre. El nuevo, más joven, más implacable e indudablemente más controlador, no veía con buenos ojos ciertos arrojos y ciertas iniciativas. Le espetó con gran desprecio, que una cosa permisible era enriquecerse con las conquistas y otra cosa era convertirse en un hombre asquerosamente rico, pecaminosamente rico, dijo. ¿Acaso había olvidado el gran Muza sus deberes como muslime? ¡Cómo se había atrevido! ¡Cómo, por Dios, el que juzga con equidad, le había dicho eso a él! ¡A él!

Los tiempos cambiaban, los hombres, también. Él se preciaba de no haberlo hecho y afrontaba las consecuencias. ¿Quizá hombres diferentes, como su hijo Abdel, se aclimatarían mejor a aquellos tiempos? No lo sabía, pero si así fuera, él no quería ser testigo.

Pero el califa era el soberano del islam y el heredero del Profeta en la tierra y eso tenía que respetarlo. Así lo hacía y así lo haría. Por suerte, su riqueza le había salvado de ser ajusticiado. Incluso había logrado salvar también la vida del Tuerto, aunque dudaba de que aquel hombre fiel y valeroso volviera a ostentar algún puesto de mando. Triste, porque aquel hombre leal y valiente habría tenido futuro si alguien hubiera estado interesado en dárselo. Lamentable final para quien comenzara la conquista de uno de los grandes reinos del mundo, la lejana Hispania.

¿Y él? Él, que nunca había notado el desfallecimiento que todos decían que debía sentir a su avanzada edad, ahora, tras estos meses de inactividad y encarcelamiento, se sentía cansado, agotado y con numerosos achaques. La cadera, la espalda, le molestaban constantemente. ¿Acaso Dios le quería mandar el mensaje de que su

tiempo se agotaba, de que su misión estaba cumplida? Seguramente, y él ya no se sentía con fuerzas para más.

Lo que tenía seguro era que, aunque eludiera la prisión, aunque fuera liberado sin cargos, la conquista del reino de los godos que tanto había impresionado en Damasco sería su legado imperecedero. Nadie podría quitárselo jamás. Nadie se lo arrebataría.

Porque ya no tendría más oportunidades, ya no volvería a ver aquella tierra verde y húmeda, rica.

Deseaba que sus hijos estuvieran bien, todos, y esperaba que desde Damasco no se hubiera ordenado quitar los cargos que había designado a sus principales hijos. Sabía que su primogénito, en Ifriquiya, lo haría bien, era como él. No tenía dudas.

Abdel Aziz, en cambio…

No, no dudaba de él ni de su capacidad. A pesar de que siempre lo había tratado con dureza y le había exigido más que a los demás, él creía en su potencial. Estaba convencido de que podía ser mejor incluso que él, pero tenía que sacar al león que llevaba dentro y él había fracasado en esa misión.

Por eso había confiado en Al Fihri, su gran amigo desde la infancia, para que le acompañara y aconsejara. Y por eso, en el fondo, también le había hecho casarse con aquella reina. Él juzgaba bien a las mujeres y había visto en los ojos del color de la miel de aquella goda ambición y saber estar. Ella podría conducirle por el camino recto, despertar a la fiera que llevaba dentro su hijo.

Pero, ah, también eso le hacía dudar. Abdel Aziz no sabía tratar a las mujeres, la única vez que lo había visto en acción había caído bajo el influjo de una simple esclava. ¿Sabría manejar a toda una reina? ¿O se convertiría en un muñeco en sus manos? ¿Acaso no sería ella la leona en ese matrimonio? Rezaba a Dios todos los días por él.

«Mi querido Abdel Aziz, mi pequeño», le quería decir desde aquella lejana celda. Con tanto tiempo para pensar, había descubierto que quizá había sido en exceso duro con él. No se arrepentía. No, eso no. Creía firmemente que tenía que haberle tratado como lo hizo para convertirlo en un conquistador digno de liderar a las huestes del Profeta por el ancho mundo. Pero aun así… Aun así, recordaba cuando lo miraba con esa expresión tierna y severa cuando hacía algo que no entendía, cuando lo humillaba o no confiaba en él. Lo recordaba esforzándose para complacerle y cómo él jamás se rebajaba a demostrarle orgullo y complacencia.

Quizá, quizá debería…

Quizá. Los quizás que torturaban al gran conquistador del norte de África y de Hispania se le acumulaban en aquella celda y le hacían

ceder cada día más en su sobredimensionado sentido del orgullo. Pero él era optimista por naturaleza y, pese a su avanzada edad, creía que habría tiempo. Siempre lo había.

Pero no esta vez. Ya no habría tiempo de regresar a sus conquistas, ni tiempo para demostrar su orgullo a su hijo y reconducir la relación. Tiempo para olvidar los quizás.

QUINTA PARTE

LA MADRE

«Luego, con voz serena, pronunciaría la fórmula siguiente, que me habría aprendido fonéticamente: Ashadu, anna la ilaha illa-llah wa ashadu anna Muhammadan rasulu-llah. Lo que exactamente significaba: «Doy fe de que no hay sino un Dios y Mahoma es su Profeta». Y acto seguido se habría acabado; sería, a partir de entonces, musulmán».

MICHEL HOUELLEBECQ, *Sumisión*, 2015

El último día

—Flavia, cariño, levanta, levanta, aprisa muchacha…

La joven de cabellos áureos abrió los ojos y vio a aquella pesada de Baddo zarandeándola. Miró a su alrededor y percibió que apenas había amanecido. Quiso volver a protegerse entre las mantas.

—No es de día, Baddo, déjame en paz…

La dama de la reina no la soltó y la empujó con más fuerza. En su voz se notaba el nerviosismo y la urgencia. Flavia se despertó con claridad al notarlo. No creía haberla visto nunca tan agitada. Y si la había visto, había sido en ocasiones, como en aquella aterradora noche que aún le provocaba pesadillas, en la que tuvieron que abandonar la casa a la carrera y en la oscuridad.

—No lo entiendes, Flavia, debes levantarte, te marchas. Vuelves a casa.

Ella se sorprendió. ¿A casa? No entendía lo que decía aquella mujer. Se restregó los ojos y la miró, todavía adormilada.

—¿A qué casa?

Baddo sonrió y la miró como si hablara con una niña pequeña.

—¿A cuál va a ser, tonta? A la tuya, a la de tu familia.

Las preguntas se agolparon de repente en la boca de Flavia.

—Pero, ¿cómo…? ¿Y por qué?

Baddo la miró con dulzura, puso su dedo en la boca de la joven y cortó el torrente de cuestiones.

—No hagas preguntas, niña boba. Vístete y recoge lo más necesario que quieras llevarte, no hay tiempo para preguntas ni para explicaciones. Si quieres volver a casa, hay alguien que te va a llevar, pero tiene que ser ahora. Ahora mismo.

—Y si no…

—No hay más opciones, Flavia. Es ahora. No habrá mañana, no habrá esta tarde.

La segunda esposa de Abdel Aziz no entendía nada de lo que ocurría, pero no perdió más el tiempo. Comenzó a vestirse y pensó que si todo aquello, todo aquel infierno iba a acabar con ella regresando al hogar de sus padres, quizá no hubiera sido todo tan malo. Se preparó a la carrera, apenas cogió cosas de su alcoba y se aprestó para largarse y no volver nunca más.

«Padre, madre, allá voy».

1

Roderico la miraba fuera de sí. «¡Le has dado un vástago a un pagano y a mí no! ¡Maldita zorra!». En la misma sala, Oppas apoyaba a su marido fallecido: «¡Traidora, impía! ¡Pecadora!». Ella apretaba a su pequeña contra su pecho y trataba de protegerla de los esputos que aquellos dos hombres gritones expulsaban al insultarla. La niña lloraba, berreaba sin parar, y ella comenzó a huir. A escapar mientras la apretaba fuerte contra su pecho. Los dos hombres la persiguieron.

Ella trataba de escapar, pero los tenía siempre pisándole los talones. «Ven aquí, puta, ¡que te vamos a dar tu merecido!», gritaban como posesos. Abdel Aziz apareció, de repente.

«Cuida de tu hija, Abdel, me persiguen». Él la miraba, pero parecía no verla, ni a ella ni a su hija. «Estoy ocupado, mujer, no tengo tiempo para esto», y seguía mirando al frente sin, al parecer, ver a Roderico y a Oppas acercarse hacia ella, amenazadores y babeantes.

La bebé continuaba llorando cada vez más alto, más alto. Ella la apretaba contra sí para silenciarla y volver a empezar la carrera. La apretaba cada vez más y la niña lloraba cada vez menos. En un momento, ¿cuánto llevaba corriendo ya?, miró hacia abajo y vio la carita de su bebé morada y su cuerpecito inerte.

«No, no, no, no, nooooooooo».

Y despertó gritando como una posesa, sudando profusamente.

—Mi hija, mi hija, ¿dónde está la niña? —gritó.

Enseguida entró Baddo con la cría en brazos. Sonriente y tranquila.

—Ha sido un mal sueño, mi señora. La pequeña Riciberga está aquí, perfectamente con su amiga Baddo.

Y en verdad la niña estaba sonriente junto a la joven. El pulso disparado de Egilo se normalizó y calmó completamente cuando Baddo dejó reposar a la bebé en sus brazos.

—Os dejo un rato juntas, pero ni os durmáis ni os eternicéis en el lecho, par de vagas.

Baddo abandonó la alcoba y Egilo no le prestó más atención, solo tenía ojos para su pequeña.

—Mi pequeña Aisha, mi pequeña Riciberga —susurró, pues, aunque su marido había elegido ese nombre árabe para ella y ya sabía que sería criada en la fe de los muslimes, ellas, en secreto, seguían utilizando el nombre de su pueblo que Egilo le había dado, a pesar de que su marido le había prohibido que la bautizara. Y eso que no era él el que tenía que lidiar con las presiones del padre Agustino, que había retornado a sus vidas, para que lo hiciera en secreto.

La maternidad y los tres duros meses fuera de Híspalis habían cambiado a Egilo. Había comenzado a comprender. Había eliminado completamente de su corazón la dureza y el desprecio hacia aquellos que habían pactado con su marido. ¿Quién con familia no prefería pactar para evitar una guerra sangrienta? Ella ahora lo veía claro, si pudiera asegurar el bienestar de su pequeña, ¿con quién no pactaría? Y si ella, que había sido reina en Toletum y era ahora la esposa principal del valí, pensaba así, cómo no iban a pensar los demás del mismo modo.

Incluso en algún momento se había sorprendido barajando la posibilidad de aceptar la fe que sería de su hija y de su esposo sin sentimiento de repulsa alguno. Aunque eso era algo que se guardaba para sí, no lo compartiría con su marido, ni mucho menos con Baddo y Agustino.

Era feliz, a pesar del agotamiento, a pesar de todo, con su niña en brazos y no quería ocuparse de nada más que no fuera su pequeña e incipiente familia. Incluso sentía una mínima esperanza de que, algún día, y gracias a las gestiones que habían iniciado y que habían tenido que ser pospuestas por el levantamiento de Híspalis, se reencontraría con su madre, y su hija conocería a su abuela.

También sentía la necesidad de cuidar y liderar a la gente, claro, porque, aunque el retorno de su esposo había sido violento y terrible para la ciudad y casi nadie tenía buen concepto de él tras la brutal represalia, había descubierto con sorpresa y satisfacción que los habitantes sí que se acordaban de ella. Cuando la vieron entrar en su carromato con su bebé y escoltada por sus godos, con el campeón que derrotó al gigante yemení hacía meses, y que nadie allí había olvidado, la gente salió a las calles a vitorearla y lanzar flores a su paso.

Los ciudadanos de Híspalis volvían a visitarla y a confiar en su poder e influencia. Se había convertido en toda una presencia en la urbe, en todo un personaje, respetado y querido. La gente, le decía Baddo, hablaba de ella en el mercado, en el antiguo foro, en los arrabales, en los muelles del río. Era más conocida y mucho más querida que su marido, le decía entre susurros. Al principio pensaba que era solo para agasajarla, pero cada día lo creía más cierto. O quizá fuera, simplemente, ese su deseo.

2

Al Fihri regresó más tarde a Híspalis, pues le había dejado al mando del grueso de sus tropas, y había comprobado con tranquilidad que su reacción al reconquistar la ciudad había sido la correcta, la que su propio padre habría llevado a cabo. Así se lo dijo en cuanto se encontraron.

—¿Sí? Pues, ¿sabes lo que dicen los nuestros de mí a mis espaldas? —le espetó Abdel con un tono de amargura—. Dicen que mi esposa me controla, que me ha hecho jurar en secreto que abjuraré de mi fe y me bautizaré como cristiano, que le he prometido coronarnos como reyes de Spania en Toletum, que funde sus joyas para hacerme una corona, que hasta he bajado techos de la casa para que la gente se incline ante mí… ¿puedes creer semejante infamia, hermano? Y si al menos solo fueran los hispanos quienes lo repiten, pero son nuestra gente, Al Fihri, nuestra propia gente.

Él sabía a qué se refería porque ya lo había detectado antes de marcharse hacía muchos meses. Y a su retorno lo había oído también. Pensaba erróneamente que todo mejoraría tras la campaña. Y esperaba que a su vuelta la situación pudiera estar controlada, pero la sublevación de la ciudad había complicado aún más todo. Ahora se daba cuenta de su error de juicio.

Le puso sus manos sobre los hombros.

—No desesperes, hermano. Yo calmaré los ánimos del *yund*, que son los que verdaderamente importan. Tú sigue con tu labor y déjame a nuestra gente a mí. Yo los aplacaré.

Él sonrió.

—Gracias, hermano, confío plenamente en ti, como siempre he hecho. Mientras tanto, voy a descubrir qué gusano está esparciendo esa basura sobre mí y se lo haré pagar. No lo dudes.

Al Fihri distinguió un brillo malicioso, cruel y vengativo en la mirada de su amigo que no había detectado antes. Le gustaba apreciar que todos los acontecimientos de los últimos meses no lo habían hundido, sino que le habían hecho madurar.

Durante los siguientes días, Al Fihri visitó a todos los miembros del *yund*. Se hizo el encontradizo con unos, o los sorprendió en sus moradas o en sus paseos a caballo. Con todos habló y a todos creyó convencer de que no prestaran oídos a aquellos rumores maliciosos sobre Abdel Aziz. Que le iban a dar un voto de confianza. Esperaba haber sido lo suficientemente convincente, aunque era incapaz de despegar de sí mismo una pegajosa sensación de que si habían aceptado sus razonamientos era solo porque era él quien se lo pedía y

no porque realmente confiaran en Abdel Aziz, o porque no le supusieran dispuesto a abjurar de su fe por una corona cristiana.

¿Por qué no era capaz de hacer que le vieran como él le veía? ¿Por qué no apreciaban esa luz que desprendía Abdel? ¿Acaso esa luz solo la percibía él? ¿Acaso no existía salvo para él? Aunque con su habitual optimismo, Al Fihri pensaba que había salvado la situación, las dudas crecían en él y dejaban en su alma un poso roñoso de amargura.

Nada de eso importaba, él seguiría defendiéndole a capa y espada, se reafirmaba. Como cuando en Kairuán lo protegía de los otros chiquillos que les tiraban piedras y él los ahuyentaba con un palo y luego volvía para consolar a Abdel, que lloraba con un chichón en la cabeza.

Él se debía a Dios, a la guerra santa y a su Abdel. No había nada más.

3

Baddo caminaba con Tulga a su lado por la orilla del río. Pese al fuerte olor, a su ambiente húmedo, a ella le gustaba pasear por allí, entre los bulliciosos muelles fluviales, entre marinos y pescadores. Ella decía que iba para comprar buen pescado, pero la realidad era que podrían traérselo a la *domus* o incluso conseguir las mejores piezas en el mercado, pero ella quería ir allí y más si era escoltada por aquel buey al que adoraba llamado Tulga. Ahora que compartían lecho algunas noches y recorría con sus manos sus cicatrices, las antiguas y las recientes, y sentía el calor que le provocaban sus manazas sobre su piel, sentirse bajo su protección era un placer desconocido. Era, eso sí, callado, pues, incluso en la intimidad, Tulga, que se mostraba sumamente delicado y cariñoso, era igualmente reservado. Expresaba mejor sus sentimientos con los gestos que con las palabras. Y esa era solo una de las muchas cosas en las que se diferenciaba de ella. Aun así, Baddo sentía que todavía había muchos muros en aquel hombretón que debía derribar.

«Quia, es que te estás enamorando como una boba y como una pecadora», se decía no sin sentir algo de vergüenza. Porque ella deseaba con todas sus fuerzas casarse con él, pero había algo que lo impedía, que le hacía preferir una vida en pecado que su entrega total. No solo era que, con la invasión de los muslimes, parecía que los temas religiosos y morales estuvieran más difuminados, o que realmente, bajo la protección de su señora sintiera que podía hacer cosas que estaban vedadas para la mayoría; había algo más que ella no terminaba de saber explicar. No era el miedo a la vida militar de Tulga, pues ella había crecido con un padre guerrero y sabía bien lo que era. Había… había algo más. Aunque era consciente de que algo tendría que hacer si quedaba preñada de él.

Lo quería con toda su alma. Eso era algo que a nadie —ni a él mismo— confesaría, pero que sentía con claridad meridiana. No tenía ninguna duda. A pesar de que le asustaran sus frecuentes pesadillas y que un hombretón como él se despertara cada noche por un ataque de pánico, y tuviera que abrazarlo y mecerlo como a un niño, mientras él temblaba y lloraba como un bebé. Ella quería saber qué le ocurría, qué le hacía sufrir de aquella manera, pero él era incapaz de expresar sus sentimientos y los temores que lo cercaban de noche. Prefería fingir que lo había olvidado o se encerraba en un mutismo insondable.

—A algunos hombres lo que ven y viven en la guerra les hace eso. Los destroza por dentro, aunque por fuera no puedan hacer nada más —le respondió con tristeza Aquila un día que se lo preguntó

directamente.

Pero, qué tontería, se decía. Tulga sí podía hacer más, lo que él quisiera. Si lo mejor para él era dejar la carrera de las armas, ella le ayudaría, claro que sí. Juntos lo conseguirían.

Paseaba por los muelles con él a su espalda y ella iba comentando y chismorreando constantemente, aunque el guerrero pocas veces respondía. Pero a ella no le importaba, porque sabía que la escuchaba, siempre y atentamente. Ella era feliz y, como su señora ahora que era madre, deseaba que el tiempo se tranquilizara y pudiera seguir así como estaba durante muchos, muchos años.

Aunque en realidad, no creía que fuera así. No era tan ingenua como la reina. Sabía que aquello no duraría eternamente. No tenía identificado por qué extremo se rompería el encanto de aquellos momentos de placidez, pero daba por hecho que acabaría pasando más pronto que tarde.

Y quizá, de una manera casi inconsciente, ella contribuía a que así fuera.

Baddo le confió a Tulsa sus sueños del resurgir de un reino de Toletum cristiano y la marcha de los muslimes. Confiaba en que fuera su señora o su hijo quienes finalmente lo lograran y, bueno, quizá no fuera el reino de Toletum, sino el de Híspalis, pero qué más daba. Un reino cristiano, anclado en la verdadera y única fe, y con aquellos malditos paganos fuera de nuestras tierras, de vuelta al infierno del que salieron. O al menos, con ellos y los mauros sometidos al dominio férreo de los verdaderos señores de aquellas tierras.

Cuando le relataba aquellos locos sueños en la quietud del lecho, Tulga sonreía y aunque hablaba pocas veces, siempre lo hacía juiciosamente.

—Mucho confías en la reina. Mucha carga le pones sobre los hombros. Es solamente una mujer.

—No, es una reina, amor. Una reina —le respondía ella, y creía ciegamente en aquellas palabras. Quería creer y rezaba todas las noches, en silencio y en secreto, incluso por la propia reina, para que así fuera.

Egilo le decía constantemente: «¿Quién nos iba a decir cuando los mauros nos encontraron huyendo de Toletum que estaríamos ahora así de bien, verdad, Baddo? ¿O cuando nos perseguían los judíos por las calles oscuras?». Ella asentía y le respondía que así era, «gracias a Dios». Pero algo en su interior ardía y gritaba que tenía haber algo más, que pronto se volvería a romper todo y que, cuando pasara, ella tenía que estar preparada. Y no paraba de repetir, a quien quisiera escucharla, a todos, que Egilo era la reina, que era la auténtica reina

cristiana de este reino y que algún día estaría dispuesta a serlo con todas las de la ley.

Baddo había empezado todo aquello un poco por lealtad a su señora, porque sabía que le iba a hacer bien que ella fuera diciendo a diestro y siniestro que la reina estaba allí, que tenía poder, capacidad de ayudar e influir. Pero, poco a poco, casi de un modo inconsciente había descubierto que sus palabras provocaban una marea en la ciudad. Una marea de cariño y respeto hacia su señora. Pero también de esperanza. Incluso había sido testigo de cómo los mauros comentaban ideas y utilizaban palabras que ella había extendido por la urbe y las repetían, algo cambiadas, pero esencialmente iguales, porque se las había oído incluso a oficiales árabes.

Lo cierto era que, con el paso del tiempo, una loca y extraña idea, casi un plan o una estrategia se había instalado dentro de ella. Se sentía llamada por una misión sagrada, una causa para la que había sido designada, y que iba a dar sentido a su existencia.

Era hija de guerrero y quizá sabía que ella no podía rechazar al invasor con la espada, pero tenía otras armas. Muchas veces, en los últimos meses, había dudado. Se había dicho «Quia, Baddo, para de tanto decir, de tanto hablar con la gente sobre tu señora. Que la vas a acabar poniendo en peligro», pero siempre se había refrenado. Si había peligro, tanto ella como su señora debían afrontarlo si era por un bien mayor.

Ella se había convencido de que tenía una misión que cumplir. No solo había continuado declamando ante quien quisiera escucharla, sino que también había incrementado el poder de su discurso. Egilo era reina y el valí Abdel Aziz la escuchaba, la respetaba y la tenía en cuenta; la trataba como la verdadera reina que era. Y ella aprovechaba todo aquello para jugar sus bazas.

Aunque, en su interior, ella sabía que quien influía en la reina era ella. ¡Quién lo iba a decir hacía más de tres años!

Porque, aunque Egilo no fuera plenamente consciente, que no lo era, Baddo, que tenía también nombre de reina, sabía que ella por serlo tenía una responsabilidad con la verdadera fe y con el reino. Se aseguraría de que cuando llegara el momento, diera el paso.

4

El buen Alí fue convocado por su señor Abdel Aziz, que llevaba ya un mes instalado en la ciudad y parecía que iba a estar sin moverse durante un buen tiempo tras la revuelta. Él lo agradecía, porque, aunque nadie reparó en él, aquella aciaga noche de la revuelta y aunque no sufrió, gracias a Dios, el más grande, daño alguno, sí que se había visto afligido por el desamparo y la desesperación. Allí estuvo junto a sus señoras y su esposa, armado con una vara, corriendo de aquí para allá, y en varios momentos se sintió morir.

Abdel Aziz le esperaba en el atrio de la *domus* mientras paseaba distraídamente, con pasos cortos, con un rostro serio y meditabundo. Tan concentrado estaba que no reparó en su presencia hasta que carraspeó.

—Mi señor llama al buen Alí y el buen Alí aparece, mi señor.

Abdel levantó la cabeza y le sonrió.

—Ven aquí, amigo.

El sirio se puso a la altura de su señor.

—¿Sabes lo que dicen de mí y de mi esposa por toda la ciudad, mi buen Alí?

Claro que lo sabía, ¿quién no?

—Una sarta de embustes malintencionados. A quien se los oigo repetir lo amonesto y le aclaro que son absolutamente falsos —respondió Alí.

Sonrió complacido.

—No lo dudo, mi buen amigo, pero ahora te tengo que pedir algo más que eso. Algo que solo puede llevar a cabo alguien de mi más absoluta confianza, un amigo, un servidor leal a mí y a mi familia. Solo hay un hombre en esta tierra al que pueda pedir tal muestra de confianza y eres tú.

—Me halagáis, señor. —Lo dijo con sinceridad y algo avergonzado.

—Eres inteligente y discreto, mi buen Alí. Y necesito que pongas en juego esos dos dones que tienes para que descubras de dónde nacen esos rumores sobre mi esposa y yo. Necesito saber de qué boca partieron originariamente, mi buen amigo, porque no me puedo permitir que me sigan dañando impunemente y sin control. ¿Lo entiendes, Alí?

—Lo entiendo mi señor, y os juro que no os fallaré.

Él asintió.

—Estoy seguro de que será así, Alí, completamente seguro. —Y Abdel regresó a sus pensamientos, dando por concluida la

conversación.

Alí se marchó, decidido a cumplir su misión y a no defraudar a su amo, que lo necesitaba.

5

Soy Alí ibn Bilal, hijo de comerciante, siervo de conquistadores. Dame fuerzas Dios, el grande, el misericordioso con los creyentes, el que abre los corazones a la fe y el conocimiento, el justo, el bien informado, el vigilante, dame fuerzas y guíame en mi misión. Termino mis oraciones y me levanto del suelo con una determinación que hace mucho que no siento. Mi señor, Abdel Aziz, confía en mí y no le voy a defraudar.

Doy un fugaz beso a mi bella Amat y le digo que hoy no me espere, que tengo mucha tarea y salgo de casa hacia la mansión. Solo tengo que cruzar la calle y ya me encuentro en esa enorme casa llena de patios y corredores, donde esclavos y mujeres se mueven constantemente de un lado para otro. Baddo da órdenes y organiza desde primera hora a criadas, cocineros y ayas de la recién nacida. Mensajeros entran y salen en dirección hacia la sala que el valí utiliza como despacho. Gracias a ellos mantiene la comunicación con su ejército y con los gobernadores que tiene repartidos por toda Spania.

No presto atención a ninguno, pues espero que los hombres que pedí a Abdel Aziz me esperen en el patio principal. Y ahí están. Son tres hombres sirios grandes como caballos. Visten con piel y cuero, sin armadura y portan estacas y unos grandes cuchillos a la cintura como yo quería. Están tirados en el suelo y, en cuanto me ven, se levantan y se cuadran.

—Vamos —les digo y no plantean ninguna objeción. Me siguen sin rechistar a pesar de que cualquiera de ellos podría partirme el cuello sin esfuerzo.

Salimos a la calle y comenzamos a movernos con premura hacia el centro de la urbe.

¿Cómo puedo encontrar el origen de esos rumores maledicentes sobre mi señor? He meditado durante horas, en la quietud de la noche, sobre el enigma que se me plantea y tengo ciertas ideas sobre cómo actuar contra algo tan escurridizo como las habladurías. Una vez que alguien lanza un rumor, las palabras cobran vida y se esparcen como si de la peste se tratara, sin respetar estatus, edad o sexo. La criada se lo susurra a la señora mientras la peina y esta se lo confía, sin querer, a su esposo en el lecho, que lo comparte con sus amigos y camaradas en el banquete o en el campamento. Una palabra, una vez dicha, corre como el agua de una tromba cuando encharca la ciudad y anega y convierte en ríos las calles. ¿Cómo encuentras dónde cayó la primera gota? Es sumamente complicado descubrir el origen. Así que ayer paseé por los sitios donde la gente más habla, en las tabernas, en

el mercado, en el antiguo foro y en el puerto. Busqué a los niños pobres, a los que deambulan sin rumbo, sisando a los incautos, mirando a todos, palpando el sentir de las masas móviles de gentes, los que pueden captar información dicha aquí y allá. Hablé con los taberneros y sus empleados, esos que por obligación deben escuchar a los borrachos. A todos les dije tres cosas: una, los rumores que buscaba y a quién los decía y esparcía; dos, la recompensa que habría para quien me trajera lo que yo quería; tres, el lugar donde estaría a partir de hoy.

Ya había avisado en la *domus* de que en los próximos días no iba a estar disponible. Baddo se sorprendió y pareció sospechar, pero cuando la aseguré que tenía una misión del valí no siguió escarbando como parecía pedir a gritos esa curiosidad malsana que gobierna el alma de esa mujer.

Así que fuimos a una taberna, la menos asquerosa que encontré pues no soy hombre que frecuente semejantes antros y los desprecio profundamente como lugares de perdición, cogí una mesa que estaba situada en la calle y me senté con mis tres matones sirios.

—¿Qué tenemos que hacer? —me pregunta uno.

—Esperar.

Pero no mucho. Pronto comienzan a llegar bribones, chivatos y timadores de toda calaña y edad que buscan ganar unas monedas rápidas. Todos empiezan a vomitar nombres, señas, direcciones. Los rumores corren también en mi beneficio y mis peticiones ya se dispersan como las nubes de mosquitos que, en los días de calor, parten desde los cañaverales cercanos al río e inundan toda la ciudad.

No me fio de casi ninguno. A los demasiado evidentes, los despacho sin recompensa, quizá alguna pequeña moneda para que no pierdan la costumbre. A los que, sin duda, me quieren estafar, los mando con dos de mis guardias a un callejón cercano a que reciban un pequeño correctivo por sus excesivas ambiciones. Incluso pienso que estoy haciendo un servicio público a la ciudad.

A media mañana tengo algunas pistas que me parecen fiables y dejo a uno de mis sirios ahí para que apunte quién viene y les diga que lo vuelvan a intentar por la tarde o mañana por la mañana.

Ahora me marcho a recorrer el mercado y los muelles. El bullicio me trastorna, me abochorna a pesar de la agradable temperatura; esa sensación de humanidad arracimada me asquea. No me gusta, pero sé aprovecharme de él. Pregunto, escucho y compruebo. Cojo a dos borrachos habituales con la lengua muy suelta. A uno me vale con invitarle a una ronda, pero la información que posee sobre los rumores sobre el valí y su esposa principal no me conducen a ningún

sitio. En cuanto al otro, tengo que ordenar que uno de los sirios lo inmovilice por detrás y el otro lo abofetee con fuerza hasta que se le pasen los efluvios etílicos. Cuando un hilillo de sangre le corre por la comisura de la boca, parece estar lo suficiente atento para escuchar. Pero parece que no sabe lo que quiero.

Un seco puñetazo en la boca del estómago le hace recordar.

Ese sí tiene algo interesante que contar. Parece que hay que esforzarse un poco en sacar a la luz la buena información. Cuando el puño del segundo sirio le impacta en el estómago, suelta una bocanada de aire que parece empujar hacia fuera las palabras.

Me cuenta que él ha oído los rumores de un músico que triunfa al cantar ante las gentes en una esquina del viejo foro a primera hora de la tarde todos los días. Es bastante bueno, dice el borracho, que a saber cuál es su criterio para juzgar el sublime arte de la música. Es un tipo que interpreta hermosas y divertidas canciones, con bonitas letras a veces, procaces y picantes, otras, pero siempre con elementos que conquistan al público y muchos terminan sus actuaciones comentando tal verso o tarareando una melodía. Son canciones, pero también historias, y eso las hace fáciles de recordar. Es, según dicen, un hispano proveniente de algún lugar de la Bética nororiental.

Así que paramos a comer un pequeño almuerzo y ponemos rumbo al viejo foro, aquel espacio ya olvidado de los viejos y buenos tiempos del antiguo imperio, que no era la Roma de hoy que el valí y los suyos han combatido en otras tierras. El foro ha vivido épocas mejores y aunque algunos edificios siguen manteniendo uso civil y administrativo no es como antaño. Lo que sí se conserva, como las viejas costumbres arraigadas en el alma de un pueblo, es el uso popular. Las gentes de Híspalis se concentran allí para hablar, comentar, cerrar tratos y tomar el pulso a la ciudad.

No tardo en localizar la esquina donde aquella especie de bardo ambulante actúa. Pronto comienza a agolparse el gentío esperando su llegada. Entra con un pequeño instrumento de cuerda que pronto comienza a rasgar de un modo bastante animado. Es un hombre ya mayor, en el que se perciben los efectos de una vida intensa y aderezada con demasiado licor. Lo primero que entona es una canción terriblemente triste, una historia de amor fácilmente reconocible, aunque cantada de una manera destinada a conectar con el vulgo, muy alejada de la hermosa poesía amorosa que cultiva mi pueblo.

—Lo nuestro duró lo que una cerveza en una taberna al lado de los muelles…

El hombre es bueno en lo suyo, debo reconocerlo. Mayoritariamente pecaminoso, sin duda, pero hábil. Salpica su

actuación de comentarios corrosivos, ora contra el obispo, contra los antiguos reyes, contra el valí o los conquistadores. Si no fuera porque lo dice con una gran sonrisa en la boca lo que le da un cierto y falso aire inocuo, ordenaría a mi señor que lo detuviera y le arrancara la lengua con unas tenazas al rojo vivo. Deja caer un comentario sobre el poder de la reina y cómo desde el lecho conduce por el recto camino al valí. «Menos con los judíos, ahí la señora no pudo controlar a su esposito…».

Ya he escuchado suficiente. No me gusta la violencia, la deploro profundamente y me aterra, pues tengo un ínfimo aguante al dolor físico. Pero sé en qué mundo vivo. Hago un gesto a mis dos sirios.

Esperamos a que termine su actuación, a que pase su bolsa entre el público y le lluevan las monedas por su arte.

Discretamente, en un lugar más apartado, el rapsoda hace un pequeño recuento de sus ganancias y lanza un juramento, seguramente porque no ha cumplido las expectativas que tenía.

Cuando se aleja un tanto del foro, le adelantamos y nos ponemos a su altura. Cada uno de mis sirios lo levanta de un brazo y lo llevamos sin más explicaciones fuera de la ciudad, hacia una arboleda cercana al río. Al llegar, me percato de que el tipo ha mojado sus piernas. Está aterrado.

—Vaya, vaya con el músico graciosito.

Está tan bloqueado por el miedo que al principio no es capaz de responder a mis preguntas. Necesita un revulsivo. Mis sirios me interrogan si deben proceder como con el borracho de esta mañana, pero hay algo en el músico que me enternece y estoy cansado de la violencia. Veo en el suelo el instrumento que ha utilizado en la actuación. Le hago al primer sirio un gesto.

El tipo lo recoge, lo agarra con fuerza y lo estrella, como si de un hacha se tratase, contra un tronco próximo. El arpa revienta en cientos de astillas, las cuerdas se disparan.

El músico comienza a llorar.

—No, cabrones, sois unos bastardos. Me habéis hundido…

—¿Tengo ya tu atención? No pienses que esto es lo peor que podemos hacerte…

Así que la verborrea se suelta en la boca de aquel artista ingenioso. Nos cuenta que es de un lugar de la bética llamado Bétula Nova, y que desde muy joven sintió la llamada de la música y las artes. Al principio solo actuaba para la familia y los amigos, después se hizo famoso en toda la ciudad, y aprendió los rudimentos de su arte. Viajó a Corduba, donde tuvo éxito, y comenzó a recorrer las principales ciudades de la Bética, ofreciendo su arte en fiestas

privadas, tugurios y en la calle.

¿Los rumores? Él escuchaba todo y en todas partes, dice. Pero siento que hay algo que calla, y me veo forzado a pedir al primer sirio que le dé el empujoncito que necesita. El bofetón le pone media cara colorada, pero surte efecto. Confiesa que también se gana unas monedas aceptando que algunas gentes le sugieran temas y personajes para sus canciones y sus chistes: normalmente son venganzas entre amantes, alguna pequeña cuestión política, pero sin más. Aunque sí era cierto, que, desde hacía meses, antes incluso de la sublevación de los judíos, una joven y un hombre, ambos cristianos y ambos con dinero en la bolsa, le habían pedido que incluyera las historias del valí y su esposa en su repertorio.

¿Qué historias? No terminaba de recordar qué le había pedido cada uno, porque después lo había mezclado todo en su actuación. Pero sí sabía que al principio era todo más elogioso y centrado en el papel de la reina Egilo, y que pronto comenzaron a contarle cosas más procaces y más peligrosas sobre el valí y su relación. No era estúpido, asegura, y muchas las suavizó, aunque llegó a pensar que, por la época en la que más agresivas se volvieron esas historias, estaban relacionadas con la sublevación de los judíos, y creyó que partían de ellos. Pero no era así, afirma seguro, cuando el valí volvió a tomar la ciudad, ellos volvieron.

Cuando el bético no es capaz de aportar más información más allá de una detallada descripción de aquellas dos personas, ordeno soltarle y nos preparamos para marcharnos. Lo veo en el suelo, arrodillado ante los restos de su instrumento. Y me da una cierta lástima. Le arrojo unas monedas que considero suficientes para que se compre uno nuevo. Me mira con una expresión entre sorprendida y contrariada.

A pesar del buen arranque de mi investigación, pronto me veo enfangado en un laberinto del que no soy capaz de salir. Encamino mis esfuerzos a localizar a la joven y al hombre que pagaban al músico por incluir las historias de Abdel y Egilo en sus canciones, pero sin éxito. Los chivatos y los borrachos comienzan a repetir sus informaciones y parecen no conducir a nada más que a vaciar el presupuesto con el que cuento.

Por las noches, me refugio en mi querida Amat, que nada me dice, pero cuyas caricias liberan mi cuerpo fatigado y mi alma preocupada de los sinsabores de día.

Soy consciente de la enormidad de mi misión, de lo imposible que es poder luchar contra la fuerza de las palabras y contra su velocidad de contagio. No hay espadas que las frenen, no hay murallas

que las contengan. Pero no puedo desfallecer, mi señor confía en mí. No es solo Abdel, es la familia de Muza, a la que tanto debemos toda mi familia y yo. No podemos fallarles, como clientes y siervos que somos.

Redirijo a mis chivatos, a mis informantes a identificar a una jovencita, criada a todas luces de alguien importante, aparentemente oriunda de la ciudad y a un hombre de unos treinta y muchos años, cristiano e hispano, que también debe ser un mozo o un criado. Poco cabello y sin un diente, cuyo hueco se le ve cuando sonríe. No son demasiado buenas las pistas y son muchos los que responden a esa descripción. Al cabo de dos días, tengo que incluir en mis pesquisas a aquellos que respondan a esa descripción y que hablen del valí y su familia.

El flujo de información se reduce hasta convertirse en un desesperante hilo que no conduce a nada. Rezo a Dios con todas mis fuerzas, pidiendo fuerza, luz e inteligencia. Una señal que me indique por dónde debo ir.

Han pasado casi dos semanas desde que comencé y el desánimo me embarga. Mi señor pregunta por los resultados y, tras unos esperanzadores primeros días, mis respuestas le decepcionan. Comienza a interesarse menos y a mostrarse hastiado ante mi fracaso. Y sus miradas derrotadas se convierten en mil puñales que atraviesan mi alma.

Cada día duermo menos y, cuando lo hago, las pesadillas protagonizadas por esos dos fantasmas que persigo me torturan sin descanso. Ni los masajes de mi adorada Amat en mis maltrechos pies calman mi alma.

¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Incluso mis tres sirios, estúpidos y francos como mulas, perciben la oscuridad que me rodea y se han contagiado de mi laconismo. Los presiono, pero sé que es injusto. «Nos jugamos mucho, todo», les exhorto, pero sé que no está bien y que ellos poco más pueden hacer. Yo soy el responsable. El único.

Estoy sentado en la mesita de la taberna, con mi derrota reconcomiéndome, mientras hago la vista gorda a que los tres sirios estén consumiendo tras de mí cerveza, cuando llega un mozalbete desdentado, de unos diez años.

—¿Eres tú el que buscas a los criados que cuentan historias sobre el gobernador?

Tiene en sus ojos pardos más inteligencia que mis tres sirios juntos, a pesar de que su sonrisa es un complejo damasco de amarillo y negrura.

Le dejo dos monedas pequeñas. Y él enciende una antorcha de esperanza que se propaga por mis venas como un reguero de fuego.

Silbo a los sirios y seguimos al golfillo por las calles. Ha visto a la jovencita que busco hablar con varios tenderos y contar varias historias sobre la reina Egilo, sobre lo preocupada que está ante la hambruna y carestía de precios de los alimentos que ha traído la revuelta, que reza cada día por los habitantes de la ciudad, que hace vigilia por ellos y que ha pedido a su marido que trate de paliar sus trágicos efectos. La ha visto contar la misma historia en tres puestos diferentes antes de marcharse a buscarme.

El niño es indudablemente espabilado. Ha dejado vigilando a otros dos amigos, con los que piensa repartirse las ganancias. Uno para que la siga vaya dónde vaya. El otro para que se quede en el mercado y les avise hacia donde se han marchado en caso de que él no llegara a tiempo.

Siguiendo las indicaciones de aquellos tres niños harapientos de la calle, alcanzamos a una joven que indudablemente reconozco y que va acompañada de dos mozos que portan sus compras en el mercado. Y que me aterra.

No, no, no, no puede ser. Maldita sea.

Esto es una pesadilla, no puede ser real. Freno a mis tres sirios para que vayan lentamente y la siguen hasta que llega a su destino que no hace más que confirmarme mis sospechas.

—Ni una palabra de esto —aviso a los niños y a mis sirios— o mandaré que os arranquen la lengua. —Les doy a los niños una miseria, pero sé que es más dinero del que han visto en su vida entera —. Tomad y si me localizáis en dos días al otro tipo, os pagaré el doble.

Los despido a todos por hoy y me marcho a mi casa a meditar, pues tengo mucho que cavilar. Decido evitar pasar por la *domus* en los próximos días y tener que responder a Abdel Aziz cuando me vuelva a preguntar sobre mis indagaciones. Le podría dar buenas noticias, decirle que he hecho un descubrimiento asombroso. Pero ¿sería positivo? ¿Sería una buena noticia revelarle que los rumores parten de su propia casa? ¿No sería acaso enmadejar aún más este problema de aparente imposible solución?

Ahora no es el fracaso lo que me atenaza los intestinos, es una sensación de pánico, de miedo a lo desconocido, de tener la ardiente sospecha de que me enfrento a algo que sin ninguna duda me supera.

Porque, obviamente, esa chiquilla es una sirvienta de la casa de mi señor. Es una criada algo boba, Casiana creo recordar que es su nombre, por lo que está claro que todo conduce a que tras sus

palabras y su insistencia en repetir aquellas historias a diestro y siniestro por el mercado está la mente de Baddo, quien controla al servicio y el funcionamiento de la casa. De ella puedo esperar la inteligencia y la habilidad para planear esa red de rumores. Porque, aunque Baddo se esfuerza en mostrarse como una mujer simple y algo frívola, para alguien observador y perspicaz como yo es relativamente sencillo detectar a la mujer inteligente que hay detrás. En realidad, siempre la he visto así y por eso siempre he sentido cierta afinidad hacia ella. ¡Maldita sea!

No es una sorpresa del todo. Ella es leal servidora de su señora y no pocas veces he pensado que se extralimita y la manipula y la conduce hacia pensamientos y actuaciones que no nacerían naturalmente de una mujer como Egilo.

Siento un cierto cariño por Baddo, pero la denunciaría ante mi señor sin dudar. Es solo una mujer y una cristiana. No es ese el problema. No, en absoluto.

La cuestión es el papel de Egilo, la esposa principal de Abdel Aziz. Sé que la estima y confía en ella. No es objeto de sus pasiones, como podría ser Titrit, pero ella es su esposa principal y lo demuestra, más ahora que le ha dado una hija. ¿Está ella enterada y consiente las estrategias de Baddo? ¿Lo ha ordenado ella acaso, a sabiendas? Solo una estúpida pensaría que todo esto no perjudica a su esposo y no creo que ninguna de las dos mujeres lo sea.

Necesito pensar. Y mucho. No puedo acusar a Baddo sin tener alguna respuesta clara a esas cuestiones para mi señor. Si no lo hiciera así, caería sin duda en desgracia ante él, sería una deshonra que no podría limpiar. Los Muza no dan segundas oportunidades.

Necesito pensar. Necesito darle resultados a mi señor pronto, pero no creo que unos días vayan a suponer demasiada diferencia. Decido centrarme en el otro hombre y en los interrogantes que todavía siguen abiertos, antes de ir a informar a mi señor. Preciso una misión que me evite centrarme en lo que no puedo controlar, en lo que no sé cómo afrontar.

Pero antes, entro en la *domus* en unas horas en las que sé que mi señor está fuera y abordo sutilmente a Baddo. Le hago preguntas, pero intentando que ella no sospeche lo que sé. A pesar de mi nerviosismo, creo que lo consigo, pero no logro obtener nada de valor de ella. Baddo es una mujer, pero es lista y sabe no dejarse en evidencia y elude mis pesquisas de manera hábil y sinuosa. Mantenemos durante unos minutos un juego de preguntas. Yo lo enfoco sobre los sirvientes que manda al mercado, sobre si son de confianza, si dependen de ella, si les pide algo más. Podrían ser cuestiones destinadas a mejorar la

administración, pero ella no da nada que yo no sepa ya. Es prudente en exceso, y eso, más que tranquilizarme, agudiza más mis sospechas. Cuando noto que la conversación no va a más, le sonrío, le agradezco su tiempo y me marcho.

Los muchachos de la calle no tardan en volver con la localización del otro hombre que busco. Al igual que Casiana, la criada de la *domus*, pregona historias sobre el valí y su esposa, pero su modo de actuar es diferente. Este peina las tabernas del puerto, de los arrabales y de la ciudad intramuros. Bebe con grupos abigarrados de hombres, de marinos, de segadores, de comerciantes. Bebe y habla, invita y habla. A veces a gritos, a veces, bajando la voz. Y cuando hace eso, la atención de los borrachos se acrecienta y él cuenta historias sobre Abdel Aziz y Egilo.

Y sus historias son más dañinas, más fantasiosas, más certeras. Los niños tienen buen oído y han hecho su trabajo a conciencia. Aquel hombre contó una de las historias más ingeniosas: que Egilo había bajado el dintel de la puerta de su alcoba para que Abdel tuviera que agachar la cabeza y entrar ante ella inclinado, que le obliga a seguir llamándola reina; que le está convenciendo para abjurar del Profeta y bautizarse; que preparan una coronación como reyes de Spania y que ella le ha regalado sus joyas para la tiara.

Reconozco el arte de los dos confabuladores: sus historias no son reales, pero siempre contienen pequeñas dosis de verdades fácilmente comprobables por cualquiera que viva en la ciudad. Una verdad sumada a una mentira no construye otra verdad, pero le da una nauseabunda apariencia de respetabilidad a la segunda. Y, en este caso, al contrario que el de la criada de la casa de su señor, la salpica con una ingeniosa dosis de perversidad y morbo que hacen que las historias que esparce este malandrín brillen con una peligrosa oscuridad, que se recuerden y se graben con asombrosa facilidad.

Mientras escucho y sigo a los chiquillos, entiendo que estas historias funcionan en un doble sentido que las de la enviada de Baddo y que presentan un misterio que aún debo resolver. Las que parten de la *domus* sirven para ensalzar a Egilo entre los suyos, pero son precavidas en el tratamiento de Abdel Aziz y no tratan de socavarle en exceso. Si lo hacen, son casi de manera involuntaria. Estas son deliberadamente ofensivas contra él. En los oídos de las gentes a las que están destinadas ambas engrandecen la figura de Egilo, pero, sin lugar a dudas, estas la ponen en riesgo. Porque de llegar a los oídos de los árabes, como llevan meses haciéndolo, enardecen el resentimiento de los compatriotas de Abdel contra él y su esposa. Y nadie que suelta con tanta insistencia esas historias no

espera que no acaben en todos los lugares de la ciudad, incluidos los campamentos y las casas de los yemeníes, los árabes, los sirios y los mesopotámicos.

Las dos historias se refuerzan mutuamente y tienen la ventaja de que se apoyan en realidades que toda la ciudad ha visto. Cómo la plebe aclama a Egilo en su casa, cómo ella les atiende y les ayuda, cómo ella vibraba en la tribuna, rodeada del *yund*, con la victoria del campeón cristiano frente al árabe, cómo su dama principal estuvo día y noche junto al paladín herido en su recuperación… La realidad constatada sirve como abono para las leyendas y embustes que se propagan por doquier y las ayudan a crecer y fortalecerse y a provocar una tormenta perfecta. No puedo dejar de admirar la inteligencia que hay tras ese lodazal inmundo, tras esta telaraña de palabras peligrosas urdida con paciencia.

Me encuentro con ese transmisor de historias cuando sale bamboleante de una taberna. Cae la tarde, pago a mis chivatos favoritos no el doble, sino el triple de lo de la primera vez y se marchan gritando y riendo, mostrando la más pura felicidad que recuerdo haber visto en mucho tiempo. Mis sirios y yo seguimos al tipo.

Es un bebedor profesional. A pesar de salir del local como un borracho más, a punto de caerse varias veces, tras girar un par de esquinas se yergue de nuevo y recupera un paso rápido y seguro. Le damos distancia, alertados por este cambio, y hacemos bien, pues el tipo da un par de rodeos y mira varias veces hacia atrás por si alguien le sigue. Es normal, a un hombre como él le deben haber llegado los rumores de mis pesquisas como a mí me han llegado los de sus bulos.

La noche cae cuando se detiene en un recodo de la muralla y parece esperar. Nos situamos en un lugar donde podemos observar sin ser vistos.

El hombre viste como un mozo de establo o similar, aunque su calzado parece más fino que el resto de sus ropas.

No tarda en aparecer un hombre cojeando. Es un guerrero, de eso no hay duda, barbudo y godo hasta la médula. No puedo verle bien la cara entre la oscuridad creciente ya que está de medio lado desde donde miramos. Hablan unos instantes y le entrega algo al charlatán. Por el tamaño y con la velocidad con la que lo guarda no dudo de que es una bolsa con monedas.

Se despiden y el guerrero cojo me ofrece por fin su rostro a la vista. Y lo reconozco, claro que sí. Cómo no reconocerle de aquella noche en la que nos evacuaron de la ciudad, en la que hombres como él hicieron que salváramos el pellejo y pudiéramos salir indemnes.

Algunos dieron la vida y otros, como él, quedaron maltrechos parece que para siempre.

Es Ataúlfo, el jefe de la guardia del obispo Oppas.

El mosaico ya está totalmente formado en mi mente. Tengo las respuestas que mi señor necesita, las que le dolerán y las que le alertarán. Pero ya tengo un discurso más elaborado, las evidencias y hacia donde apuntan. Si soy inteligente, y sé que lo soy, y sé explicárselo con claridad a Abdel Aziz y seguramente también al buen Al Fihri, creo que seremos capaces de desactivar esta red de conjuras orquestadas por ese cristiano intrigante y tranquilizar a las gentes del *yund* para que dejen en paz a mi señor. Y podré reducir el papel de Baddo y Egilo a una mera chiquillada que mi señor pueda atajar con una reprimenda o un castigo leve que las haga recapacitar sin mayores escándalos.

Me siento extasiado y contento. Respiro el húmedo aire del anochecer mientras volvemos hacia la *domus*, dispuesto a informar a mi señor inmediatamente. Después llegaré a casa y, si está dormida, despertaré a mi buena Amat porque necesito más que nunca su masaje de pies que hoy, seguro, sí que me hará efecto.

Estoy feliz, he salido triunfante de este reto imposible que mi señor mi impuso y estoy seguro, conociendo a Abdel Aziz, de que seré recompensado como merece tal éxito. ¿Podía ser el momento de pedir regresar a mi hogar? ¿Verdad que sí? ¿Volver cargado de oro y prebendas a Damasco?

Cuando giro la esquina y ya veo una de las entradas laterales de la *domus* un poco más allá, me despido de mis tres sirios a los que recompenso repartiendo las monedas que me quedan en la bolsa como agradecimiento a su labor y los mando de vuelta a su cuartel. Se marchan sonrientes y complacidos.

Camino seguro y rápido, con cientos de ideas revoloteando, todas ellas positivas, dentro de mí. No quiero esperar a hablar con Abdel Aziz, si se ha acostado pronto correré el riesgo de desper…

Una mano enorme me tapa la boca y me presiona hacia atrás con una fuerza que jamás he sentido aplicada sobre mí. No tardo un segundo en, presa del terror y el pánico, encomendarme a Dios y al Profeta. Noto una punzada caliente y dolorosa en mi espalda, después otra…

6

Los gritos y los lloros despertaron a Egilo cuando inundaron como una riada la mansión. Ella salió a la carrera de su alcoba y lo primero que hizo fue buscar a su pequeña, que aún dormía en su cuna vigilada por una nodriza. Después se encontró a varias sirvientas llorando en el patio.

—¿Alguien puede explicarme qué ocurre?

Abdel Aziz apareció también, medio desnudo, corriendo. Por la puerta de la que salió, ella supo inmediatamente que había pasado la noche con Titrit. Desde que había tenido a su hija, él ya no la visitaba por las noches. Ahora ella era la madre de su descendencia y eso le daba más estatus, pero parecía que la vedaba para otros menesteres.

—Alí, Alí… —gimoteaba Baddo con las lágrimas recorriéndole el rostro y sin poder articular más palabras.

Unos esclavos entraron en el patio cargando el cuerpo del rechoncho intérprete. Pálido y frío, presentaba varias heridas mortales en su espalda. La sangre oscura y reseca empapaba sus ropas. Cuando lo dejaron en el suelo, ella vio sus ojos abiertos en una expresión de sorpresa, de susto, que se había quedado grabada en él para la eternidad.

—Avisad a su esposa —ordenó Egilo con la voz contraída.

Abdel Aziz bajó la mirada y aulló pidiendo que alguien llamara a Al Fihri. Se retiró a la sala donde despachaba las órdenes, y ella lo siguió.

Cuando entró y la vio, se mostró contrariado.

—Egilo, ahora no tengo tiempo… —le gritó en el mal latín que iba conociendo.

Ella cerró la puerta tras de sí. Su mirada no dejó a Abdel otra opción. Él se encontraba herido y desnortado. Sus peores presagios se veían superados y comenzaba a ver peligros en todas partes. Entre el mal latín de él y el peor árabe de ella se hicieron entender.

Abdel comenzó a contar a su esposa lo que le azoraba.

Había encargado a Alí que investigara los rumores que sobre ellos dos circulaban por la ciudad y que habían puesto al *yund* en su contra. Ahora que había sido asesinado, no tenía dudas de que había una conspiración contra él.

A Egilo no le sorprendió que su esposo diera tan poca importancia al sentir de la ciudad de Híspalis, a él solo le importaba y le preocupaba lo que pensara y sintiera aquella maldita asamblea de árabes.

—¿De quién sospechas?

—De los míos, ¿de quién si no? No me han aceptado nunca, y menos cuando mi padre me designó como valí antes de marcharse. Quieren quitarme de en medio y, a este paso, lo van a conseguir.

Ella se arrodilló frente a él. No tenía ni idea de por qué, pero de una manera natural supo lo que tenía que decir. Sin titubear, con seguridad inquebrantable.

—No, esposo, no lo lograrán. Por ti, por mí y por tu hija que duerme en su cuna. No tendrán éxito. Tú vencerás, tú prevalecerás. —Sus ojos desorbitados, excitados, se posaron en los suyos, tranquilos y fríos. Y Egilo sintió cómo contagiaba su determinación a Abdel Aziz—. Alí te ha ofrecido su último y definitivo servicio. Con su muerte te ha advertido. Ahora compórtate como él, esposo, de una manera inteligente y sagaz. No es momento para precipitarse, es momento para planear cada movimiento. Busca a tus aliados, a los que sepas seguro que te apoyarán, yo te ayudaré. Confiaste en mí para congraciarte con los señores del reino que estaban dispuestos a unirse a ti, vuelve a hacerlo ahora. Yo te apoyaré, siempre, Abdel, no lo dudes, tú eres la roca que parapetas a esta familia del peligro.

Y Egilo lo decía totalmente convencida, creyendo en todas sus palabras, y Abdel lo percibió inmediatamente. La cogió con ambas manos y apoyó su frente contra la suya.

Establecieron una conexión que era más profunda que los besos o el húmedo sexo. Se reconocieron como dos animales compenetrados, como dos lobos en plena cacería. Ahora debían formar su manada y buscar a su presa.

Un criado entró.

—Mi señor, Al Fihri ha llegado.

Egilo lo miró. Él asintió y se levantó. Se cruzó en la puerta con el amigo de su esposo y se miraron con profunda desconfianza ambos. ¿Aliado o enemigo?, se preguntó Egilo, y notó que el árabe se preguntaba lo mismo al escrutarla.

7

Esa misma noche, Abdel y Egilo se volvieron a encontrar. Ella estaba dispuesta a presentar batalla, vender cara su existencia, la de su hija y su esposo. Sabía que una amenaza contra Abdel los ponía en riesgo a los tres, y eso hacía que no tuviera duda alguna sobre cómo debía actuar. Era consciente de que ella no amaba de una manera pasional y lúbrica a su esposo, pero sí existía una confianza y una admiración, una relación basada en su prudencia e inteligencia. Era un hombre sabio que tenía claro qué hacer y cuándo era el mejor momento. No era un bruto con corona y espada. Él no necesitaba ni lo uno ni lo otro para vencer y para regir. Pero ella también se daba cuenta de que aquel exceso de inteligencia y sensibilidad de su esposo, en no pocas ocasiones, podía hacer que resultara demasiado titubeante, sobre todo a ojos de los demás. Ella se había autoimpuesto la obligación de limitar ese defecto de su Abdel. Y más en aquellos momentos, en los que también se jugaban el futuro de su pequeña.

A ella le dolía la pérdida de Alí como la de ningún otro. El lengua había sido su gran apoyo desde que fue capturada por los bereberes, desde aquellas primeras semanas de incertidumbre y terror, y había sido la puerta de entrada para comprender el mundo de su esposo y la transformación que estaba sufriendo el suyo al colisionar ambos.

Pero no había tiempo para los lamentos. No había opción, ella era ella esposa y madre, y no podía quedar al margen de aquella lucha.

Se juntaron en el comedor, solos, sin necesidad de intérpretes. Apostando por las limitadas opciones comunicativas que podían sumar entre ellos dos. Ya no había nadie que les garantizase la lealtad de Alí.

—Al Fihri me dice que no cree que haya sido nadie del *yund*, aunque me confirma que muchos de ellos han prestado sus oídos a esos rumores y no me creen capaz de mandarlos y buscan apartarme. Dice que no es traición y que los tiene controlados, pero eso… eso es una traición evidente, y ¿cómo puede saber él que no le dicen una cosa y a sus espaldas hacen la contraria?

—No puede, esposo.

Ella no dudaba de la lealtad de Al Fihri hacia Abdel, pero no olvidaba que era hombre de clan y que en ese instante mismo estaba dividido entre dos bandos y todavía no parecía ser consciente de que, llegado el momento, tendría que romper con uno. Porque si no lo hacía, aquella lucha lo destrozaría a él y se lo llevaría por delante.

—¿Confías en él?

—Más que en mí mismo, Egilo; más que en ti.

—Lo sé —respondió algo dolida por el comentario, pero se repuso, pues sabía que no era el momento para una nueva lucha, tenía que centrarse en lo esencial—. Pero debes ser consciente de que Al Fihri probablemente está sufriendo un conflicto de intereses que no le permite ver con claridad el conjunto de la situación. ¿Lo eres?

Supo que había acertado porque Abdel no respondió de manera inmediata y frunció el ceño.

—Lo soy —le dijo al cabo.

—¿En quién podemos confiar?

—En mi hermano, que está en Ifriquiya. Y en los mauros, que confían en mí y saben que yo no les he tratado como mis antecesores, ni los desprecio como el resto de los árabes. Voy a escribir a mi hermano para que me envíe más tropas mauras, todas las que pueda, cuanto antes.

Ella asintió, pero advirtió sin demora:

—Tardarán demasiado.

—Voy a formar una guardia personal integrada por mauros.

Aquel era el momento.

—No serán suficientes. Necesitas avisar a los señores godos e hispanos que pactaron contigo. Ellos nos respetan y nos apoyarán por lo que significamos juntos. Mejor un valí árabe casado conmigo que un valí árabe que solo piense en apretar la bota contra el cuello de los sometidos. Pon sobre aviso a Teodomiro, a Urbano, a Casio, a todos. Déjame a mí ponerme en contacto con ellos, con tu consentimiento. Y déjame que circule la voz por la ciudad. La gente de Híspalis me apoya, quizá cuando vengan a por nosotros, y más si son los árabes, se levanten y nos protejan.

—Chusma y godos —replicó con desprecio Abdel Aziz.

—Esos mismos godos salvaron la vida a tus tres esposas y a tu hija, cuando tu gobernador y tus hombres árabes fueron incapaces de controlar la ciudad.

Él terminó por asentir no sin un evidente recelo. Era hombre sensato, se dijo Egilo. No le gustaba nada de lo que ocurría, ni las opciones que le planteaba su esposa, y era fácil percibir que tampoco le gustaba que fuera precisamente ella, una mujer, quien le estuviera aconsejando. Pero estaba desesperado por encontrar ayuda y parecía dispuesto a asirse al mismísimo Satanás si pasara por la ciudad.

—¿Y Al Fihri?

Suspiró.

—Es mi hermano, pero tienes razón: en esta situación tiene el alma dividida. Le comenté mi idea de formar una guardia personal de mauros y me dijo que era pésima. Que era un desaire hacia el *yund* y

que se lo tomarían como una declaración de guerra.

Ella sonrió.

—¿No la han declarado ya ellos apuñalando a Alí a las puertas de tu casa?

—Sí, sí que lo han hecho. Además, los tres sirios que lo acompañaron anoche me han dicho que les había pagado, que había resuelto todo y que venía dispuesto a informarme, pero que a ellos no les dijo nada. Que había descubierto a quienes propagaban los rumores y a quien pagaba a uno de ellos. Después, han intentado explicarme su investigación, los niños, las tabernas, las sirvientas, esta casa, un godo… pero era un galimatías, solo Alí debía saber las claves que unían todos los extremos.

—Lo echaremos de menos.

—Sin duda, su lealtad no es una virtud habitual en estos días —dijo apesadumbrado.

Egilo lo cogió de la mano y la apretó contra su pecho.

—Yo estoy aquí.

8

Entre la tensión de aquellos instantes que Egilo concebía como vitales, como definitorios de lo que sería el futuro de su familia, buscó momentos para olvidarse de ese filo de hacha que basculaba amenazadoramente sobre ellos. Esos instantes de paz los encontraba en su pequeña bebé, tan blanca, tan débil, tan indefensa, tan redonda. Ella notaba que se había transformado desde el mismo momento en el que fue consciente de que estaba embarazada. No solo había cambiado su constitución física, sino también, más esencial, su carácter. No era una transformación radical, como si ahora fuera otra persona, sino como una evolución que había afilado sus instintos y los rasgos que ella ya demostraba. Los escasos momentos de despreocupación, que antes ya eran pocos, ahora eran inexistentes. Ser madre, parecía descubrir, era estar siempre preocupada. Desde el parto hasta la muerte propia. Porque todo, ya fuera la enfermedad, el tiempo o el poder, tenía efectos o amenazas hacia su hija. Ella se sulfuraba cuando se veía incapaz de contener los riesgos que se cernían sobre ella, aunque era consciente de que era imposible hacerlo y que, con la edad, ese efecto se multiplicaría. Como todos los padres, se preguntaba y se torturaba sobre si hacía todo lo posible por su retoño. Así que sus momentos de placidez con la niña acababan, no pocas veces, con una doble ración de ansiedad.

Otro elemento que le servía para relajarse y sentirse bien era su buena y fiel Baddo. Algo había cambiado desde aquella noche en la que fueron evacuadas de la ciudad. Allí volvió a notar el efecto tranquilizador que ella ejercía. Siempre que su vida había corrido peligro, ella había estado allí para convertirse en un pilar en el que sostenerse. Cualquier reticencia que hubiera tenido sobre ella, había quedado derruida aquella noche.

Solo a ella confiaba ciegamente su hija. Solo en ella depositaba sus secretos y pensamientos más ocultos. Ni siquiera sobre el pobre Abdel, desquiciado y amargado por las sospechas y los temores a los que hacía frente en aquellos días, vertía tanto de sí misma. Su esposo estaba sufriendo asimismo una transformación y ella lo percibía con claridad: en su caso no era tanto por su paternidad, que algo tenía que ver porque Abdel había dado la bienvenida a su hija con los brazos abiertos y también perdía momentos en mimarla y acunarla, hablándole en árabe de sus hermanos y de su familia, sino porque había llegado el momento en que tenía que demostrar si era digno hijo de su padre; él deseaba con todo su corazón triunfar; tanto como hacerlo de una manera propia y no exactamente como lo habría hecho

su padre. Era el momento que llevaba esperando toda la vida. El momento en que no podía fallar.

El tiempo de las confidencias, de las reflexiones, eran las horas que pasaban tejiendo y cosiendo en la pequeña cámara que habían destinado a tal fin. Flavia ya había abandonado cualquier intentona fingida de acompañarlas, y a Titrit nadie la esperaba. Así que aquellos instantes acababan siendo suyos. De las dos, en íntima compañía.

A Baddo, además, se la veía feliz, y aquello la complacía. Aunque igualmente, quizá por lo vivido en estos interminables e intensos años, se le había puesto en la mirada un velo tenebroso de preocupación y tristeza expectante. A ella le gustaba que le hablara de este titán herido del que se había enamorado, de su Tulga, que durante días logró congregar el espíritu de una ciudad entera.

—¿No os vais casar? —la amonestaba la reina medio en broma, medio en serio.

—Quia, señora, ¿qué voy a hacer yo con ese buey con la de cosas que tengo yo en la cabeza y con el trabajo que tiene ese bruto? —se zafaba ella.

—Sabes que tendrías mi bendición, ¿verdad, Baddo?

Se cogían las manos y se apretaban con cariño. Las sonrisas se entrecruzaban y nacía en ella una sensación de que entre ambas había una barrera, algo que Egilo no terminaba de entender y que Baddo también percibía, pero que parecía comprender mejor.

—Mi señora, Tulga es un hombre simple en su exterior, pero terriblemente complejo. Su alma es como una manta rajada y maltratada en exceso. Este guerrero letal, el mejor hombre del reino, ha peleado tanto, ha matado tanto, y más que con su cuerpo, que lleva lo suyo, lo ha pagado con su alma. Ni él mismo sabe si algún día volverá a ser un hombre normal, porque hoy no se tiene por tal. ¿Familia? ¿Hijos? Él mismo teme más eso que la posibilidad de enfrentarse a un enemigo claramente superior. Porque él sabe que no se puede controlar y no se perdonaría dañar a los suyos. Porque él sabe que en hacer daño no tiene rival.

Aquella franqueza entristecía a Egilo que era testigo de cómo lo que ella deseaba que fuera una historia de amor de su dama, de esas que sus amigas gustaban de cotorrear en la corte, entre hombres hermosos y fuertes y mujeres lozanas e interesantes, arrebatadas por la pasión, no era tal y se parecía más a una triste y común experiencia de la vida real.

Porque su dama callaba más de lo que le contaba de las confidencias hechas por los amantes en el lecho, pero nada podía reprocharle porque ella también actuaría así.

Mostraba cercanía con su joven dama. Ambas, por su posición o por la vida, habían sido conducidas a relaciones mestizas, bastardas, difíciles. Como quizá fueran todas, sí, pero aquellas eran las suyas.

—¿Cómo van las cosas con el valí?

Ella sonreía, dejaba los telares de faena y le volvía a apretar la mano. Suponía que ella, tras hablar de su pareja, se veía obligada a interesarse por la suya, pero no se vio con fuerzas, no era lo que necesitaba de uno de aquellos momentos escasos que tenían, para hablar en confianza con ella. Buscaba algo de frivolidad y rememorar aquellos momentos de diversión y chismorreo que le recordaban a la vida de corte que añoraba tanto.

—Todo bien, ocupados con las guerras y la política, pero no te aburriré con esas cuestiones…

Durante un segundo, percibió una ligera decepción en su amiga, pero tan leve que creyó habérselo imaginado, y siguieron hablando como dos jóvenes amigas sin más preocupaciones que las del amor y la familia.

9

Coincidió que justo aquella noche el tiempo cambió y las temperaturas se desplomaron. Hacía frío y había llovido. La humedad era tan pesada que parecía haber hundido el ánimo de los árabes del *yund* hasta el suelo que pisaban, se les metía hasta el tuétano de los huesos y aquello parecía haberlos amargado más. Gritaban enfurecidos y levantaban el puño contra el valí. Jamás había visto a los miembros de los clanes de Medina, a los mecanos, a los yemeníes, a los sirios y mesopotámicos en aquel estado de cólera, con aquellos niveles de agresividad. Ni contra él, ni contra su padre.

Lo esperaba, claro, y aguardaba en silencio y sentado a que se desfogaran. Con la ligera esperanza de que, una vez desahogaran su frustración, pudieran discutir razonablemente y llegar a un acuerdo. Era tan ligera esa esperanza que, en su fuero interno, no la creía posible. Que, quizá, aunque sabía que sería lo mejor, se sentiría defraudado ante ese desenlace. Llevaba tantos días preparándose para la confrontación que, si esta no llegaba, no tenía claro qué debería hacer.

—¡Es una infamia!

—¡Un insulto contra tu gente!

—¡Tu padre jamás habría hecho semejante despropósito!

Le gritaban sin saber que, al mentar a su padre, el gran Muza, le reafirmaban en su proceder. Entre el alboroto buscaba el rostro de Al Fihri, su hermano, su compañero, su amigo del alma, que no se había unido al griterío. Aunque con su ceño, con su rostro sombrío y con su no intervención se había alineado, de alguna forma, con la crítica de la asamblea. Los dos estaban madurando a marchas forzadas, lo percibía. Él ya no era el joven alocado y risueño que había conocido toda su vida. La preocupación le pintaba bolsas oscuras bajo los ojos y su mirada era esquiva y huraña. Egilo tenía razón sobre él, su alto sentido de la lealtad tanto al *yund* como a él le hacía mantener unos equilibrios imposibles que lo estaban destrozando por dentro. Él solo deseaba que despertara y que se diera cuenta por fin de que solo debía estar con él. A su lado.

—Por favor, hermanos —levantó la mano—. ¿Todo esto porque os he anunciado la creación de mi guardia personal formada por guerreros mauros? ¿No es acaso demasiado exagerado? ¿Es realmente el motivo de vuestro descontento o me ocultáis algo más?

—¿Solo? ¿Solo, dices? —respondió el coro de voces ultrajadas—. Es un insulto a los clanes árabes del ejército, a los verdaderos seguidores del Profeta que hemos recorrido medio mundo para llevar

su palabra en las puntas de nuestras lanzas. Insultas a tus hermanos de la fe, a tus compañeros de armas, a los veteranos de tu padre. A los que hemos recorrido el mundo peleando por el Profeta y por tu familia.

—Además —y localizó la voz en el *talib*, en el estudioso de la palabra sagrada—, es una nueva muestra de tu preocupante interés y confianza por los infieles. Por los africanos y por los godos, a los que no vemos cómo se fuerza a la conversión a través de los impuestos como es vuestro deber, y sí como se privilegian en el ejército y con pactos con su aristocracia.

Abdel sonrió y se levantó.

—Por supuesto que lo inteligente es actuar así por el momento. Y digo por el momento, hermanos. Es que quizá no veáis las cosas como yo las veo. Y creo saber por qué. —Tomó aire porque sabía que ahora iba a prender fuego a aquel gran pabellón donde se reunían tiritando de frío a las afueras de Híspalis. Les iba a quitar el frío de un golpe—. Os habéis acomodado a esta fresca y fértil tierra, hermanos, queréis fundar vuestros hogares y disfrutar de la paz aquí. Y eso lo entiendo, pero no puede ser. Habéis olvidado que el camino que hemos elegido, el que nos ha marcado el Profeta —y levantó el dedo hacia el cielo—, es llevar la casa del islam hasta los confines del mundo. Yo no lo he olvidado, hermanos. Yo sigo viendo en el horizonte reinos cristianos y tierras que esperan nuestra llegada como un vendaval que cree en un mundo nuevo y mejor bajo la hégira del Profeta. No estamos conquistando territorios, estamos salvándolos, llevando la buena nueva de nuestra fe a aquellos que aún permanecen ciegos. Estamos transformando el mundo y haciéndolo mejor. Y debemos seguir con nuestra causa. Mejor hoy que mañana. Nuestros hermanos, nuestras gentes provenientes de nuestras tierras de origen, ya no llegan en masa como antaño, no tenemos otra opción que fortalecer nuestros ejércitos con hombres de estas tierras —afirmó tajante—. Sé que muchos son infieles y los que menos están malamente educados en nuestra fe, ¿pero qué mejor enseñanza van a encontrar que ser dirigidos hacia la victoria por verdaderos creyentes? Frente a nosotros tenemos todavía poderosos enemigos, cada vez mayores y más fuertes. Godos y, más allá, francos; más allá, la propia Roma. No debemos detenernos en nuestra marcha, tenemos que seguir avanzando y peleando. No nos debemos acomodar. No podemos desairar al Profeta ni a Dios, ni al califa de semejante manera.

—Las cosas no deben hacerse así, hijo, tu padre lo comprendía…

—Pero mi padre no está aquí —respondió sin saber exactamente a quién—. Y no olvidéis que él me designó a mí para comandaros. Eso

hago y os lideraré hacia la batalla, hacia la guerra santa. Sois guerreros, no granjeros ni magnates.

Lejos de tranquilizarlos, supo, como ya había calculado, que se sentirían insultados, aunque no terminaran de encontrar la manera de enfrentar sus argumentos. Les había golpeado donde más les dolía y quizá ya no había vuelta atrás. Pero ya era tarde para ir con ambages. Ellos le habían forzado y conducido hasta allí.

—Nos vuelves a insultar, Abdel. Primero, no confías en nosotros, tus hermanos como nos llamas, para protegerte, y, después, llamándonos cobardes a la cara.

Todos volvieron a gritar y a corear esa afirmación. Alzaron de nuevo los puños al viento. Alguno incluso se acercó más a él. Abdel mantuvo la tranquilidad, la calma, porque tenía mucho que ganar, pero podía perderlo todo aquella noche.

—¿Yo os insulto? ¿Yo os traiciono, hermanos? —Tragó saliva e hizo una pausa para comenzar su contraataque—: ¿Acaso yo doy pábulo a bulos de borrachos cristianos sobre vosotros? ¿Acaso yo difundo a vuestras espaldas embustes que os acusan de haberme coronado, abjurado de mi fe y bautizado como cristiano? Porque vosotros sí lo hacéis, hermanos, y conmigo. No solo los creéis, sino que los esparcís sin ningún reparo. Y no creo que haya nadie con el valor de negármelo esta noche. No me juzgáis por lo que hago, sino por lo que habéis decido creer sobre mí, con escaso juicio. No me habéis dado la oportunidad, ni el beneficio de la duda. Me habéis juzgado y condenado sin darme ninguna opción. Eso es un insulto y he tenido ya mucha paciencia con vosotros y con esta actitud que mi padre habría castigado con dureza. Aunque por ser vosotros yo he tenido paciencia y confianza. Pero ya no, hermanos, ya no voy a permitir que me hagáis fracasar con esas patrañas. Por Dios y por el Profeta que no lo voy a consentir.

El *yund* calló de repente. Sustituyeron los insultos y las acusaciones por miradas de odio que se hacían palpables incluso entre la penumbra danzante de aquel pabellón iluminado por las llamas del hogar.

—¿Acaso desmientes todo lo que se dice sobre ti?

—Absolutamente. Cualquiera que me conoce sabe que no tiene un ápice de verdad. Es más, estoy dispuesto a pelear y demostrar de todas las formas posibles que soy inocente. Quien de verdad me conoce sabe que no hay nada más importante para mí que mi fe en Dios, el más grande, y cumplir la misión que sobre nosotros ha puesto. Que jamás consentiría alejarme de esos preceptos por nada y por nadie, y menos por una mujer con la que mi padre me casó. Y, como

os decía, estoy dispuesto a todo para defenderme de estas injurias. Y contra cualquiera que las esgrima.

En el ambiente parecía que estaba a punto de pasar algo. Que un mínimo respingo iba a provocar una ola de reacciones. Abdel cerró su puño sobre la espada que lleva al cinto. Pero nada sucedió. El *yund* aguardó y nadie habló. Así que Abdel retomó su discurso:

—Pero no voy a perder ni un instante más con esto, hermanos. Hoy he venido a deciros que he escrito a mi hermano para que nos mande más legiones de mauros hasta este lado del mar. Y mientras tanto, reclutaré más godos e hispanos. En cuanto lleguen los mauros, partiremos hacia el norte y concluiremos la conquista de Spania y, después, atacaremos el reino de los francos. Quien no acepte mis órdenes será acusado de traición y rebeldía, y no esperéis que trate a los felones con menos severidad que a los judíos levantiscos.

El coro del *yund* volvió a estallar de indignación, pero él ya no escuchaba y salió del pabellón hacia la oscuridad de la noche, que le empezaba a parecer más cálida y acogedora que el interior de aquella tienda.

10

Egilo fue despertada en medio de la noche por Baddo, que le tapó la boca y con un dedo en la suya, le indicó que hablara entre susurros. La ayudó a vestirse y le explicó en breves palabras que Al Fihri le había solicitado de urgencia que la llevara con una escolta de sus godos a un encuentro en las afueras de la ciudad. Que ella había intentado negarse, en un principio, pero que el hombre había insistido, que era vital para todos, y era tal el aspecto de temor y preocupación, tan poco habitual en un hombre como Al Fihri, que había terminado cediendo.

—Aquila, Tulga y los demás os esperan fuera.

Subió a un carro cerrado y comenzó su camino entre la quietud de la ciudad que dormía, flanqueada por sus hombres de confianza. No pudo dejar de sentir un escalofrío cuando recordó la última vez que cruzó aquellas calles a oscuras, escoltada por esos mismos hombres.

Reconocía que no era la misma situación, incluso se le antojó más parecida a otra de una vida ya olvidada, muy lejana, cuando, siendo niña, su madre la había conducido a ver a un maloliente adivino, o al menos ella lo recordaba así, aunque no fuera capaz de repetir las palabras que le había dicho aquel hombre entonces, a pesar de que su madre siempre las había tenido presentes.

Era una noche similar, un trayecto parecido hacia los suburbios, o la memoria, siempre caprichosa y manipuladora, parecía hacérselo creer.

¿Qué demonios quería Al Fihri? Su esposo ya le había contado que en el *yund* no había tomado postura activa, sino que se había mimetizado con la masa furiosa de la asamblea de los árabes. Realmente no le sorprendió esa actitud, pero la entristeció profundamente. Porque pese a que su esposo regresó triunfante de aquel desagradable encuentro, el posicionamiento de su gran amigo, de su hermano del alma, le había emborronado aquella embriagadora sensación de triunfo.

Egilo entendía que ella y Al Fihri sentían una antipatía mutua. Que a ella no le gustaba su ascendiente sobre su esposo. Y que él la despreciaba porque le había arrancado a su gran amigo, al hombre al que aconsejaba. No pensaba que fuera mal hombre e incluso ahora tenía la corazonada de que sería fiel a Abdel hasta el último momento, o eso deseaba, porque, de no ser así, tenía dudas sobre si su esposo soportaría semejante traición.

—Señora, hemos llegado.

Egilo bajó del carro ayudada por Aquila. Estaban frente a una pequeña casa, rodeada por guerreros árabes. Dentro solo se veía la silueta de un hombre iluminada tenuemente por un pequeño candil. Era Al Fihri. Meditabundo, apesadumbrado. El festivo guerrero que el mundo conocía no había sido convocado a aquella noche de confidencias, secretos y conspiraciones. Aquila entró primero, y al ver a un hombrecillo sentado en una esquina, desenvainó su largo cuchillo.

—¡Soy el lengua! ¡Por Dios misericordioso, solo soy el lengua! —gritó nervioso. Aquila miró a Al Fihri, que asintió con la cabeza y volvió a guardar el acero.

Su capitán salió de la casa para dejarla entrar y cerró tras de sí la puerta.

—Gracias por acudir a mi llamada, señora —escuchó decir a Al Fihri en la voz de su intérprete. Trataba de traducir algo del original, pero con él, que tenía un acento diferente al de su esposo, siempre acababa confundida y algo perdida—. Os he pedido que vengáis para imploraros ayuda, como esposa de Abdel Aziz. Como alguien que todavía tiene ascendencia sobre él.

—Muy desesperado debéis estar, Al Fihri, para pedirme ayuda a mí. Para creer que yo puedo hacer cambiar de opinión a mi esposo.

Él frunció el ceño.

—No es lo que dicen por ahí.

—Es lo que dicen por ahí las patrañas y los embustes que vuestra gente se empeña en creer. Pero tenía la esperanza de que alguien que conoce tan bien a mi esposo como vos no hubiera caído en esa trampa emponzoñada.

Al Fihri hizo un gesto con la mano, vigoroso y rápido, como queriendo apartar aquel asunto de la conversación.

—En efecto, estoy desesperado. Abdel está siendo imprudente y nos va a conducir a todos a una tragedia. Me veo incapaz de controlar al *yund* si prosigue con su actitud belicosa y provocadora. Y si no logro controlarlos y protegerle, será una hecatombe para todos nosotros, para vos y vuestra hija también.

Ella asintió. Egilo coincidía en que Abdel había pecado de provocador y que no era una situación que supiera manejar con habilidad. Ella respaldaba sus movimientos, incluso los había animado, pero tenía muchas dudas sobre si haberlos expuesto con meridiana claridad ante el *yund* había sido sensato. Ella habría optado por la prudencia y las medias verdades. Por haber ocultado parte de sus intenciones. Pero Abdel estaba crecido, sabía que tenía razón y creía que debía llevar a cabo su plan, costara lo que costara. Y ella se

daba cuenta de que iba a ser peligroso. No necesitaba a Al Fihri para que se lo dijera.

—¿Me creéis tan estúpida como para no ser consciente de todo eso?

—Precisamente porque sé que no lo sois, os pido ayuda. Debemos rebajar la tensión, vos con Abdel y yo con el *yund*. No podemos permitirnos una guerra civil. Vos debéis saberlo mejor que nadie, porque me han contado que vuestro reino vivió varias antes de llegar aquí.

—Puedo tratar de tranquilizarlo, Al Fihri, pero sé que no puedo hacer que cambie de plan ni de postura, porque él sabe que tiene razón y yo también lo creo. Aunque vaya en detrimento de los intereses de mi pueblo, velo ahora por los suyos y creo que lo que él ha dispuesto es lo que debe ser.

—No pido tanto, porque también coincido, al menos en parte, con lo que él cree. Pero necesito prudencia y tiempo.

Los dos se miraron fijamente, como dos conspiradores conscientes de que tenían en su mano las bazas para tener éxito, pero que no veían nada claro si podían confiar el uno en el otro, ni si ellos mismos serían capaces de llevar a buen término su parte.

Ella bien había comprobado que Dios se solía reír de los planes de los mortales. Y parecía que el Dios de los muslimes no era muy diferente.

—Lo intentaré —concedió.

—No sé si será suficiente, pero lo agradezco. Si no tenemos éxito, solo Dios podrá salvarnos.

Ella sonrió.

—Siempre estamos en manos de Dios.

Se volvió y salió a la fría noche dispuesta a proteger a su esposo y a su hija, aunque tuviera que enfrentarse al primero.

Tulga

¿Por qué se merece él, precisamente él, esos esporádicos momentos de felicidad con Baddo?, se pregunta Tulga. Él, el asesino, al que los fantasmas de los muchos a los que ha dado muerte le acechan por las noches y no le dejan dormir. Ellos y el fantasma que más le aterra, el del joven que un día fue y que la guerra transformó en un brutal y enloquecido carnicero.

Baddo le pregunta y fantasea con formar una familia, con casarse, y a él le genera un deseo inabarcable, infinito, pero también un temor de la misma magnitud. Él sabe que, tras todo lo que le ha contado sobre sí misma, ella también alberga grandes dudas sobre esa posibilidad, pero, a veces, parece dispuesta a correr el riesgo.

Y a él eso le honra, le enternece, pero también le aterra.

Ella siempre es tan sincera con él, tan dulce, que le duele tanto como la punta de una flecha clavada en las costillas ocultarle un secreto, oscuro, sangriento, que lleva silenciando un tiempo, que a él se le hace una eternidad. No se lo merece. A pesar de que lo hiciera por ella, siempre por ella.

Porque él no ha podido dejar de pensar en ella, de adorarla, de protegerla como si fuera su único y vital tesoro. Desde que la vio, desde que despertó tras el duelo en el que casi se muere y le dijeron que había estado días y noches a su lado sin despegarse un momento. Desde que le dijeron que estaba rodeada en la ciudad y no dudó un instante en coger su espada, dolorido y maltrecho como se sentía. Ella era él. Y sin ella dentro de él, solo era una carcasa de hueso y cicatrices sobre un alma negra como el carbón.

En él, dentro de él, en lo más profundo de la sima que siente por alma, se libra una batalla en la que, lo sabe bien porque así ocurre en la realidad, no habrá un vencedor. Porque, en la guerra, incluso la victoria conlleva un precio del que muchas veces no son conscientes ni los propios contendientes. La vida es una guerra. La suya y la de todos. Y él ha salido vencedor tantas veces que envidia a los muertos que ya no tienen que penar como él.

Pero tras la batalla de la laguna, tras llegar a Híspalis, aquella negrura se había retirado un poco gracias a Baddo. Le debía todo. La vida, aquellos escasos momentos de felicidad que estaba viviendo, mientras se apretaba contra sus generosas y blandas carnes que le hacían sentir por primera vez como si tuviera un hogar, algo a donde retornar.

No era muy inteligente, pero también era consciente de que todo aquello era un espejismo pasajero. Veía la preocupación de Aquila, de

Baddo, incluso de la señora Egilo cuando la trajeron de vuelta hacía unas noches tras un encuentro secreto con Al Fihri. La paz estaba a punto de saltar por los aires y los hombres como él volverían a primera fila. Y después… después, quién sabía.

Pero ocurra lo que ocurra, él se da cuenta de que nada volverá a ser igual. Que debe saborear momentos como este. Cuando siente el calor que desprende el cuerpo desnudo de Baddo junto al suyo tras hacer el amor. Cuando no quiere estar en ningún lugar del mundo que no sea ese jergón.

Pero, ay, los secretos.

Él, que ha matado, que ha robado, que ha violado, no es capaz de guardar un secreto a su Baddo. Pero lo hace, por el infantil temor a no saber cómo reaccionará. Porque ha hecho algo, algo no más terrible de lo que lleva toda su vida haciendo desde que era chaval, pero que sí que puede haber afectado a su amada.

Y no sabe cómo proceder. Está haciendo esfuerzos titánicos por no revelarle la verdad a Baddo. Porque quizá, como muchos han hecho antes que ella, lo miraría horrorizada y se apartaría asustada de él. Porque lo juzgaría con dureza, a pesar de que, en su mentalidad simple, él solo ha tratado de protegerla.

Mientras la mano juguetona de ella acaricia su fuerte antebrazo cubierto de cicatrices y hace que su vello se erice, decide que aquella noche no será. Que va a disfrutar de este momento que no sabe ni cuándo ni si se repetirá alguna vez.

Y el secreto, bueno, siempre habrá ocasiones para contarlo. Y si no las hay, será una verdad incómoda que se llevará al infierno.

SEXTA PARTE

LA CONSPIRADORA

Tiembla
como si fuera la primera vez,
como si fueras a largarte después,
y no quisieras.

QUIQUE GONZÁLEZ, «Miss camiseta mojada», 2002

El último día

Le había ofrecido huir, salir de la ciudad, pero ella lo había rechazado. ¿A dónde iba a ir? Sus conquistadores la habían reducido a ser la segunda esposa de Abdel Aziz, la furcia con la que se desahogaba cuando necesitaba, y sin eso, ¿qué era ella? Nada, la Titrit que algún día fue ya murió hacía mucho tiempo; si ahora ese era el destino, lo aceptaba. No quería volver a empezar, no quería encontrar un nuevo amo, un nuevo esposo al que servir.

Había despachado a Baddo sin más explicaciones. No se marcharía, pasara lo que pasara. Ella había vuelto a insistir, pero ante su falta de respuesta, se había marchado rezongando. «Terca como una mula, la maldita», había farfullado, y no le parecía mal final. Ni mal epitafio.

Porque no iba a aceptar lo que viniera. No se iba a rendir para ser entregada. No quería más cambios. Ni tampoco seguir viviendo como lo había hecho hasta ahora. Se había agenciado un viejo puñal que había visto extraviado, lo había afilado en las cocinas hacía un rato y en ese instante lo acariciaba oculto bajo sus ropas. Frío y letal.

Todos la tenían por la esposa esclava y sumisa de Abdel. La que había aprendido su lengua, la que había aceptado su destino, la que le abría su lecho cuando él deseara, aunque después no le hiciera más caso. Sonrió. Nada sabían, nada conocían. Sumisa y esclava era Egilo, que había aceptado la mayor rendición para una mujer ante su amo, la de darle hijos. Ella, que sabía que era la única que despertaba la lujuria de Abdel Aziz desde que la conoció, que le había recibido centenares de veces en su lecho, había resistido silenciosamente, sin hacer ruido y sin dejar que nadie fuera consciente de su última e invencible defensa.

Cada vez que Abdel Aziz la tomaba, sin perdonar ni olvidar ninguna vez, ella recurría a los viejos remedios de su pueblo, a las enseñanzas de su tía abuela para limpiar cualquier vestigio de la semilla del árabe de su interior. Podía violarla cuando quisiera, enseñarla como un trofeo, arrancarla de su casa y llevarla por todo el mundo como si fuera una esclava. Podía hacerla abjurar de su fe y de su lengua. Pero jamás, jamás, permitiría que un hijo suyo, un nieto del hijo de Satanás de Muza, saliera de su vientre.

Aunque le costara la vida. Porque no pocas veces, por las náuseas, los vómitos y los sangrados de los remedios que se aplicaba, se sintió enferma e incluso a punto de morir. Y eso que, además de las dudas y los dolores físicos, aquello le provocó un sordo pero agudo dolor en el estómago por la seguridad de que todo aquello la

condenaba a no tener hijos nunca.

Pero jamás cedió. Su cuerpo fue el último baluarte de la resistencia de su gente y ella no iba a fallarles.

Nadie sospechó. Porque Titrit se había convertido en una maestra en fingir, en hacerse invisible para todos en la casa de su amo. Y aunque el papel de Egilo la había enternecido, había sentido comprensión y pena por ella, había mirado de reojo con ardientes celos cómo mimaba a su bebé, ella sabía que aquella mujer había optado por jugar una partida peligrosa que estaba a punto de terminar. Ella había decidido simular que podía decidir su futuro, el del reino y el de su esposo y, muy pronto, seguramente aquel mismo día, iba a descubrir la cruda realidad.

Pero a ella ya todo le daba igual. Llevaba mucho tiempo preparada para aquel día.

Se rio, con una carcajada amarga y seca, al recordar el rostro de Baddo cuando le había dicho que no se marchaba. Que no quería ser salvada, ni liberada. ¿A dónde iba a ir? Le habría gustado preguntar. Pera daba igual, porque aquella mujercilla astuta no era capaz de ver mucho más allá, y no percibía que ella iba a ser liberada, pero para siempre y por su mano. No iba a volver a depender de nadie.

No tenía lugar a donde ir. No iba a quedarse ni para honrar el cadáver de su esposo y enterrarlo; ni para convertirse en su primera esposa, si acaso sobrevivía. No iba a pagar las consecuencias de todo aquello. Bastante había pagado y penado ya. No, iba a aprovechar toda aquella situación que ella no había contribuido a provocar para liberarse por fin.

Sabía muy bien lo que iba a hacer cuando llegara el momento. No dudaría. Le daba la sensación de que el espíritu de su tía abuela la acompañaba y la respaldaba. Le daba fuerzas. Aquel día, más que nunca, sentía que ella representaba a su pueblo, a ese que ya no existía, que no era esclavo de los árabes, que no había aceptado su liderazgo ni su fe. Y que durante aquella jornada, de una manera mínima e imperceptible, su pueblo iba a obtener una última victoria. Minúscula y liberadora.

Cuando llegaran, ella no se iba rendir. No iba a pedir clemencia.

No la iban a volver a capturar.

1

Las voces iban y venían. Las gentes corrían y se marchaban. Nadie en la ciudad iba sin urgencia. Todos iban veloces. La pausa no existía. La urbe palpitaba trayendo y llevando lo que decían unos y otros. En los carros, en los barcos por el río, entre los viajeros que caminaban por las calzadas, las palabras volaban. Llevaban muchas historias sobre Egilo y Abdel Aziz allá donde llegaran. Algunas, hermosas y luminosas; otras, oscuras; otras, medianamente turbias. Todas con una dudosa interpretación en función de quien las escuchara.

Circulaban en latín y en árabe, y llegaban a las iglesias, a las nuevas mezquitas, a las villas y los campamentos, y resultaban imparables.

Desde la *domus*, Baddo las extendía sin parar a través de su criada y de ella misma. Desde el palacio episcopal, el obispo Oppas hacía lo mismo. Una vez vertidas en las calles, se mezclaban, se deformaban, circulaban, morían, se transformaban y se reproducían. Algunas calaban más entre los cristianos y se engarzaban en su acervo. Otras se prendían en las mentes de los árabes y espoleaban su ánimo o su furia. Algunos las creían todas; los menos, ninguna.

Hablaban de una reina que pudo haber sido y no fue. De un reino que pudo haber existido y ya no, aunque algunos lo desearan con todo su espíritu. De un nuevo mundo que pudo nacer o no. De un líder valeroso que debía dar un paso, pero que quizá no lo diera. De una mujer manipuladora que conspiraba y humillaba a su esposo a su caprichoso antojo. De un alfeñique que no sabía controlar a su mujer y que se plegaba ante ella como un tonto, que olvidaba sus obligaciones.

Mencionaban también a una mujer valerosa y fiel, que mantenía la llama de un mundo que se resistía a desaparecer. Que apoyaba lealmente a un esposo que solo quería lo mejor para sus gentes y las gentes a las que dominaba. Que la mirada de aquella pareja era tan revolucionaria que prometía un mundo nuevo, que conectaría el pasado y el futuro.

Pero eran solo palabras, apenas soplos de aire que no permanecen, que no se pueden atrapar.

2

Demacrado, con oscuras ojeras por las noches en vela, Abdel Aziz deambulaba por la *domus* con torrencial energía. Despachaba mensajes sin parar, atendía a oficiales mauros y godos continuamente. Eso sí, salía poco, y cuando lo hacía, decenas de mauros lo aguardaban en la puerta, armados hasta los dientes. Temía emboscadas y celadas en todas las esquinas. Ataques en cualquier momento. Egilo lo comprendía, pero no podía evitar apenarse al verlo así. Ansioso, aterrado.

Daba la sensación de que no sabía cómo había llegado a esta situación, pero que era algo que internamente esperaba y que sabía que se jugaba el todo por el todo. No había más. Ahora o nunca.

Ella le apoyaba, pero, y qué terrible palabra era aquel «pero», buscaba el momento para hablar con él en confianza tras la advertencia que le hiciera Al Fihri. Necesitaba hallar ese instante en el que no se enfureciera con ella, en el que no se pusiera a la defensiva y que la escuchara. Solo pedía eso. Estaba convencida de que, si lo hacía, si sentía que Al Fihri y ella estaban de acuerdo en lo que le decían, recapacitaría.

Él era sabedor de que necesitaba tiempo, porque cuanto más margen diera a las legiones mauras que su hermano le debía enviar desde Ifriquiya, más oportunidades tendría de salir triunfante de aquel envite. Ella creía que, si bajaba el ritmo, tendría algo más de tiempo.

Aquel día logró convencerle para que comieran juntos. Mientras lo hacían, cada uno sumido en sus pensamientos y preocupaciones, él se adelantó.

—Por fin te has decidido a contarme qué quería de ti Al Fihri la otra noche. Lo llevo esperando muchos días, esposa.

Ella se quedó sorprendida y lo miró fijamente. Parecía un ataque, pero la expresión de su esposo no lo confirmaba, aunque tampoco desmentía aquella impresión. Decidió obviarlo y no salirse del camino que había trazado para aquella conversación.

—Sabes mejor que yo que él también mira por tus intereses. Esa noche se tragó sus reparos hacia mí y buscó acercarse a ti a través de mí. Pero yo necesitaba evaluar con claridad sus palabras antes de venir a ti. —Al escucharla, enarcó una ceja y la invitó a continuar—: Está preocupado, como todos. Sabe que necesitas tiempo para esperar los refuerzos mauros. Y yo también lo creo, esposo. Necesitamos tiempo. Semanas, meses. Lo que sea. Él cree que si tú rebajas el tono, él podrá refrenar al *yund*.

—¿Y tú también crees que debería hacerlo?

—Creo que deberíamos, al menos, intentarlo.

Él se recostó y dejó de comer. Se llevó dos dedos a la barbilla y se masajeó la barba, mientras parecía meditar.

—¿Sabes que mi gente está llamando a casi todos los árabes repartidos por tu tierra? Van a llegar compañías de Emérita, de Toletum y de Corduba y de más ciudades. No parece que tengan muchas intenciones de refrenarse.

Su tono de voz era triste y resignado.

—No, no lo parece, en efecto —pero insistió—. Si es así, con mayor motivo necesitamos ganar tiempo.

Se levantó.

—He perdido el apetito y necesito descansar, esposa.

Salió de la habitación y ella fue incapaz de saber si sus palabras habían surtido efecto en él. Solo podía rezar para que así fuese.

Abdel Aziz se detuvo ante la puerta.

—No vuelvas a verte con Al Fihri sin mi permiso y, si por casualidad ocurriera y no pudieras evitarlo, infórmame inmediatamente. No vuelvas a osar poner en tela de juicio mis decisiones con otro hombre. —Lo dijo en un tono bajo, pero su voz fue la más gélida que ella le había oído en su vida e indudablemente amenazadora—. No creas por un segundo que el haberme dado la bendición de una hija te da derecho a creerte más de lo que eres. Que no te lo tenga que volver a recordar, o habrá consecuencias.

3

¿Cómo se atrevía esa mujer a aconsejarle en el arte de la guerra y el poder? ¿Qué sabría ella? Por Dios, el más grande, que la respetaba y confiaba en ella, pero se tomaba demasiadas licencias para su sexo y condición. Y esas actitudes impropias alentaban los rumores y las injurias contra su persona. Pero aún había más, ¿por qué su mejor amigo, por qué su leal compañero de armas no se atrevía a hablarle directamente a él y lo hacía a través de aquella mujer a la que siempre había despreciado? ¿Qué se había perdido?

Muchas cosas, se respondió inmediatamente. Y, a pesar de que se sentía molesto con su esposa y su amigo, percibió que algo de razón tenían y valoró el esfuerzo de que hubieran superado sus desconfianzas mutuas para ayudarle. Algo bueno parecía haber tenido todo esto, sonrió en el lecho. Pero fue un solo momento. Después volvió a sentir ultrajado su orgullo porque su esposa y su amigo quisieran manipularlo y conducirlo como ellos deseaban. ¿Qué creían, que él no era capaz de pensar en todo aquello? Claro que lo había reflexionado. Y no pocas veces. De hecho, si acababa actuando en ese sentido, buscando destensar la situación y darse tiempo, no sería por lo que hubieran hablado aquellos dos.

Solo faltaba que, con todas las habladurías que corrían sobre ellos, diera la impresión de que todo dependía de lo que le susurrara al oído aquella mujer. Él, que había tenido una durante años, la enigmática Titrit que satisfacía su lujuria, pero que fuera de la alcoba demostraba su rebeldía con hosquedad y silencio. Él, que a su segunda esposa la tomó por cumplir y que creía no haber hablado con ella ni un instante en todo aquel tiempo. Él, que durante años había sido objeto de las burlas de sus soldados por el poco caso que hacía a las mujeres, en general. Que incluso señalaban —eso sí, sin que nadie los oyera— que era un invertido.

Ahora decían que había perdido la cabeza por aquella mujer y que incluso le guiaba la sesera y elaboraba sus planes. Aunque, claro, la maldita Egilo, tan solícita, tan indudablemente útil pero también tan soberbiamente orgullosa, no dejaba, con sus posturas, con sus comportamientos, de apoyar en cierta manera aquellas habladurías.

Ellos no conocían su historia. Nadie, salvo su padre. Nadie sabía cómo el gran Muza cortó de raíz la posibilidad de un amor como el que cantaban los poetas y le había abocado a esto, a un amor interesado, marcado única y exclusivamente por el poder y la supervivencia, que era lo que, a todas luces, mantenía con Egilo. Quizá, se decía, fuera esto más puro, más real, que lo otro. No dudaba

de que fuese real y mutuo. Entre ellos se había tejido una relación de confianza, de respeto y hasta casi de admiración. Eran dos animales similares y cazaban en manada. Se comprendían y conocían sus necesidades.

Egilo era una reina de los pies a la cabeza, en eso no se había equivocado su padre. Había elegido bien a su futura compañera, aunque seguramente de manera involuntaria, porque él jamás aprobaría aquel tipo de relación y confidencias sobre el poder y la guerra. Quizá no era amor, pero era una alianza sólida que se había convertido en hierro gracias al nacimiento de su hija Aisha.

Aisha. Aisha.

¿Cómo podía querer tanto a una criatura a la que apenas veía? No hacía aún nada, salvo llorar, comer y sus necesidades. La situación tampoco era propicia para pasar tiempo con la pequeña, pero sentía hacia ella algo fuerte y primigenio. Ni siquiera que fuera una niña le desanimaba, porque en su fuero interno sabía que Egilo le daría varones. Era su futuro, su legado, su huella, pasara lo que pasara. Obviamente, sus sentimientos no eran como los de Egilo, quien tras el alumbramiento se había convertido en una especie de madre leona con su cachorro.

Ella había sido la primera mujer con la que había sentido necesidad de hablar, a la que había necesitado y admitido pedir consejo. A la que había escuchado. Y a pesar de que le molestaba que ella hubiera malinterpretado todo eso y se hubiera sentido capacitada para tomarse muchas licencias, como reunirse con Al Fihri y creerse competente para aconsejarle, sin él solicitarlo, lo agradecía. En silencio, pues jamás se lo diría a ella.

Pero también era consciente de que su ayuda le había apretado la soga con la que los árabes del *yund* le querían ejecutar.

¡Malditos fueran todos! ¡Todos! Abdel estaba enfurecido. Con su padre, con Egilo, con sus compañeros árabes, con sus presuntos aliados mauros y cristianos. ¿Acaso estos últimos no lo estaban dejando en la estacada? ¡A él! Ni los solícitos Urbano, Teodomiro o Casio. Ni el sibilino Oppas, que tanto quería medrar, pero ahora parece desaparecido y ausente… A él que los había liberado de unos reyes infames que los tenían sometidos y que los condenaban a cíclicas guerras civiles, a la inestabilidad; a él, a quien, pese a que les había traído la luz de la fe en el Profeta sin haberles forzado a convertirse, echaban en brazos de los clanes del *yund* que les forzarían, que les someterían con mayor dureza… Nadie, nadie se salvaba. Todos parecían conspirar contra él, o al menos, para dejarle caer.

Incluso Egilo. ¿Acaso no comprendía nada aquella mujer? ¿O

quizá era que lo comprendía demasiado bien?

Y, no obstante, no tenía dudas de que algún día, si ella muriera antes que él, la echaría de menos.

¿Eso era amor? No, él no lo creía en absoluto, pero ¿quién podía responder a aquello?

4

Baddo sentía una tensión insoportable que iba creciendo y ampliando sus límites día a día. No sabía qué era lo que ocurría, pero lo intuía. Sentía que estaba en un momento sin retorno posible y, en realidad, no quería volver atrás. A medida que pasaban los días, le daba la sensación de haberse convertido en un soldado y no podía evitar acordarse de su padre. Le gustaría que, allá donde estuviese, se sintiera orgulloso de ella, y que considerara a Tulga como el mejor compañero que podría tener.

El momento de la verdad se acercaba y aquella certeza, junto a la satisfacción que creía que su padre sentiría, la empujaban a forzar situaciones.

En aquellos momentos, no dejaba de acordarse de su querido padre, el buen Ataúlfo. Aquel gran guerrero viudo, aquel hombre nada rico, que solo con su valor, su fiereza y su destreza con el acero había logrado ser uno de los grandes y más leales compañeros del rey Roderico. Aquel hombre que, solo, sin más apoyo femenino que el de dos de sus hermanas, había criado a su pequeña Baddo con el mayor amor del mundo.

No solo la había criado, sino que la había moldeado y la había convertido en lo que ella era en esencia. Pese a su apariencia pizpireta, charlatana y acomodaticia, en el fondo siempre se había sentido como una «pequeña guerrera», porque así era como la llamaba su padre, quien, cuando regresaba a casa, la sentaba en su regazo y le relataba sus batallas. Con crudeza y sin ahorrarle ningún detalle. Le hablaba de sus compañeros y le contaba cómo eran aquellos hermanos de armas, de sangre, que darían la vida los unos por los otros y por sus caudillos. Cuando notaba que ella se encendía con sus relatos, él, que tanto la protegía, que tanto evitó que tuviera problemas en la vida, se reía y decía con aquella voz ronca y áspera suya: «¡Qué gran soldado le ha quitado Dios a mi señor rey haciéndote mujer!».

Baddo se percataba de todo y siempre había crecido conforme a la imagen que su padre proyectaba de ella. Eso hizo, entre otras cosas, que no se sintiera cómoda cuando él logró que el rey la incluyera en el séquito de su esposa en la *urbs regia*. Para ella fue una tortura, soportando a aquellas hijas de perra mofándose de manera evidente ante la aprobación de la reina. Soportando sus bromas, sus desaires. Si de ella hubiera dependido, habría renunciado y escapado de aquel nido de víboras el primer día. Pero cuando veía a su padre, orgulloso de que su pequeña estuviera allí, se sentía incapaz. Con gran dolor de su alma se aplicó aquel dicho que había oído alguna vez a sus tías de

que «lo que no te mataba, te hace más fuerte», y había aguantado. Había tragado sapos y culebras, bilis y sangre. Había aprendido a esconder sus sentimientos bajo su sonrisa, de la que muchos decían, quizá por la redondez de sus mofletes, que era ovina, mientras por dentro maldecía e injuriaba con insultos que harían enrojecer a los estibadores del puerto del río en Híspalis.

Ella era la pequeña guerrera de su padre y no le fallaría. Y aquellos días, en Híspalis, cuando ya hacía años que su padre había encontrado la muerte, con toda probabilidad heroica, junto a su rey, ella se seguía sintiendo su pequeña guerrera y, de eso estaba segura, actuaba de la manera que a él le agradaría.

Además, también pensaba que el buen Tulga habría obtenido su beneplácito. No había noche en que no imaginara cómo los habría presentado, y cómo seguramente se habrían sentado a beber y a hablar de la guerra. Aunque, a decir verdad, imaginaba a su padre hablando sin parar, riendo y ya algo beodo con la lengua suelta, arrastrando las palabras, y palmeando constantemente la espalda del gigantón. Y a este, callado, escuchando, sonriendo y asintiendo. Pero ambos, juntos, congeniando y mostrando su agrado de una manera natural.

Baddo lo hacía todo pensando en que aquellos dos grandes guerreros estarían orgullosos de ella. Eso guiaba sus actos.

Como lo que iba a acometer en aquel instante. Ya no había vuelta atrás.

Estaba en el mercado, en plena mañana, y en aquel puesto se concentraban muchas mujeres y unos pocos hombres. Algunos porteando y otros trabajando, atendiendo y cargando. Una de las mujeres, con un pañuelo a la cabeza y la frente perlada de sudor, tras dar las hortalizas a su criada, le preguntó:

—¿Cómo está la reina, mi señora?

Era una pregunta inocente, cortés. Sin demasiada importancia. Que no esperaba más que una respuesta baladí e igualmente educada. Ella lo sabía, pero no le importó. Miró a derecha e izquierda y vio a un buen montón de cabezas a su alrededor. Sonrió.

—Ay, hija mía, bien, pero preocupada. Ya sabes, los malditos muslimes dicen ahora que quieren ir a por ella, porque no les gusta la influencia que ejerce sobre el valí. Y ella está inquieta, ya sabes, no por ella, que ella no es así, sino por su esposo y su niña, porque, claro, ¿qué va a ser de ellos sin ella? Y de todos nosotros, me temo.

La mujer puso una expresión de horror. Todas las cabezas, femeninas o masculinas, se habían vuelto hacia ella. Todas querían escuchar. Todas querían participar.

Baddo, en cuanto su criada tuvo preparados los suministros para la mansión, emprendió lentamente el camino de vuelta a casa, pero pronto se percató de que la acompañaban montones de personas, que muchos habían corrido a contar aquello a las tabernas y a otros locales. Que todos miraban hacia ella. Que muchos se animaban a seguirla y, de repente, se formó una procesión, un verdadero tumulto.

Algunos, cada vez más, se animaban a preguntarle, pedían que les diera más detalles sobre lo que buscaban los muslimes, sobre qué querían hacerle a su reina, sobre qué podían hacer. Ella respondía a todos con paciencia y con una aparente prudencia que realmente no sentía. Por dentro estaba desbocada, dejando salir toda su malicia, todas sus suicidas esperanzas, porque sabía que poco bueno podía nacer de todo esto.

Pero ya no había vuelta atrás. Ya no había retorno. Ella ya lo había asumido y todos tendrían que hacerlo.

Decenas de personas la acompañaron a la *domus* y se quedaron fuera aclamando a su reina. Eran cerca de un centenar y permanecieron fuera varias horas. Ni Egilo ni Abdel entendían nada de lo que ocurría. Solo Baddo, pero nada trató de explicar: solo dijo que en el mercado se le había sumado aquel gentío que la había seguido hasta la casa.

Fuera, decenas de gargantas clamaban: «*Regina*, *regina*», «Egilo», «Señora».

5

Abdel Aziz decidió hacer aquello que su esposa y su mejor amigo le habían sugerido, aunque a ellos les dijo que había sido una decisión exclusivamente suya. Había mandado mensaje a los miembros del *yund* de los árabes y los había convocado aquel mediodía. Acudió protegido por su guardia africana, pero seguro y tranquilo, preparado para hacer concesiones, para relajar la tensión y ganar un tiempo que no tenía y que necesitaba. El coro del *yund* lo reprendió nada más entrar.

—Sabemos que has llamado a los mauros y que has escrito a todos los nobles hispanos con los que has firmado tratados. ¿Debemos entender que nos vas a hacer la guerra?— le gritaron sin más dilación.

—Yo sé que estáis concentrando hombres llegados de todas las ciudades de Spania en las afueras. ¿Debo entender yo, por mi parte, que me vais a hacer la guerra? —Y la pregunta los silenció—. Si hemos terminado con los reproches ya, me gustaría haceros una propuesta.

Abdel Aziz habló con tranquilidad durante unos minutos. Vio cómo algunos rostros se relajaban, pero no todos. En las miradas de algunos de ellos seguía ardiendo la hoguera de la desconfianza y el odio. Y estaba seguro de que aquello no iba a desaparecer nunca. Pero le bastaba con que se dividieran, con que algunos creyeran de nuevo en él.

Iba a disolver su guardia africana e iba a crear una nueva, formada por árabes, mauros y godos. Iba a ampliar el plazo para la próxima campaña hacia el noreste para que los árabes pudieran atender bien todas sus necesidades. Y cuando decidieran que estaban preparados, irían todos juntos —«juntos», enfatizó— a hacer la guerra santa con los infieles, que era a lo que habían venido a este confín del mundo.

Se marchó optimista, porque creyó que había logrado atemperar su relación con el *yund*, porque sabía que aquella guerra no había concluido, pero quizá sí había conseguido aplazarla y darse unos meses más para prepararse y finalizarla sin doblez alguna.

Salió de la tienda y sus protectores africanos lo escoltaron hacia sus monturas. Muchos árabes se habían arremolinado en torno al pabellón. No le sorprendió porque sabían lo que se jugaban ahí dentro, pero le preocupó ver a tantos hombres armados a su alrededor. Había venido con medio centenar de mauros, creía que serían suficientes para impresionar a los árabes, pero ahora, viendo aquel gentío, se preguntaba si no resultarían escasos aquellos

efectivos.

Sumido en aquellos pensamientos, oyó un ruido y un gruñido. Cerca de él, un mauro cayó herido y vio a un árabe aproximarse a él. Varios de sus guardias se interpusieron y acabaron con el agresor, pero dejaron un hueco en la formación que lo protegía que otro árabe con un largo puñal aprovechó para acercarse a la carrera hacia él. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero supo que a esa distancia no tenía ninguna oportunidad.

Un joven africano de pelo encrespado se cruzó velozmente y con su lanza atravesó el cuerpo del sicario y frenó su marcha suicida.

Hasta ese momento todo había sido sorprendentemente lento, controlado. Una vez que el cuerpo empalado del sicario impactó en el suelo embarrado, la masa se activó como un organismo vivo y árabes y mauros comenzaron a empujarse y pelearse por doquier. El caos y la confusión era máxima. El joven de pelo encrespado que le había salvado tiró de él y lo llevó hacia su caballo. Tan pronto subieron a sus monturas algunos miembros de su guardia partieron con él a galope sin mirar atrás.

—¡Traición! ¡Traición! —aullaba Abdel Aziz sin saber exactamente a quién dirigía aquellos gritos.

Y así comenzaba una guerra fratricida.

6

—¿Qué habéis hecho, insensatos? ¿Qué habéis hecho?

Quien gritaba en el centro del *yund* era Al Fihri, tras concluir el enfrentamiento en los alrededores del pabellón que dejó el lugar sembrado de cadáveres mauros y árabes.

—No lo habíamos planeado, han sido elementos descontrolados, la tensión era muy alta y esto era plausible, hermano. No habríamos faltado a la palabra que te dimos. Eso nunca, somos hombres de honor.

—¿Elementos descontrolados, hermanos? ¿Me podéis jurar por Dios, el más grande, que ninguno de vosotros tenía constancia de lo que iba a pasar, que nadie lo apoyaba o, aún más, lo dirigía?

Los medineses, los mecanos, los yemeníes, los mesopotámicos, los sirios, callaron y Al Fihri cerró los ojos.

—Locos, estáis todos locos.

—Tu amigo ha sido quien nos ha llevado hasta aquí —le espetaron.

—Él ha tenido parte de culpa, claro está, pero vosotros le habéis espoleado, no le habéis dejado más salida, estúpidos. Hoy venía a tenderos la mano y le habéis devuelto un puñal.

Todos guardaron silencio, pero alguien se adelantó. Era el mayor de los clanes mecanos.

—No tienes toda la información, Al Fihri. Antes de juzgarnos con tanta severidad te invito a que leas este mensaje de Damasco.

Él lo leyó con atención. Era un mensaje de un consejero bien conocido del califa, explicaba al destinatario de la carta que el monarca había abierto un proceso contra el Tuerto y Muza por corrupción en las conquistas de Spania e Ifriquiya y llevaban muchos meses presos. Terminaba la misiva con un ambiguo y leguleyo párrafo donde aseguraba que el califa ponía en revisión las decisiones tomadas por Muza durante su gobierno.

—¿Qué me quieres decir con esto?

—Es bien claro, y así lo hemos interpretado todos. Esa revisión que está haciendo el califa de las decisiones de Muza nos da legitimidad para destituir a Abdel Aziz y detenerlo para ser juzgado como su padre. Para mandarlo a Damasco con él. O matarlo, en caso de que se resista.

—Es mucho deducir de esta misiva, que ni siquiera viene firmada por el califa —objetó Al Fihri.

—Es lo que cree el *yund* y en esto caminamos todos juntos. Si te lo hemos ocultado, hermano, es porque te queríamos proteger, pues

sabemos de tu especial relación con Abdel Aziz.

Al Fihri apretó los labios. Interpretó que el *yund* ya no confiaba en él. Y llegado este momento, dudaban de qué lado se iba a poner.

Algunas voces quedas asintieron levemente, de palabra o con la cabeza.

Al Fihri inspiró profundamente. El momento que llevaba meses eludiendo había llegado. Era el instante que sabía que lo iba a matar por dentro, y que había tratado de retrasar a toda costa. Era, sin lugar a dudas, lo que más temía en el mundo. Habría preferido morir antes que llegar hasta aquí. Como la tela que se rasga por la mitad, oyó ese sonido desgarrado en su interior haciendo sangrar su alma. No había camino que llegara hasta allí y luego pretendiera salir.

«Dios, el grande, el victorioso, el justo, ¿por qué no me has matado antes?», increpó mentalmente, respondiéndose de inmediato: este era el camino que Él había marcado para ti. Porque nadie puede escapar de Él y lo que Él dicta es ley.

Era su sacrificio.

—Pido al *yund* el honor de ser el encargado de deponer, detener y, en el caso de que fuera preciso, matar a Abdel Aziz.

La sorpresa recorrió la asamblea del primero al último de sus integrantes.

—No te podemos pedir eso, Al Fihri. Sabemos lo unido que estás a él…

—No me lo habéis pedido vosotros. Es mi responsabilidad y debo cumplir. Su padre me pidió que lo aconsejara y lo protegiera, y he fallado en ambos cometidos. Debo asumirlo.

El *yund* accedió.

Él se marchó. Montó en su caballo, lo espoleó y salió a galope, solo.

Era un jinete que se marchaba con el viento, mientras deseaba gritar que no iba a volver. Aunque sabía que tendría que hacerlo.

7

Abdel Aziz llegó a la ciudad con un ataque de nervios. A galope por las calles siguió gritando como un poseso «¡Traición! ¡Traición!», y así continuaba cuando descabalgó ante la *domus* y entró en ella. Todo el servicio y sus esposas salieron al patio a ver qué ocurría. El valí jadeaba y hablaba con dificultad.

—El *yund* ha intentado asesinarme. Es la guerra.

Egilo se llevó las manos al rostro con horror. No podía ser, no tan pronto, no estaban preparados. Aquila y los suyos, quienes, a pesar de la creación de la guardia africana del valí, habían seguido formando parte de la guardia de su esposa principal y de la *domus*, comenzaron a dar órdenes con el objetivo de preparar la mansión para la defensa.

Abdel gritó en árabe para que vinieran a la ciudad todos los comandantes mauros y para que se convocaran a todos los godos e hispanos que habían firmado pactos de alianza con él.

—Egilo, escribe a todos los que conozcas, yo lo haré con el resto. Que vengan con todo lo que puedan traer. Si esos canallas quieren la guerra, yo les daré la más digna ocasión.

Su excitación no le abandonaba, pero ahora más que del pánico o miedo, provenía de una fría y sorda ira que buscaba vencer y exterminar al enemigo.

Egilo cumplió inmediatamente lo que le había pedido y después se retiró a la habitación de la pequeña Aisha.

Estaba dormida y despidió al aya. Se sentó a su lado y contempló su sueño, sin hacer ruido alguno para no despertarla. Se quedó mirándola, en su plácida quietud, que transmitía una infinita tranquilidad y compasión, un amor y una pena difíciles de explicar e ilimitados a partes iguales. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, sus labios se contrajeron en una mueca de horror y tuvo que llevarse la mano a la boca para que sus sollozos no fueran audibles y despertaran a la criatura.

Cuando ya no aguantaba más, se levantó y abandonó la estancia. Fuera la esperaba Baddo, observando cómo intentaba ocultar, sin conseguirlo, ese dolor que imaginaba, pero que no podía medir.

—Señora, si queréis yo podría organizar vuestra huida, aunque vuestro marido no lo permita. Podría…

Egilo levantó su mano y la silenció. Negó con la cabeza.

—Soy la viuda de un rey y la esposa principal de un valí. Ella es nuestra hija. No podemos huir.

La dama se arrodilló frente a ella.

—No sería huir, mi señora, solo poneros a salvo. Pensad en la

niña, en Riciberga, os lo ruego. Os lo suplico. —Los ojos de Baddo brillaban emocionados, quizá ella misma estaba sorprendida de su propia reacción. Egilo comprendió, por primera vez, que no solo ella sufría por la pequeña Aisha, también Baddo, que se había ocupado de su bienestar desde su nacimiento en aquella villa en medio del campo, en aquel paraje adonde la violencia que azotaba sus vidas las había empujado. Egilo se emocionó con los sentimientos que mostraba su fiel dama.

Bajó su mirada y le acarició el cabello recogido.

—No pienso en otra cosa, te lo aseguro.

Egilo la dejó allí, de rodillas. No por crueldad, sino por pura incapacidad de afrontar aquellos momentos. Porque no se sentía con vigor suficiente para no ceder y gritar: «Sí, sí, te lo ruego, sácanos de aquí y llévanos lejos, lo más lejos posible». Y se marchó a llorar en soledad, por su hija, a la que creía que podía estar condenando a la muerte, a la esclavitud, a una vida de penurias cuando su existencia apenas había comenzado. Por su marido, al que suponía, sin mucha certeza, que ella había empujado en cierta medida a llegar hasta este penoso momento. Eso, y la responsabilidad que sus padres le enseñaron, la hacían resistirse a huir ante el peligro que la acechaba.

Como siempre que sentía aquella presión, Egilo no podía dejar de recordar a su madre. Pobre mujer, siempre la tenía presente, a pesar de sus riñas cuando ella era una adolescente y le decía todo lo que no quería oír. Ahora la comprendía mejor, en aquel momento entendía que, frente a la dulzura y candidez de su padre, su madre la estaba preparando para aquellos momentos que ella sí sabía que le iban a tocar vivir.

Ahora que había descubierto, o al menos tenía ciertas sospechas, que estaba viva en algún lugar no demasiado lejano, sentía el impulso de volver a verla, aunque solo fuese una vez, y presentarle a su nieta y darle las gracias. Sin más explicaciones, sin más detalles, estaba segura de que ella la entendería. Como mujer, como esposa, como madre.

A su padre le agradecería siempre su cariño, su calor, pero con el tiempo se había dado cuenta de que su protección solo era un escudo momentáneo que aquel hombrón, aquel guerrero sonriente, ponía delante de ella porque la veía como mujer. Su madre la había empujado a afrontar lo que sería su vida: los sinsabores, las cadenas, el sufrimiento y el aprovechamiento de su escasa franja de poder.

Esperaba que se sintiese orgullosa si alguna vez se enteraba de lo que había hecho su hija.

Esperaba tener la oportunidad de enseñar a Aisha lo que

necesitaría saber para afrontar la vida.

Aunque acabaran riñendo siempre.

8

La ciudad de Híspalis amaneció militarizada de un modo extraño y confuso. Había patrullas mauras y árabes, en la ciudad y los arrabales, y hacían por no cruzarse porque nadie quería la guerra que estaba a punto de estallar. Pero eso, todos estaban seguros, con los días y la excitación cambiaría. Todo el mundo daba por hecho que pronto comenzaría el derramamiento de sangre. Todos lo habían aceptado y lo esperaban en cualquier momento. Ya no había opciones de evitarlo, solo de posponerlo.

Era una ciudad en guerra consigo misma.

Abdel Aziz cambiaba a diario sus rutinas. No avisaba a nadie, estaba aterrado ante la posibilidad de un nuevo intento de asesinato o una emboscada. Siempre llevaba consigo a dos docenas de mauros, como mínimo. Era difícil localizarle incluso para su esposa. Ella lo entendía, pero asistía con preocupación a las marcas que la paranoia iba dejando en el rostro sobrio de su esposo, a las canas plateadas que iban apareciendo en su barba y en su cabello.

A pesar de todo, la ciudad respiraba un silencio denso que bajaba hasta el suelo. No se oía el bullicio del comercio, ni el ruido de los niños jugando en las calles, ni el trabajo laborioso de los talleres. La urbe se había detenido, temerosa, a la espera de los acontecimientos. Ya estaba acostumbrada a aquellos hechos, tras la conquista de los muslimes y la revuelta judía, pero nada preparaba a una sociedad y a sus miembros a enfrentarse a un conflicto. La guerra siempre era igual, pero también resultaba distinta. Encontraba continuamente aterradores elementos para sorprender, para traer catastróficas novedades. Y aquello la hacía aún más estremecedora.

La *domus* se había visto contagiada por aquel silencio que atenazaba Híspalis. Nadie hablaba y solo los lloros infantiles de Aisha rompían aquella tensión sorda que llenaba pasillos y estancias. Egilo paseaba por la casa sin actividad, lentamente, soportando una carga que sentía que cada instante que pasaba resultaba más insoportable.

Se acostaba sin haber dicho más que alguna palabra cariñosa a su bebé y, sorprendentemente, se quedaba dormida. Sus pensamientos, sus temores, resultaban agotadores y la acababan derrotando.

Un sutil ruido la despertó a medianoche. Salió temerosa de su alcoba y vio una pequeña luz en el cuarto de Aisha, se acercó preocupada. Abrió la puerta.

Frente a ella, sentado en una silla, estaba Abdel Aziz con su primogénita entre las manos, mirándola medio embelesado, medio dormido. Ella no le había visto en aquellos primeros meses coger a la

niña así, ni contemplarla de aquel modo. Y percibió que en él también habitaban sentimientos de intensidad parecida a los de ella hacia la pequeña. En sus mejillas había surcos secos de lágrimas que acababan en su barba ya descuidada.

Egilo decidió dejarlos en aquel momento de intimidad que se sintió obligada de no romper, y se volvió, silenciosa a su habitación.

9

La inminencia de un final que nadie sabía qué traería ni si realmente sería la conclusión de algo o el inicio de otro proceso marcaba la convivencia en la mansión. Los godos de Aquila, que miraban con infinito cuidado por la seguridad de la casa y sus habitantes, reforzados con un escuadrón de mauros, se convirtieron en unos inquilinos más. Ante la situación de alerta continua ya no marchaban a los acuartelamientos, y dormían en cualquier patio o en las despensas de la *domus*.

Baddo sentía que su momento llegaba y esperaba con una tensión que pensaba que nadie salvo ella percibía. La falta de actividad en la casa evitaba que pudiera distraerse en otros menesteres, así que dedicaba horas a pensar, reflexionar y recordar lo qué había hecho.

Quizá de una manera llena de pecaminoso orgullo sentía que ella estaba en el centro de todo lo que había ocurrido. Ella, que comenzó a hablar de su señora, de un modo inocente, casi inconsciente —simplemente para que aquella ciudad conociera y sintiera como propia la presencia de la reina Egilo—, pronto había descubierto el poder que tenían sus palabras en el foro, en el mercado o en el puerto.

Aquello espoleó sus motivaciones y alentó la llama de una creencia que jamás había descubierto en sí misma. Ella podía hacer algo por su reino, por su patria, una forma de resistencia contra aquellos que habían conquistado sus ciudades, matado a sus familiares, desacralizado sus iglesias, robado su fe.

Veía que la reina creía en lo mismo que ella, aunque le hacía falta un empujón, y había asumido, apoyándose en aquella ciudad, que podía convertirse en el acicate que necesitaba. Era verdad que Egilo había ido adaptándose a los tiempos: del desprecio a los nobles que pactaban con los muslimes a su comprensión; de no querer apoyar a los invasores a hacer cierto trabajo sucio para su esposo, el valí.

En cambio, ella había seguido fiel a sus creencias, aunque había aprendido a rebajar sus pretensiones. Quizá no era el retorno al mundo anterior, pero siempre sería preferible un reino regido por Egilo y su esposo y no por aquella asamblea de camelleros que decían servir como esclavos a un lejano rey que nunca había puesto un pie en aquellas tierras.

Lo que nunca pretendió, pese a que no se arrepentía un ápice de lo hecho, era que sus pequeñas campañas acabaran poniendo entre la espada y la pared a Abdel Aziz. Ella no sentía por él ni pena ni misericordia; era un enemigo más. Si moría, haría un favor a su señora, a sus planes y a su pueblo.

Pero ahora había llegado el tiempo de combatir y el futuro no era excesivamente prometedor. Baddo lo sabía y lo aceptaba. Había tomado ya la decisión y aceptaría lo que viniera. No había hecho nada por evitar aquella confrontación, sino más bien al contrario, había inflamado los ánimos para que llegara, así que ahora le daría la bienvenida con los brazos abiertos.

A pesar de todo, Baddo sentía un inagotable dolor por las víctimas inocentes que a buen seguro aquello se cobraría. La pequeña Riciberga, la estúpida de Flavia, incluso aquella orgullosa ramera de Titrit, la gente que trabajaba en la *domus*, los propios habitantes de Híspalis.

Egilo, no, Egilo había tomado partido y como reina tendría que afrontar lo que viniera. Baddo no esperaba otra cosa de ella.

Y Tulga, su pobre y querido guerrero.

Lo buscó en la casa aquella tarde y lo llevó a un almacén medio olvidado. Consciente de que quizá fuera su última vez, se besaron y se amaron con necesidad, con hambre. Después, se abrazaron y se permitieron un breve tiempo de intimidad que seguramente pronto les fuera vedado para siempre.

Abrazados, compartiendo la calidez que desprendían sus cuerpos. Baddo deseaba silencio, solo sentir el pecho de su amado subiendo y bajando relajadamente. Pero pronto percibió algún tipo de incomodidad dentro de él, como si necesitase contarle algo y no supiese cómo. Aunque quizá no hubiera otro momento.

Baddo le animó a hacerlo, pensando que sería una declaración de amor hacia ella, que no necesitaba escuchar porque llevaba tiempo sintiéndola. Pero le invitó a no callarse. Y, sí, en el fondo era una declaración de amor, pero distinta a la que ella esperaba.

El relato de Tulga la enterneció y, al mismo tiempo, la estremeció.

El guerrero le relató su reacción cuando ella le contó con preocupación que Alí la había interrogado y que, por primera vez, sintió que alguien podía sospechar que se dedicaba a contar por aquí y por allá historias de la *domus* y sus señores. Que por primera vez había tenido miedo a ser descubierta. Que por primera vez se había planteado qué ocurriría si Abdel Aziz y Egilo se enteraran.

Por eso había hecho lo que había hecho.

Así que había seguido a aquel pobre hombre. No le había parecido nunca alguien amenazador, incluso cuando se lo cruzaba en la casa lo creyó siempre afable. Pero eso no le importó. Había seguido sus pasos durante dos días por la ciudad con sus tres guardaespaldas sirios. Desde lejos, discretamente. Se preguntaba qué haría cuando encontrara la ocasión propicia. ¿Sería capaz?

Él no era muy inteligente, pero tras espiar a un par de hombres, notó que Alí sonreía y despedía a los sirios, era como si lo tuviera todo atado y bien atado. Caminaba directo hacia la *domus*, con urgencia, seguramente a informar al valí.

Y Tulga había actuado como solía. Sin pensar y letalmente.

En cuanto perdió de vista a su escolta, había saltado tras él. Le había tapado la boca, lo había inmovilizado y lo había acuchillado una, dos, tres, cuatro veces, hasta que dejó de moverse y notó que estaba muerto. Después lo dejó caer y se marchó a la carrera.

Lo vomitó todo, con todo lujo de escalofriantes detalles, ante Baddo, en el lecho improvisado de sacos y paja. Y se echó a llorar. Pero ella no reaccionó como esperaba.

Las lágrimas también manaban de sus ojos, pero lo abrazó y le acarició el cabello, lo cubrió de besos hasta humedecerle el pelo.

Porque Baddo sufrió por un momento al imaginarse al pobre Alí en brazos de aquel titán, trató de concebir aquellos instantes de pavor y dio gracias a Dios porque Tulga era rápido en lo suyo y no retardó su muerte. Sentía simpatía por Alí, bien lo sabían todos; de entre los árabes era el único que siempre le había parecido humano, sensible e inteligente. A pesar de sus múltiples roces y riñas, siempre trató a su señora y a ella misma con respeto y cierto cariño. Pero eran tiempos oscuros, y él, en el fondo, siempre fue un enemigo.

Y Baddo no podía olvidar que, si Tulga no hubiera acabado con él, tal vez el final de ella habría sido terrible, la muerte o la esclavitud. Mejor él que ella. Su amante le había hecho un último gran favor. Una eterna muestra de amor.

El pragmatismo que su viejo padre, el fiel espatario del rey, le había transmitido le hizo afrontar como debía aquellas revelaciones. Casi no recordaba a su madre, pero su padre había hecho lo mejor que había podido su trabajo. Ella había crecido con historias de sacrificio, de guerra, muerte y compañerismo, de lealtad exacerbada. Y ahora, todas aquellas historias cobraban sentido. A su manera, ella formaba parte de la lucha.

—Mi pobre bruto, mi pequeño, gran y pobre bruto.

Tulga la miró sin entender nada, pero no le importó. En sus ojos leyó todo lo que necesitaba.

10

Pasaron otro día y otra noche sin que nada ocurriera. Y a todos les parecía un milagro, pero nadie creía que aquello significaba que no habría derramamiento de sangre, sino que quedaba menos para el comienzo de la guerra. «Ya no hay lugar para la esperanza», había dicho Abdel Aziz para preparar a toda su gente para el combate.

Volvió a desaparecer y nadie supo dónde estaba en aquella carrera loca por evitar la muerte y porque el inicio de la guerra le pillara en un lugar donde pudiera tomar el control de su ejército rápidamente. Le desesperaba la falta de actividad que demostraban los árabes. Sus hermanos. Los hombres con los que había crecido, con los que había combatido, cabalgado y reído y que, en aquel momento, querían matarlo. ¿A qué esperaban? Una vez que se habían desenmascarado y habían intentado matarle, ¿qué les retenía?

Y Egilo pensaba lo mismo; no lo entendía salvo que quisieran sumirlo en la desesperación con la incertidumbre, cosa que, sin duda, estaban logrando.

Baddo, aquel atardecer, acudió corriendo hacia ella. «Señora, señora, tenemos visita», le dijo con el rostro demudado en una máscara de sorpresa y temor.

—¿No puede esperar?

Su expresión dejó claro que no. Acudió a la antigua sala donde hasta hacía semanas atendía a las gentes de Híspalis. Allí le esperaba Al Fihri, con el mismo intérprete que había llevado a su último encuentro secreto.

Ella pidió a Baddo que saliera de la habitación.

—Mucho os volvéis a arriesgar otra vez, Al Fihri. Pero me temo que la situación es diferente a la última vez. Ya veis cómo terminó todo.

—Sí, todo ha cambiado. El *yund* y vos habéis lanzado al pobre Abdel Aziz a la autodestrucción. Ya nada puede hacerse.

—¿Yo? ¿Osas culparme de todo esto?

Al Fihri negó con la cabeza y se mordió el labio con intención de no provocar una discusión que no iba a conducir a nada.

—Es igual lo que piense, Egilo. Es igual lo que penséis vos. Hoy no traigo un mensaje para Abdel, hoy mi mensaje es para vos. No, no un mensaje, una oferta. —Ella se sorprendió. Él prosiguió—: Abdel está condenado; nada ni nadie lo puede salvar ya. Ni yo mismo. Ni su padre, ni su hermano. Estoy intentando encontrar la manera de evitar que esto se convierta en un derramamiento de sangre innecesario y largo, que provoque de nuevo el caos, porque afectará al ejército del

islam, pero también a vuestro pueblo, Egilo. Llevo días pensando en ello, hasta que una de mis esposas, Yasmina, me dio la clave. Me resulta sorprendente el peso que estáis adquiriendo las mujeres en el discurrir de esta guerra, Egilo, pero así es. La clave es vuestra hija. —Tomó aire, mientras el intérprete traducía sus palabras.

Se notaba que Al Fihri estaba incómodo, molesto, que desearía estar en cualquier otro lugar del mundo antes que ahí, pero allí estaba. Egilo empezaba a intuir por dónde iba a continuar, comenzaba a dibujar el conflicto irresoluble que se le iba a plantear y se sentó en una silla cerca de él.

La noche era amiga de las confidencias, de los secretos y las intrigas, y aquella debía ser la madre de todas las noches.

—Debo evitar la guerra, Egilo, y debo dar una salida honrosa a mi hermano. No quiero que su paso por la tierra desaparezca de un plumazo porque él no lo merece, porque él es mejor que todos nosotros. De vos no puedo decir lo mismo, llevo meses deseando vuestra muerte, Egilo, pero por mi amigo, y por su hija, os ofrezco una salida.

Ella rompió a llorar mientras escuchaba la propuesta de Al Fihri. Gimoteaba y sollozaba sin perder detalle de lo que le indicaba aquel árabe a través de su lengua.

Le proponía un conflicto imposible de resolver, pero que, ambos lo sabían, solo tenía una opción y era la que ella iba a elegir.

11

Abdel regresó por sorpresa a la *domus* la noche siguiente y la llamó a su estancia privada. Egilo caminó hacia él presa de un gran temor. ¿Sería consciente su marido de la visita de Al Fihri a la casa la noche anterior? Rezaba en silencio a Dios pidiendo misericordia y comprensión por sus pecados. Echaba de menos al fraile Agustino que ya hacía semanas que no aparecía por la mansión.

Cuando entró en el cuarto vio a Abdel ya en el lecho. Estaba sonriente y relajado como hacía semanas que no lo veía. Pero aquella tranquilidad no ocultaba su mal aspecto, había envejecido en cuestión de semanas lo que parecían ser años.

—He estado con la pequeña Aisha un rato, ¡qué belleza! ¡Qué tranquilidad desprende! Ay, porque Dios no me ha permitido ser un padre más y disfrutar de esto que siento que me estoy perdiendo para siempre. —Hablaba en su mal latín, pero suficiente para hacerse entender.

Ella sonrió y avanzó hacia él y se sentó en el lecho.

—Quizá sea posible aún.

La tristeza inundó sus facciones.

—No, no lo es. Ya es demasiado tarde; mañana, si no atacan ellos, oraré en la mezquita y lanzaré una ofensiva contra el campamento que han instalado al sur, pegado al río. Nada ha acabado siendo como yo esperaba, pero, a pesar de lo que muchos creen de mí, no abandonaré mis obligaciones. —Él posó sus manos sobre su pierna —. Pero esta noche no quiero hablar de guerra. He venido para descansar en mi hogar una última noche, para disfrutar de mi familia. —Y le acarició el rostro con dulzura. Ella rompió a llorar y sintió que era una muestra inequívoca de culpabilidad, pero él no lo veía en absoluto así y la abrazó. Egilo sentía su calidez muy dentro de sí.

Apoyó su cara llorosa sobre su hombro.

—No llores, esposa, no pasa nada, no pasa nada —le decía, a pesar de que ambos sabían que era una flagrante mentira. De hecho, los dos interpretaban aquellas palabras de una manera muy diferente —. Duerme conmigo, abrazada a mí, Egilo.

Y se acostaron. No hicieron el amor, simplemente se abrazaron y cerraron los ojos. Pronto, muy pronto, Abdel dormía profundamente como si fuera un bebé, como si hubiera necesitado a Egilo para espantar sus preocupaciones y echarse en los brazos de Morfeo sin temor.

Ella se levantó con cuidado y abandonó la habitación. Buscó a Baddo, que seguía despierta, y le pidió que llamara a su criada de más

confianza.

—La sirvienta tiene relaciones con uno de los mauros de la guardia africana de mi esposo, ¿verdad? —Baddo asintió y ella continuó—: Y él está hoy aquí. —La dama volvió a asentir—. Bien. Esto es lo que necesito que hagas por mí.

12

Egilo esperó despierta a que Baddo regresara para confirmar que había realizado su encargo. Cuando entró, se sintió obligada a explicarse, a contarle el porqué de aquella petición, que suponía básicamente que había traicionado a su esposo. Que lo había entregado a sus enemigos. No había más palabras para definirlo, ninguna excusa posible. Lo había hecho para salvar la vida propia y la de su hija, pero eso no quitaba que ella, la reina, la esposa principal del valí, se sintiera como una furcia, como una traidora pecadora, cuyo mero roce contagiara la mancha que crecía dentro de ella.

Baddo la observaba sin decir nada, sin juzgar.

—Mañana, antes del ocaso, si todo sale como espero, en cuanto mi esposo se marche, nos iremos nosotras. Avisa a Aquila y a Tulga para que lo tengan todo dispuesto. A nadie más que a ellos, por favor.

Su dama escuchaba todos los detalles de su plan. Y, para sus adentros, reconocía que, para haberlo dispuesto todo ella, no estaba mal planteado, aunque hubiera detalles que tendría que limar y corregir. Si le hubiera confiado antes todo esto, ella lo habría perfeccionado.

—¿Y Flavia? ¿Y Titrit?

Egilo, efectivamente, no las había tenido en cuenta. Ambas sabían que, en cuanto muriera Abdel Aziz, sus vidas no valdrían nada.

—¿Puedes preparar su marcha a la villa de los padres de Flavia en paralelo a la nuestra? —Baddo asintió, y aunque la reina nada dijo de la africana, se sintió obligada a ofrecerle una salida también a ella.

Egilo se sintió complacida, a pesar de la desazón que la castigaba y la mantenía al borde del vómito desde que habló con Al Fihri. Así que se dispuso a acostarse y a tratar de descansar algunas horas antes de la jornada definitiva que se acercaba.

Baddo la retuvo.

—Hay algo que no sucederá como esperáis, señora. —Se volvió a sentar y sus labios dibujaron un sordo «¿Qué?»—. Yo no marcharé con vos.

Egilo agarró sus manos.

—¿Por qué, Baddo? Vamos, sabes tan bien como yo que, en cuanto muera Abdel, vendrán aquí y te matarán, ¿por qué quieres perecer?

—No quiero morir, Egilo —dijo con toda tranquilidad, con un aplomo y seguridad desconcertantes para la reina—. Pero lo tenéis todo planeado tal y como habéis pactado con el árabe: abjurar de vuestra fe, cambiar vuestro nombre y vivir con vuestro bebé, como

una muslime más. Desaparecer como dos gotas de agua en un mar.

—Es una mascarada, Baddo, en nuestro interior seguiremos creyendo en nuestro Dios, seguiremos siendo Baddo y Egilo.

—Yo no puedo vivir así, ya no. No puedo ver cómo vos, mi reina, os convertís en una mascarada pagana. Eráis la última esperanza, la última posibilidad de volver a tener un reino cristiano, un reino como en el que vivíamos antes. Vuestro plan echa por tierra cualquier posibilidad de regresar a aquello.

—Esa posibilidad murió hace mucho, Baddo, quizá cuando mi marido pereció en la batalla de la laguna —respondió con tristeza sincera Egilo.

—No para mí. No me juzguéis, señora, yo no lo hago y comprendo que por salvar a vuestra pequeña haríais lo que fuera necesario. Lo entiendo y lo comparto. Pero yo no tengo más que unos retazos de mi alma: mi fe, las enseñanzas que guardo de mi padre y poco más; si traiciono todo eso, ¿qué me queda? ¿En qué me convertiría? Vos tenéis mucho que perder, pero yo, que tengo muy poco, no deseo perderlo.

Egilo no sabía cómo reaccionar, no comprendía nada de la reacción de su dama, de su amiga. ¿Qué le pasaba? ¿Se había vuelto loca?

—No puedo hacerlo sin ti, no puedo, ¿lo entiendes? Nada de esto habría sido posible sin ti. No habría tenido a Aisha si no me hubieras salvado la vida aquel día a las afueras de Toletum. No habría llegado hasta aquí si no me hubieras sostenido tanto tiempo, tantas veces, como cuando la revuelta —suplicó.

—¿Recordáis aquel día cuando los mauros nos apresaron?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Y creéis que lo que hice fue para salvaros?

—¿No fue así?

—Solo en la parte en la que significaba salvarme a mí, Egilo. —Y rememoró—. En aquella época, vos me despreciabais y yo, obviamente, os odiaba. ¿Cómo podía no hacerlo? Me habían sacado de la casa de mi padre que era la persona a la que más quería en el mundo para introducirme en vuestro séquito tan lleno de horribles personas y con vos a la cabeza de todas ellas. Era sumamente desgraciada. Tanto que cuando los mauros comenzaron a violar y masacrar a vuestras damas, no lo lamenté por ninguna de ellas, que Dios me perdone. Supe que no ser la más bella me daría unos minutos hasta que repararan en mí. Y ese tiempo lo utilicé, os miré, asustada y hierática como estabais. Orinándoos encima. Pensé que erais mi única forma de salir con vida y entera de allí. Ni más ni menos, Egilo. No os

salvé. Os utilicé, mi reina. Quizá para vos, desde vuestra posición, sea difícil de entender, pero siempre pensé que resultaba obvio.

Egilo abrió los ojos, un tornado de emociones la arrasaba. Sintió el impulso de abofetear a Baddo, de insultarla, de gritarle. Pero entonces vio su rostro compungido, triste pero digno y se contuvo.

—Es cierto que después, con los muslimes, comencé a conoceros y mi opinión sobre vos mejoró. Aprendí a quereros, os convertisteis en mi compañera y amiga, Egilo. Pero más importante, os comencé a valorar como lo que parece que todo el mundo en esta ciudad vio, incluido vuestro esposo. Todos, menos vos. Erάis un símbolo, erάis la última llama del reino criado en la fe verdadera, la última esperanza. Yo creí en vos, en ese símbolo, e intenté que toda la ciudad lo creyera. Aún lo cree, espero. Esparcí por doquier historias sobre vos, y creo que algo de lo que hoy ocurre es culpa de todo eso. No me arrepiento, aunque lamento la situación que ha provocado para vos y vuestra familia. Os volví a utilizar. No os he salvado, me he agarrado a vos como si fuerais un madero mientras la riada me arrastraba.

Egilo escuchaba y recapacitaba. No sabía si tenía tiempo para aquello. No sabía si quería pensar en ello. Tragó saliva y con ella amargura.

—Alguien me dijo hace no demasiado que cuando las mujeres intentamos ejercer nuestro poder, todo acaba mal. —Tomó aire—. Y a pesar de todo, nada cambia lo ocurrido. Estoy aquí gracias a ti, fueran cuales fueran tus intenciones. —Se abrazó a Baddo y la apretó contra sí y ella le respondió—. ¿Te puedo pedir un último servicio? —Ella asintió y vio cómo las lágrimas corrían por sus mejillas y Egilo decidió también dar rienda suelta a las suyas—. Prepara mi salida y la de Riciberga, Flavia y Titrit, por favor. Después serás libre para hacer lo que desees, y lo harás sin mi rencor. Solo tengo agradecimiento y cariño por ti, Baddo, a pesar de todo.

Se volvieron a abrazar y así continuaron varios minutos antes de separarse y comenzar a moverse por la casa, porque salvo Aisha y su padre, nadie iba a dormir en la *domus* aquella madrugada.

13

Unas horas antes de amanecer, la guardia africana se despertó y comenzó a pertrecharse para partir. Un oficial entró en la *domus* para despertar al valí. Un joven soldado africano de pelo ensortijado se despidió de la criada con la que había pasado la noche. Tras los besos y las caricias, la muchacha entró en la mansión. Sin perder un momento, acudió a Baddo y le dio la información, con ella estaba la reina. Ambas estaban ojerosas y sus rostros contraídos por la tensión. Les dijo lo que sabía y le dieron unas instrucciones muy claras, y una información que sabía que la ponía tan en riesgo como le daba una oportunidad de salvar la vida. Casiana, azorada, partió sin demora.

El valí y su guardia marcharon a caballo.

Instantes después, la muchacha salía a la carrera por una puerta lateral de la casa. Todo dependía de ella.

Se cruzó con Tulga y otro guerrero godo que venían de explorar las calles aledañas. Ellos entraron y buscaron a Aquila.

—Todo despejado.

—Bien, esperamos a las damas y partimos sin demora.

Baddo y Egilo se despidieron entre abrazos y besos de Flavia, que marchaba embozada con un guardia godo de Aquila.

—Marcha ya, niña —la apremió Egilo.

—No os olvidaré, señora.

Tras su marcha, Egilo inquirió a Baddo:

—¿Y Titrit?

—Es terca como una mula, no quiere irse —rezongó Baddo, molesta por la hosca y orgullosa actitud de la africana.

—¿A quién me recuerda?

Se volvieron a abrazar. Era el momento. Egilo cogió a su bebé y la introdujo en una cestilla, salió a la calle y subió a un pequeño carromato. Ya lo había utilizado con anterioridad. Ahora, a la luz del amanecer, ya entendía por qué le recordaba tanto a aquella noche en la que su madre la llevó al adivino. Era muy parecido. Sonrió, parecía que todo acababa como empezó. Porque si todo salía como debía, hoy era el último de aquella niña, hija de reina y valí. Aquella pequeña desaparecía del mapa de la historia aquel día.

No dejaba de recordar su conversación con Al Fihri.

—Os ofrezco vuestra vida y la de vuestra hija a cambio de que lo traicionéis y me reveléis dónde rezará por la mañana. Yo estaré preparado. Os daré tres días. Después ya estaremos condenados a la guerra y todos moriréis, Abdel, vuestra hija y vos.

Ella, llorando, aceptó. ¿Cómo no iba a hacerlo? No podía no

hacerlo, aunque la estuviera matando por dentro.

—Eso sí, Egilo, os daré tiempo para escapar antes de que los árabes asalten esta casa. Os diré por dónde salir de la ciudad, pero os pondré varias condiciones. Abjuraréis de vuestra fe y os convertiréis al islam y criaréis como muslime a la hija de Abdel. Os presentaréis como una viuda, utilizaréis vuestros nombres islámicos y nunca, jamás, volveremos a saber de vos. Si alguna vez en el futuro escucho el nombre de una dama llamada Egilo, estaréis condenada. Os juro que os encontraré.

Cuando se subió ayudada por Aquila. Tulga vio algo que le desconcertó.

—¿Y Baddo?

Egilo negó con la cabeza y Aquila lo confirmó. «No viene», susurró.

Tulga, aquel gigantón que encontrara bañado en sangre ajena aquel lejano día de la batalla de la laguna, miró suplicante a su capitán. Le pedía un permiso que sabía que nadie le podía dar, pero que Aquila no le podía negar.

Asintió con la cabeza y montó a caballo. El carromato con Egilo y su hija, custodiado por tres jinetes, inició la marcha mientras Tulga entraba en la *domus*.

La mansión estaba vacía, apenas quedaban unos esclavos a los que nadie había dicho nada, porque eran gentes que solo entendían el árabe, habían venido con Abdel y a nadie importaban. Tulga buscó a Baddo y la encontró sentada en la cama de su amiga y señora.

—¿Te quedas conmigo, so bruto?

Él asintió, se sentó junto a ella y la abrazó.

—He soñado despierta, ¿sabes? He pensado que todas esas gentes que miraban a la reina extasiadas, que escuchaban cómo decía que estaba en peligro, hoy vendrían a esta casa a defenderla.

Tulga la dio un beso en la frente.

—Solo ha sido un sueño.

El maldito bruto, se dijo Baddo, hablaba poco, como siempre, pero cuando lo hacía, se cargaba de razones. Y lanzó una carcajada triste y desesperada.

14

Las instrucciones de la criada que Egilo le había enviado fueron precisas. No sabía si le satisfacía o le decepcionaba que así fuera, seguramente las dos cosas a la vez. Al Fihri llegó a la antigua iglesia de Santa Rufina en los arrabales de la ciudad. Era uno de los antiguos templos cristianos que habían sido entregados para ser convertidos en mezquitas para los fieles muslimes. Los mauros vigilaban el exterior, pero él había llegado con un contingente lo suficientemente fuerte para que no se ofreciera resistencia. Los sorprendieron, los rodearon y les dieron la opción de rendirse y salvar la vida. Ellos, al ver cuántos eran los enemigos, depusieron las armas. Al final, eran bereberes, pero no tan estúpidos como se les solían presuponer.

Al Fihri desmontó y se dirigió con parsimonia hacia la puerta del templo. Le gustaría retrasarlo, posponerlo hasta la eternidad, pero sabía que no era posible. Entró, seguido de sus hombres y un mauro de pelo ensortijado les hizo frente.

—Déjalos, zagal, no te enfrentes a ellos —dijo Abdel.

Pero el africano no oyó a su señor, y quizá cegado por un estúpido sentido del deber cargó contra Al Fihri.

No le duró mucho al gran Habib in Abí Ubayda al Fihri, hijo del gran conquistador Uqba ibn Nafi. El joven acabó moribundo, boqueando y tratando de respirar a la vez que escupía sangre por la boca tras un brevísimo enfrentamiento.

—¡Hermano! ¡Ya estás aquí!

Abdel vio cómo se acercaba. Estaba desarmado, pues había dejado su espada apoyada en un muro cercano a la puerta para la oración y lo habían sorprendido en pleno rezo. Pero no importaba, Abdel jamás habría sido un rival para él. Era la misma infamia matarlo con armas que sin ellas.

Al Fihri no se permitió dudar, porque sentía que, si lo hacía, aunque fuera un instante no sería capaz de llevarlo a cabo. Debía hacerlo rápido, sin pensar. Se acercó a él, lo agarró por el hombro, lo atrajo hacia sí y su espada se introdujo por el estómago con un sonido odioso y repugnante y lo atravesó de lado a lado. La sangre goteaba y caía en el suelo sagrado. El sonido del hierro atravesando las entrañas, el golpeteo de las gotas de la densa sangre negra contra la piedra, el rostro constreñido por el dolor de su hermano. Sabía que aquella estampa lo acompañaría en sus pesadillas hasta el final de sus días.

Abdel trató de decir algo. Eso supuso Al Fihri, mientras le veía mover los labios, incapaz de articular palabra. Como por instinto, creyó que antes de morir quería asegurarse de la suerte de su hija.

Él acercó su boca al oído de su hermano.

—La niña vivirá; vivirá, hermano —susurró.

Casualidad o no, escuchado el mensaje o no, en aquel momento, Abdel Aziz expiró y se derrumbó.

Al Fihri tiró de su espada para sacarla de las entrañas de su amigo de la infancia. Era una espada espléndida, de las mejores que jamás recordaba haber visto, ricamente labrada, de filo impecable y brillo deslumbrante, regalo de su padre hacía muchos años. Ahora no la soportaba, no podía mirarla teñida con la sangre de su hermano. Sin decir palabra, la golpeó una, dos, tres veces contra un pilar de la iglesia hasta que se partió, con el filo completamente mellado y la arrojó al suelo con gran estrépito. Salió de la mezquita.

—Avisad al *yund* que está hecho. Cortadle la cabeza y llevádsela a los chacales, que esperan sedientos de sangre.

—¿A dónde vas? —le preguntó uno de sus lugartenientes.

Pero Al Fihri no respondió, no escuchaba, solo caminaba lentamente buscando un lugar que ya no existía. A un hermano que ya no estaba.

Montó a caballo y galopó sin rumbo hasta que, horas después, la bestia exhausta estuvo a punto de reventar.

15

Cuando los árabes comenzaron a aporrear la puerta de la *domus*, Tulga y Baddo continuaban abrazados. Se separaron y se miraron, seguramente por última vez. El pueblo al que tanto esperaba Baddo no había llegado para salvarlos, como era previsible.

—Ve a buscar a esa mujer.

Baddo corrió en pos de Titrit y la encontró en su cuarto con un cuchillo clavado en el pecho. Muerta, pero todavía caliente y con poca sangre. Posiblemente se habría suicidado en cuanto había oído el primer golpe contra el portón. Le cerró los ojos con delicadeza y volvió a encontrarse con Tulga, pero antes la descubrieron los árabes que ya habían entrado.

Aullando, como locos sedientos de sangre, la agarraron del cabello, la golpearon en la cabeza y la arrojaron al suelo mientras berreaban como salvajes. Seguramente, al ser la mujer mejor vestida que habían encontrado, pensaron que ella era la reina Egilo, a la que ellos culpaban de la perdición de Abdel Aziz y de ser la causante de todos los males que habían acontecido en los últimos tiempos.

Aturdida, Baddo comenzó a rezar sus oraciones, preparándose para lo inevitable.

Tulga apareció gritando y se enfrentó a sus asesinos. Baddo no quiso mirar, no le quedaban fuerzas y las pocas que tenía la iban abandonando por la herida que notaba en la cabeza y que inundaba de sangre su cabello. Había asumido su muerte, pero ver la de su amado le parecía demasiada tortura.

Percibió cómo Tulga rugía y derribaba enemigos por doquier, sembrando aquel atrio de muerte y caos, pero también que llegaban más enemigos y entre todos lo cazaban, lo acribillaban y lo derribaban. Lo oyó arrastrarse hasta ella, mientras los árabes lo lanceaban y lo golpeaban. Él soportó aquel brutal ensañamiento hasta entrar en su campo de visión.

Y sus ojos se encontraron con los de ella.

¿Pueden los ojos de dos personas sonreír mientras soportan dolores inenarrables, cubiertos de moratones y heridas abiertas? ¿Puede una mirada perpetuarse una eternidad mientras el tiempo a su alrededor pasa veloz?

Seguramente no exhalaron su último suspiro a la vez, pero sería justo que así hubiera sido.

16

Mientras la muerte se enseñoreaba del que había sido su hogar más de tres años, Egilo atravesaba la campiña escoltada por tres guerreros godos. En sus brazos dormía plácidamente la pequeña Aisha, mecida por el traqueteo del carromato. Ajena a todo el dolor y miedo que había rodeado su existencia los primeros meses de vida. Ella lloraba sobre la pequeña, porque la había condenado a una existencia sin padre y sin rango, pero algunas de esas lágrimas eran también de felicidad ya que había logrado garantizarle la oportunidad de crecer. La vida.

Ahora el futuro no tenía expectativas ni condicionantes. Estaba tan abierto como incierto resultaba. Le producía un profundo vértigo, pero se decía que paso a paso. Sin Abdel, sin Baddo, ¿qué podía hacer?, ¿adónde iría a vivir?, ¿en dónde criaría a su hija? ¿La acompañaría Aquila o alguno de sus hombres o se sentirían liberados una vez que las hubieran puesto a salvo y comenzaran a vivir como conversas?

Para nada de eso tenía respuestas ciertas la última reina de los godos. Aunque alguna sí que tenía. Sabía que Aquila, que la miraba como solo un padre podría mirar a una mujer, que le recordaba indudablemente a su propio y querido Wamba, le había prometido que jamás se separaría de ella y de la niña y que las protegería con su vida. Y había algo en aquel circunspecto y serio guerrero que le hacía confiar ciegamente en él.

También sabía hacia dónde iba. Había decidido dirigirse hacia el noroeste, a las tierras del conde Casio, por dos motivos. El primero, por agotar las posibilidades de encontrar a su madre. Si estaba vivía y seguía residiendo allí, la encontraría y se apoyarían mutuamente para iniciar su nueva vida. El segundo motivo era más estratégico. Sentía, por un lado, que Casio sería el hombre adecuado para proteger y entender su conversión al islam y, además, estaría lo suficientemente lejos de Al Fihri e Híspalis.

De momento, aquello resultaba suficiente para empezar. Después, Dios, o Alá, como lo llamaban los muslimes, decidiría.

Porque, en realidad, Egilo, la última reina consorte de Toletum ya no existía. Junto a ella, la esposa del valí se adentraba en las brumas para desaparecer para siempre. Ella, cuyo destino había sido figurar en las crónicas al lado de su esposo Roderico, ahora se convertiría en una gota anónima en el proceloso mar de la historia. Si su nombre pasaba a los anales, no estaba segura de querer saber cómo lo haría. No, de hecho, no querría saberlo, jamás.

Era el precio que debía pagar por ofrecer una vida a su hija.

Y estaba dispuesta a pagarlo. Una y mil veces.

Se lo llevó la tormenta y el tiempo,
nada se pudo salvar,
solo quedó una chispa de luz,
suspira por volver a empezar.
Bebe la sal y respira las llamas,
nada nos puede tocar,
pon en tu tumba que no es el final,
tu rastro no se puede borrar.

VETUSTA MORLA. «Saharabbey Road», 2008

«¡Y cuando exhales el último suspiro, solo entonces te darás cuenta de que tu vida no ha sido más que una minúscula gota en un océano infinito! Y, sin embargo, ¿qué es un océano sino una multitud de gotas?».

DAVID MITCHELL, *El atlas las nubes*, 2004

Nota del autor

No soy historiador, ni pretendo serlo. Ni siquiera soy periodista cuando me pongo en estas lides. Tengo el máximo respeto a los historiadores porque considero su labor, poco valorada por esta sociedad, imprescindible y, egoístamente, porque sin sus trabajos una novela como esta habría resultado imposible de escribir. Pero yo no quiero hacer historia ni contarla. Yo he querido hacer ficción, novela. Con todo lo que ello conlleva. Novela histórica la llaman, y a mucha honra. Yo no quiero enseñar, no pretendo decir cómo fue y cómo no fue el pasado. Solo he querido contar una historia. Mi novela.

Hace ya muchos años, investigando para otra obra que seguramente jamás salga del cajón donde se encuentra, encontré a la reina Egilo o Egilona. Tanto me fascinó que le di un pequeño papel en aquella historia. Un papel muy pegado a la imagen que de ella daban las fuentes escritas que se dignaban a citarla.

Sin embargo, más tarde, y leyendo el espléndido capítulo que le dedica la medievalista María Jesús Fuente Pérez en su libro *Reinas medievales en los reinos hispánicos*, disfruté sobremanera al comprobar cómo esta especialista ponía en cuestión lo que aquellas crónicas decían sobre ella. Si dudábamos de aquellos escritos, principalmente la *Crónica del Moro Rasis*, pero también de otros posteriores, que la describían como una reina ambiciosa y manipuladora, que condujo a su esposo a la muerte, ¿qué quedaba? Nada, pues no había alternativa, pero sí un terreno enorme y maravilloso para novelar, para hacer ficción. Muchas preguntas nacieron de aquella lectura sobre la reina Egilo. Y de aquellas preguntas surgió esta novela.

Así que esta no es una obra que pretenda ilustrar cómo fue la conquista islámica del 711 o la vida de la reina Egilo. No, nada más lejos. Esta novela es un ejercicio para responder a aquellos interrogantes que expresaba más arriba y desde la única perspectiva de este que escribe. Esta ficción plantea cómo pudo haber sido su vida y qué pudo haber ocurrido para que las fuentes nos transmitieran aquella imagen.

Es mi conquista. Es mi Egilo. No es historia, es ficción. Y a mucha honra.

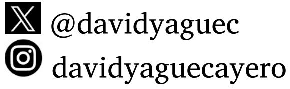
He consultado las obras de grandes especialistas sobre aquella época, Rosa Sanz Serrano, Orlandis, Collins, Arce, Soto Chica, Balbás, Manzano y bastantes más para cuestiones generales o concretas. He seguido cosas que decían y otras las he tergiversado, obviado y jugado con ellas según sirvieran a mi ficción. Bajo mi entera responsabilidad y de forma plenamente consciente.

No quiero incidir sobre las decisiones entre historia y ficción que he tomado en esta fabulación, pero sí quería comentar al menos una. A algún lector quizá le haya sorprendido que no pusiera a Tarik como bereber y que le describa como un árabe. En este extremo he seguido lo escrito por mi admirado profesor José Soto Chica —autor, por cierto, que también ha novelado muy recientemente la vida de esta reina en *Egilona, reina de Hispania* (Espasa, 2024)— en su libro, *Los visigodos*, donde explicaba que apostaba por la opción de su origen persa porque las tribus norteafricanas estaban en ese momento poco islamizadas, y con el desprecio que sentían los árabes por los bereberes resultaba poco creíble que uno de ellos comandara unidades árabes. Es un argumento muy razonable y lo he adoptado sin ningún tipo de interés historiográfico ni político: me venía muy bien para esta novela.

Me quedan dos deudas pendientes con dos personajes que me han resultado, cada uno en su dimensión, ciertamente interesantes: el obispo Oppas y Al Fihri. La historia dice que sobrevivieron a lo que aquí se cuenta y soy consciente de que quizás habrían merecido más espacio y protagonismo. Pero, lamentablemente, no era su historia.

Esta obra no habría sido igual si no hubiera escrito y trabajado sobre la novela histórica durante ocho años en el diario *20minutos*, en el blog *XX Siglos*. En esos años, logré dibujar una imagen más precisa y perfilada de lo que yo entiendo por novela histórica, género que amo y del que disfruto. Creo que lo he plasmado en este libro y, por ello, lo he salpicado de pequeños guiños y homenajes a Rosemary Sutcliff, Walter Scott y alguno más.

Yo he hecho mi trabajo, lector, ahora te toca a ti juzgar si lo he conseguido. Espero que puedas compartir tus impresiones conmigo en redes sociales o si algún día coincidimos.



Agradecimientos

Escribir es una tarea ciertamente solitaria, pero resulta imposible de lograr sin la gente que te rodea. Al menos, ese es mi caso. No puedo dejar de agradecer a mi familia su apoyo incondicional, que logra mantenerme con los pies en el suelo.

A mis padres y mis hermanos, porque sin ellos no sería como soy ni escribiría como lo hago.

A mi mujer, Maite, porque, a pesar de que los meses de redacción de esta novela han sido demasiado intensos, llenos de cambios y de actividad, ha logrado concederme el tiempo necesario, a veces cargándose ella con más peso. Como persona, como padre, como escritor, eres mi escudo y mi soporte. En los momentos buenos y en los peores, sentirte a mi lado es una luz que me permite atravesar la negrura.

A mis hijos, Javier y Guillermo, porque, aunque no entienden las cosas extrañas de su padre y siempre quieren focalizar en ellos toda mi volátil atención, escribo, aunque no lo sepan, por y para ellos. Nada me gustaría más que algún día me leyeran, pero os prometo que no os obligaré a hacerlo.

A mi suegra, Mari Tere, por su cariño, por su hija y, en este caso, además, porque el piso que me dejó para escribir fue el empujón definitivo que necesitaba para finalizar esta novela.

A los grandes amigos que el mundo del libro me ha dado, el maestro Mario Escobar y ese gran editor y escritor que está por explotar, Sergio Remedios, que me ayudó asimismo en una cuestión histórica muy concreta. Los libros te abren mundos y a mí me han proporcionado dos enormes amistades con las que he comentado no pocas veces esta novela. Vuestro ejemplo siempre me ha inspirado.

Otros grandes amigos me los ha ofrecido el Certamen Internacional de Novela Histórica y su podcast. Centurión Pablo, la «voz de la calle» Pedro Pablo, Yolanda, Eva y Ren, empezasteis siendo los compañeros ideales con los que compartir la afición por la novela histórica y habéis acabado siendo mucho más.

A mi editora Berenice Galaz, por presentarme esta oportunidad en el momento exacto, por espolearme a escribir y por sus sabios y atinados consejos que, sin duda, han hecho mejor esta novela. Gracias, también, a todo el equipo de La Esfera de los Libros que ha hecho posible que esta historia llegue a tus manos.

Por último y no menos importante, a ti, querido lector o querida lectora. Sin vosotros la magia de los libros y las novelas no existiría. Yo he hecho la mitad del trabajo a la espera de que tú lo concluyas.

Tienes toda mi confianza. Espero que entre mis palabras y tu imaginación hayamos logrado reconstruir y vibrar con *La última reina goda*.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024
ISBN: 978-84-1384-849-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.